

Carmen Cervera

Noa  
LeWjam



La Cueva del Diablo

3.  
Anatoma

Lectulandia

La ciudad de Salamanca es el escenario de esta historia de misterio, amor y fantasía en la que se entremezclan mitología, leyendas y realidad para formar una trama apasionante y cautivadora que atrapa al lector desde el primer momento.

La antropóloga Luz Martín recibe la inesperada invitación de su colega y amigo Alfonso Vázquez para participar en una investigación sobre una cripta hallada bajo la Casa de las Muertes. Un proyecto que se presenta ante ella como una oportunidad para rehacer su vida, destrozada tras la muerte de su marido, que provocará que todo su mundo se tambalee bajo sus pies.

La curiosidad de Luz la empujará a indagar sobre una línea de investigación vetada por la propia Universidad y llegar a conclusiones que nunca antes hubiera creído posibles, poniendo en duda desde sus creencias hasta sus propios sentimientos.

Escepticismo y Fe, dos mundos enfrentados que se entrelazan de manera vibrante en una historia de soberbia, amor, intriga, luchas y mitología, en la que nada ni nadie es lo que parece. Personajes reales y sobrenaturales se unen para formar un relato que lleva al lector a replantearse los conceptos del bien y del mal.

Lectulandia

Carmen Cervera

# Non Serviam. La cueva del Diablo

ePUB v1.0

NitoStrad 15.04.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Non Serviam. La cueva del Diablo*

Autor: Carmen Cervera

Fecha de publicación del original: octubre 2012

Diseño/retoque portada: Juan Antonio Ryan y Carmen Cervera

Editor original: NitoStrad (v1.0)

ePub base v2.0

*Para mi Ángel*

*Oye ahora: después que aquel impuro  
Arcángel (Lucifer era nombrado  
cuando en el Cielo, refulgente y puro  
entre todos los Ángeles brillaba,  
y como el sol, el resplandor oscuro  
de los astros sus luces eclipsaba);  
después que Satanás (así nombrarle  
debo ahora) hubo arrastrado en su caída  
a la rebelde turba seducida  
que se atrevió en su culpa a acompañarle,  
que quedó en el Infierno sepultado*

**John Milton, *Lost Paradise*, 1668**

## PRÓLOGO

**L**A luz del atardecer se reflejaba en la pálida tez de la joven que estaba sentada en el sucio suelo del callejón. El chico que estaba a su lado ya había sucumbido al efecto de la heroína mientras ella, con la aguja introducida en la vena de su brazo, aún trataba de reunir el valor necesario para empujar el émbolo de la jeringuilla.

Desde lo alto de un viejo edificio, recostado en el tejado, la vista que Ángel tenía de la macabra escena no podía ser mejor. Su mente vagaba de un lado a otro, rápida y traviesa, mientras calculaba distraído cuánto tiempo faltaba para que ella se decidiera a terminar, y se preguntaba si su gesto coincidiría con el reflejo del último rayo de luz sobre su rostro, antes de que el sol se ocultara detrás de las montañas. Sin duda sería una bella metáfora para la muerte de otro día.

De pronto, algo se removió en su interior, interrumpiendo su deleite, distrayéndolo de la escena que estaba contemplado. Su mente, repentinamente alerta, paró y dejó de divagar. Algo había cambiado. Se concentró en la sensación que había alertado sus sentidos y notó que una pesada losa era retirada en algún lugar escondido en lo más profundo de su ser.

—Perfecto —murmuró, divertido—. Al fin uno de vosotros viene a mi rescate.

Por fin, alguien había abierto la cripta. *Su cripta*. Pero enseguida se dio cuenta de que no era una sola persona, había más gente en el interior. Eran muchos.

—Esto puede ser entretenido —dijo, recostándose satisfecho—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez? ¿Un siglo? ¿Dos? —dudó—. Más. Seguramente, más.

Nunca había acabado de entender cómo podía medirse el tiempo, algo tan intangible, tan volátil. Hacía mucho que había dejado de contarlo, pero, aún así, sabía que había transcurrido el suficiente para que la intención que había sellado durante tantos años su interior ya careciera de sentido. «Al fin y al cabo ahora ya nada cambiará», pensó. O tal vez sí. Lo cierto era que no le importaba. Se trataba de una cuestión de honor, tal vez de venganza. O, simplemente, de salirse con la suya.

Un chasquido lo sacó de sus pensamientos y lo devolvió a la realidad. Tomó consciencia del tejado sucio y envejecido bajo su ser, del cielo crepuscular que daba un toque romántico a... «¿A qué?»

—Ah, sí, la chica.

Observó el callejón desde su improvisado palco y revivió en su mente el instante en el que la goma que había estrangulado el brazo de la muchacha había sido liberada. Ella, finalmente, se había decidido y había empujado el émbolo de la jeringuilla, introduciendo aquella sustancia marrón y fétida en su interior. Se fijó en

su rostro y contempló como había reunido el valor necesario para que su determinación coincidiera con el último rayo de sol. Ahora yacía, flácida, apoyada contra la pared y con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en la nada. La goma que había apretado su brazo estaba en el suelo, junto con la jeringuilla que ya había hecho su servicio.

—Eres hermosa —dijo, mientras contemplaba aquella mirada perdida, vacía. Unos ojos grandes y bellos que en aquel momento parecían no tener vida, desorbitados, aunque aún reflejaban un alma igualmente bella—. Sí, muy hermosa. Hubo un tiempo en el que amaba a los seres como tú.

Se levantó con un gesto rápido y elegante, casi felino. Con un movimiento mecánico e inconsciente se desperezó y dio un paso hacia el vacío, precipitándose al suelo desde el tejado mugriento en el que había contemplado la escena. No se oyó ningún ruido cuando se posó sobre el asfalto, justo frente al inmóvil cuerpo de la joven.

—Seres demasiado inquietos, demasiado curiosos —continuó hablando, a la vez que se reclinaba para sostener con una mano la barbilla de la chica y giraba su rostro inexpresivo hacia él, como si ella pudiera verlo—. Ya lo has hecho. Ya lo has probado. Pero esto no era lo que querías en realidad, Laura. —Suspiró y fijó sus ojos en los de la muchacha que estaba sentada a sus pies—. Y no lo harás más. Nunca. Podrás hacer más cosas, probarlo todo. Sé qué es lo que quieres, exprimir al máximo tu valentía. Y lo harás. Pero no así.

La joven mantenía la misma expresión vacía, pero su mirada ya no se perdía en la nada, sino que estaba fija en él, sin poder escapar.

—¿Lo has entendido? —preguntó con voz dura, amenazante.

Ella no contestó, no podía, pero sus ojos mostraron una nueva y distinta luz, y él supo que ella jamás volvería a envenenar su cuerpo de esa manera. Posiblemente, pensó mientras liberaba a la joven de su hechizo, nunca hubiera llegado a hacerlo si no hubiera sido por él, y concluyó que era justo haberlo arreglado antes de irse. Echó una rápida ojeada al chico que yacía junto a ella.

—Nada que hacer —sentenció.

Disfrutó con esa certeza mientras se alejaba de ambos a grandes pasos, con una mezcla de elegancia y desdén, y saboreó la derrota del muchacho, la oscuridad de su alma, y el dolor en su corazón.

Mientras oscurecía dejó atrás el callejón y se entretuvo pensando en la nueva diversión que se avecinaba. Se paró en el cruce de dos calles, donde la brisa arrastraba un intenso olor a mar, y aspiró profundamente antes de levantar el rostro y fijar la vista en el cielo, cada vez más oscuro.

—Por fin, algo con lo que divertirse. Por fin, algo diferente —dijo, sonriendo al cielo estrellado antes de seguir caminando.



## Capítulo I

**L**A noche era cerrada, húmeda y calurosa. Luz observaba las estrellas desde la ventana abierta frente al escritorio, repleto de documentos apilados. Sostenía absorta una copa de vino mientras olvidaba una vez más el trabajo que se acumulaba en su mesa desde hacía ya demasiado tiempo, dejándose inundar por la terrible soledad que crecía en su interior. Un inmenso vacío. Un abismo. No, un agujero negro. Un agujero negro que lo había absorbido todo y la había dejado vacía.

Siempre había sabido que el mundo, el universo, era sólo el resultado de una coincidencia, de una explosión fortuita, de una fuerza tal vez aún inexplicable, pero nada más. Si alguna vez había habido en su interior alguna duda al respecto, con los años había desaparecido por completo. De niña se había preguntado por el motivo de tanta belleza a su alrededor, por la fuerza que provocó la existencia del mundo, por el esplendor de las estrellas que observaba cada noche, por el porqué de su propia existencia. Pronto, quizás demasiado, había descubierto que no existía la mano de ningún Dios tras ellos, ninguna fuerza superior, ningún ser bondadoso. Era simple, extremadamente fácil, darse cuenta de la soledad del ser humano, y no comprendía como otros no veían aquella verdad con la misma claridad que ella. ¿Qué tipo de ser supremo, qué tipo de fuerza bondadosa, qué tipo de Dios podría permitir tanto sufrimiento aleatorio? Las respuestas que había buscado no las encontró en el Creador omnipotente y bondadoso del que hablaban las hermanas dominicas que la habían acogido y educado desde que apenas contaba con unos días de vida, sino en los libros de la inmensa biblioteca del convento que había sido su único hogar. Pero ahora los libros tampoco parecían poder ofrecerle las respuestas que necesitaba. No había respuestas, sólo vacío y sufrimiento. Miró con desdén la pila de papeles que se elevaba junto a ella y apuró la copa de vino. Quiso llenarla de nuevo, pero la botella estaba vacía.

—Genial —murmuró, y fijó otra vez la vista en los documentos que abarrotaban su mesa—. Me estoy convirtiendo en una alcohólica irresponsable.

Se dejó caer sobre la mesa, acomodando la cabeza sobre el libro que permanecía abierto frente a ella, y se maldijo por no haber terminado el trabajo pendiente, aunque, en realidad, no quería pensarlo. De hecho, no quería pensar en nada, y dejó que su mente vagara libre mientras el mareo provocado por el vino la envolvía, deseando que fuera capaz de hacerla desaparecer. Al menos, quiso convencerse, disfrutaría de su embriaguez. Pero el sonido agudo del teléfono destrozó su propósito y la devolvió de golpe a la realidad.

—No pienso contestar —gritó desde su improvisado cojín al aparato que sonaba y

vibraba con estruendoso descaro sobre la mesa.

No sabía qué hora era, pero estaba segura de que era tarde, tal vez de madrugada. Ese pensamiento provocó una helada punzada que recorrió su columna, anulando por completo el mareo que segundos antes había hecho que la habitación girara a su alrededor. Los recuerdos de la noche en la que su vida se había hecho pedazos volvieron a su mente, vívidos y dolorosos, golpeándola con violencia. Sintió, igual que si sucediera en aquel mismo instante, como todo el vacío que siempre había existido a su alrededor se concentraba en la boca de su estómago, condensándose hasta convertirse en el agujero negro que la había absorbido casi por completo trece meses atrás. Fugaces imágenes la atravesaron en menos de un segundo, como mil afilados puñales que se clavaban en su alma. La terrible llamada de teléfono, la frenética e inútil carrera al hospital en mitad de la noche, la voz vacía del médico, el horror de ver el cuerpo sin vida de David, el funeral y los rostros borrosos desfilando ante ella pronunciando palabras sin sentido, el armario vacío, y el inútil abrazo sobre la cama a la ropa que conservaba el olor de su marido. Y el abismo. La fuerza de atracción del agujero negro que crecía en su interior arrasando con todo lo que algún día había importado.

—Hola, Luz. —Una voz familiar la saludó a través del auricular del teléfono, que no era consciente de haber descolgado—. Soy Alfonso. ¿Cómo estás?

—Alfonso... —balbuceó.

—No te llamaría si no fuera importante. —Se hizo el silencio al otro lado de la línea durante unos segundos, en los que ella fue incapaz de hablar—. Sé que no es buen momento, pero lo cierto es que te necesito. Necesito a la mejor y... —Alfonso carraspeó, incómodo—. También pensé que podría hacerte bien irte una temporada. Alejarte de todo...

Sólo una parte de Luz comprendía las palabras que le llegaban desde el otro lado de la línea telefónica. Alfonso Vázquez. No recordaba cuándo había sido la última vez que se habían visto. El agujero negro también debía de haber arrasado con eso, pensó. Pero, enseguida, se recordó a sí misma sintiéndose viva, como hacía mucho que no lo había estado. Recordó el viaje a Nueva Zelanda con Alfonso, la investigación sobre la mitología maorí, la convivencia con la tribu, el regreso y lo absorbente que había estado en la elaboración de su tesis doctoral. Recuperó los recuerdos perdidos de los numerosos proyectos y trabajos compartidos. Las horas de estudio e investigación, los pequeños hallazgos y las grandes decepciones, y los incontables momentos de complicidad que habían forjado su amistad a lo largo de los años. Había algo que la apasionaba. Algo por lo que antes su vida había tenido sentido y que había compartido con Alfonso. Algo que el agujero negro no se había llevado junto a todo lo demás, porque hacía demasiados años que ella había renunciado voluntariamente a ello.

—Alfonso —repitió, y se aferró a aquel nombre como si fuera la única luz que quedaba en un universo que había estado completamente a oscuras hasta aquel mismo instante.

—Es tarde —respondió él, nervioso—. Tal vez será mejor que te llame mañana. No sé por qué...

—No. —Luz lo interrumpió casi con un grito—. No importa. Estaba despierta...

—Bien, entonces ¿qué me dices? ¿Te apetecen unas pequeñas vacaciones? —preguntó, y su voz sonó repentinamente animada—. Te prometo mucho trabajo, falta de sueño y horas y horas de investigaciones que parecen no conducir a absolutamente nada.

La mente de Luz empezó a viajar, despertando de su letargo, y la llevó de regreso a una vida que casi había olvidado. La misma que una vez había sido suya y que pensaba que jamás podría recuperar.

—Por los viejos tiempos —la animó él.

—Por supuesto. Por los viejos tiempos —respondió Luz, rápidamente, y sintió que su corazón, tal vez, podría volver a latir.

A la mañana siguiente se sorprendió de la facilidad con la que había conseguido arreglarlo todo para viajar tan precipitadamente. Su vida estaba más paralizada de lo que ella misma hubiera llegado a imaginar. De pronto se dio cuenta de que todo el trabajo que se acumulaba en su mesa no era más que el vano esfuerzo de todos sus colegas por tratar de mantenerla ocupada, distraída. Todos sus compañeros de trabajo en la universidad la animaron a marcharse, y coincidieron en que trabajar en otro ambiente le sentaría bien, la ayudaría. Hasta ese momento no se había dado cuenta de hasta qué punto todos estaban preocupados por ella y, por un instante, se preguntó si la repentina invitación de Alfonso, después de más de siete años sin trabajar juntos, no era más que otro nuevo intento de sacarla del agujero en el que estaba escondida desde la muerte de David. Pero descartó la idea de inmediato. Alfonso había parecido realmente desesperado por teléfono, llegando casi a rogarle que tomara el primer vuelo que pudiera a Salamanca. Y aunque no le había dado apenas ningún detalle del proyecto para el que la necesitaba, le había asegurado que se trataba de un hallazgo increíble que le encantaría. De todos modos pensó que en realidad no le importaba de qué se tratara con tal de poder aferrarse a aquel pequeño resplandor que brillaba en la oscuridad, a aquel débil hálito de vida.

La mañana fue frenética, disponiéndolo todo, corriendo de un lado a otro, con pocas horas de sueño y una terrible resaca. El movimiento hizo que apenas prestara atención al dolor que había en su interior, aunque notara en todo momento la presencia amenazante del agujero negro en la boca del estómago. Finalmente, cuando se detuvo con todo resuelto, el efecto fue devastador. La ilusión que la llamada de

Alfonso había provocado en ella, y que le había permitido durante unas horas sentirse liberada de su tormento, cobró un nuevo sentido cuando se encontró desnuda ante el espejo del interior de su armario, aún vacío en una mitad. Una vieja y conocida sensación de culpa la invadió. Durante todos los años que había compartido con David, y que ahora le parecían tan pocos, cada noche había soñado con emprender un viaje, como el que ahora preparaba, que la llevara a recuperar la vida que había dejado atrás. En ocasiones, incluso, había llegado a sentirse furiosa con él porque, aun sin habérselo pedido jamás, había sido el motivo de que ella renunciara a sus investigaciones sobre historia de las religiones al trasladarse a Gerona junto a él. Por David había rechazado una tras otra las ofertas que implicaban trabajo de campo o largas temporadas fuera de casa, hasta que paulatinamente habían dejado de llegar. Al final ella se había dedicado casi por completo a la docencia y a la investigación de despacho y biblioteca, alejada de las preguntas que siempre había ansiado responder. Ella había renunciado a todo por amor, y aunque al principio le hubiera parecido maravilloso, con los años, había acabado culpándolo a él por tener una vida que no la llenaba por completo.

Observó su imagen en el espejo, que mostraba el cruel reflejo del dolor que había en su interior. Nada quedaba ya en ella de la mujer con aspecto de muñeca de porcelana que una vez había sido. Su cuerpo, siempre delgado, parecía ahora enfermizo, y su piel clara se veía ahora casi transparente, cadavérica, dejando ver bajo ella la red de venas azuladas. Su rostro se había llevado la peor parte, y las abultadas ojeras que habían surgido bajo sus ojos negros, que en algún momento habían sido expresivos y vivarachos, delataban el calvario que había vivido en los últimos trece meses. Ahora comprendía que fue absurdo por su parte pensar que había algo más importante en algún lugar a lo que había renunciado por David. En realidad, ella había sido de los dos la que más había salido ganando durante los años que habían compartido. Con él, por primera vez, había tenido una familia y había sabido lo que era sentirse realmente querida.

Sintió cómo los recuerdos diluían la fuerza que hasta ese momento había contenido las emociones que normalmente la atormentaban y la oscuridad rompía finalmente los diques que la sostenían para inundarlo todo. No brotaron lágrimas de sus ojos, ya hacía mucho tiempo que había concluido que se habían agotado las reservas de llanto en su organismo. En lugar de ello, simplemente, sintió el relámpago que nacía de su pecho, atravesándola, partiéndola en dos. Un estallido de dolor en su interior que llegaba a ser físico, que paralizaba su cuerpo y hacía que se encogiera, retorciéndose sobre sí misma. Un dolor del que, pensaba, jamás podría escapar. Un dolor que no cesaría hasta matarla. Pero todavía no, se dijo, aferrándose al pequeño brote de esperanza que había nacido la noche anterior. «Todavía no». David ya no estaba y nada de lo que ella hiciera o sintiera cambiaría esa

circunstancia. De nada le servía torturarse por no haber sabido disfrutar en el pasado de todo lo que David le había ofrecido, ni tampoco renunciar a lo único que podía otorgarle algún tipo de sentido a su existencia. Cargaría con el dolor, con la rabia, con las noches en vela, y con el agujero negro de su interior, pero seguiría viviendo. Lo haría como pudiera, como lo había hecho antes de que David apareciera para darle un nuevo sentido a su vida, como había aprendido a hacerlo durante miles de largas noches de soledad durante su infancia.

Con rabia, metió precipitadamente la ropa y algunos objetos de tocador en una bolsa de viaje, y cerró con un golpe la puerta del armario, deseando encerrar en su interior su propio reflejo y todos los recuerdos que la atormentaban. Recogió algunos libros y los documentos sobre la investigación que la noche anterior Alfonso le había enviado por correo electrónico, y que aún no había tenido tiempo de leer, y se dispuso a salir de su casa para enfrentarse a la realidad. Su maldita realidad.

Sumergida en la lectura de los documentos de Alfonso sobre la investigación, Luz apenas fue consciente del viaje a Salamanca. Según esa información la investigación llevaba más de tres meses detenida a causa del abandono de uno de los académicos que, junto a Alfonso, dirigía el proyecto. Ni más ni menos que una de las más reputadas especialistas en historia medieval española, Anabel Ruiz. Ambas habían trabajado juntas quince años atrás, cuando aún eran becarias del Departamento de Historia Antigua y Medieval de una universidad madrileña. Durante aquella época las dos habían competido por acumular méritos por hacerse con una plaza a la que Luz finalmente había renunciado para especializarse en historia de las religiones. Pero, a pesar del tiempo transcurrido, la conocía lo suficiente para saber que no era propio de ella retirarse de ese modo. Menos aún cuando se trataba de un proyecto que, sólo con la escueta información que le había facilitado Alfonso, se presentaba como más que atractivo. Lo suficientemente interesante para que alguien como Anabel luchara con todas sus fuerzas para llevarse el mérito de los posibles resultados.

La memoria del proyecto hablaba de una cripta descubierta bajo la Casa de las Muertes. Sólo el hecho de un descubrimiento similar en un lugar histórico y rodeado de leyendas como aquel edificio plateresco era como una golosina para cualquier historiador. Pero la construcción de principios del siglo XVI guardaba algo más que una sala secreta en sus entrañas, encontrada durante unas obras de rehabilitación por casualidad, como la mayoría de hallazgos interesantes. La cámara subterránea, que había permanecido oculta y sellada hasta la fecha, era al menos tan antigua como el propio edificio, y en su interior se habían encontrado siete cadáveres, aún sin datar, y una curiosa colección de objetos rituales. Luz estaba convencida de que ningún historiador especializado en el medioevo podía resistirse a un descubrimiento como aquel, e incluso menos aún alguien con la ambición de Anabel. Ella misma apenas

podía contener la emoción por entrar en un lugar como ese, con tanta historia y tan aislado del mundo durante años, que en sí mismo era ya lo suficientemente atractivo, pero que sumado a aquella colección de objetos era como un imán para cualquier investigador. Más aún para uno ávido de reconocimiento, como seguro, seguía siendo su antigua colega y rival.

La voz del piloto a través de los altavoces anunciando la llegada a Salamanca sacó a Luz de su ensoñación. El vuelo había sido cómodo y tranquilo, y ella se había dejado cautivar por la descripción de Alfonso de las piezas halladas en la cripta, tratando de hacerse una imagen mental de ellas. No entendía por qué no le había hecho llegar algunas fotografías, pero aquellas detalladas descripciones eran suficientes para comprender la originalidad de lo que habían encontrado en la cámara oculta en el corazón de la ciudad. Dagas rituales, cálices, cruces, ropas de época, cofres con delicados tallados y otros objetos menores de los que, en algunos casos, sólo podían sospechar una posible utilidad. De entre todo ello destacaba un manuscrito, que Alfonso calificaba como una obra literaria desconocida, en el que se narraba en más de doscientos folios y en primera persona la historia de la caída del diablo, y cuyo autor había firmado con el nombre del mismísimo Lucifer. Los datos sobre el legajo se limitaban a su definición formal y sólo se describía por encima su contenido. Aún así la sola mención del nombre del eterno adversario del Cristianismo era más que un simple aliciente para alguien que, como ella, había dedicado toda su carrera profesional al estudio de las costumbres religiosas a lo largo de la historia y las sociedades. No podía comprender por qué Alfonso no había mencionado desde un principio la existencia del manuscrito y su contenido si lo que quería era convencerla para que se uniera al equipo de investigación. Sólo con eso, pensó mientras recogía y guardaba los documentos, había un argumento más que irrefutable para que tomara el primer vuelo a Salamanca que encontrara. Sintió en su cuerpo el choque violento del tren de aterrizaje contra el hormigón de la pista mientras trataba de contener la emoción por ver todos los hallazgos sobre los que acababa de leer. Especialmente aquel manuscrito, que había despertado la curiosidad que durante los últimos años había permanecido adormecida en su interior.

Al bajar del avión sintió el golpe del calor seco del centro de la Península Ibérica como una pesada losa sobre ella, pero no se permitió echar de menos el húmedo ambiente de la costa catalana al que estaba acostumbrada, al menos no tan pronto. Tomó una larga bocanada de aire y dejó que la sequedad recorriera sus vías respiratorias y le llenara los pulmones.

El equipaje llegó rápidamente y observó que el aeropuerto estaba vacío, salvo por el grupo de pasajeros que habían llegado en su mismo vuelo, y los amigos y familiares que los habían ido a recoger. Rastreó la terminal con la mirada en busca de Alfonso, sin encontrarlo. A pesar de los años que habían pasado desde la última vez

que se habían visto, estaba convencida de que lo reconocería sin dificultad y, tras una segunda mirada al conjunto de gente que esperaba la salida de los pasajeros, logró distinguirlo detrás de un ruidoso grupo de jóvenes. Caminó decidida hacia él, que la miraba con curiosidad y una enorme sonrisa. No había cambiado en absoluto, o tal vez sí, pero sin duda el cambio había sido para mejor. El pelo claro y corto, que resaltaba sus facciones, había comenzado a canear, dándole un aire interesante, y el cuerpo, igual de atlético que siempre, parecía querer desmentir el paso de los años. Se fijó en los expresivos ojos castaños, capaces de decir más que sus propias palabras, y aquella sonrisa de superioridad que revelaba que era consciente de la impresión que solía causar a los demás. En especial a las desprevenidas estudiantes universitarias a las que le encantaba encandilar. Era, exactamente, lo contrario que cualquiera imaginaría como un profesor universitario, orgulloso de su trabajo y su posición, y una de las mentes más brillantes e inquietas que jamás hubiera conocido. Pero todos aquellos pensamientos se desvanecieron al instante cuando se detuvo frente a él e, inconscientemente, dejó caer la maleta para entrelazarlo con sus brazos.

—Alfonso...

Luz notó que la emoción se había acumulado en su garganta al pronunciar su nombre, pero sabía que las lágrimas no acudirían a sus ojos. Alfonso la abrazó. Con una leve caricia retiró la larga melena que cubría su espalda para rozar con suavidad el final de su cuello. Justo allí donde había dejado que un *tahunga* marcara su piel, como protección, según el viejo sacerdote maorí, porque ella era la luz que atraería la oscuridad. Había sido otro rito de paso más en el que había participado, pero siempre había sentido, aunque constantemente se lo negara, que aquel día algo había cambiado en algún lugar de su interior, se había endurecido. Aquella experiencia también había estrechado aún más su vínculo con Alfonso, que había permanecido, impasible, a su lado, durante toda la larga ceremonia. Y, sobre todo, había cogido su mano con firmeza en el momento en el que realizaron los dolorosos cortes en la carne, cubriéndolos con un pastoso pigmento para crear la hermosa forma abstracta que permanecía inalterable en la piel de su espalda, con sus líneas en un intenso negro.

—Te he echado de menos —dijo Alfonso, interrumpiendo su abrazo para recoger la maleta que ella había dejado caer—. Vamos, te llevaré a tu hotel y luego, si te apetece, almorzamos y nos pondremos al día —añadió, con una enorme sonrisa, mientras pasaba un brazo sobre sus hombros.

Luz se sintió reconfortada al reconocer aquel gesto de su amigo y, por primera vez desde la muerte de David, se sintió segura. Al fin sentía que estaba exactamente en el lugar en el que debía de estar.

Por fin el profesor había comprendido que esa historia le quedaba grande y se había

decidido a llamar a alguien para seguir con el trabajo. Ángel había visto a la mujer en la mente de Alfonso, sus recuerdos eran muy claros a pesar de los años, y no había duda de que sentía algo más que admiración profesional hacia ella. Tal vez por eso, pensó, le había sido tan fácil conseguir que el profesor la llamara. Seguramente, también esa era la causa del nerviosismo que se había adueñado de aquel académico engreído y orgulloso de sí mismo. Su cuidada imagen de controvertido intelectual y experimentado aventurero reflejaba a la perfección la idea que aquel hombre tenía de sí mismo, aunque nada de eso se correspondía con la realidad. Ese donjuán encantado de haberse conocido no era más que el resultado de algunos golpes de suerte y muchas horas de gimnasio. Un necio afortunado cuya mayor estupidez había sido creerse los laudos obtenidos por méritos que no le correspondían a él, sino, en su mayoría, a la mujer a la que ahora esperaba, ansioso y emocionado en igual medida.

Ángel se entretuvo saboreando las emociones del profesor, mientras seguía observándolo desde un rincón de la terminal. Inquietud, inseguridad, afecto, amistad, nostalgia y... Deseo. A lo mejor si ese deseo creciera un poco más aquella situación podría ser más divertida, pensó, pero se deshizo de inmediato de aquella idea. Se estaba distrayendo otra vez. No era el momento para divertirse con eso, ni tampoco con las aburridas sensaciones del hombrecillo vanidoso al que observaba. Pero, a pesar de su determinación, el deseo de Alfonso creció, ajeno a su voluntad. Se obligó a centrarse de nuevo en lo que ocurría en la terminal, donde el profesor estaba abrazando a la mujer que instantes antes había visto en su mente.

—No tienes mal gusto, Alfonsito —susurró.

Contempló la figura vestida de negro que se aferraba al profesor. ¿Alivio? Sí, era alivio lo que la mujer sentía en ese momento. Nada que tuviera que ver, ni de lejos, con las emociones que llenaban el alma y la mente de Alfonso, que retiraba ahora el oscuro cabello de la mujer, dejando el cuello al descubierto. Por un instante Ángel creyó que la emoción que atravesó su ser podría haber sido suya, y sus ojos brillaron con incredulidad, fijos en el dibujo que decoraba la piel de la mujer.

—*Tapu Tu-ka-nguhn.*

Oyó su voz sin ser consciente de haber pronunciado aquellas palabras. Una prohibición sagrada maorí para *Tu-ka-nguhn*, *Tu-ka-riri*, *Tu-whakeheke-tangata-ki-tepo*. Para Tú el de la ira desatada, el del temperamento violento, el que condena a los hombres al Infierno. Una prohibición para el Diablo. Todo su ser se tensó y una poderosa oleada de rabia de la mujer lo atravesó, concentrándose en su interior, bullendo con furia, mientras Alfonso seguía con un dedo el trazo del dibujo maorí. Y tuvo que luchar con todas sus fuerzas contra la curiosidad que crecía en su interior.

Se convenció a sí mismo de que no tenía tiempo para juegos, mientras seguía a la pareja hasta el centro de la ciudad. Entraron en un hotel y él siguió a la mujer, que se había separado de Alfonso, hasta una habitación en la que dejó la maleta. Se permitió,



sólo durante un momento, observarla con atención, disfrutar de sus movimientos, ligeros y pausados, mientras se refrescaba en el lavabo. Vio como se mojaba el rostro y el cuello, y se deleitó con la precisión de los trazos del tatuaje que decoraba la parte superior de su espalda cuando ella recogió la larga melena para sujetarla en la nuca. Por un momento sintió el impulso de acariciarla, aunque enseguida alejó el pensamiento de su mente. Era absurdo. Se obligó a apartar esa molesta idea y a observar a la mujer sólo para asegurarse de que hacía su trabajo.

Siguió a la mujer hasta el restaurante del hotel, donde el profesor la esperaba en una pequeña mesa para dos. Observó mientras almorzaban y conversaban, mutuamente embelesados. Seguramente, en pocos días la añoranza que sentían el uno del otro se transformaría en algo más intenso para convertirse, con el tiempo, en la misma emoción vacía, monótona y aburrida de siempre. Sin previo aviso, una repentina oleada de rabia de la mujer lo atravesó, sorprendiéndolo, igual que había ocurrido en el aeropuerto. No entendía por qué ella podía sentir aquellas ráfagas de ira ni qué las provocaba, pero tampoco tenía tiempo para preocuparse de eso. Lo único que le importaba era llegar al manuscrito. No podía distraerse de nuevo jugando con aquellos humanos, todos igual de previsibles y aburridos. Posiblemente, si antes se hubiera tomado aquel asunto más en serio ya habría terminado todo. Se distrajo jugando con el equipo de la excavación, y sólo había conseguido retrasar la extracción del cofre. Se distrajo jugando con los políticos, y lo único que había logrado era demorar los trabajos de investigación. Quiso provocar a los investigadores, y sólo logró que disminuyera el equipo. Se equivocó al presentarse ante aquella doctora absurda y vanidosa, y únicamente consiguió que saliera corriendo hacia vete tú a saber dónde y que se detuviera la maldita investigación cuando no hacía ni tres meses que la habían iniciado. Y, después, se había entretenido tanto con la investigación policial que casi se había olvidado de por qué estaba allí. Resopló y se recostó en una silla. No se permitiría más fallos. Ni más diversión. Su única prioridad era acabar de una vez por todas con esa historia.

La pareja seguía sentada en el restaurante, hablando sin parar, recordando tediosas historias de su pasado en común, perdiendo el tiempo en lugar de ponerse a trabajar. Ahí sí que podía intervenir, se dijo. No era un juego, era una necesidad. Centró su atención en la mujer, que estaba de espaldas a él, e intentó sentir una a una todas las emociones que había en ella, rozar su alma, pero descubrió algo extraño en su interior que no comprendió. Se concentró. Sintió las mismas emociones que había sentido en ella durante todo el tiempo, alivio, nostalgia, curiosidad y dolor. Su alma guardaba un dolor inmenso. Dejó que esa sensación lo llenara y, lentamente, fueron llegando también la rabia, la ira, la desesperación y el odio que estaban encerrados en lo más profundo de su ser. Estaba completamente concentrado en ella, absorto, dejando que los sentimientos de la mujer fluyeran a través de él, saboreándolos y

alimentándose de ellos, tratando de entender, hasta que algo inesperado rompió la conexión. Fue como un estallido, rápido y firme, que no había podido identificar. De pronto, se encontró mirando unos ojos oscuros, prácticamente negros, como una noche sin estrellas, y se vio a sí mismo reflejado en su interior.

—No me puede ver —pensó, y pronunció en alto aquellas palabras, automáticamente, convencido de su certeza.

Pero aquellos ojos estaban fijos en él, sosteniéndole la mirada, retándolo. Una risa siniestra escapó de entre sus dientes mientras seguía centrado en aquellos dos puntos negros clavados en él. Sabía que ella no podía verlo, ni oírlo, ni siquiera sentirlo. Lo atravesó una nueva oleada de rabia, seguida del dolor más intenso que jamás hubiera percibido en un humano. No sabía qué le pasaba a la mujer, ni cómo podía su alma albergar aquellas emociones. De inmediato, notó un cosquilleo recorrer su espalda y dejó, sorprendido, que finalmente su antigua curiosidad lo embargara. Ella era diferente. Algo en ella no era como en los demás. Había algo que no comprendía, que la hacía totalmente distinta a cualquier humano que jamás hubiera observado. Algo que lo atraía ferozmente. Y, de nuevo, sintió ganas de jugar, como hacía siglos que no las había sentido. Pero, de pronto, ella se giró, devolviendo su atención al profesor y privándolo a él de la inmensidad de sus ojos. Y él deseó ser capaz de volver a sentir para poder dejarse llevar por la rabia de verse despojado de su mirada.

Luz almorzó con Alfonso, entre risas y comentarios de antiguos recuerdos. Se sentía bien, casi feliz, como hacía mucho tiempo que no se había sentido. Desde su llegada a Salamanca el dolor que se había instalado en su pecho tras la muerte de David parecía más lejano, más llevadero. No había desaparecido, eso no ocurriría jamás, pero se había convertido en algo que quizás podría permitirle volver a sentirse viva. Alfonso había conseguido que recuperara los recuerdos de una época casi olvidada y que sintiera de nuevo ganas de reír. Aún no habían hablado de trabajo, hacía demasiado tiempo que no se veían y había muchas cosas que contar, y más aún que recordar, antes de poder centrarse en el verdadero motivo que la había llevado a aquella ciudad.

Ella habría deseado postergar el trabajo hasta el día siguiente, disfrutar de la compañía de Alfonso, pero algo había llamado su atención, provocando que se sintiera de pronto incómoda, observada. Absurdamente, había buscado en el restaurante del hotel algo que pudiera haber provocado esa impresión, aunque, por supuesto, no había encontrado nada. El salón estaba prácticamente vacío, sólo otras dos mesas estaban ocupadas frente a ellos, y los camareros se afanaban en preparar el establecimiento para la cena. Quiso desechar esa sensación, pero, en su lugar, se perdió en el vacío entre las mesas, con la vista fija en la nada, como si hubiera algo allí que la atrajera sin poder remediarlo. Un escalofrío recorrió su cuerpo y temió que

el dolor, que hasta entonces había permanecido aletargado, regresara de nuevo con un estallido. Pero no pasó nada. Ningún nuevo sentimiento, ninguna punzada en el pecho que la hiciera estremecer y encogerse. Nada, salvo la inexplicable incomodidad. Se obligó a retirar la vista del espacio ocupado sólo por mesas y sillas vacías y devolver su atención a Alfonso, que la miraba extrañado. No podía ni quería permitir que el dolor y el vacío se adueñaran de nuevo de ella y, con la mejor sonrisa que pudo dedicarle a su amigo, le explicó que tenía ganas de ponerse a trabajar y de ver los objetos que le había descrito en la documentación.

—Claro, por supuesto, debería ponerte al día...

Alfonso no hizo ningún comentario sobre su comportamiento y ella lo agradeció en silencio. Lo último que necesitaba era tener que justificarse una vez más por el dolor que sentía, y sabía que el trabajo era lo único que podía distraerla lo suficiente como para evitar que la angustia regresara. Intentó concentrarse en las palabras de su amigo, que oía como un eco lejano, mientras trataba de desprenderse de las sensaciones que la habían invadido. Ignoró con todas sus fuerzas la sensación de que alguien tenía la vista fija en ella y luchó contra la necesidad de girarse de nuevo hacia la zona vacía del restaurante que llamaba su atención. Procuró centrarse en su ritmo respiratorio, como hacía cada vez que sentía que el dolor y la ansiedad regresaban, mientras intentaba aparentar que no ocurría nada. A pesar de todo, sabía que esta vez era diferente, algo en las emociones que la turbaban no era igual que el resto de veces que el agujero negro de su pecho tomaba el control de todo su cuerpo. Aunque no sabía cuál era la diferencia, y tampoco le importó cuando, al fin, lentamente, consiguió comprender las palabras de Alfonso y pudo concentrarse en ellas, centrándose por completo en lo que él estaba diciendo y volcando en ello toda su atención.

—Realmente fue una gran casualidad. Los obreros no tenían que trabajar en esa zona, pero hubo una fuga de agua de alguna vieja tubería y, cuando quisieron localizarla, encontraron el acceso a la cripta. —Alfonso hablaba rápido, emocionado con su propio relato, mientras mantenía la vista fija en ella, que se limitaba a asentir—. Luz, no te imaginas como fue entrar allí por primera vez, sentí que viajaba en el tiempo —continuó diciendo, sonriente—. La verdad es que inmediatamente pensé en llamarte para que formaras parte del equipo de investigación, pero creí que no querías venir.

—Y entonces llamaste a Anabel —concluyó ella para evitar que él enumerara los motivos por los que no le había pedido antes que se uniera a su equipo.

—Exacto —dijo, y su semblante se ensombreció de golpe—. Ella se interesó de inmediato por la investigación y trabajó duro durante meses. Supongo que ahora sería de gran ayuda tener sus notas —se lamentó.

Luz no comprendió la reacción de Alfonso. No sabía cuánto podía haberle

afectado que Anabel abandonara la investigación, aunque aquella repentina tristeza era una actitud extraña en su colega. En cualquier caso siempre había la posibilidad de pedirle a Anabel sus notas. Quizás había habido algo más que una simple relación profesional entre ellos y él no se atreviera a pedirle que le facilitara los avances que había realizado durante el tiempo en el que había participado en el proyecto, se dijo, y sonrió, curiosa, a pesar de la leve punzada de celos que le provocó ese pensamiento.

—Tal vez yo podría pedirle... —empezó a decir, pero Alfonso la interrumpió con un gesto de la mano.

—Luz, no quise decírtelo antes porque, en realidad, no sabía cómo hacerlo. —Negó con la cabeza, mientras seguía hablando, despacio, midiendo cada una de sus palabras—. Anabel no ha abandonado la investigación. Ella ha desaparecido. La policía está investigando, pero no parece que estén averiguando nada. Ese es el motivo por el que todo se detuvo.

—¿Desaparecido? —preguntó ella, sin poder evitar la sorpresa de su voz.

—Sin dejar rastro —explicó, abatido—. Fue hace tres meses. Yo fui el último en verla en la universidad. Me dijo que estaba cansada y que se iba al hotel. La noté un poco rara, preocupada, pero no le presté atención. Era muy tarde, sobre la media noche, y las semanas anteriores habían pasado muchas cosas.

Alfonso se interrumpió, cabizbajo, con la mirada fija en la mesa.

—¿Qué cosas habían pasado? —dijo, expresando en voz alta sus pensamientos, mientras trataba de asimilar lo que él acababa de contarle.

—Bueno, complicaciones. Algunos incluso bromeábamos con la idea de que la cripta estuviera maldita —dijo, removiéndose incómodo en la silla, desmintiendo con sus gestos la normalidad que trataba de aparentar con sus palabras—. Ya en los primeros días hubo un accidente. Un muro del sótano de acceso a la sala se derrumbó y algunos obreros resultaron heridos. Nada grave, pero lo suficiente para retrasar la excavación y la investigación. A los pocos días de retomarse las obras, hubo un robo. No llegaron a llevarse nada, pero alteraron el lugar y la disposición de los objetos. El traslado del material a la universidad, bueno... —Rió, sin ganas, tratando de quitarle importancia a lo sucedido—. Decir que fue accidentado sería quedarse muy corto. Parecía que todo salía mal y, entonces, empezaron las disputas.

—Siempre hay competición, ya lo sabes —Luz lo interrumpió, queriendo quitar algo de dramatismo al relato.

—Así es —continuó él, sin poder disimular cierta amargura—. Pero no te imaginas hasta qué punto en esta ocasión. Tuve que despedir a más de cinco académicos, Luz. Lo que creí que era una selección de los mejores investigadores se convirtió en un desastre. —Alfonso sonreía mientras hablaba, pero ella notó como primero la incredulidad y después la decepción se iban apoderando de su voz—. Intentaron robar el manuscrito. Robarlo —repitió, separando las sílabas, como si él

mismo debiera convencerse de sus palabras, y fijó de nuevo la vista en la mesa.

La incredulidad que Luz había notado en Alfonso se apoderó de ella misma, que no podía entender quién intentaría robar algo como aquel material en mitad de una investigación. A lo largo de su carrera había oído historias parecidas que, por lo general, no pasaban de simples rumores que nadie era capaz de confirmar o desmentir. Pero jamás se había encontrado con un caso real en el que, en plena investigación, alguien tratara de robar material. Expoliar objetos en una excavación no oficial ya suponía más que una condena definitiva para la carrera de cualquier investigador, además de renunciar a todos los principios y motivaciones. Pero hacerlo durante una investigación era, directamente, un suicidio profesional.

—Pero... —quiso protestar.

—Sí, sé que suena absurdo e increíble —la interrumpió Alfonso, impidiendo que expresara en voz alta todas sus dudas—, pero yo mismo sorprendí a Luí Guzmán con los manuscritos a la salida de la universidad, a punto de subir a su coche.

Aquella información era más de lo que podía asimilar en tan poco tiempo. Uno de los más prestigiosos antropólogos del país robando un manuscrito inédito era algo que se negaba a creer. Aunque tampoco podía imaginar a su amigo inventando una historia parecida. Se recostó en su silla, derrotada, dispuesta a escuchar el resto de la historia.

—Después empezaron los cruces de acusaciones —continuó Alfonso, con la voz llena de desánimo—. Supongo que la culpa de que la situación se volviera insostenible fue mía, no presté atención a las discusiones entre ellos, pensé que era lo mismo de siempre, todos querían llevarse el mérito. —Sonrió sin ganas, mirándola en busca de comprensión, y ella asintió—. No me di cuenta de hasta qué punto podían llegar las rencillas y jamás pensé...

—Recuperasteis los manuscritos —lo interrumpió Luz, animándolo a continuar.

—Sí y reduje el equipo académico. Permanecieron, con sus respectivos equipos, Anabel Ruiz, Marcos Vicente y Marta Navarro. Yo asumí la dirección en solitario y me ocupé de coordinar el proyecto y el trabajo con el equipo forense y el resto de especialistas de la universidad, que nos apoyaban en lo necesario.

—Y entonces desapareció Anabel.

—Exacto —asintió Alfonso—. Aunque, en realidad, antes de eso Marta abandonó el proyecto. No me dio una verdadera explicación y tampoco quise presionarla. Lo cierto es que en ese momento prefería que el equipo fuera lo más reducido posible, aunque la especialización en historia del arte de Marta era de mucha utilidad, y también su equipo de colaboradores. Ahora prácticamente todo el equipo técnico es de la Universidad de Salamanca, aunque eso supone también una mayor comodidad. Sea como sea, pienso que tal vez hubiera podido recibir algún tipo de amenaza para que abandonara, aunque ella lo ha negado una y otra vez en cada ocasión que ha

hablado conmigo o con la policía.

Alfonso le explicó los detalles de la desaparición de Anabel y lo que sabía de la investigación policial, aunque, en realidad, no había mucho que contar. Desapareció con todas sus cosas, incluidas sus notas, por lo que en un principio se había descartado que se tratara de un secuestro, aunque la policía seguía manteniendo abiertas todas las líneas de investigación. Ahora que conocía toda la historia no le extrañó que Alfonso no hubiera querido darle detalles por teléfono o que el equipo hubiera bromeado con la idea de que la cripta estuviera maldita. Realmente, si ella lo considerara posible, pensaría que esa investigación estaba condenada de alguna manera al fracaso. Pero no sólo no podía concebir una idea así, sino que ese fugaz pensamiento automáticamente aumentó su curiosidad y las ganas de empezar a trabajar. Quería ver de una vez todos los hallazgos sobre los que había leído y Alfonso pareció leerlo en su mirada.

—Ya conoces la parte mala de este proyecto —dijo él, con una gran sonrisa que borró el rastro de todas las malas sensaciones que instantes antes se reflejaban en su rostro—. ¿Qué tal si por fin te muestro la parte buena?

## Capítulo II

**L**A ciudad estaba prácticamente desierta. Eran las cinco de la tarde y el calor era casi insoportable. Luz caminaba junto a Alfonso que contaba, pausadamente, una vieja leyenda sobre la Casa de las Muertes que atribuía el nombre del palacio a una truculenta historia de celos e infidelidades del siglo XVI. Según esa historia todos los habitantes de la casa habían sido asesinados en su interior, mientras dormían, y el despechado agresor se había suicidado en aquel mismo lugar al tomar consciencia de su crimen. Sus palabras se fundían con la imagen de los edificios que formaban las callejas del centro histórico de Salamanca, creando una extraña atmósfera, que se intensificaba con el nerviosismo y el deleite por la anticipación que habían crecido en el interior de Luz. Cuando al fin se detuvieron ante el histórico palacio, no pudo contener una risa nerviosa. Observó la fachada y sintió un cosquilleo en su interior al detener su mirada en una de las calaveras talladas en las ménsulas de las ventanas, y que, según otras versiones de la historia, habían dado nombre al edificio. Divertida, dedicó una sonrisa a las tétricas figuras de piedra.

La construcción era hermosa, sobria y elegante, rodeada de fábulas y misterio. Trató de contener la alteración casi infantil que sentía por su primera visita a aquella casa y a la cripta que ocultaba. Una mujer rubia, de mediana edad, abrió la puerta y los invitó a entrar. Alfonso y ella hablaron unos minutos, pero Luz no prestó ninguna atención a sus comentarios y se quedó absorta observando los detalles de la construcción original. La decoración deslucía el conjunto, y los propietarios parecían tener toda la intención de que así fuera. Pero había demasiada historia en aquellas paredes para que algunos muebles, demasiado caros y de pésimo gusto, bastasen para distraer su atención mientras observaba cada detalle, cada pequeña marca en paredes y techo, como si fuera algo digno de ser venerado. Un discreto codazo de Alfonso llamó su atención y ella se esforzó en mostrar una de sus mejores sonrisas ensayadas.

—Ella es Luz Martín, la especialista que te comenté. —Alfonso miró a Luz para comprobar si realmente estaba prestando atención antes de continuar hablando—. Rosario está cuidando de la casa mientras duran las obras —explicó.

—Encantada —saludó, tendiendo la mano a la mujer, pero ella no respondió a su saludo y se limitó a mirarla con severidad.

—Bien, será mejor que bajemos ya. Gracias Rosario —intervino Alfonso, tratando de romper la incomodidad del momento con una enorme sonrisa, pero la mujer tampoco respondió a su gesto de amabilidad.

La mujer se retiró sin decir palabra, claramente enojada por algo que Luz no entendía, pero que tampoco le importaba. Alfonso abrió una puerta oculta en un

rincón del vestíbulo, que bien podría haber sido la de una antigua alacena, y que daba acceso a una escalera angosta y mal iluminada. Bajó detrás de él los peldaños que conducían a un sótano, aún más oscuro, y que olía intensamente a polvo y a algo más que no supo identificar. Deslizó una mano por la pared mientras caminaba en silencio y dejó que la emoción la embargara. Alfonso se detuvo ante ella para tomar dos cables del suelo y conectarlos entre sí. Inmediatamente una hilera de bombillas iluminó un estrecho pasillo a su derecha.

—Es aquí —indicó él, invitándola a pasar con un gesto exageradamente ceremonioso.

Luz lo miró fijamente un instante antes de tomar aire y adentrarse en el pasadizo. El olor que se mezclaba con el polvo era aún más intenso allí, denso y penetrante, y le recordó al olor del interior de algunas iglesias antiguas, cera e incienso mezclados con una salada humedad. Se detuvo para comprobar que Alfonso la seguía antes de continuar recorriendo el pasillo, que era cada vez más estrecho y bajo, obligándola a agacharse levemente cada cinco pasos para no golpearse con las bombillas que colgaban precariamente del techo, unidas entre sí por un largo cable. Al fondo distinguió una pequeña escalera y una pared de sillar que indicaba claramente que el corredor no llevaba a ningún lugar. Pero al bajar los escalones se sorprendió al ver a su derecha un enorme agujero abierto en la pared. Se detuvo ante la abertura y observó, con asombro, que estaba rodeada por extrañas hendiduras en el sillar, formando una intrincada y hermosa cenefa. Esas formas talladas en la pared debían de haber decorado el contorno de una desaparecida puerta, y sospechó que, seguramente, podrían haber tenido otra función más allá de la meramente estética. Inspiró profundamente antes de dedicarle a Alfonso una mirada cómplice y se adentró en la sala abierta ante ella.

No pudo disimular su asombro por lo que encontró en el interior. La sala estaba menos iluminada que el pasillo de acceso, pero lo suficiente para comprobar que el lugar era extraordinario, y posiblemente anterior a la construcción del palacio plateresco. Altos techos abovedados se apoyaban sobre enormes y sobrios pilares octogonales, rodeados por toscas abrazaderas de hierro que sostenían antiguas antorchas. La enorme cámara estaba vacía, todos los objetos que encontraron en su interior habían sido ya trasladados a la universidad para su estudio, pero, aún desnudo, el lugar era impresionante. Recorrió con la mirada atentamente la sala, que, pensó, debía de contar con algún tipo de ventilación ya que el ambiente en su interior era menos cargado que en el corredor por el que habían accedido a ella. Tal vez, incluso, pudiera haber otra entrada independiente, pensó, o quizás un acceso desde el exterior, aunque nada en las altas paredes delata su existencia. De pronto, dos enormes focos se encendieron detrás de ella. Su respiración se entrecortó cuando la potente iluminación reveló que las marcas en el sillar, que había observado en el



acceso a la cripta, se extendían también a lo largo las paredes de la sala, como una intrincada guirnalda, para terminar rodeando el tosco agujero de acceso también en su interior. Fuera cual fuera la intención de aquellas marcas sin lugar a dudas su función estaba más allá de la puramente decorativa.

La mujer parecía disfrutar como un niño que se encuentra con la nieve por primera vez. Ángel la observaba, encantado con sus gestos y la expresión que mostraba su rostro. Sus emociones eran confusas, pero no quería arriesgarse de nuevo a rastrear su alma después de lo ocurrido en el restaurante del hotel. Simplemente, esperaba, apoyado en la pared, junto a la antigua puerta de acceso a la cripta, arrogante y orgulloso de poder acercarse a las marcas sagradas que durante tanto tiempo lo habían mantenido alejado del lugar. Si fuera posible que su espíritu albergara deseo alguno, hubiera querido que Gabriel lo viera allí, su etéreo ser posado exactamente sobre los elaborados dibujos que habían sellado la habitación, manteniéndolo alejado durante más de cinco siglos. Se habría puesto frenética. Desde su insolente posición, observaba atentamente a Luz, inquieto ante la idea de que ella entrara en la cripta. Apartó ese estúpido pensamiento de su mente y se concentró en sus movimientos cuando la vio detenerse un instante ante la tosca entrada, con una nueva expresión en la mirada, que no supo identificar. Estaba muy cerca de él, pero no podía verlo. Ni tocarlo, pensó, y una extraña amargura lo invadió cuando ella alargó la mano para acariciar las hendiduras en el sillar. ¿Qué diablos le pasaba a aquella mujer?

Entró en la cripta tras ella, muy cerca, casi tanto como para rozarla, si eso hubiera sido posible. Se detuvo a su espalda y la rodeó con descaro mientras la examinaba, en busca de alguna expresión conocida que lo ayudara a comprender el origen de sus emociones, para acabar frente a ella y observar de nuevo aquellos ojos oscuros que antes casi le habían hecho sentir. Estaban abiertos de par en par, llenos de sorpresa y curiosidad, y no pudo evitar sonreír, arrogante, a pocos milímetros de su rostro, satisfecho por su impresión. «Ella se siente así, no yo», se recordó. Luz caminó y él la siguió, aún más cerca, hasta una de las paredes, y observó como deslizaba los dedos lentamente, casi con solemnidad, sobre los grabados del antiguo sello sagrado, e imitó su gesto. Acarició el sillar junto a ella, siguiendo los movimientos de su mano, y un nuevo tropel de emociones lo inundaron. Eran leves y rápidas, y quiso poder sentir lástima por aquella mujer que parecía incapaz de sentir como cualquier otro humano, más allá del enorme dolor que albergaba su alma. Pero, aún así, era evidente que en ese momento ella estaba disfrutando, y él se olvidó de las emociones de la mujer para centrarse en su propia satisfacción por estar, de nuevo, en el interior de la cripta, acariciando aquellas marcas en las paredes, ya sin poder en su contra. Quién iba a pensar que también protegerían el maldito manuscrito.

El sello sagrado en el documento lo había complicado todo. Y seguía haciéndolo.

Cuando aquel obrero torpemente había picado en el lugar equivocado y había roto el sello con el que Gabriel siglos atrás había protegido la cripta, él inmediatamente había sentido el alivio de la liberación en lo más hondo de su condenado ser. Había sido tan placentero que no se había dado cuenta de que aún quedaba otra losa, otra cadena, sobre su espíritu. Había sido fácil llegar hasta la cripta, convencer de cualquier cosa a algunos humanos avariciosos no suponía nunca una complicación. Una vez dentro, los siglos se habían difuminado en su mente al reconocer el cofre en el que una noche, ya demasiado lejana, había encerrado el documento. Y, después, la nada. Una enorme descarga eléctrica lo había transportado al peor momento de su existencia y había provocado que desatara un intenso poder del que no fue consciente. Así como tampoco de sus consecuencias, ni del estruendo que había causado la caída de uno de los muros del viejo sótano de la casa por la embestida de su energía. Simplemente, había desaparecido en el abismo. Y tardó cinco días en ser capaz de regresar.

Apartó los molestos recuerdos para dedicarle de nuevo a Luz toda su atención. Ella era ahora la posible solución a los inconvenientes que habían entorpecido sus planes y, por lo tanto, su principal preocupación. Y en aquel momento, ella se había agachado junto a él, mostrando una nueva expresión en su mirada, crítica y analítica. Comprendió que la concentración de la mujer era absoluta y, de pronto, sintió una enorme oleada de orgullo. Lo saboreó, deleitándose en la emoción que más le satisfacía, y observó cómo ella, con un gesto mecánico y elegante, recogía su melena y dejaba a la vista el maldito tatuaje maorí. La antigua curiosidad lo invadió de nuevo y se inclinó sobre ella para ver de cerca el trazo perfecto de las líneas, mientras ella extendía una mano hacia el profesor, de quién él se había olvidado por completo. Continuó ignorando a Alfonso, absorto en el dibujo sobre la espalda de Luz.

—Hermoso, pero inútil —concluyó, como si ella pudiera oírlo.

Era evidente que aquellos trazos no tenían ningún poder sobre él. No eran como los jodidos dibujos de Gabriel, sino no estaría tan cerca de ella. No podría. Lo embargó una nueva oleada de alguna emoción que no identificó, y se descubrió acariciando el cuello de la mujer, trazando suavemente con sus etéreos dedos las finas líneas negras y sintiendo una extraña corriente en su interior. El cuerpo de Luz se estremeció por el contacto, que de ninguna manera había podido sentir, aunque, asombrado, él saltó instintivamente hacia atrás, golpeando con violencia una columna y haciendo caer la abrazadera que la rodeaba.

Luz y Alfonso se giraron, sobresaltados por el golpe del pesado cilindro metálico y la vieja tea en el suelo, y los ojos negros de Luz volvieron a atraparlo en su interior, igual que había ocurrido en el restaurante.

—No ha podido sentirme.

Ángel habló pausadamente para sí mismo, mientras se incorporaba con igual

lentitud, y se acercaba de nuevo a Luz, que continuaba mirándolo.

—No puedes sentirme —dijo, ya directamente a la mujer, separando cada palabra, con la mirada fija en sus ojos, y deseando de nuevo poder sentir algún tipo de emoción, sin saber cuál.

Deseaba con todas sus fuerzas sentir algo, que su ser condenado se estremeciera con sus propios sentimientos. Pero parecía incapaz de identificar la emoción que extrañaba, y se sorprendió al notar el anhelo que fluía de aquella mujer que mantenía la mirada en él, sin poder verlo. Caminó hacia Luz, casi inconscientemente, sin apartar los ojos de los suyos, dejándose atrapar por su oscuridad. Se paró frente a ella, demasiado cerca, a pesar de que algo en él le indicara que seguía habiendo demasiada distancia entre ambos. Vio su reflejo en sus pupilas, el intenso verde de sus ojos atrapado en la oscuridad de los ojos de Luz, y sintió cómo ella se estremecía de nuevo. Oyó, sin prestar atención, que el profesor, de pie aún junto a ellos, la llamaba, pero ella no se movió, como si no lo hubiera escuchado. Y él sonrió por ello, a la vez que acortaba aún más la distancia entre ambos, hasta llegar a absorber su aliento y probar el sabor de la mujer que continuaba sosteniéndole la mirada, desafiante. Ya no había nada que evitar. Estaba inmerso en la oscuridad de sus ojos, por segunda vez en un mismo día, se reprochó. Pero, ahora, podía volver a intentar tocar su alma, tan diferente a las demás.

Sin dudar, dejó que todas las emociones de Luz lo embargaran. Al principio fueron débiles fognazos de incredulidad e incertidumbre. Curiosidad después. Y, enseguida, como si fuera demasiado reciente, otra vez aquel intenso dolor, la rabia y la ira. Si no hubiera estado tan concentrado, podría haber dejado que las emociones se fueran igual que habían llegado a él, pero no lo hizo. Se encontró aferrándose a ellas, como si fueran propias, y las sostuvo casi con desesperación. Pero Alfonso cogió a Luz por un brazo, rompiendo la conexión que los había unido durante un momento, y Ángel pensó que podría dirigir hacia el insolente profesor que lo había interrumpido todo el odio que había en su interior. «El odio de Luz, no el mío», se recordó, desconcertado por sus propios pensamientos.

Luz notó su cuerpo empapado en sudor y un escalofrío que la recorría de arriba a abajo. Aún sostenía la bolsita de plástico que Alfonso le había dado, y en la que había metido un pedazo de piedra desprendido del muro, parcialmente decorado con los extraños dibujos que decoraban la sala. Sintió que iba a desmayarse cuando se apoyó en Alfonso, que le tendía un brazo, asustado. No sabía qué acababa de pasarle, sólo recordaba una corriente eléctrica recorriéndola, seguida del estruendo del metal contra el suelo. Después, el tiempo parecía haberse detenido, y su mente había viajado hasta un lugar remoto y oscuro, a la vez que había sentido un intenso dolor. Aunque no era su dolor, de eso estaba segura. Era mayor, insoportable, y ajeno a ella.

Acto seguido, llegó el deseo. Irrefrenable. Pero no sabía de qué. Su estómago se contrajo y se obligó a dejar de pensar, convenciéndose de que sólo se había mareado. Nada más. Se obligó a creer su propia afirmación, mientras se repetía que el calor y el ambiente sobrecargado de la cripta le habían jugado una mala pasada.

—Sí, sí. No es nada —respondió distraída a Alfonso, que le preguntaba insistentemente si se encontraba bien.

—Estás pálida, Luz. Más de lo habitual —dijo él, serio y preocupado, y ella quiso sonreírle, sin demasiado éxito.

—Sólo me he mareado. Estoy bien.

Sus respuestas eran automáticas y poco convincentes. Lo sabía, pero no se molestó en fingir, no hubiera servido de nada. Alfonso hablaba por los dos, comentando algo sobre el calor, los desmayos y las bajadas de tensión, mientras la ayudaba a salir de la cripta. Ella no lo escuchaba, simplemente se dejaba guiar hacia el exterior y trataba de explicarse lo que había ocurrido. Salieron de la Casa de las Muertes e, inconscientemente, le lanzó una mirada a una de las calaveras de la fachada. En esta ocasión no sonrió.

—Te llevaré al hotel —dijo Alfonso, claramente poco dispuesto a negociar, pero ella tampoco lo estaba.

—No —protestó con convicción, y su negación fue más rotunda de lo que pretendía—. Quiero ver los objetos.

—Ni hablar, necesitas descansar.

—Llevo trece meses descansando —dijo, sin ninguna piedad hacia sí misma, mientras clavaba los ojos en los de Alfonso, que, por un instante, pareció no saber cómo reaccionar.

—No, Luz —respondió él finalmente, mientras la obligaba a caminar—. Llevas trece meses de luto.

Ella no contestó. Se limitó a mirarlo fijamente, en silencio. Sabía perfectamente que Alfonso era de las pocas personas que no tendría ningún tipo de inconveniente en criticar su estúpido comportamiento, ni en recordarle por qué se encontraba perdida y vacía, o cuál era la causa de su dolor. Pero también sabía que sería incapaz de negarse a concederle casi cualquier cosa que ella le pidiera, por descabellada que pudiera parecer. Dejó que la guiara del brazo por las calles de Salamanca mientras se recuperaba, y lo obsequió con una enorme sonrisa cuando se detuvieron frente a la universidad.

—Es hermosa —susurró, observando el edificio.

—Deberías estar descansando y lo sabes. —La voz de Alfonso no reflejó el reproche que había en sus palabras y ella le sonrió, insolente.

—Aunque yo estuviera cansada como crees, sigue siendo hermosa.

—Lo es —concedió él—. Y no creo que estés cansada. Lo estás.

—Vamos.

Luz comenzó a caminar, tirando del brazo de su amigo.

—No tienes remedio.

Alfonso suspiró, resignado, cediendo a su petición, y la guió por el interior del edificio.

Los pasillos de la universidad estaban vacíos y trató de imaginarse, sin conseguirlo, el movimiento en ellos durante los meses lectivos. Aquel lugar parecía haber sido hecho para estar en calma, aunque ella sabía que la mayor parte del año sucedía todo lo contrario. El Departamento de Historia que dirigía Alfonso también estaba vacío y no pudo evitar agradecerlo en silencio. Quería poder analizar con tranquilidad los objetos que Alfonso le había descrito, sin perder tiempo con absurdas presentaciones o comentarios de bienvenida.

Sobre una gran mesa reconoció una colección de artículos antiguos y no esperó a que Alfonso se lo indicara para acercarse a contemplarlos. Sus descripciones eran detalladas y exactas, pero parecían pobres al compararlas con los objetos a los que hacían referencia. Luz quiso examinarlos uno a uno, deteniéndose en cada pequeño detalle, pero un cofre rectangular de madera y bellamente tallado llamó su atención, destrozando su propósito. La madera, aunque oscurecida por los años, estaba en perfecto estado y la decoraban intrincadas formas que se entrecruzaban formando dibujos de enorme belleza, que le resultaron vagamente familiares. Un cierre metálico, con un diseño igualmente soberbio y complicado, le daba a aquella pieza un aire de misterio. Sonrió, sin apartar la vista del cofre, mientras tomaba los guantes de algodón que Alfonso sostenía frente a ella. Se imaginó su expresión de paciente resignación, y le dedicó una fugaz sonrisa mientras enfundaba las manos, antes de devolver toda su atención a la caja que quería examinar detalladamente. Repasó con los dedos los diseños tallados en la madera y se maravilló con la suavidad del cincelado, que evidenciaba que aquel pequeño arcón había sido realizado con suma delicadeza. Se detuvo en el refinado cierre metálico, y se sorprendió al reconocer en él los mismos trazos que decoraban las paredes de la cripta. Miró con rostro inquisitivo a Alfonso, que la observaba en silencio, y abrió el baúl, encontrándolo vacío. Acarició la tela de su interior y se convenció de que, sin duda, lo que fuera que se hubiera guardado allí era valioso. O, al menos, lo había sido para su propietario.

—Aquí está lo que buscas —dijo Alfonso, llamando su atención y señalando una mesa frente a él.

Sobre el escritorio había un legajo antiguo, pero bien conservado. Luz reconoció al instante la cenefa que rodeaba la primera de las páginas. Se trataba del mismo diseño que había sido tallado en la piedra de la cripta y en el cierre del cofre que había contenido, durante al menos tres siglos, aquel manuscrito. Ya no tenía ningún tipo de duda de que esos símbolos iban más allá de la pura función estética, y su

mente empezó a jugar con posibilidades que iban desde la mera superstición hasta la decoración ritual. Observó la página superior en la que, con antigua y delicada caligrafía, se advertía al lector sobre el contenido del manuscrito.

*«Cuídese de los secretos del Infierno aquel que su alma inmortal a bien estime».*

Luz acarició las palabras, dibujándolas con un dedo protegido por los guantes, disfrutando del instante antes de enfrentarse al reto que le proponía aquel viejo legajo. De pronto, se sintió terriblemente cansada, exhausta. Tomó aire, lentamente, tratando de recuperar fuerzas, pero no sintió ningún alivio. Tal vez Alfonso estaba en lo cierto y necesitaba descansar, aunque su curiosidad era demasiado grande en ese momento para que pudiera detenerse y renunciar a observar en aquel mismo instante el relato que tenía delante. Intentó recomponerse para que su amigo no notara su malestar y la arrastrara hasta la habitación de su hotel antes de haber examinado el manuscrito.

Pasó la primera página, que le pareció absurdamente pesada, y observó lo que bien podría haber sido la portada del documento. La caligrafía era igualmente delicada, pero, sin lugar a dudas, distinta a la anterior. Aquellos trazos no pertenecían a la misma mano, eran más agudos y estirados, más violentos, aunque igualmente elegantes y elaborados. Sobre el papel había sólo dos palabras, una expresión que conocía perfectamente y que, de inmediato, hizo que una sonrisa apareciera en su rostro.

—*Non serviam* —leyó en voz alta.

El espíritu de Ángel se estremeció al escuchar sus propias palabras en boca de Luz, pero enseguida quiso detener aquel molesto pensamiento, incluso antes de que se formara por completo en su mente. «No son mis palabras. Sólo es el ridículo resumen que hizo el vencedor de una conversación mucho más larga. La historia nunca la cuentan los vencidos», pensó, resignado. Aunque, con el tiempo, aquella frase hecha le había resultado mucho más útil de lo que jamás hubiera podido imaginar. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, algo se había movido en su interior, y se maldijo por ello, mientras mantenía su vista fija en Luz, deseando poder ser él mismo quién sostuviera en sus manos el manuscrito.

Ella parecía ajena a todo, completamente recuperada, y fascinada con los viejos papeles que tenía entre manos. Él sabía que había notado su presencia en la cripta. Aunque no tuviera ni la más remota idea de cuál había sido la causa, y ella misma le hubiera negado al profesor que algo que no podía explicar le había ocurrido.

Ángel había seguido a la pareja hasta el exterior de la casa y después, de mala gana, por los callejones de la ciudad, esperando que ella comentara lo extraña que se había sentido. Pero no había dicho absolutamente nada. Ni una sola palabra. Había estado molesto ante la evidencia de que Luz parecía ser capaz de notarlo. Aunque su mal humor bien podría haberse debido a la forma en que el profesor la había mantenido agarrada durante todo el camino, cuando no había habido necesidad. Era evidente que ella estaba bien y podría haber caminado por sí misma sin que nadie la sostuviera. Ella era fuerte. No obstante, todo su enfado se había esfumado cuando había visto de nuevo aquella expresión experta en los ojos negros de Luz, repasando cada detalle del arca. Y se había sorprendido sonriendo cuando un nuevo brillo había iluminado fugazmente su mirada al descubrir los malditos trazos de Gabriel en el cofre. Después, ella se había centrado en su manuscrito con ojos inquisitivos, cuestionando cada detalle, observando cada trazo, cada palabra, sin dejar entrever ningún gesto que delatara nada de lo ocurrido.

Se situó justo detrás de ella, esforzándose en recordar que no debía tocarla. Nunca había tenido que pensar en no tocar a un humano, aunque, hasta entonces, tampoco nunca lo había deseado. Leyó junto a ella sus palabras. Era evidente que cinco siglos atrás su estilo era demasiado afectado y algo exagerado, pensó, y se rió de sí mismo, esperando, absurdamente, que Luz también se riera. No lo hizo. Apartó su atención de las palabras, que sabía de memoria, y se fijó en la expresión de su rostro, que reflejaba una nueva emoción. Una que hasta entonces no había percibido, y quiso sentir culpa al sorprenderse por no reconocerla. Pero él no sentía nada en ese momento, igual que en los últimos trescientos años, y se preguntó qué clase de sentimiento era el que había crecido en el interior de Luz y si debería arriesgarse a descubrirlo. Advirtió, justo a tiempo, que había bajado la guardia, y vio su mano junto al rostro de Luz, dispuesta a apartar de su cara un mechón de pelo que había escapado de su improvisado recogido. «Mierda». No tenía ni idea de qué estaba haciendo ni por qué y, rápidamente, se apartó de ella, lo justo para evitar otro error, aunque quedándose lo suficientemente cerca para poder sentir el calor que desprendía su cuerpo. Y se dejó llevar hasta que se descubrió inmerso, de nuevo, en el alma de Luz, y se perdió en las emociones que ella sentía al leer su relato. Esta vez no había necesitado concentrarse para llegar a ella, ni siquiera había necesitado pensar en hacerlo. Simplemente lo había hecho, y si en aquel momento hubiera podido volver a sentir, no habría conocido ninguna expresión para describir la emoción que lo habría llenado.

Luz examinó con atención el manuscrito, fijándose en los pequeños detalles, en la coloración del papel y su textura, en la tinta, en los leves errores en la escritura, o en los desperfectos causados por el paso del tiempo. Después, se concentró en su lectura,

y se sorprendió sintiendo un torbellino de emociones. El relato era hermoso. Una historia triste, pero igualmente bella. Había sido escrita con maestría y, sin duda, por alguien con un enorme talento literario, una mayor inventiva y, sobre todo, sin miedo a una condena. Quién en su sano juicio escribiría en la España del siglo XV o del XVI una historia en nombre del Diablo. Lo sorprendente no era que aquel manuscrito hubiera permanecido oculto durante todo ese tiempo, sino que no lo hubieran quemado, junto a su autor, en la plaza pública.

El relato, tal y como le había indicado Alfonso, estaba escrito en primera persona, haciendo uso del plural mayestático, y contaba la historia de Lucifer, desde su Creación como ángel hasta su rebelión y condena eterna. En él no había alusión alguna a guerras celestiales ni batallas apocalípticas, nada de lo que hubiera parecido habitual en la literatura religiosa de la época. Aunque aquel texto no podía ser clasificado exactamente como literatura religiosa, su intención no era adoctrinar, infundir temor o amenazar, como era corriente. Más bien, aquel manuscrito era una mera descripción de hechos desde un punto de vista poco usual. Lucifer describía el cielo, el Paraíso, decía el texto, la Creación de los distintos coros de ángeles, primero, y del universo material, después. Hablaba de su propia existencia en el Paraíso, de sus pensamientos e inquietudes, de su relación con el resto de ángeles, a los que se refería como a hermanos, y con su Padre, al que en ningún lugar llamaba Dios.

Luz leía, absorta en la belleza del relato, pero también en la propia historia, contada con extremo detalle. Se había olvidado por completo de la presencia de Alfonso, de dónde estaba, e incluso de sus propias preocupaciones. Toda ella era absoluta concentración y sus sentidos estaban plenamente dedicados al texto que estaba examinando.

Aquel Lucifer literario contaba con minuciosidad las siguientes etapas de la Creación, tan distintas de las versiones bíblicas, hasta llegar a la creación del hombre. Y entonces la historia se precipitaba. Se asombró con las increíbles descripciones del autor, que bien podría haber pasado por ser el mismísimo Diablo. Sin duda el relato era una obra maestra. Primero describía cómo había codiciado que su Padre compartiera con él su poder, después cómo la envidia hacia la nueva criatura había crecido en el interior del primero de todos los ángeles, y cómo, posteriormente, esa envidia había dado paso a la curiosidad, seguida del amor y finalmente de la decepción. Aquel texto parecía querer hacer frente a todo lo que Luz creía saber sobre la mitología religiosa. El Lucifer de aquella narración bien podría haber sido una nueva reinvención del Prometeo griego, aunque no era extraño encontrar relaciones y similitudes entre ambos mitos, nunca se daban de una manera tan exacta, tan íntima. En el manuscrito, Lucifer explicaba cómo se enfrentó a su Padre por no compartir su poder, en primer lugar, y por negar a los hombres lo que creía que les pertenecía, después. Los impulsos y actos del protagonista de la narración poco o nada tenían que



ver con la envidia que se le atribuía habitualmente a Lucifer, sino con un acto de rebeldía en defensa de aquello en lo que creía. La historia explicaba cómo el ángel más bello, finalmente, había cometido el que Luz pensó que debía de ser el peor de los pecados, retirar su amor a su Padre para dárselo a los hombres, desobedecerlo descaradamente, casi burlándose de Él, y, después de todo, regresar para pedir, o más bien para exigir, que se aceptaran sus condiciones. Aunque más que la originalidad del propio relato le llamó la atención el dolor con el que había sido narrado. Cada una de las decisiones de aquel Lucifer, tan diferente del que ella conocía, habían sido tomadas con angustia y pesar, con convicción sobre sus motivaciones y con conocimiento de las consecuencias, pero siempre con la esperanza de que su Padre finalmente comprendiera sus motivos, enumerados una y otra vez.

En el manuscrito se describían tres conflictos con el Creador, el primero, para que compartiera su poder, el segundo, para que concediera a los ángeles libre albedrío, y el tercero y último para que dotara al hombre de conocimiento. Éste era el más detallado y bellamente descrito. El narrador se refería al ser humano como al ser más hermoso de la Creación, y a la vez el más indefenso. Comparaba la vida del hombre con una condena en la eterna oscuridad, describiéndose a sí mismo como el único capaz de iluminar su existencia. Las razones del Padre, en cambio, eran descritas con menos amplitud. No quería compartir su poder, consideraba a los ángeles incapaces de lidiar con la libre elección y al hombre incapaz de manejar la responsabilidad implícita en el conocimiento. Con más detalle se explicaba la prohibición expresa a Lucifer de dotar al ser humano de conocimiento y mostrarle el camino de la sabiduría, y el terrible pesar del ángel por verse obligado a acatar tal orden. Finalmente, la desobediencia de esa única orden era el detonante de la eterna condena que se le impondría. Según el texto, Lucifer no se había enfrentado a Dios por el poder, ni tampoco por querer disponer libremente su voluntad, en cambio, el libre albedrío lo había obtenido, y otorgado a su vez al resto de ángeles, al ser capaz, contra todo lo que parecía posible, de incumplir el mandato de su Padre y regalar al hombre el que él consideraba el más valioso de todos los dones. Esa había sido la ofensa de aquel Lucifer literario, demostrar tener el suficiente poder para romper todas sus ataduras y desafiar al Creador.

A pesar de todo, en aquel texto, no había enfrentamiento. En cambio, el ángel rebelde regresaba junto a su Padre, siendo ya dueño de su propia voluntad y concedor del poder que poseía, con la esperanza de que sus actos hubieran hecho cambiar el punto de vista del Creador, al demostrar que el libre albedrío no había corrompido a los ángeles ni el conocimiento al hombre. Aun así, el ángel más bello de todos había encontrado a su Padre triste y decepcionado, convencido de que los que él consideraba dones, eran en realidad una condena para el hombre y un tormento para los ángeles. Lucifer no había entendido sus razones y se había rebelado en su

contra, lleno de ira y de rabia, provocando a su vez la ira del Creador, que le exigió que se arrodillara ante él, como muestra de su arrepentimiento y disposición para servirle con fidelidad. Y, entonces, según el manuscrito, el ángel había pronunciado las palabras que lo condenarían eternamente: No serviré, decía el texto, en un antiguo castellano.

—*Non serviam* —repitió Luz en voz alta.

En realidad, aquella expresión atribuida a la caída de Lucifer tenía un origen confuso, si bien algunos textos religiosos sí recogían esa fórmula, no se atribuía directamente al ángel caído. Por el contrario, sí que aparecía reiteradamente en textos diversos, de carácter místico o mágico, que narraban la caída de Lucifer o la guerra entre ángeles. Ella misma había defendido durante toda su carrera que, probablemente, aquella expresión latina tenía su origen en la oposición de algunos pueblos al dominio romano y que con posterioridad había sido recogida por los primeros cristianos, variando su significado político por uno religioso, al igual que había ocurrido con tantas otras cuestiones. Eso había sido habitual con las expresiones referidas al Diablo, una figura que en la Biblia podía referirse al mismísimo Nerón o a cualquier otro enemigo de turno. En realidad, ella jamás había imaginado un contexto en la literatura religiosa en el que aquella expresión pudiera haber encajado, pero, sorprendentemente, en aquel texto que tenía ahora entre las manos, lo hacía. No imaginaba otra situación en la que el ángel del conocimiento, el más bello de los ángeles, el primero entre los suyos, hubiera podido escupir aquel par de palabras a pesar de la condena que implicaban. Súbitamente, se sorprendió a sí misma pensando que, de haber ocurrido tal y como narraba el manuscrito, el ángel caído no hubiera hablado en castellano, ni tampoco en latín o en ningún otro idioma conocido, moderno o antiguo, y de pronto, aquella expresión pareció perder todo su poder y romanticismo. Se rió de sí misma por la ridícula idea y se concentró de nuevo en el texto que tenía delante.

La historia continuaba narrando la caída de Lucifer, desposeído de su nombre, de sus alas, que eran el principal atributo de su belleza, y de lo más importante, la Gracia y el amor de Dios. La descripción de la escena era terrible y expresaba con gran belleza el dolor que sentía aquel ser de luz condenado a vagar por siempre entre tinieblas. Aunque en las siguientes páginas el tono de la narración cambiaba radicalmente y todo el dolor descrito parecía haber sido sustituido por el mayor de los odios. Sin normas que acatar ni propósito alguno para su existencia, el narrador, que ahora se refería a sí mismo como el Príncipe de Este Mundo, describía su vida en la tierra donde observaba como el hombre, al que un día había amado hasta el punto de condenarse por él, desperdiciaba el don que le había otorgado. Al mismo tiempo se veía forzado a gobernar sobre aquellos que habían caído junto a él o a los que, por sus actos, les era igualmente privada la Gracia de Dios. El protagonista de la narración

explicaba cómo había superado el dolor y el tormento de su condena durante los primeros mil años, y cómo aquel amor que había sentido por el hombre se había transformado, primero en rencor y luego en rabia, al ver que el ser humano desperdiciaba el don del conocimiento. Finalmente, describía al hombre como un ser vacío y ciego al que, a pesar de todo, quería entregar un último regalo, escrito de su puño y letra.

A partir de ese punto, las más de cincuenta páginas restantes bien podrían haber pasado por ser independientes de aquel texto de no ser por la continuidad que les otorgaba la caligrafía. En ellas se describía el orden del universo y se enumeraban, según la expresión del propio texto, las claves de la Creación y de la existencia. Era un texto críptico, casi indescifrable, plagado de símbolos, fórmulas, dibujos, sellos supuestamente mágicos y extrañas expresiones. El narrador describía el tiempo, del que diferenciaba el natural del *aevum*, o el tiempo antiguo, previo a la creación del espacio, también descrito en los tratados de teología como el resultante de la sucesión de actos del pensamiento. Por su parte, el espacio era dividido entre natural, etéreo y sustancial. En ese último se englobaba la forma, de la que el texto aseguraba que podía llegar a ser manipulada por los hombres, con el conocimiento adecuado y que, aparentemente, se encontraba expresado entre los signos y símbolos ininteligibles que acompañaban al texto, al igual que muchos otros supuestos conocimientos revelados.

Posteriormente, el narrador se refería a lo que denominaba la vida de las almas, y explicaba que empezaba con la Creación en el cielo y seguía con la vida natural en el mundo, que no era más que un estadio intermedio, en el que se decidía su destino. Así, según sus actos en la tierra, las almas podían ascender al Cielo y participar de la Gracia de Dios en la medida que les correspondiera. Aunque también podían ser condenadas a permanecer en la tierra o bien hasta haber sido purgadas o bien por toda la eternidad, convirtiéndose en este último caso en demonios, según la gravedad de sus pecados. El manuscrito continuaba describiendo el Infierno, no como un lugar sino, coincidiendo con los teólogos modernos, como un estado, el del sufrimiento perpetuo en el que se encontraban todos los condenados y, en especial, el del primero de ellos, que los gobernaba como parte de su propia condena. De esta manera, bajo su gobierno, Lucifer diferenciaba entre ángeles privados de la Gracia de Dios, a los que denominaba diablos, y que dividía entre caídos y grigoris, almas condenadas, a las que llamaba demonios, y almas en redención.

Luz siguió leyendo la clasificación, digna de cualquier grimorio medieval, en la que se enumeraba a algunos de los principales ángeles caídos y sus posiciones en el Infierno, aunque no dejaba de pensar en la diferenciación anterior entre los tipos de ángeles. Era evidente que la mención de los grigoris aludía directamente al apócrifo Libro de Enoch y la caída de los ángeles o vigilantes que se habían unido con humanos, incluso llegando a engendrar monstruosos hijos en forma de gigantes. No

era una historia en absoluto nueva o desconocida, pero no recordaba ningún texto en el que se diferenciara tan claramente entre los distintos tipos de ángeles caídos en desgracia. De cualquier modo, y a pesar de todas las diferencias, las descripciones de todos esos seres eran igualmente detalladas y estaban acompañadas de símbolos y signos que las complementaban.

El texto terminaba, tras varias páginas llenas de símbolos y fórmulas prácticamente indescifrables, con una advertencia del Diablo a quién lo leyera para que utilizara el conocimiento que le había sido dado con sabiduría, pues, decía, de lo contrario el lector se condenaría a una eternidad de sufrimiento en la más terrible oscuridad. Finalmente, en la última página, un hermoso sello a modo de firma atribuía la historia a su protagonista. No le costó reconocer aquel símbolo como una de las supuestas firmas del Ángel Caído, según algunos grimorios que coincidían, aproximadamente, con la misma época en la que debía de haber sido redactado el manuscrito que tenía entre sus manos. Aún así, tanto el tono de la narración, como los numerosos detalles de la supuesta historia del Diablo, alejaban aquel legajo de cualquier tratado mágico medieval, no sólo de aquella época, sino también de las posteriores.

Luz se sorprendió de haberse abstraído tanto durante la lectura del relato, imaginando las situaciones que narraba y descubriéndose a sí misma sintiendo la misma rabia y dolor que expresaba el protagonista de la historia. Jamás se había dejado llevar por una narración de ese modo, hasta el punto de perder la conciencia de sí misma. Se sentía extraña y una corriente eléctrica recorría todo su cuerpo. Tomó una gran bocanada de aire para tratar de aliviar la incomodidad que sentía, antes de colocar en su lugar las páginas que acaba de leer, moviéndolas una a una y con sumo cuidado. Acarició de nuevo la primera página, con una caligrafía tan distinta al resto del manuscrito, y, al hacerlo, una nueva sensación descendió por su cuerpo. Se sintió repentinamente vacía y confundida, trasladada a un lugar distinto y desconocido. Quiso apartar la mano bruscamente, pero, en su lugar, se dejó invadir por el extraño calor que crecía en su interior.

Ángel no fue consciente de sí mismo hasta que se descubrió recostado en una cama. Estaba en la habitación de Luz y se maldijo por haberse dejado llevar por el alma de la mujer, que dormía ahora intranquila a su lado. Enseguida comprobó que era tan intangible y etéreo como creía, y pensó que en ese momento el alivio y la rabia lo hubieran podido llenar en igual medida. No tenía ni idea de qué diablos estaba haciendo tumbado en esa habitación, ni de qué había estado haciendo hasta aquel momento. Su pensamiento se distrajo observando el rostro de Luz, con los labios entreabiertos, respirando rápidamente, nerviosa. Se obligó a retirar de ella su atención y trató de recordar lo sucedido. No fue fácil, sus propios recuerdos se mezclaban con

los de ella, y se asombró ante la intensidad de la conexión entre ambos.

Recordó cómo la había observado en la universidad mientras ella leía el manuscrito, cómo las imágenes que se habían formado en la mente de Luz al leer sus palabras lo habían transportado a su propio pasado mientras las emociones de ella lo habían llenado, con la misma intensidad que si hubieran sido propias. Había estado absorto en ella, en su alma, pero había creído que mantenía el control de su propio ser mientras ella se fundía en su interior. Era evidente que no había sido así. Resopló y recordó la corriente eléctrica que había estremecido su espíritu, o tal vez el alma de Luz. No lo sabía, ni había manera de averiguarlo. Ella había acariciado los trazos del sello sagrado dibujados en la primera página del manuscrito y todo se había precipitado, confundiendo, mezclándolo con ella, arrojándolo al vacío. Aunque él no recordaba haber tocado el maldito papel. Estaba seguro de no haberlo hecho. Lo último que había querido era perder de nuevo el control de sí mismo, aunque estaba claro que lo había perdido. Tal vez la había estado tocando a ella cuando había acariciado la marca de Gabriel. Pero era imposible. Estaba convencido de no haberla tocado. Recordaba perfectamente el empeño que había puesto en no hacerlo, y, por todos los demonios, que también recordaba el deseo de hacerlo. Se había permitido sentir el alma de Luz, eso era todo, aunque, sin duda, no tendría que haber sido suficiente para que él perdiera el control. Pero había pasado.

Los siguientes recuerdos no eran suyos. O tal vez sí. Era incapaz de saberlo. Luz había regresado al hotel, con Alfonso, que la invitó a cenar. Ella lo había rechazado, recordó, sonriendo arrogante. Había subido a su habitación y se había dejado caer en la cama. Evidentemente, él había hecho lo mismo. Y después no había nada más, ningún recuerdo, ninguna imagen, sólo vacío. Era incapaz de recordar el tiempo que había pasado desde aquel momento, aunque tampoco importaba. De todos modos, se dijo, debía permanecer junto a ella. Luz era la clave para llegar a su manuscrito. Ella podría romper el maldito sello, o encontrar alguna otra forma de que él pudiera obtener al fin lo que quería. Estaba seguro de ello, y no iba a permitirse dejar pasar ninguna otra oportunidad. No podía permitirse más errores. No consentiría una nueva pérdida de control.

## Capítulo III

**L**UZ se despertó con la respiración agitada y el cuerpo sudoroso, sobresaltada aún por las sensaciones extrañas y terribles del sueño que acababa de tener. El recuerdo, aunque reciente, era confuso. Se había visto caer a través de un cielo estrellado mientras se sentía cada vez más vacía, sola y perdida. Las imágenes eran vagas, ambiguas, y se entremezclaban sin sentido. Quiso arrancarlas de su mente mientras se repetía que sólo había sido un sueño. Tardó unos minutos en ubicarse, tras inhalar una larga bocanada de aire y relajarse.

El despertador en la mesilla de noche indicaba que eran las tres de la madrugada, estaba en su habitación de hotel, vestida con la ropa del día anterior, incluso aún llevaba puestos los zapatos, y con la sensación de sufrir una horrible resaca. Aunque sabía que no era así. Recordó la tarde con Alfonso, primero en la Casa de las Muertes y, después, en la universidad, y lo extraña que se había sentido. Todo le resultaba confuso y desconcertante, pero estaba segura de que habían estado trabajando toda la tarde, hasta la hora de la cena, y no había posibilidad de que su malestar fuera la consecuencia de otra borrachera. Alfonso y ella habían estado en la universidad hasta su regreso al hotel. Habían hablado sobre el manuscrito, la originalidad del relato y la posible relación con los demás objetos hallados en la cripta. Seguramente, hubieran seguido especulando sobre ello, trazando un plan de trabajo, hasta altas horas de la madrugada, si ella hubiera podido. Pero se había encontrado francamente mal. A pesar de sus ganas de ponerse a trabajar de inmediato había estado distraída, o incluso ausente, desde que había acabado de leer el manuscrito, y la sensación de malestar había ido empeorando tal y como transcurría la tarde. Alfonso estaba convencido de que todo lo que le ocurría se debía al cansancio por el viaje y creía que debería de haberse tomado aquel primer día libre. Finalmente, no había tenido que esforzarse demasiado para convencerla de que fuera a descansar y dejara el trabajo para el día siguiente.

Recordaba vagamente como se habían despedido en la puerta del hotel y lo aliviada que se había sentido al quedarse a solas. No había querido que Alfonso se diera cuenta de lo mal que se encontraba en realidad, estaba mareada y aturdida, y una extraña corriente eléctrica recorría todo su cuerpo. Al fin sola en su habitación, se había dejado llevar por el malestar. Debía de haberse quedado dormida de inmediato, pensó, y comprobó que la sensación de la tarde anterior no había desaparecido del todo, aunque era ahora mucho más llevadera. Se quedó tendida en la cama, con la mirada perdida en la oscuridad, pensando en por qué se sentía de aquella manera. Lentamente, se fue tranquilizando y una sensación de paz la inundó hasta que fue

quedándose otra vez dormida.

Ángel observó a Luz dormir mientras se preguntaba qué demonios había ocurrido y cómo había ido a parar a su habitación. Era relajante verla dormir, tan sumida en aquel sueño inquieto. Tuvo la tentación de colarse en su pensamiento, averiguar qué la alteraba, pero se reprimió ante la duda de si esa sola concesión podría desencadenar otro desastre como el que había provocado que se encontrara en ese momento recostado sobre su cama. La contempló durante horas hasta que ella lo sobresaltó al despertarse bruscamente, asustada, en mitad de la noche, y trató de tranquilizarla, con mucho cuidado de que ningún contacto con ella pudiera provocar una nueva pérdida de control. En esta ocasión no pasó nada más allá de sus intenciones, y quiso felicitarla por ello, justo antes de darse cuenta de que, realmente, así era como se suponía que debían de ser siempre las cosas. Luz fue calmándose y él se permitió sumirla en un sueño relajado y tranquilo. Era necesario que la mujer descansara bien si quería que se pusiera a trabajar cuanto antes en el manuscrito. Cuando ella por fin pareció dormir plácidamente, Ángel se permitió relajarse y distraerse observando sus delicadas facciones, la suave piel de su rostro, sus largas pestañas, y su respiración lenta y pausada. Siempre había encontrado algo fascinante en el sueño de los humanos. Justo en esas horas en las que la conciencia desaparecía era cuando aquellas criaturas estaban más cerca de su propia naturaleza, y él se entretenía observándolos, a veces mirando indiscretamente en sus mentes, para sorprenderse con lo extraño de sus sueños, o por el simple placer de verlos dormir, ajenos a sus propias existencias. Pensó en el tiempo que había pasado desde la última vez que se había dejado maravillarse por el sueño de un humano, aunque, rápidamente, descartó ese pensamiento al darse cuenta de que la respuesta, como en tantas otras cosas, era un rotundo demasiado.

Se centró en lo que había ocurrido en las últimas horas no sólo una vez, sino tres. Luz parecía estar ligada a él de alguna manera, como si su alma tuviera algún tipo de conexión con él que no comprendía. En toda su existencia jamás le había ocurrido nada similar, y tampoco a ninguno de los suyos, estaba convencido de ello. Podría tratarse de cualquier estupidez, sino fuera por el efecto que había tenido sobre ambos el maldito sello de Gabriel. Recordó cómo el alma de Luz se había fundido casi por completo con su espíritu, y después, sin motivo aparente, el sello los había enviado a ambos al abismo. No era en absoluto algo imposible, pero sabía perfectamente lo difícil que resultaba que un alma humana se abriera de tal modo. Y, más aún que él mismo permitiera tal conexión. Aunque, de hecho, no la había permitido. El alma de Luz había estado totalmente entregada, y él en ningún momento había opuesto resistencia alguna, porque no había sido consciente de lo que estaba ocurriendo. Simplemente, había ocurrido. Resopló. Aún más complicado que eso era que el

juguete sagrado de Gabriel tuviera aquel efecto incluso sin contacto, aunque la sacudida, sin duda, había sido menor. Si hubiera podido habría deseado que la ira creciera en su interior, y, por un segundo, habría podido jurar que así lo hacía, hasta que Luz se giró, junto a él, dándole la espalda y dejando de nuevo el tatuaje de su nuca al descubierto. Por un instante, pensó en la posibilidad de que fuera el maldito símbolo maorí lo que la unía a él, aunque, en realidad, no lo creía. Aquellos símbolos no tenían poder alguno más allá de la fe en ellos de los brujos y chamanes que los realizaban, y de quienes los portaban. En cualquier caso nada capaz de afectarlo a él, a no ser que alguno de los suyos hubiera decidido premiar a aquellos humanos con algún don al respecto. No tenía forma de saberlo, llevaba demasiado tiempo sin preocuparse de esos asuntos, pero, aún así, descartó de inmediato la idea. Ninguno de ellos era tan estúpido como para dotar de poder un símbolo que estaba directamente relacionado con él.

Observó con calma los trazos del tatuaje en la espalda de Luz. Conocía perfectamente aquel símbolo y su significado. Era una prohibición sagrada directa para él. Como si no hubiera suficientes. De todos modos, era la primera vez que veía el dibujo tatuado en la piel de un humano. Era uno de los símbolos más sagrados de aquel pueblo, un simple amuleto de protección, a pesar de su nombre, que ninguno de los grandes brujos se había atrevido a marcar sobre su piel, ni sobre la de nadie. Sonrió con arrogancia, satisfecho con el efecto que causaba en los humanos, y pensó que, aunque alguno de los suyos hubiera otorgado algún poder a los símbolos mágicos maoríes, tampoco habría explicado en absoluto que el alma de Luz estuviera vinculada de modo alguno a él. En todo caso, el maldito tatuaje debería tener el efecto exactamente contrario. Era una protección contra él, no un nexo de unión. De todos modos, no podía evitar preguntarse por qué absurdo motivo los chamanes habían marcado la piel de una extranjera con un símbolo que ni ellos mismos se atrevían a tatuar en la suya propia.

Vio amanecer, absorto en aquellos pensamientos, y ya entrada la mañana siguió a Luz, repitiéndose su intención de no perderla de vista para proteger su manuscrito. Hasta que finalmente flaqueó en su propósito. Pudo soportar las tediosas presentaciones, los saludos hipócritas y vacíos, los besos y abrazos de algunos compañeros que llevaban años sin verla, y que, en realidad, no habrían lamentado que transcurrieran otros tantos hasta volver a encontrarse. Soportó aquello y más, pero de ninguna manera estaba dispuesto a aguantar, de nuevo, a todos los académicos reunidos, junto a técnicos y políticos, regocijándose en sus vanidades y soltando una estupidez tras otra sobre su manuscrito. De todos modos, pensó, nada importante iba a ocurrir en aquella enorme sala en la que el equipo de investigación se había reunido para trazar un plan de trabajo. Y, en todo caso, lo que necesitaba saber sobre la conversación que mantuvieran podía obtenerlo después de la mente de cualquiera de



ellos. Dejó a Luz, que parecía tan incómoda como él mismo habría estado en su situación, trabajando en aquella sala en la que de entre todas las virtudes que faltaban destacaba claramente la humildad, y salió de la universidad.

Ángel siguió pensando en la noche anterior, en cómo había podido perder el control de aquel modo, y en por qué demonios el alma de aquella mujer parecía ligada a él. Trató de repasar sus recuerdos de lo ocurrido y, de pronto, un pensamiento lo asaltó, dejándolo paralizado por un instante. El alma de Luz, más allá de aquel dolor que ya había observado en varias ocasiones, era distinta al resto de almas que había conocido. La había sentido junto a él, fundida en él, se recriminó, aunque la experiencia hubiera sido demasiado confusa para recordarla con exactitud. A pesar de todo, en la sala de reuniones de la universidad en la que la había dejado, había sido evidente esa diferencia. Y él a duras penas había prestado atención. Ella no era como el resto de los académicos que había en aquel lugar, ni como los técnicos, los directivos, los políticos, o el resto de buitres que se frotaban las manos con el hallazgo de la cripta. En realidad, se dijo, no era como ningún humano que hubiera observado con anterioridad. No había en ella vanidad, ni ambición, ni envidia, ni avaricia o soberbia. En ella había, creciendo incluso por encima del dolor que la torturaba, curiosidad. Una curiosidad enorme. Pero ni rastro de los sentimientos oscuros que crecían en el interior de los demás. Se centró en lo que sabía de ella, que era mucho más de lo que pretendía después de haberla sentido como parte de él mismo, y se rió amargamente al pensar en la poca atención que le había otorgado mientras ambos eran arrastrados al abismo por el sello de Gabriel.

Ella había visto sus recuerdos, que no podría recordar o que, de hacerlo, pensaría que no eran más que parte de un extraño sueño, pero él también había visto los suyos, aunque, por supuesto, estaba demasiado inmerso en su propia agonía como para prestarles la debida atención. Ese era el efecto del maldito sello de Gabriel. Una recopilación de los peores momentos de su existencia, revividos uno tras otro hasta la extenuación, recreando en una mezcla perfecta la más terrible de las angustias, y provocándole el peor dolor imaginable. Todo ello en el preciso instante en el que él rozaba cualquier cosa que estuviera protegida o que cualquier ser con poder sobre el sello decidiera ceñirlo contra su espíritu. Había que reconocer el mérito del invento, pensado para tener un efecto devastador sobre él, suficiente como para evitar que hiciera, tocara, o incluso pensara, cualquier cosa que Gabriel se hubiera propuesto. Y para que, de repente, todos se creyeran con derecho a sentirse superiores a él. Una ocurrencia fantástica, capaz de dejarlo inmóvil, retorciéndose en su propia agonía, por tiempo indeterminado.

El efecto del sello sobre Luz había sido prácticamente el mismo, aunque a escala humana. A pesar de que ningún humano debería tener suficientes recuerdos dolorosos para que, de ser posible que el sello sagrado lo afectara accidentalmente, le provocara

un dolor tan intenso. Pero esa mujer había sufrido más de lo que cualquiera consideraría posible. Y aquella experiencia, que aún no se explicaba cómo había podido llegar a suceder, le daba la respuesta que necesitaba: Amor. Sonrió, sarcástico, al comprenderlo. Ella era, sin duda, incluso más brillante que cualquiera de los que se encontraban en la sala de reuniones en la que la había dejado, pero lo era por el mismo motivo por el que nunca alcanzaría los mismos reconocimientos que el resto. Porque el amor podía ser el más poderoso de los sentimientos, capaz de hacer que cualquiera cometiera la mayor de las estupideces, pero, a todas luces, insuficiente para conseguir nada bueno con ello. Para eso, lo había comprobado, era mucho más efectivo cualquier otro sentimiento, y, aún mejor, cualquier intención desprovista por completo de emoción alguna. Pero todo lo que Luz hacía, lo hacía por amor, y ella ni siquiera lo sabía. El amor a su trabajo la hacía ser infinitamente mejor que los demás, pero ese mismo amor la hizo abandonarlo todo por seguir a un hombre. Y ese mismo amor era también la causa de todo el dolor que ahora soportaba su alma. Ángel se rió amargamente de ese pensamiento, que se esfumó al instante cuando reconoció una presencia familiar tras él.

—Hola Miguel —dijo, sin volverse para mirar.

—Hola, hermano.

Miguel se detuvo a su lado, mientras él comprobaba que había vagado por la ciudad, absorto en sus pensamientos, hasta acabar ante el altar de un bello templo gótico. Reconoció al instante la iglesia del *Sancti Spiritu*. El templo había cambiado desde la última vez que estuvo en su interior, aunque la transformación no era suficiente como para no identificarlo de un solo vistazo.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez —habló, aún sin girarse—. ¿Te has tomado unas vacaciones?

Caminó, alejándose del altar, dándole la espalda a Miguel, y se dejó caer sobre uno de los bancos.

—Es una manera de verlo. ¿Cómo estás? —Miguel habló con voz pausada y tranquila, mientras seguía sus pasos y se situaba a su lado.

—No quieres oír la respuesta.

—Ciertamente, no —reconoció, con la vista fija en el antiquísimo crucifijo sobre el altar—. Pero, en ocasiones, que alguien te escuche puede ayudar a sobrellevar las penas.

—¿Y cargarte a ti con ellas? —Ángel miró fijamente a Miguel que sólo hizo un leve movimiento con la cabeza—. ¿A qué has venido?

—A verte, a hablar contigo, a escucharte, si así lo deseas. —Hizo una pausa, pensativo—. Digamos que te echo en falta.

—A estas alturas ya deberías de estar más que acostumbrado a mi ausencia.

La voz de Ángel estaba cargada de ironía, y Miguel lo miró fijando en él los

hermosos ojos ambarinos, escrutando su rostro.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Miguel, cambiando de tema—. Sé que hay algo más de lo habitual.

Ángel rió quedamente y permaneció en silencio.

—¿No me lo vas a contar? —insistió.

—Creía que ya lo habrías visto por ti mismo.

Ángel no ocultó la sorpresa en su voz y Miguel se tensó en el asiento.

—No tengo interés en saber nada que no quieras que sepa.

—Supongo que ya lo sabía —dijo, sintiendo la incomodidad de Miguel—. Es una mujer. Es diferente, tanto que no lo comprendo.

Ángel se sorprendió al oír sus propias palabras y vio como una media sonrisa se formaba en los labios de Miguel.

—¡Y eso es lo único capaz de fastidiarte en todo mundo! —exclamó Miguel, sin evitar que la diversión se colara en el tono de su voz, pero él no protestó porque, en realidad, tenía razón—. Llevas demasiado tiempo entre ellos —concluyó, con seriedad, aunque mantenía una amplia sonrisa en su rostro, como si hubiera llegado a una comprensión del asunto que él fuera incapaz de alcanzar.

—Supuestamente el tiempo debería causar el efecto contrario. Tendría que comprenderlos mejor. —Ángel dudó un instante antes de continuar hablando, irritado—. Los comprendo mejor. Los conozco mejor que ellos mismos. Pero...

—Pero no a esa mujer —sentenció Miguel, antes de reír quedamente, aún con ese aire de comprensión en su mirada que hacía que estuviera cada vez más irritado, o deseando, en realidad, poder estarlo—. No puedo ayudarte tampoco en este asunto —dijo, finalmente, sin resto alguno de alegría en su voz.

—Eso no es una novedad.

—En realidad, quería advertirte —dijo Miguel, con voz grave—. Aunque supongo que ya lo sabes. Gabriel está aquí.

Ángel lo miró, prestándole de nuevo atención y alejando a Luz de sus pensamientos.

Lo cierto era que no sabía que Gabriel estuviera allí, aunque hubiera debido sospecharlo, y se maldijo por no haberlo hecho.

—Por eso hemos venido —concluyó Miguel.

Él se limitó a asentir mientras sumaba un nuevo problema a una lista ya demasiado larga. Si en alguna ocasión sus planes habían parecido imposibles, de entre todas, aquella era la más evidente.

—Pero lo cierto es que no esperaba en absoluto encontrarte en este estado —dijo Miguel, entre risas, rompiendo el pesado silencio.

Ángel fijó en él su mirada, desconcertado, tentado de leer su pensamiento y averiguar, por fin, qué se le escapaba del comportamiento de Miguel, pero rechazó de

inmediato la idea al recordar que él no lo había hecho antes, y quiso odiarlo por ello.

—¿En qué estado?

—Simplemente, te pido que no pongas las cosas demasiado difíciles. —Miguel cambió de tema, pero su mirada reflejaba aún aquel molesto brillo de comprensión que lo estaba sacando de quicio.

—Creo que hablas con la persona equivocada —replicó, olvidando de momento la otra cuestión—. Es Gabriel quien se empeña en interferir en mis planes. No al revés. No veo qué interés...

—Por favor. —Miguel lo interrumpió, con sequedad—. Hablas como si no lo supieras cuando conoces perfectamente el motivo.

Se puso en pie, mostrando en su mirada sólo parte de la ira que podía llegar a acumular en su interior, y Miguel hizo una pausa, pidiéndole con un gesto que se calmara, y esperó a que se tranquilizara antes de seguir hablando.

—Te concedo que la versión de los hechos de Gabriel no es en absoluto exacta —dijo, al fin, claramente aliviado—. Pero tampoco la tuya...

—Es más exacta que las demás —protestó él, dejándose caer de nuevo sobre el banco.

—Posiblemente. Pero sales claramente favorecido...

—Y en el resto perjudicado —lo interrumpió—. Además, la intención no es favorecer a nadie sino explicar...

—Lo que no deberías. —Miguel no le permitió terminar y él asintió.

—Exacto —dijo, mientras trataba de contener la ira ajena acumulada en su espíritu, que sabía que Miguel no quería ver—. Aunque mi relato fuera totalmente fiel a los hechos, nada cambiaría. Gabriel seguiría empeñada en impedir que los hombres lo conocieran. No veo cómo puedes darle tanta importancia a unos pequeños detalles...

—¿Detalles? —la voz Miguel fue un grito y él sonrió—. Dos guerras no son detalles en absoluto.

—Llamar guerras a un par de escaramuzas tampoco ayuda, Miguel.

Se recostó en el banco, esperando una conversación que le aburría, que se sabía de memoria, y que jamás variaría ni lo más mínimo.

—Nunca nos pondremos de acuerdo —concedió Miguel con un suspiro, evitándole el sermón—. Pero no quiero más escaramuzas —añadió, con seriedad, fijando de nuevo la mirada en su ojos—. Y menos por esto.

Ángel permaneció en silencio, queriendo decir algo que acabara con aquella conversación, pero no encontró las palabras adecuadas. Hubiera querido explicarle que ya había perdido la cuenta de los siglos en los que ya nada de aquello le había importado. Hubiera querido decirle que ya no era nada ni nadie más que un ser que vagaba sin fin o propósito alguno. Y, sobre todo, hubiera querido contarle que ya no

era capaz de sentir, que las emociones que una vez habían llenado su espíritu habían desaparecido, que ya no quedaba en él odio, ni ira, ni amor, ni nada. Pero se quedó en silencio, mirando a Miguel, deseando que, al menos, alguien lo comprendiera.

—Sólo no lo compliques ¿de acuerdo?

Ángel asintió, incapaz de hablar, porque no podía mentir y, por supuesto, no quería contarle la verdad a Miguel. Tal vez ya no fuera ni la sombra de quién un día fue, pero no tenía intención de darse por vencido, no de aquella manera, y trataría de ponérselo a Gabriel tan difícil como le fuera posible. O, lo que era lo mismo, trataría de salirse con la suya hasta que el último humano en la faz de la tierra exhalara su último aliento. Miguel asintió de vuelta, sabiendo perfectamente que su gesto no era más que una manera de dar por terminada una conversación que no quería mantener.

—¿Qué tal si rezas un poco? —dijo, sonriente, señalando al altar—. Eso también suele ser de ayuda, al igual que hablar en lugar de encerrarse en uno mismo.

Él dejó escapar una sonora carcajada, en parte ante la absurda idea, en parte por lo molesto que le había resultado descubrir aquella certeza que no comprendía en el rostro de Miguel cuando le había hablado de Luz.

—Totalmente de acuerdo —consiguió decir, entre risas—. Ambas cosas parecen ser igual de inútiles. La primera porque sé que Él no me escucha y, de hacerlo, no me comprende. La segunda, porque soy yo el que no te comprende y acabo por dejar de escucharte.

—Te equivocas —sentenció Miguel, con una sonrisa, al tiempo que se levantaba. Caminó, dándole la espalda, y se arrodilló ante el altar, con un gesto demasiado ceremonioso, antes de volver a girarse—. En ambas.

Observó a Miguel alejarse y él permaneció en la iglesia, contemplando el altar y tratando de rechazar los recuerdos que había despertado aquella conversación. Tal vez sí habían sido guerras, pero no por su causa, aunque sí por su culpa. Quiso haber sido capaz de rezar y buscar la comprensión que no encontraría. Pero en lugar de sentir su antigua ira ante la absurda idea que Miguel le había metido en la cabeza, se sorprendió pensando de nuevo en Luz, molesto por no comprender la reacción de Miguel cuando le había hablado de ella. Debía de ir en su busca, seguramente ya estaría trabajando en el manuscrito y quería estar cerca de ella mientras lo hiciera.

Luz pensaba en el relato del manuscrito mientras Alfonso discutía con políticos, funcionarios y directivos sobre el plan de trabajo que habían cerrado aquella misma mañana. Ya habían calculado los días libres y festivos del calendario propuesto y, ahora, la conversación se centraba en el tema económico. Estaban evaluando el posible beneficio que podrían sacar no tanto del descubrimiento, la investigación y sus conclusiones, sino del montaje en torno a todo ello. Que la investigación se hubiera convertido paulatinamente en un circo para conseguir la financiación

necesaria para llevarla a cabo, era algo a lo que se había tenido que ir acostumbrando a lo largo de los años, pero lo que aún le resultaba imposible soportar era ver cómo políticos y otros buitres eran finalmente los más beneficiados con el espectáculo. Las constantes preguntas de los políticos y directivos sobre cómo podrían obtener una mayor ganancia económica con el hallazgo, para la ciudad y para ellos mismos, y las risotadas del vicerrector de la universidad al responderlas, interrumpían constantemente el hilo de su pensamiento, sacándola de quicio. Y pensó, bromeando consigo misma, que de existir el Infierno, probablemente se pareciera a esa sala de juntas.

Habían pasado todo el día reunidos, pero nada de lo que habían hecho podía ser calificado como trabajo ni de lejos. No entendía por qué los técnicos y los investigadores debían de estar presentes en esas absurdas reuniones, con merienda, aperitivo y almuerzo incluido. Buscó la mirada de Marcos Vicente, deseando encontrar complicidad, pero el historiador parecía tan entretenido con la conversación banal como el resto de los que se encontraban en la sala. Como todos, menos ella, se recriminó. Se recostó en el respaldo de la silla en la que ya llevaba sentada más tiempo del que consideraba necesario y suspiró. Aguardó durante un tiempo más, que le pareció eterno, antes de despedirse, con un tono más cercano a la grosería que a la educación, y salió de aquella sala, que se había convertido en una auténtica cámara de tortura.

Pensó en la pérdida de tiempo que había supuesto esa jornada mientras miraba el reloj del teléfono móvil, que marcaba ya las cinco de la tarde. Si no quería culparse por haber desaprovechado el día completamente más le valía ponerse a hacer algo útil. Caminó por los pasillos de la universidad, que parecía más solitaria que el día anterior, hacia el departamento de Alfonso, intentando no perderse. Al menos, la primera parte de la reunión, antes de que llegaran los representantes de la universidad, los del ayuntamiento y los del gobierno autonómico, había servido para que Alfonso y Marcos la pusieran al día sobre la investigación. Y aquel momento era tan bueno como cualquier otro para consultar las notas de ambos. No era lo mismo saber lo que le habían explicado que leer por sí misma sus conclusiones. En especial, estaba interesada en una línea de investigación sobre el posible origen de la cripta de la que Alfonso no le había hablado, según él porque no tenía ninguna importancia, aunque su intuición le decía todo lo contrario. De entre todas las leyendas de Salamanca una llamaba poderosamente su atención, y más aún teniendo en cuenta el material que habían encontrado bajo la Casa de las Muertes, la de la Cueva del Diablo.

Según la vieja historia, en aquella cueva, el Diablo había impartido lecciones sobre conocimientos prohibidos a siete aventajados alumnos de la universidad salmantina a cambio de que, una vez finalizado el aprendizaje, uno de ellos le cediera

su alma. La leyenda se había llegado a extender de tal modo que incluso en Latinoamérica se había bautizado con el nombre de salamanca a ciertas cuevas, supuestamente malditas, en las que se decía que se ha aparecido el Diablo o en las que se habían practicado ritos supuestamente mágicos. Todo ello en honor, precisamente, a la leyenda en torno a la cueva de Salamanca. Si bien no se había encontrado nada que apuntara a favor o en contra de la historia que dio lugar a la leyenda cuando se excavó la famosa cueva, que había formado parte de la derruida Iglesia de San Cipriano, todo lo que se había hallado ahora bajo la Casa de las Muertes bien podría haber sido el material que, cualquiera que creyera en esas historias, hubiera esperado encontrar en la sala de estudios del mismísimo Satán.

En el solitario departamento rebuscó entre la documentación de la investigación hasta que dio con la información que quería. Marcos había reunido un buen número de archivos en torno a aquella leyenda, a la propia Cueva del Diablo y su excavación. Lo más interesante de todo lo encontró en algunas notas que apuntaban que del mismo modo que, según la fábula, el Diablo instruía a siete alumnos en las artes ocultas, otros siete tenían encomendada la misión de impedir que Lucifer terminara con las lecciones. De cualquier manera, según la leyenda, el Diablo se había salido con la suya y había compartido sus conocimientos con los siete estudiantes, teniéndose que quedar uno con él a modo de pago. Contaba la historia que el desafortunado que quedó en manos del Diablo fue Enrique de Villena, quien habría conseguido finalmente escapar de su encierro en la torre situada junto a la cueva y que recibía su nombre. Aunque, la historia aseguraba que, durante su fuga, habría perdido la sombra. Enrique de Villena fue, sin duda, un personaje peculiar, al que se llegó a conocer como el Nigromante a causa de sus múltiples estudios y escritos sobre magia y ocultismo, la mayoría de ellos desaparecidos o directamente quemados por la Inquisición. No sería en absoluto descabellado pensar que, quizás, uno de los libros sobre magia de Villena podría haber sobrevivido a la censura eclesiástica, oculto a buen recaudo en un lugar como la cripta de la Casa de las Muertes.

Esa línea de investigación, que Alfonso parecía rechazar directamente, podía ser prometedora, y Luz se sumergió en la información reunida por Marcos, tratando de encontrar qué posible relación podía existir realmente entre los nuevos hallazgos y la antigua historia popular.

—Aquí estás. Llevo buscándote un buen rato. —La voz de Alfonso la sorprendió, sacándola de su ensimismamiento, y obligándola a apartar la atención de los datos y detalles sobre viejos mitos y leyendas.

—Quería comprobar la teoría de Marcos sobre la relación de la cripta y la Cueva del Diablo —explicó, señalándole a su amigo los documentos esparcidos sobre la mesa, junto al manuscrito, para invitarlo a que se uniera a ella. Pero la mueca de disgusto que se formó en el rostro de Alfonso le dejó claro que nada estaba más lejos

de sus intenciones.

—Lo cierto es que quería invitarte a cenar.

—¿A cenar? —preguntó, sorprendida, aunque tan rápido como las palabras salieron de su boca, tomó consciencia de que ya había oscurecido y la lámpara de escritorio que tenía encendida era la única iluminación del departamento.

Había perdido totalmente la noción del tiempo, concentrada como estaba en el montón de documentos y, en realidad, no le apetecía en absoluto parar en ese momento.

—Quería terminar de leer...

—Pues terminarás mañana —la interrumpió Alfonso.

—Está bien, vamos —accedió, mientras recogía rápidamente la documentación esparcida sobre la mesa.

Luz sabía perfectamente que no podía negociar con él en aquellas circunstancias, y la verdad era que tenía hambre. Además, pensó, tal vez, después de cenar, podrían dar un paseo hasta la famosa cueva, y así saciar su curiosidad por el lugar, antes de seguir trabajando sobre todas las leyendas que se habían construido en torno a ella.

Al regresar a la universidad, Ángel había encontrado a Luz en el Departamento de Historia y no en la sala de reuniones donde se suponía que debía de estar, y en la que seguían el resto de aburridos humanos. Se quedó junto a ella mientras revolvía entre papeles, pero, en esta ocasión, guardó prudentemente las distancias. Ella estaba sentada demasiado cerca del manuscrito, que aún conservaba íntegro el sello de Gabriel, como para que la excesiva proximidad los mandara de nuevo a ambos al abismo. La observó mientras trabajaba, tomando notas, rebuscando entre libros y corrigiendo las notas que otros habían tomado sobre el tema en el que se afanaba. Algo que no era lo que esperaba, porque no estaba estudiando su manuscrito, ni tampoco en las notas sobre él. Sintió que, de ser posible, la rabia hubiera crecido en su interior, y procuró contener las emociones ajenas acumuladas en su espíritu. No entendía en qué demonios estaba perdiendo el tiempo aquella mujer y no tuvo más remedio que acercarse un poco más, lo justo, para poder mirar por encima de su hombro, sin arriesgarse a estar demasiado cerca de ella, ni del manuscrito. Y, entonces, toda la ira que quiso haber sentido un segundo atrás se transformó en orgullo. Estaba leyendo sobre la Cueva del Diablo.

Sólo hacía un día que había llegado a la ciudad y ya buscaba en la dirección correcta, cuando los otros, torpes, tardaron días en darse cuenta y, al hacerlo, desestimaron la idea. Los había observado, les había dado pistas y también los había guiado hacia el lugar. Y todo ello, para nada. Para que acabaran metiendo en una caja todas las conclusiones y siguieran con aquella absurda pantomima. Si los ineptos que se habían topado con su manuscrito hubieran seguido los pasos que ahora estaba



siguiendo Luz no habría tenido que arriesgarse a robar el legajo, ni tratar de convencer a aquel humano absurdo de que lo hiciera por él, ni intentar, como último recurso igual de inútil, negociar con uno de ellos. Aunque todo aquello ya daba igual. Si Luz seguía aquella dirección, tal vez, podría debilitar el maldito sello. O romperlo. Quizás, incluso, podría llegar a descifrar el manuscrito. Sin importar cómo lo hiciera, terminaría con esa maldita tortura que ya duraba demasiados siglos.

Cuando Alfonso la interrumpió, él hubiera querido matarlo en aquel mismo instante y condenar su alma por toda la eternidad. Cómo se atrevía a intervenir de aquella manera, en un momento tan importante. En un principio pensó que Luz lo ignoraría y seguiría trabajando, pero no lo hizo, y creyó que, de ser posible, podría haber estallado de furia. Nada había que pudiera hacer más que seguirlos, maldiciendo porque ella hubiera dejado todo su trabajo para irse a cenar con aquel tipo, inútil, absurdo y aburrido. Finalmente, se resignó, observó mientras cenaban, hablando de estupideces, de recuerdos que tenían en común, y que hubiera querido arrancar uno a uno de la cabeza de Luz, que desperdiciaba su brillante mente en acumular historietas absurdas que había vivido con Alfonso. Afortunadamente, ella cambió de tema, demasiado tarde para su gusto, y después arrastró a Alfonso en un paseo por la ciudad. Ángel hubiera hecho temblar la tierra para interrumpir aquel momento de intimidad entre ellos, de no haber sido porque necesitaba a la mujer y no podía permitirse que nada que pudiera impedirle trabajar le ocurriera.

Los siguió a una distancia prudente, tratando de controlar lo que pasaba en su espíritu, y que no conseguía comprender, hasta que se detuvieron ante un lugar que le resultaba vagamente familiar. Trató de concentrarse con todas sus fuerzas, preguntándose qué hacían aquellos dos allí parados. Le llevó un rato tomar conciencia de la calle, las malditas luces de las farolas, el cielo apenas estrellado, y los edificios que había ante él. Siguió la mirada de Luz y todo lo que antes había tratado de contener en su interior estalló, haciendo que perdiera el poco control que le quedaba. Ella había llevado al profesorucho hasta la Cueva del Diablo. Estaban parados ante la entrada de la cueva, hablando entre ellos, pero él no prestaba atención a sus palabras, estaba demasiado ocupado tratando de recuperar el control de su ser. De pronto, vio como Luz se agachaba para observar algo en el suelo, y comprendió que estaba mirando fijamente su marca, la que había tallado para señalar la entrada y que estaba convencido de que ya no estaría allí. Pensaba que con los siglos habrían puesto encima cualquier otra cosa, pero allí seguía, y ella la había encontrado, como una aguja en un pajar. Tal vez si cinco siglos atrás hubiera encontrado a alguien como ella no habría tenido que perder el tiempo escribiendo el maldito relato, pensó, y, de pronto, tuvo la certeza de que si alguien podía encontrar la espada de Uriel dentro de la cueva, ésa era Luz. Llevado por esa idea, y casi sin pensarlo, hizo que la reja que impedía la entrada en el recinto de la cueva se abriera.

Oyó, sin prestar la más mínima atención, las quejas de Alfonso mientras caminaba detrás de Luz, adentrándose en la plazuela ahora accesible. Todos sus sentidos estaban puestos en la mujer, y en aquellos ojos negros, que otra vez volvían a mostrar el brillo inquisitivo que ya había visto en ellos cada vez que se enfrentaba a algo que consideraba un reto. La oyó maldecir por lo bajo, y enseguida entendió que la iluminación era insuficiente para que pudiera observar con detalle los restos que quedaban de la vieja cueva. Consiguió detenerse justo a tiempo antes de llenar el lugar de luz. Eso no habría hecho más que asustar a aquella pareja que ya parecía demasiado tensa, aunque tal vez sí podría indicarles cómo iluminarlo. No se arriesgó a entrar en la mente de Luz y se limitó a influir a Alfonso para que se acercara lo suficiente a la pared y tropezara con la caja eléctrica, que estaba abierta y que contenía el interruptor de la luz. Ella sonrió cuando el lugar se iluminó, y él asintió, satisfecho, aunque las palabras de agradecimiento se las llevara el profesorucho que no había hecho otra cosa que dar un afortunado, y dirigido, traspié.

Se olvidó de Alfonso y devolvió su atención a Luz, que observaba cada pequeño detalle, hasta que se detuvo ante la angosta escalera y sintió una oleada del miedo que la invadía. Quiso animarla a subir, aunque no podía influir en esa decisión, y se limitó a esperar. De cualquier modo, ella tardó menos de lo que él esperaba en reunir el valor necesario y subir por la escalinata de la que, los que creían en las leyendas, pensaban que era la antesala del Infierno. Quiso reír cuando oyó la advertencia que Alfonso le hacía a Luz desde el exterior. Estaba claro que el profesor no iba a traspasar la reja que debía proteger las ruinas, y ella lo ignoró. Una vez más, la vio repetir el mismo ritual que la primera vez que entró en la cripta de la Casa de las Muertes, extendiendo la mano y acariciando suavemente la pared, como si a través del tacto aquellos muros pudieran desvelarle algo más de lo que podía llegar a ver. La siguió, cada vez más cerca, intentando no olvidar que no debía tocarla, y deseando llegar hasta donde se encontraba la espada del arcángel a la que había dejado escapar, dando lugar a otra absurda leyenda. Quiso convencerse de que no la encontraría y se repitió una y otra vez aquel pensamiento, como un mantra que pudiera protegerlo de la desilusión, hasta que vio como ella se agachaba para tocar algo que sobresalía entre los viejos ladrillos. Oyó voces que venían de arriba, pero las ignoró, devolviendo toda su atención a Luz, que trataba de desencallar la empuñadura de la espada de Uriel. No conseguiría sacarla de aquella manera, pero estaba disfrutando de ver cómo ella había encontrado lo que muchos habían buscado y otros tantos habían pasado por alto. Las voces crecieron en intensidad justo en el momento en el que sintió que de nuevo caía en el abismo. Quiso maldecir, pero no tuvo tiempo. Estaba siendo arrastrado por la oscuridad, sintiendo como el dolor se adueñaba de él, y notando a su lado la presencia de un alma que no debería estar allí.

Por primera vez en toda su existencia había algo más importante que su propia

agonía en aquel tormento que le hacía revivir su caída una y otra vez, y se aferró a ello como si fuera lo más importante que jamás hubiera habido sobre la faz de la tierra. Sintió el dolor del alma que estaba junto a él más intensamente que el propio y notó cómo su ser se tensaba con cada oleada de agonía de... «de Luz». Era Luz quien se precipitaba con él en el abismo, retorciéndose con un dolor que, se dio cuenta, para ella era también físico. Debía sacarla de allí sin importar lo que pudiera costarle. Luchó como nunca antes lo había hecho contra el tormento que lo sepultaba cada vez más hondo en unos recuerdos tan vívidos como terribles y dolorosos. Trató, con todas sus fuerzas, de detener la agonía de la mujer, que era arrastrada junto a él por un tormento que no debía recibir, y su dolor fue más lejano cada vez, mientras el de Luz se volvía más intenso. Sabía que debía retomar el control de su ser, escapar de la pesadilla, y sacar a la mujer de donde fuera que estuviesen para apartarla de aquello que los había lanzado a ambos al abismo. Con un gran esfuerzo consiguió recordar que estaban en la Cueva del Diablo, aunque ambos se sintieran en aquel momento muy lejos de cualquier lugar físico. Recordó la espada de Uriel, oculta en el sillar donde la dejó el arcángel cinco siglos atrás, y los intentos de Luz por arrancarla de los bloques que la protegían. Maldijo con todas sus fuerzas el momento en el que decidió dejar salir con vida al arcángel de la torre en la que la había encerrado. Maldijo su debilidad y clamó contra el cielo como hacía mucho tiempo que no lo había hecho. Estaba seguro de que el cielo no respondía a sus palabras, aunque sintió como la presión de su agonía disminuía mientras el alma que había sido arrastrada con él seguía siendo atrocemente atormentada. Supo que podía escapar y, con un último esfuerzo, consiguió salir del abismo, agotado y confuso, para tratar de salvar a Luz de un castigo que no merecía.

Tardó unos instantes en orientarse y darse cuenta de que estaba en el exterior de la cueva. Luz estaba arrodillada, abrazándose a sí misma, como si sufriera el peor dolor que jamás hubiera sentido. Y así era. Se acercó a ella y pudo ver el horror y el dolor en su rostro, retorcido en una mueca que lo desfiguraba, con los ojos exageradamente abiertos, perdidos en el vacío. Alfonso estaba de pie junto a ella, su atención dividida entre la agonizante mujer y un hombre que le hablaba de forma amenazadora. No prestó atención a las palabras, pero reconoció aquella voz de inmediato. Era la misma que había oído e ignorado instantes atrás, en el interior de la cueva, antes de ser arrastrado al abismo. Un abismo en el que todavía estaba Luz. Debía sacarla de allí y alejarla de lo que fuera que les había provocado tal tormento. Su única opción era recurrir a Alfonso, que seguía discutiendo con el desconocido. En primer lugar debía deshacerse de la presencia de aquel hombre o el profesor no podría llevarse a Luz de allí. Juntó las escasas fuerzas que le quedaban, después de escapar de la tortura a la que había sido arrastrado, para meterse en la mente del hombre y apartarlo de aquel lugar.

—Ni se te ocurra. —Una voz femenina retumbó en su interior.

—Uriel —gruñó, sin disimular el odio que se filtraba en su voz—. Debería de haberte matado cuando tuve la oportunidad.

—Cállate, Satán —gritó el arcángel—. Esa oportunidad pasó y no volverá a repetirse. Ahora no estás en condiciones de enfrentarte a mí —dijo, substituyendo la ira de su voz por burla— y yo aún no he recuperado mi espada...

—Ni lo harás —la interrumpió—. De eso me ocupé hace ya mucho tiempo.

—Cómo te atreves. ¡Maldito!

Uriel estaba ahora verdaderamente enfadada, pero él no podía enfrentarse a ella en aquellas condiciones. El golpe recibido en la cueva lo había cogido totalmente desprevenido y lo había debilitado demasiado. Además, pensó, lo importante en aquel momento era sacar a Luz de allí, no involucrarse en una pelea que no conduciría a ningún lugar. Debía actuar deprisa, o Luz acabaría perdiendo el sentido, y no tenía ni idea del efecto real que el dichoso sello podía tener en un humano.

—Tienes razón —dijo, sin apartar su atención de Luz, tratando de que su voz pareciera despreocupada—. Ahora no es un buen momento para enfrentarnos. Pelear contra un arcángel desarmado es de lo más aburrido.

—En cambio, a mí me parece de lo más divertido mandarte de nuevo al abismo del que no deberías haber salido jamás.

Por un momento Ángel creyó ver la resplandeciente figura de Uriel sobre la entrada de la cueva, pero no tenía fuerzas ni tiempo para llevar la conversación a buen término y a la vez preocuparse de localizarla. Luz había empezado a temblar y debía sacarla de allí de inmediato.

—¿Y qué, Uriel? —preguntó entre risas, intentado con toda su voluntad que el esfuerzo pasara inadvertido— ¿Y hacerme revivir por enésima vez mi caída? Puedo asegurarte que después del primer millón de veces la experiencia no es ni de lejos tan horrible. Es más —continuó hablando, con siglos de experiencia que trabajaban a su favor para parecer lo más despreocupado e irónico posible, ocultando el esfuerzo y el dolor—, la repetición me ha permitido observar los pequeños detalles, reconocer la belleza de la escena.

Uriel hizo un sonido que bien podría haber pasado por un gruñido, aunque él sabía que era un lamento del arcángel, que empezaba a dudar de su posición de superioridad.

—Pero eso, en realidad, no es importante —siguió hablando, aprovechando la leve ventaja—. Lo verdaderamente esencial, lo que te ha traído hasta aquí, es tu espada. Quieres recuperarla ¿verdad, Uriel? —preguntó, pero el arcángel no contestó—. Quinientos ochenta años es mucho tiempo en este mundo, aunque a ti te parezca un suspiro. Más que suficiente para que tu espada sea ahora mía.

Uriel permaneció en silencio, pero Ángel podía sentir la indignación del arcángel

creciendo y llenando el lugar. Saboreó las emociones ajenas, más intensas que las de los humanos, y se permitió recuperar algo de fuerza, casi sintiendo como si su antiguo poder creciera en su interior, y soltar una sonora carcajada que, a buen seguro, había hecho estremecer a Uriel. Ese era el momento que había esperado. El arcángel dudaba de su ventaja y él debía sacar a Luz de allí antes de que perdiera el sentido. Los temblores que habían azotado el cuerpo de la mujer eran ahora espasmos. Alfonso ya no prestaba ninguna atención al desconocido, que seguía chillándole autoritario mientras él, con preocupación, le indicaba que necesitaba ayuda para su amiga. Pero ni el desconocido iba a ceder, bajo la influencia de Uriel como estaba, ni ninguna ayuda humana podía hacer que Luz saliera de ese estado. Y él, en realidad, no tenía ningún interés en comprobar cuáles podían ser los efectos de aquel tormento en ella. Lo único que quería era sacarla de allí, y hacerlo enseguida.

—Puedo devolverte la espada —dijo, y su voz mostró más ansiedad de la que él hubiera deseado—. Pero, por supuesto —continuó, despacio, tratando de moderar la urgencia de sus palabras—, todo tiene un precio...

El arcángel no contestó. Nunca habían sido buenos negociadores, pensó, aunque en aquel momento no tenía tiempo para ese tipo de diversión. Debía terminar con aquello y salir de ese lugar.

—Quiero que alejes a la mujer de aquí —exigió.

Ángel sintió la sorpresa de Uriel y la saboreó.

—Nuestro juego no es apto para los humanos, Uriel.

—Antes pensabas exactamente lo contrario... —se quejó ella, que fue incapaz de ocultar el asombro en su voz.

—Lo que piense no es importante —la interrumpió, con rabia—. Es el precio por tu espada. ¿Aceptas o no?

Estaba a punto de amenazar a Uriel con rebanarle las alas con su propia espada si no dejaba marchar a la mujer cuando vio como los dos hombres se ponían en pie. El desconocido levantó a Luz y comenzó a caminar, alejándose del lugar y cargando con ella en sus brazos. Mientras tanto Alfonso se quedó inmóvil ante la entrada mal iluminada de la vieja cripta. Él no había dicho nada sobre el profesor, y se maldijo por haberse olvidado de él, aunque en realidad no le importaba lo más mínimo lo que le ocurriera a aquel hombre, que parecía ahora absorto, con la mirada vacía, perdida en la noche. Uriel era mejor negociadora de lo que había pensado en un principio y no había tardado en influir al humano. No había nada que hacer por él, lo había perdido, y tampoco le importaba.

Sintió la desconfianza del arcángel crecer y se obligó a reunir todas sus fuerzas para, con un ligero gesto, levantar el sello que cinco siglos atrás había puesto sobre la dichosa espada. Entonces había pensado que si él no podía usar el arma era justo que ningún arcángel pudiera hacerlo, ahora esa idea le parecía una estupidez. Era obvio

que Uriel en algún momento querría recuperar su arma, aunque sus momentos fueran terriblemente largos. Levantar el maldito sello lo había dejado completamente exhausto. Sin fuerza alguna, ni poder, sentía como la condena que le había sido impuesta al comienzo de los tiempos se ceñía sobre él sin remedio, ni posibilidad para resistirse. Estaba a punto de desfallecer, pero no lo haría en presencia del arcángel. Jamás se permitiría mostrar dolor o debilidad alguna ante ellos. No de aquella manera, y menos en aquel momento.

Uriel apareció ante él. Era una imagen de luz cegadora y de una extraordinaria belleza, un recuerdo innecesario de la Gracia que le había sido negada. Pero, aún así, no pudo dejar de maravillarse ante la imagen del ser sagrado mientras sentía cómo estaba a punto de perder el control y desvanecerse de nuevo en el abismo. Se obligó a resistir.

—Ahora mismo podría acabar contigo.

Oyó la voz del arcángel, más clara que antes, mientras la silueta de luz brillaba aún con más intensidad, dejando entrever una figura femenina.

—No tienes ese poder —respondió él con rotundidad, aunque, en el fondo de su ser, dudaba de la verdad de aquellas palabras.

Realmente Uriel no podía matarlo, sólo mandarlo de un golpe al peor de los infiernos, al que, de cualquier modo, ya se encaminaba a más velocidad de la que él pensaba que fuera posible. Lo que no sabía era qué efecto tendría el poder de Uriel sobre él en el estado en el que se encontraba. Pero no había manera de que el arcángel supiera hasta qué punto estaba débil en ese momento, y él no tenía intención de hacérselo notar.

—He cumplido mi parte del trato. La próxima vez que nos encontremos no me importará que tengas o no arma —dijo, mirando directamente a la forma de luz.

Sus fuerzas estaban agotadas y la amenaza en su voz era fruto de su propia rabia ante esa verdad. Hizo un esfuerzo más, el último, antes de dejarse vencer.

—Te mandaré al maldito cielo de una patada, Uriel. O, mejor, te encadenaré en la tierra para que me hagas compañía. Sea como sea, sufrirás. Te he dejado escapar en dos ocasiones, te aseguro que no habrá una tercera —la amenazó, procurando que su voz fuera tan terrible como siempre había sido, aunque no sabía si lo estaba consiguiendo porque estaba demasiado ocupado resistiéndose a la atracción irrefutable del abismo—. Así que te aconsejo que no vuelvas a perder tu maldita espada, arcángel.

Las fuerzas de Ángel se desvanecieron por completo al escupir con rabia aquella última palabra y alejarse rápidamente de Uriel. No pudo llegar muy lejos antes de que el más terrible de los sufrimientos lo tomara por completo, haciéndole perder la noción del espacio, del tiempo y de su propia existencia, arrastrándolo al más absoluto de los vacíos.

## Capítulo IV

**L**UZ despertó en su habitación de hotel. Estaba oscuro, aunque un brillante haz de luz que se colaba entre la unión de las cortinas opacas delataba que era de día. Quiso incorporarse para mirar el despertador y un dolor agudo la atravesó, anulando su propósito. Le dolía todo el cuerpo, como si hubiera recibido una tremenda paliza, y sentía la cabeza a punto de estallar. Dejó escapar un ronco quejido al darse por vencida, cerrando los ojos y hundiéndose en la cama. Sentía demasiado dolor.

—Descansa, Luz.

Reconoció la voz de Alfonso y abrió los ojos de nuevo, buscando a su amigo entre las sombras, pero no fue capaz de verlo.

—Alfonso —llamó, y una punzada terrible atravesó su garganta, obligándola a cerrar con fuerza los ojos en un inútil intento de controlar el dolor.

—El médico ha dicho que necesitas descansar. —La voz de su amigo sonaba ahora más cercana. Abrió otra vez los ojos y lo encontró de pie, junto a la cama—. No tienes que preocuparte por nada, mañana te encontrarás mejor.

—¿Qué hora es? —preguntó, enfrentándose al dolor y forzando la voz, débil y ronca. De inmediato se dio cuenta de que esa no era la pregunta que debía hacer—. ¿Qué ha pasado?

—Tuviste un ataque de ansiedad.

La voz de Alfonso era tranquilizadora, como si quisiera quitarle importancia a lo ocurrido. Ella no sabía cómo había llegado hasta allí, ni por qué todo el cuerpo le dolía. Todo era un borrón en su memoria y la terrible migraña no ayudaba en absoluto a recordar o a pensar con claridad. Pero, a pesar de todo, no creía que un simple ataque de ansiedad pudiera dejarla en aquel lamentable estado. Pensaba que la explicación adecuada debería de haber sido que había sufrido un accidente de coche, o que la habían atropellado, o que se había caído desde un décimo piso. Cualquiera de esas desgracias podría encajar con el estado en el que se encontraba, pero no un ataque de ansiedad. Alfonso seguía a su lado, junto a la cama, en silencio, y ella quería decir algo más, pero no encontró las palabras, ni la fuerza para pronunciarlas.

Lentamente, se dejó vencer por el sueño, mientras pensaba en el primer ataque de ansiedad que había sufrido. Había sido trece meses atrás, la noche en la que David había muerto. Lo recordaba terrible, había pensado que iba morir, que el oxígeno no volvería a llenar sus pulmones y que su corazón fallaría en cualquier momento. Los siguientes habían sido igualmente horribles, pero menos aterradores. Entonces ya sabía que lo que sentía no era la muerte ciñéndose sobre ella, sino sus nervios

tomando el control de su cuerpo, impidiéndole respirar, sometiendo a su corazón a un ritmo exagerado, contrayendo sus músculos hasta hacerlos temblar y tensarse de forma antinatural. Poco a poco había conseguido averiguar qué los desataba. Después había aprendido a preverlos, a reaccionar a tiempo ante ellos, incluso en ocasiones a controlarlos, igual que había sabido controlar las lágrimas. Al cabo de un tiempo había rechazado la medicación para prevenirlos, que la dejaba atontada y le impedía pensar, y se había enfrentado a las embestidas de la ansiedad para conocerlas y dominarlas. Los ataques no habían desaparecido, pero las continuas crisis se habían espaciado en el tiempo, hasta que llegó a ser capaz de saber cuándo no podría dominarlas para huir y refugiarse en algún lugar donde nadie pudiera ver cómo perdía por completo el control de su propio ser. Sabía perfectamente cómo era un ataque de ansiedad, cómo la destrozaba, y qué efectos tenía. Y de algo estaba completamente convencida, fuera lo que fuera, lo que la había dejado en aquel estado no había sido un ataque de ansiedad.

Volvió a despertarse en varias ocasiones. En algunas, Alfonso había estado con ella en la habitación, en otras estaba completamente sola. Notó como el dolor iba desapareciendo paulatinamente de su cuerpo, aunque la cabeza seguía dándole vueltas, y los extraños sueños que la atormentaban mientras dormía impedían que la migraña desapareciera. En dos ocasiones rechazó la pastilla que Alfonso le ofrecía para el dolor. La tercera vez que se la dio se dio cuenta de que era de noche y que había pasado al menos todo un día en la cama, y la aceptó, con la esperanza de que la ayudara a sentirse mejor al día siguiente. De inmediato, cayó en un profundo sueño, esta vez sin imágenes o sonidos que la hicieran estremecer, y, por fin, descansó. Cuando volvió a despertar no sabía si el recuerdo del dolor era parte de una pesadilla o si había sido real. No fue hasta que quiso incorporarse y vio a Alfonso junto a su cama, con la recriminación reflejada en el rostro, cuando se convenció de que su convalecencia había sido totalmente cierta.

—Me siento mucho mejor —dijo inmediatamente antes de que él la obligara a quedarse tumbada.

—Ya lo veo. Pero aún así hoy deberías quedarte en la cama. Tienes que recuperarte del todo. —Alfonso se acercó a ella sonriendo—. Además hoy es sábado, puedes descansar tranquilamente.

Ella quiso protestar, pero se dio cuenta de que, aunque el dolor había desaparecido, no tenía ganas de pelearse con el mundo. Se sentía incómoda y extraña. Melancólica. O tal vez triste. En los últimos meses se había sentido tan mal, tan vacía, que todos los sentimientos negativos le parecían prácticamente iguales.

—Está bien —concedió— hoy descansaré. Pero me gustaría que me contaras qué me ha pasado.

—¿No lo recuerdas? —preguntó Alfonso, y en su voz se reflejó su sorpresa.



Ella negó con la cabeza y escuchó a su amigo contarle su incursión nocturna en la Cueva del Diablo. Recordó la cena, el agradable paseo nocturno y cómo se habían colado, a altas horas de la madrugada, en la cueva que debería de haber estado cerrada. Creía que había algo más que tenía que recordar, algo que había ocurrido en el interior de la zona vallada, pero era incapaz de saber el qué. Alfonso le explicó que un guardia de seguridad con muy mal humor los había atrapado en el interior y que los había sacado a golpes de allí. Eso había provocado el ataque de ansiedad del que ahora se estaba recuperando.

—El hombre fue un animal —explicó—. Te pegó un empujón que te dejó tirada en el suelo y entonces empezaste a temblar.

Luz no recordaba nada de aquello. Tampoco se acordaba de haber estado en el hospital al que Alfonso decía haberla llevado, y dónde, le contó, la medicaron y le recomendaron dos días de reposo.

—Sólo ha sido un ataque de ansiedad, Luz. Y no me extraña teniendo en cuenta lo que pasó —concluyó Alfonso mientras negaba con la cabeza.

Ella recordó el dolor, el malestar y la sensación que seguía oprimiéndole el pecho en aquel momento. Todo aquello seguía sin parecerle en absoluto el resultado de un ataque de ansiedad, aunque no quiso decírselo a él. No le apetecía hablar, ni siquiera con el que consideraba que era el único amigo que le quedaba en el mundo. Se limitó a disimular, a decirle a Alfonso que quería descansar un poco más, y a asegurarle que lo llamaría si necesitaba cualquier cosa. Cuando él, por fin, salió de la habitación, se dejó caer sobre la cama, derrotada, dejando que todas aquellas emociones que se habían acumulado en su pecho se apoderaran de ella.

Ángel observó a su alrededor, intentando situarse, y no tardó en reconocer el lugar en el que se encontraba. Estaba en Salamanca, frente a la catedral, y una multitud de personas paseaban a su alrededor, ruidosos y despreocupados. Era verano, no sabía de qué año o de qué siglo, y quiso obligarse a recordar, pero en su cabeza sólo encontró el rostro desencajado de una mujer. No tenía ni idea de qué demonios había pasado, y caminó sin rumbo durante un buen rato, rastreando en su memoria, buscando algún detalle más allá de la agonía de la que acababa de salir. Lentamente, las imágenes de sus recuerdos más antiguos, que aún parecían dolorosamente recientes, fueron perdiendo intensidad y le permitieron hurgar en su memoria más cercana. «Luz». Aquel nombre se repetía una y otra vez en su cabeza. Debía de ser el nombre de la mujer a la que recordaba agonizar, pensó, justo antes de maldecirse a sí mismo cuando al fin los recuerdos regresaron atropelladamente a su mente. Luz había sido arrastrada con él al abismo una vez más. No había ningún sello sagrado que hubiera podido causar aquello, así que había sido por obra y gracia de Uriel. Maldijo al arcángel y sus poderes mientras se dirigía como una exhalación hasta el hotel en el

que ella se alojaba. Debía comprobar cómo estaba la mujer. Ella era a la única que creía capaz de romper el sello del manuscrito o, incluso, de desentrañar por sí misma la verdad oculta en él. Sonrió, sin pretenderlo, ante esa idea, y se concentró en llegar hasta ella lo antes posible.

Hubiera suspirado de alivio, si hubiera podido sentirlo, al encontrarla descansando en su habitación. Dormía con ese sueño inquieto que ya había observado en ella, tumbada sobre la cama, que parecía recién hecha. No tenía buen aspecto, pero sin lugar a dudas, después de lo ocurrido, podría haberla encontrado peor. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde su encuentro con Uriel, pero Luz parecía estar recuperándose. Se puso a su lado, sobre la cama, y se dejó llevar por sus pensamientos, mientras observaba como la mujer dormía, preguntándose cuáles debían de ser sus sueños.

Lentamente, sin pretenderlo, se metió primero en su mente, y después en su alma. Era hermosa, aunque eso ya lo sabía. Una punzada de dolor lo sorprendió y la curiosidad se adueñó de él, que se perdió entre los recuerdos de Luz. Ella no había tenido una vida fácil, en absoluto, aunque tampoco se había quejado nunca por ello. Tampoco había culpado a nadie de su suerte. En su interior, tan bello y lleno de amor, no había ni un ápice de fe. Tampoco había esperanza. Aquella mujer era incluso más diferente del resto de los humanos de lo que había llegado a pensar. No creía en nada ni en nadie, más que en ella misma, y aún así había conseguido construirse una peculiar escala de valores que la había llevado hasta donde estaba. Pocas de sus experiencias eran alegres, y los únicos momentos de felicidad los había obtenido poniéndose a prueba.

Ella era fuerte, pero eso también lo sabía. Luz no había dejado escapar ninguna oportunidad para probarse a sí misma, para superarse o para dejarse llevar por la curiosidad. No era de extrañar que fuera tan distinta, no sólo del resto de académicos que la rodeaban constantemente, sino del resto de seres humanos. En ella no había miedo, nunca lo había habido, porque jamás había tenido nada que perder. Había vivido al límite, experimentando con todo lo que había estado al alcance de su mano, y aún así no se había echado a perder como tantos otros hombres y mujeres. Siempre había tenido un objetivo, algo por lo que luchar, y jamás lo había perdido de vista, ni en las situaciones más extremas. Lo único constante en su vida había sido ella misma. Era lo único que valoraba y la empujaba hasta que... Hasta que había encontrado a alguien más por quien luchar con la misma fuerza. Ella había amado a alguien. Ángel ya lo había visto, pero, aún así, no pudo evitar sobrecogerse al indagar en sus recuerdos, porque ese amor no había sanado su alma. Luz había guardado en su interior cada fracaso, cada derrota, cada dolor que en algún momento había sufrido. No, ella no había amado a nadie. Ella se había sentido amada. Una única vez en su vida había sentido que alguien realmente la amaba, y la pérdida de ese amor era la

causa del dolor que sentía, y que había desatado todas aquellas emociones antiguas, de las que, en realidad, nunca había llegado a desprenderse.

Se dejó llevar por el alma de Luz, disfrutando de la curiosidad que guardaba en su interior y que parecía ser lo único que la movía. Aquella exagerada inquietud y la falta de miedo formaban una mezcla explosiva que explicaba prácticamente todas y cada una de las experiencias que había vivido. Se recreó en los recuerdos más oscuros, en las veces que su propia naturaleza le había hecho perder el control, que siempre había acabado recuperando. Disfrutó con el recuerdo de la primera calada de marihuana en el cuarto de baño de un convento, con su primera borrachera y la primera noche de sexo desenfrenado con un desconocido. Sintió, casi como propias, la excitación y la euforia que le provocó la primera raya de cocaína, las experiencias con sociedades tribales, la noche de peyote y rituales en América, y el día en que los maoríes habían marcado su piel. Se recreó en ese último recuerdo, saboreando las sensaciones que Luz había sentido: entusiasmo, excitación, alegría, nerviosismo, dolor, y alivio de tener a Alfonso a su lado. Una oleada de ira, que podría haber sido suya, hizo que Ángel rompiera la conexión con el alma Luz, y no pudo evitar maldecirse a sí mismo cuando se dio cuenta de que, de nuevo, se había dejado llevar hasta el punto de fundirse con ella.

Había observado sus sueños y rastreado en sus pensamientos durante no sabía cuánto tiempo hasta que algo había roto la conexión. Se fijó en la penumbra de la habitación de hotel, sólo rota por la tenue luz de una pequeña lámpara de escritorio en el otro extremo del cuarto. Era de noche, aunque hubiera preferido no saberlo y simplemente seguir conectado al alma de la mujer que estaba tumbada junto a él. O que debería de haberlo estado. La cama estaba vacía y la colcha arrugada delataba el sueño inquieto de Luz, pero ella ya no estaba allí, sino de pie, frente a él, mirándolo fijamente. Era imposible, ella no podía verlo. Pero, a pesar de esa certeza, se sorprendió a sí mismo comprobando que realmente seguía siendo tan etéreo como creía.

—Hola, Luz. ¿Cómo estás? —Ángel pronunció en alto y despacio cada una de las palabras sin ocultar su inquietud.

No hubo respuesta. Bien. No podía verlo. Tampoco podía oírlo. Se levantó de la cama, despacio, estirándose, sintiendo cada uno de sus movimientos, y se apartó del lugar en el que Luz mantenía fija su intensa mirada. Nada cambió. Ella permaneció con la vista fija en la cama en la que él había estado recostado hasta aquel instante y que, como debía ser, no delataba ningún rastro de su presencia.

—¿Qué demonios me está pasando?

El grito de Luz lo sorprendió.

—Eso mismo me pregunto yo —contestó él, con burla, como si ella pudiera escucharlo, mientras se recostaba contra la pared, observándola.

—Desde que he llegado a esta ciudad estoy... —Luz dudó y empezó a caminar, nerviosa, de un lado a otro de la habitación—. Estoy desquiciada —concluyó, casi con desesperación.

—Podría decir lo mismo —le recriminó, mirándola, con los brazos cruzados sobre el pecho, curioso y divertido por aquella inesperada reacción.

—Yo no soy así. —Luz siguió hablando mientras caminaba a grandes zancadas—. Aunque me haya absorbido un agujero negro, aunque esté más muerta que viva, aunque ahora se acabara el mundo...

—El mundo no se va acabar, querida —replicó él, por encima de sus palabras, mientras ella seguía hablando y caminando, inmersa en su enfado.

—Pues por mi podría irse el mundo a la mierda ahora mismo. ¿Qué más me da? —Luz detuvo bruscamente su absurda caminata en la habitación, como si de pronto algo la hubiera obligado a dejar de moverse.

—Esto se parece demasiado a una conversación —advirtió él, casi tan atónito como ella, y ya sin rastro de diversión en su voz—. Y tú no puedes oírme.

No hubo respuesta.

—¿Luz? —insistió, sin atreverse a hacer ningún movimiento.

Ella no contestó, pero sus ojos se fijaron en él, queriendo atraparlo en su mirada. Estaba seguro de que no podía verlo. También sabía que no podía oírlo. Pero era igual de evidente que sentía su presencia. No era posible, pero aún así se obligó a caminar hacia ella. Muy lentamente, sin desviar la vista de aquellos ojos negros que eran capaces de hacer que olvidara su propia existencia, se acercó a Luz hasta que estuvo a sólo unos milímetros de ella. Con suavidad, puso una mano en su barbilla queriendo elevar su rostro para contemplar de cerca su mirada, y ella, automáticamente, respondió a su intención, sin resistirse a él, y una lágrima escapó de sus ojos. Por un instante, ambos permanecieron allí, el uno frente al otro, como si fueran parte de un mismo ser, pero, enseguida, ella se derrumbó.

La vio caer al suelo, como si de pronto sus piernas no fueran capaces de sostenerla. Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Luz, en silencio, primero, y sin mudar su expresión. Pero, casi de inmediato, empezó a sollozar, a gemir, casi a gritar, como si no hubiera consuelo para su angustia. Ángel se quedó junto a ella, deseando ser capaz de hacer algo para confortarla, viendo como lloraba desconsoladamente durante más tiempo del que pensaba que alguien podía llorar. No sabía cómo reaccionar, no entendía qué le ocurría a la mujer, y se sentó frente a ella, que se había cubierto el rostro con ambas manos mientras se encogía sobre sí misma. Hubiera querido acariciarla, pero no lo hizo y, de pronto, recordó quién era él. Se convenció de que esa ocasión era tan buena para romper las reglas como cualquier otra, y abrió su espíritu por completo, hasta sentir que el alma de Luz se entremezclaba con su ser. De nuevo, encontró su alma increíblemente hermosa,

aunque enseguida desterró esos pensamientos para concentrarse en lo que quería hacer, y extrajo uno a uno los sentimientos que la atormentaban. Ella lloró y dejó, sin saberlo, aunque tampoco podía estar seguro de eso, que él cargara con todo su dolor y sanara cada rincón de su alma. Finalmente, ella se durmió, entre leves sollozos, brotando aún lágrimas de sus ojos, y él se permitió acariciar su pelo, muy suavemente, casi sin tocarla, por miedo a que se despertara. Estaba exhausto. Cuánto tiempo hacía que no sanaba el alma de un humano, se preguntó, y rió, amargamente. «Cuánto tiempo hacía que no me preocupaba por ellos». Sintió en su ser el sufrimiento de Luz y se prometió conservarlo en su interior. La miró dormir y supo al instante que estaba a punto de cometer una estupidez.

—Estoy demasiado cansado para impedirlo —murmuró, mientras, con un último esfuerzo, sumía a Luz en un sueño más profundo, para asegurarse de que no se despertaría hasta la mañana siguiente.

Ante el cuerpo derrotado de Luz, que permanecía en el suelo, encogida sobre sí misma, Ángel dejó que todas las barreras que había puesto cuidadosamente a su alrededor durante siglos desaparecieran, y se materializó, a las tres de la madrugada de un lunes de julio, de algún año de principios del siglo XXI, en la habitación de un hotel de Salamanca.

Durante un instante permaneció sentado frente a Luz, sintiendo la electricidad que recorría su interior, absorto en su propio cuerpo, más cercano a lo divino que a lo humano, pero realmente alejado de ambas naturalezas. Se observó las manos, grandes y fuertes, las abrió y cerró rápidamente, como si quisiera comprobar que eran reales. Se levantó, despacio y con elegancia, orgulloso ante la reciente corporeidad de su ser e ignorando su desnudez. Con un gesto firme, y excesivamente lento, tomó con delicadeza a Luz entre sus brazos para dejarla con suavidad sobre la cama.

—Sueña con los angelitos —susurró y se rió de su propia ocurrencia.

Con cuidado, deshizo el ovillo de pelo en el que ella, en algún momento, había recogido su melena, y se tumbó a su lado, observándola de nuevo mientras dormía, satisfecho consigo mismo.

—Ahora ejerzo de ángel de la guarda —dijo, como si le debiera una explicación, con la voz profunda de aquel cuerpo que ya casi había olvidado—. Y, por lo que veo, tú andas falta de uno.

—Se puede saber qué diablos estás haciendo.

Ángel sonrió ampliamente ante la conocida voz que llenó la habitación de Luz e hizo temblar los cristales del ventanal.

—Tú misma te has respondido, Gabriel —contestó, divertido.

—No bromees conmigo —la voz de Gabriel era ahora más suave, pero igualmente firme.

—No acostumbro a hablar al aire, Gabriel —Ángel pronunció el nombre

despacio, acariciando cada letra, deleitándose en la repetición.

No hubo más respuesta que un resplandor dorado, intenso, en mitad de la habitación que, seguramente, delataba para unos ojos que no estuvieran condicionados por barreras físicas la hermosa figura del arcángel.

—Tampoco con luces resplandecientes —añadió, con tono condescendiente.

Se asombró de su propio buen humor, a pesar del terrible cansancio que sentía, pero de inmediato la intensidad que cobró el resplandor que inundaba la habitación interrumpió el hilo de sus pensamientos, y se alegró de haber sumido a Luz en un sueño lo suficientemente profundo. Finalmente, una hermosa joven apareció desnuda en la habitación del hotel, surgiendo de la intensa luz dorada que parecía brotar ahora de su cuerpo. Los rasgos suaves del rostro de Gabriel se veían endurecidos por su mirada, de un intenso marrón oscuro. El pelo, castaño y despeinado, llegaba hasta la altura de los hombros, dándole un aire salvaje. El arcángel se apoyó en la pared, con la vista fija en él, que seguía tumbado en la cama, disfrutando de su corporeidad, con los brazos entrelazados formando un cojín tras su cabeza.

—Resplandeces —dijo, mirando de arriba abajo, con un descarado movimiento de cabeza, el cuerpo desnudo de Gabriel, que no se inmutó ante su gesto.

—¿Y bien? —La voz de Gabriel era ahora suave, acorde con el cuerpo de la joven en la que se había convertido.

—Y bien —repitió él, con sorna.

—¿Qué pretendes?

—Lo mismo de siempre, supongo.

—¿Caos? ¿Destrucción? —Gabriel hablaba despacio, como si recitara las opciones disponibles en un hipotético menú—. ¿Guerra? ¿Miseria? ¿Sufrimiento? ¿Agonía, tal vez?

Él la observó en silencio, con expresión burlona, y ella le hizo un gesto para que continuara él con la lista de opciones.

—Conocimiento, libre albedrío, poder... —respondió, separando cada palabra con increíble solemnidad—. Nada más.

—Nada más —repitió ella, imitando su tono, y él asintió, con una leve sonrisa—. ¿Y esto? —añadió la joven, abarcando toda la habitación con el movimiento de un brazo.

—No me gustan las normas, ya lo sabes.

—Lo sé. Pero no respondes a mi pregunta.

—Respóndeme tú a esto —dijo, señalando hacia Luz— ¿Esto es justo? ¿Esto es amor? —Ángel se incorporó, despacio, disfrutando de aquel cuerpo ya casi olvidado, y notando las contracciones y estiramientos de cada músculo. La incipiente sonrisa había desaparecido por completo de su rostro, que mostraba ahora una sombra de amenaza—. ¿En serio? —insistió, mientras caminaba hacia Gabriel, con los ojos

verdes llenos de ira fijos en su rostro, y señalando con una mano a Luz, que seguía durmiendo profundamente en la cama.

—Esto no es tu problema —respondió ella, finalmente, sin inmutarse.

—¿No? ¿Y de quién es? ¿Tuyo? —preguntó, y su voz había perdido ya cualquier rastro de amabilidad llenándose en cambio de un matiz siniestro—. ¿Suyo? —añadió, separando cada letra mientras señalaba hacia arriba con un dedo—. No me hagas reír.

—Libre albedrío —dijo Gabriel, imitando el tono de voz que él antes había usado.

—Venga ya, Gabriel, no me jodas.

—Ella eligió —sentenció el arcángel.

—No, no lo creo —dijo Ángel, que estaba ahora frente a Gabriel, inmóvil, mirándola fijamente a los ojos—. No creo que ella eligiera ser abandonada por sus padres. No creo que eligiera la soledad y la traición de sus amigos. No creo que eligiera la muerte de su marido. —Hizo una pausa, escrutando el rostro del arcángel, que seguía sin variar su expresión—. No creo que eligiera el dolor que llevaba dentro. No creo que eligiera la absoluta falta de consuelo.

—Elegió no creer —interrumpió ella.

—Por supuesto —dijo Ángel, alargando las sílabas y exagerando una repentina comprensión—. A eso se reduce todo, como no. Ha infringido la más importante de las malditas reglas —gritó, con la vista fija en Gabriel, muy cerca ahora de ella—. Y ha sido condenada.

—Te equivocas otra vez. —La voz de Gabriel fue calmada, lenta, a pesar de la incomodidad que él sabía que sentía por tenerlo tan cerca—. Simplemente ha obtenido las consecuencias de su decisión. Ella no ha sido condenada. —El arcángel respiró profundamente antes de continuar—. Tú fuiste condenado, Lucifer.

Algo en lo más profundo del espíritu de Ángel se removió y, por primera vez en mucho tiempo, un sentimiento surgió en su interior, llenándolo completamente. Sintió añoranza del cielo. Añoranza de su Padre. Supo, de inmediato, que Gabriel lo había notado, porque un destello de asombro asomó en su mirada durante el tiempo justo para que él pudiera verlo.

—Sabes perfectamente que ese nombre no me pertenece —dijo, esforzándose en contener la nueva emoción, tratando con todas sus fuerzas que no se reflejara en su rostro o en su voz—. Me fue arrebatado, con todo lo demás. Tú lo has dicho, fui condenado.

—Pero ella no —insistió el arcángel, y el eco de una antigua pena se filtró en su voz—. Déjala en paz.

—Díselo a Uriel. Deberías atar más corto a tus perros, pregonera. —Toda la añoranza que había sentido se había convertido en ira, su propia ira, se percató, al recordar como Luz había sido lanzada, junto a él, a un abismo que ningún humano debería ver jamás—. Ella provocó esto. Y casi provoca su propia muerte. La próxima

vez no tendré paciencia.

Vio la sorpresa reflejada en el rostro del arcángel, al mismo tiempo que sintió como su ira aumentaba, llenando en aquel momento toda la habitación, como no lo había hecho desde mucho tiempo atrás. Se regocijó ante la reacción del ser sagrado, no sólo por sus palabras, era evidente que Uriel no le había contado nada de su encuentro, sino también por haber recuperado un poder que hacía mucho que había perdido.

—De hecho, Gabriel, ahora mismo podría acabar contigo —dijo, animado por su recobrada fuerza. No sabía de dónde había salido o qué la había provocado después de tanto tiempo, pero no le importaba ni lo más mínimo—. Deberías darme una buena razón para no hacerlo.

—Podría decirte que en realidad no quieres hacerlo. —Gabriel parecía más tranquila de lo que él sabía que se sentía y saboreó su inquietud—. Pero lo cierto es que no lo harás porque se lo prometiste a Miguel.

—Yo no prometí nada —protestó y su voz sonó tan profunda y terrible que podría haber hecho estremecer a cualquier alma cercana que la hubiera oído, y maldijo al arcángel, que sonreía ante él, por haberse ocupado de que eso no ocurriera, sumiendo a toda una ciudad en un sueño tan profundo como el que él le había provocado a Luz.

—Si es así, diremos que porque le debes a él una pequeña revancha —dijo, sonriendo con ironía.

—Entonces, qué demonios quieres, Gabriel —preguntó, dejando que la ira desapareciera, pero reteniendo su recuperado poder, disfrutándolo.

—Que dejes tranquila a la humana.

—¿La dejarán tranquila los tuyos? —La pregunta de Ángel sonó como una amenaza, pero Gabriel no contestó, y él lo hizo en su lugar—. Por supuesto que no.

—¿Qué quieres de ella, Lucifer?

Sintió otra oleada de ira al escuchar de nuevo su arcano nombre en boca de Gabriel, pero esta vez consiguió contenerla y acumularla en el interior de su condenado ser. Se recordó cómo se había sentido cuando aún estaba tumbado junto a Luz, con su recuperada corporeidad, en lugar de estar a pocos centímetros del arcángel, intercambiando amenazas que no llevaban a nada. Se retiró unos pasos de ella y, después de dedicarle un despreocupado gesto de desprecio, se tumbó otra vez en la cama, al lado de Luz, disfrutando de nuevo de la situación, intensificada en esta ocasión por su recuperado poder. Gabriel repitió la pregunta interrumpiendo, de nuevo, el momento.

—Mi maldito manuscrito —contestó él, al fin—. El mismo que no he podido conseguir antes por la genial idea que tuviste de plantarle ese estúpido sello sagrado encima, encerrarlo en un cofre, también sellado, y todo ello en una maldita cripta, ¡oh, qué original!, igualmente sellada. —Su tono sarcástico destilaba odio y rencor, y



ocultaba el dolor casi tan bien como recordaba, y se dejó llevar por su propio discurso. La soberbia era por algo el pecado del que más disfrutaba—. ¡Ah, sí! Se me olvidaba, también tuviste el detalle de vincular a mi ya de por sí maldito y torturado espíritu, aunque por lo visto no lo suficiente para tu gusto, esos jodidos sellos que apenas me han permitido existir durante los últimos quinientos años. Y, permíteme que te lo diga, Gabriel, encanto, aquí abajo quinientos años es mucho tiempo. Muchísimo tiempo. La puta hostia de tiempo. ¿Entiendes, eso? —La rabia había invadido por completo su voz y respiró, tranquilizándose, antes de continuar—. Así que, sí, ahora que no hay cripta sellada, ni cofre sellado, me gustaría poder recuperar lo que es mío. —Respiró profundamente de nuevo, calmando su ser—. ¿Eres capaz de entender eso?

—Lo que no soy capaz de entender, Lucifer —contestó Gabriel que había esperado, con gesto de exagerada resignación, a que él terminara con su discurso—. Lo que, la verdad, no comprendo de ninguna manera, es por qué motivo te empeñas en torturar a la humanidad con tus ideas.

Ángel suspiró y se acomodó en la cama. Estaba gozando con aquella discusión y no podía creer que se hubiera olvidado de lo mucho que se divertía incordiando a Gabriel.

—¿Torturar? No, pregonera. Yo no torturo a nadie. Me temo que es Él quién lo hace.

El rostro de Gabriel se torció en una mueca de disgusto y él no pudo evitar sonreír.

—De momento —continuó Ángel—, que yo recuerde, no he mandado diluvio alguno sobre la maldita Creación. Ni se me ha ocurrido ordenar matar a los primogénitos de nadie. —Disfrutó al ver como aquel recuerdo hacía que el espíritu de Gabriel se retorciera de dolor, casi tanto como lo hacía el suyo con el recuerdo de su maldita caída—. Tengo razón ¿verdad? Podría seguir, pero no quiero hacerte pasar un mal rato. Al fin y al cabo, no creo que tengas la culpa de seguir en el bando equivocado. Simplemente aún no has comprendido que Él ama a su Creación, pero ama aún más tener el poder absoluto sobre ella. Querida, si alguno de los dos ama realmente al hombre, permíteme que te abra los ojos, ése, sin lugar a dudas, soy yo.

—Sé que amas al hombre, Lucifer. —La evidente compasión en la voz de Gabriel casi le provocó una arcada y una oleada de ira lo inundó cuando el arcángel fijó por un instante su mirada en Luz, que seguía durmiendo plácidamente en la cama—. Pero no sabes lo que le conviene. Te crees poseedor de una verdad inexistente y obras del modo equivocado. ¿Acaso no te has detenido a observar cómo está el mundo últimamente?

Ángel no contestó.

—¿No te has parado a ver los efectos de tu obra en los últimos, digamos, mil

años? —preguntó Gabriel.

Negó con la cabeza, sonriendo con exagerada condescendencia. Era evidente que el ser humano había perdido completamente el dominio sobre sí mismo y que se estaba cargando la Creación, pero era igualmente obvio que eso no era culpa suya, en todo caso, era más bien lo contrario. Gabriel le sonrió como respuesta a sus pensamientos y deseó arrancarle la sonrisa de la cara de un golpe. Ella desplegó las alas, que hasta entonces había mantenido ocultas, y la ira se multiplicó en el interior de Ángel, que, con un solo movimiento, se levantó de la cama y se puso frente a ella, hablándole a escasos milímetros de la cara.

—Nada de esto es mi culpa, Gabriel.

—¿Seguro?

La convicción en la voz del arcángel provocó que una oleada de furia saliera del cuerpo de Ángel haciendo vibrar las paredes del hotel y de los edificios colindantes. Sintió sobrecogerse el espíritu de Gabriel, pero ella no varió su postura ni la expresión de su rostro.

—Deberías hablar con los tuyos a ver si opinan lo mismo que tú —continuó el arcángel con aplomo—. Estoy segura de que hace mucho que no te ocupas de tu propia corte de demonios y renegados.

Ángel gruñó y acortó aún más la distancia que lo separaba del arcángel, disfrutando al sentir como crecía su incomodidad.

—¿Qué vas a hacer, Príncipe de Este Mundo?

Consiguió ignorar la burla en la voz de Gabriel, y se limitó a apoyar una mano en la pared en la que ella estaba apoyada mientras mantenía la mirada fija en sus ojos.

—Quedarte aquí, por supuesto, y seguir con tu descabellado plan. No lo he dudado ni un instante. —Gabriel respondió a su propia pregunta—. Supongo que Miguel tenía razón. Esta visita ha sido de cortesía, hermano, la próxima no será tan agradable.

—Vete a tocar la trompeta, pregonera —contestó entre dientes, mientras la luz que desprendía el cuerpo de Gabriel se intensificaba a la vez que su figura se diluía en ella.

—Recupera tu espada, Lucifer. —La voz de Gabriel retumbó de nuevo en la habitación al tiempo que la luz dorada en la que se había convertido vibraba, destellante—. La necesitarás, si piensas seguir con esta locura.

Ángel permaneció apoyado en la pared en la que había estado recostada Gabriel, y dejó caer el rostro, derrotado, permitiendo ahora que aquella antigua emoción recuperada, y que instantes antes había transformado en ira, lo invadiera por completo. Sintió el viejo dolor, la angustia y la añoranza. Pero también sintió como una leve punzada de algo parecido a la esperanza crecía en su interior, y una media sonrisa asomó de nuevo en su rostro en el instante en que el resplandor del arcángel

se diluía.

—¡Gabriel! —llamó y la ya atenuada luz dorada vibró como respuesta—. Consígueme algo de ropa —añadió, dejando salir una fuerte carcajada.

La luz dorada de Gabriel desapareció por completo dejando a oscuras la habitación y Ángel esperó hasta que sus ojos se acostumbraron de nuevo a la penumbra antes de volver a la cama, junto a Luz. No sabía qué unía a aquella mujer a su ser, pero estaba claro que su buen humor se debía a ella. Y, posiblemente, también el que de nuevo fuera capaz de sentir, después de tanto tiempo de vacío en su interior, supliendo sus propias sensaciones por otras ajenas, hasta el punto de haberse convertido en poco más que un ser errante. No sabía qué efecto causaba Luz en él, pero lo averiguaría, y mientras tanto disfrutaría de la sensación. Y de la compañía. Se quedó mirándola fijamente mientras dormía con tranquilidad, y se perdió de nuevo en su alma hasta que la salida del sol lo devolvió a la realidad. Las cortinas de la habitación del hotel no permitían que los primeros rayos de luz entraran en el dormitorio, pero sabía que exactamente en aquel momento el astro rey comenzaba a iluminar la ciudad. Sonrió ante la casi olvidada sensación de sentir un nuevo amanecer en aquel cuerpo. Respiró profundamente, mientras se desperezaba, disfrutando del placer que le proporcionaba la corporeidad, y concluyó que, en realidad, los inconvenientes eran poca cosa en comparación con las innumerables ventajas de aquel estado.

Luz aún dormía plácidamente a su lado, y, si había calculado bien, aún le quedaban algunas horas de sueño por delante. Se permitió quedarse tumbado en la cama durante un rato, relajado, viéndola dormir, y pensando en lo diferente que era observarla ahora, estirado junto a ella, en su cama, en lugar de como un ente incorpóreo que fisgonea en un universo que le es ajeno. Se habría quedado allí, mirándola, pero no quiso arriesgarse a que ella se despertara antes de lo que había previsto. Con un rápido movimiento, se levantó y sonrió cuando vio un montón de ropa cuidadosamente plegada a los pies de la enorme cama de hotel. Maldijo a Gabriel y sus bromas mientras se vestía y comprobaba que las prendas que le había dejado eran completa e impolutamente blancas. Se prometió a sí mismo que sólo las usaría el tiempo necesario hasta que encontrara cualquier otra cosa que ponerse. Y abandonó la habitación de Luz, no sin antes echar una última mirada a la mujer, que dormía plácidamente y con una bonita sonrisa en el rostro.

Era domingo y la ciudad descansaba aún cuando salió a la calle y tomó una profunda bocanada de aire. Le gustaba su recién recuperado cuerpo, se sentía bien, y había olvidado por qué demonios se había privado a sí mismo de ese pequeño placer durante tanto tiempo. Caminó unos metros pensando en dónde podía conseguir ropa decente, hasta que reconoció una figura familiar al final de la calle. Suspiró, resignado, antes de recorrer la distancia que lo separaba de la conocida silueta.

—¿Se puede saber dónde diablos te has metido? Llevo buscándote más de trescientos años, Lucifer.

Bufó, haciendo un esfuerzo para controlar su ira porque todos los malditos ángeles, caídos o no, parecieran haber escogido aquel día para recordarle cuál era el nombre del que había sido privado.

—Cuida tus palabras, Belial. Es posible que lleves tres siglos buscándome, pero no deberías olvidarte de quién soy —dijo con toda la calma de la que fue capaz—. Ven, invítame a un cigarrillo. —Señaló con un gesto el paquete de tabaco que el diablo guardaba en el bolsillo de su camisa, antes de empezar a caminar.

Belial inclinó la cabeza levemente, en señal de respeto, y le ofreció su paquete de tabaco y un mechero.

—Anoche sentí el estallido de tu poder y vine tan rápido como pude. La verdad es que ya no sabía dónde buscar, ni qué pensar.

—Tienes poder para hacerte cargo de todo en mi ausencia y mucho más —dijo Ángel, encendiendo un pitillo y poniendo una mano sobre el fuerte hombro del enorme diablo.

—Al menos podrías haberte puesto en contacto conmigo —replicó Belial, caminado junto a él—. Llegué a creer que...

—¿Qué? —Ángel lo cortó, riendo, nuevamente animado—. ¿Qué me había evaporado y fundido con la atmósfera?

El ángel caído rió con él, sin ganas.

—Las cosas se han complicado últimamente. Y por cierto, ¿qué demonios llevas puesto?

—Mejor no preguntes —respondió, negando con la cabeza, aún de buen humor, absorbiendo el humo del tabaco—. Vamos, ayúdame a encontrar algo mejor. Y, dime, qué es eso que se ha complicado hasta tal punto que mantiene inquieto a uno de los Reyes del Infierno.

—Es Legión. —Belial no pudo ocultar el orgullo en su voz después de oír de boca de Ángel el rango que en su día le habían asignado los humanos—. Cuando los rumores sobre tu ausencia quedaron patentes empezó a hacer de las suyas...

—Eso no es precisamente una novedad.

Ángel se detuvo para mirar el interior de una tienda de ropa a través del escaparate enrejado.

—No lo sería, de no ser porque empezó a usar tu nombre en cada una de sus travesuras —sentenció Belial.

Miró al diablo con dureza, mientras se maldecía a sí mismo por haberse permitido una tan larga ausencia entre los suyos. Que él no pudiera usar su propio nombre era algo que le había costado un par de milenios asimilar, que los demás lo llamaran por alguno de sus arcaicos nombres era algo que aún le costaba tolerar, pero que otros

usaran su nombre en su lugar era lo último que estaba dispuesto a consentir.

—¿Cómo lo has permitido? —La amenaza en su voz podría haber hecho temblar a Belial, que, en cambio, permaneció impasible ante él.

—No lo he hecho, en realidad —contestó, irguiéndose—. Pero tampoco lo he podido evitar.

—Está bien —concedió mientras se entretenía en forzar la entrada de la tienda que le había llamado la atención—. Haz saber a todos que estoy de vuelta —ordenó mientras seguía jugando con la cerradura de la verja hasta que ésta cedió y pudo empezar a trabajar con la de la puerta de cristal que aún lo separaba de su objetivo—. En cuanto acabe con este asunto me ocuparé de Legión.

La puerta finalmente cedió, dejándole el paso libre, y se detuvo antes de entrar en la tienda.

—Y, Belial —llamó al ángel caído que se alejaba ya de él—, tráeme mi espada.

Ángel observó a Belial sonreír complacido por su petición antes de entrar por fin en la tienda, rebuscar entre la ropa y lanzar al suelo el cigarrillo para adueñarse de todas las prendas que podían serle útiles. Cuando salió de nuevo al exterior, cargado de ropa, notó a su lado una presencia conocida.

—Asmodeo, necesito tus brazos, no tu compañía —dijo al aire y esperó, apoyado contra una pared.

Un instante después, un joven alto y rubio salió de la tienda, vestido con un pantalón vaquero y una camiseta negra lo suficientemente ceñida como para que no quedara duda de la musculatura que escondía. Saludó a Ángel con un movimiento de cabeza y, resignado, tendió sus brazos para sostener las prendas que éste le entregaba.

—Tengo tu espada —dijo, mientras miraba con mala cara el montón de ropa que Ángel le acaba de entregar.

—Bien, pero primero vamos a desayunar.

Asmodeo suspiró y echó a andar detrás de él, dispuesto a cumplir con los caprichos de su superior y a tolerar su cambiante humor, y él no pudo evitar sentirse satisfecho de su reacción.

Dejaron el enorme montón de ropa en la mejor habitación del establecimiento, que, instantes antes, Ángel había reservado por tiempo indefinido, tras convencer a la recepcionista de que no quería cobrarle ni un euro por ella. Después se sentaron en una mesa de la cafetería del hotel.

—Veo que estás en forma —dijo Asmodeo, rompiendo el largo silencio.

—Eso parece.

—Supongo que a mí tampoco me contarás dónde te has escondido todo este tiempo.

Ángel suspiró pesadamente y encendió un cigarrillo de Asmodeo, evitando una pregunta que de momento no tenía intención de responder. Lo último que quería era

confesar a los diablos, se creyeran reyes, príncipes o generales del Infierno, que se había pasado los últimos trescientos años vagando y maldiciendo su suerte. Y lo último que necesitaba era que alguno de los ángeles caídos que aún lo culpaban de haber sido privados de la Gracia de su Padre y clamaban venganza, o los demonios, ávidos de poder, hijos del mundo que supuestamente él gobernaba, sospecharan de su debilidad.

—Está bien —aceptó Asmodeo, encendiendo a su vez un pitillo—. No me lo cuentes si no quieres, pero no puedes ignorar el hecho de que han cambiado algunas cosas durante tu ausencia.

Ángel le dedicó una terrible sonrisa a Asmodeo mientras con un gesto lo animaba a continuar.

—Aunque no lo sepas —empezó a decir el diablo, pero inmediatamente rectificó ante la mirada amenazadora de Ángel— o aunque no te interese, tienes el mundo bajo control. Los hijos de este mundo han hecho un buen trabajo, en especial los últimos cien años. Aunque, por supuesto, ahora quieren su recompensa. Es un pequeño precio...

—Maldita sea, no quiero el control del mundo, Asmodeo —lo interrumpió, a la vez que golpeaba con fuerza la mesa, llamando la atención de algunos camareros y clientes de alrededor.

—Sé lo que no quieres —dijo el diablo dando una larga calada a su cigarrillo, soltando lentamente el humo después—. Pero también sé, igual que tú, que no tienes opción —concluyó, sosteniéndole la mirada—. O tú o las bestias, Lucifer.

No quiso contestarle y el camarero, que había estado dudando hasta aquel momento, aprovechó el silencio para acercarse a ellos y dejar sobre la mesa los cafés que habían pedido.

—Alguien debe gobernarnos. —Asmodeo continuó hablando cuando el camarero se hubo apartado lo suficiente—. Y ése es tu puesto, Príncipe de Este Mundo.

El ángel caído hizo una leve reverencia con la cabeza, imperceptible a los ojos de cualquiera excepto a los suyos, que mantenía fijos en él.

—No veo que tú, Belial y los demás lo hayáis hecho tan mal durante los últimos tres siglos, Príncipe del Infierno —dijo, recordándole al ángel caído el título que los humanos le habían otorgado y centró su atención en la taza de café que tenía delante. Eran esos pequeños placeres, o vicios, los que había echado de menos durante todo ese tiempo.

—No me jodas, Lucifer —le reprochó el diablo, que se recostó sobre el respaldo de la silla—. Lo nuestro son las guerras, las batallas o los desastres naturales, si tanto quieres, pero no el gobierno. No tenemos ni la paciencia ni las ganas para bregar con esa pandilla de condenados.

—¿Y yo sí? —preguntó, mirándolo de nuevo y dejando escapar una leve risa

sarcástica.

—Supongo que no —concedió Asmodeo—. Pero tú tienes la sabiduría necesaria para hacerlo.

Lo último que le apetecía era hablar de demonios, ángeles rabiosos o almas en pena condenadas al Infierno de una eternidad privada de la Gracia de Dios. Asmodeo se dio cuenta de ello, sacó su espada, y la puso sobre la mesa. A los ojos de cualquiera aquel objeto no era más que una sencilla barra de metal decorada con un delicado grabado, pero, en las manos adecuadas era el arma más mortífera que pudiera existir. Esas manos eran las de Ángel, a quien antes del principio de los tiempos el Creador se la había confiado, y cuyos ojos brillaron al reconocerla.

—¿Y qué es lo que estamos haciendo aquí exactamente? —preguntó el diablo al reconocer la expresión en el rostro de Ángel.

—Ajustar cuentas —respondió él, distraído, al tiempo que tomaba su espada y dejaba ver una terrible sonrisa, antes de indicarle al diablo con un gesto de la mano que lo dejara solo. Luz estaba a punto de bajar de su habitación y no quería dejar pasar la oportunidad de hablar con ella.

Cuando se despertó, Luz se encontró de muy buen humor. Pensó que aquella noche debía de haber soñado algo extrañamente agradable, aunque era incapaz de recordar nada. Aún así el mero hecho de no haber tenido pesadillas ya suponía una reconfortante novedad. Llamó a Alfonso por teléfono para contarle que se encontraba mucho mejor y planear algo para pasar el domingo, tal vez podrían dar una vuelta por la ciudad y visitar algún museo, pero su amigo le explicó que tenía que salir de Salamanca para cumplir con unos compromisos familiares, y que no regresaría hasta la noche. Eran las nueve de la mañana y se encontró con todo un domingo libre por delante, algo que sólo unos días atrás le hubiera supuesto una terrible molestia, y hubiera intentado llenar las horas vacías con mil y una tareas inútiles antes de desistir y rendirse ante una botella de vino. Pero aquella mañana se sentía insólitamente dispuesta a disfrutar de la jornada libre, y que Alfonso no pudiera acompañarla no le pareció en absoluto un inconveniente que le impidiera visitar la ciudad.

Decidió tomarse una larga ducha antes de bajar a desayunar y hacerse con algunas guías turísticas. Estaba emocionada ante la idea de descubrir por sí misma Salamanca, no con los ojos de una antropóloga que busca el sentido de lo que contempla, sino con los de una turista más que se deja sorprender por los detalles que le ofrece el lugar que visita. Revolió sus ropas en busca de alguna prenda lo suficientemente cómoda para el día que estaba planeando en su mente, y se maldijo, por enésima vez, por su afición a los colores oscuros. En pleno verano, y en aquella ciudad, vestir completamente de negro para hacer turismo no era una buena idea, aunque no tenía muchas más opciones. Se resignó y se puso lo más cómodo que

encontró. Tampoco tenía un calzado adecuado, pero ese era sólo un pequeño fallo más en su ya totalmente fracasada indumentaria de turista. Se miró en el espejo y, contra todo pronóstico, se descubrió aprobando su vestimenta, aunque fuera más similar a la de una roquera pasada de moda que a la de una mujer dispuesta a explorar una ciudad un domingo de verano. Pero, sin lugar a dudas, la ropa le sentaba bien y se felicitó por ello. Por un instante, se sorprendió por su estado de ánimo, hacía mucho tiempo que no se sentía satisfecha con el reflejo que le devolvían los espejos. Pero, rápidamente, decidió aparcar aquel pensamiento y se dispuso, inusualmente animada, a enfrentar su día.

Encontró la cafetería del hotel prácticamente vacía. Algunos camareros charlaban ociosos junto a la barra y una única mesa estaba ocupada por un hombre que tomaba café. Dudó un instante antes de decidir sentarse justo en el centro del local. Pidió un desayuno completo, desplegó sobre la mesa un mapa turístico de la ciudad y, dispuesta a señalar los lugares que quería visitar, abrió una guía que había conseguido en la recepción del hotel junto a algunos folletos. El camarero llegó con su desayuno y colocó, como pudo, los platos y vasos sobre la pequeña mesa circular, ocupada casi por completo por el mapa. Luz se afanó en replegarlo para poder comer mientras trabajaba, y la guía que estaba consultando se precipitó al suelo, junto con los folletos informativos, amenazando a su vez con derramar el café con leche, que pudo salvar de milagro a cambio de dejar que el plano terminara también en el suelo.

—No pareces en absoluto una turista desorientada —dijo una voz profunda a su espalda, sobresaltándola—. Salvo porque esto te delata.

Casi dio un salto de la silla cuando se giró y vio al hombre joven, alto y completamente vestido de negro, que le ofrecía amablemente el libro y los papeles que se le acababan de caer. No le había oído acercarse y tardó un instante en recomponerse, y algún tiempo más en asimilar lo que estaba viendo. Decir que ese hombre era atractivo era quedarse realmente corto. A pesar de su más de metro ochenta y robusta complexión, tenía una postura inusualmente elegante y despreocupada que, junto con sus movimientos ágiles y elásticos, podría haber dejado en ridículo a cualquier felino en un instante. El pelo oscuro, largo y cuidadosamente despeinado, le daba un aspecto peligroso que corroboraban las facciones de su rostro, a la vez suaves y angulosas. Aunque todo ello perdía inmediatamente su importancia ante el protagonismo de una intensa mirada de ojos verdes, que bien podrían haber encerrado un océano en su interior. Luz tomó aire antes de poder hablar.

—Pues hoy soy una simple turista —dijo, finalmente, y su voz sonó con más entereza de la que esperaba mientras tomaba la guía y los papeles que aquel hombre le ofrecía.

—¿Sólo hoy? —preguntó él, con una media sonrisa a penas insinuada, que la dejó de nuevo sin habla durante un instante que a ella le pareció eterno.



—Eso me temo —contestó con un hilo de voz—. Y espero que sea tiempo suficiente para poder visitar todos los lugares que quiero.

—Un día es muy poco tiempo para dedicar a una ciudad como esta. Aquí hay mucho que ver, y esas guías pueden llegar a complicar más la jornada que ser realmente útiles.

Luz lo miró confundida, pero fue incapaz de hablar cuando se dejó atrapar por aquellos ojos verdes que se fijaban intensamente en los suyos.

—¿A dónde tenías pensado ir? Tal vez podría indicarte algunos lugares interesantes —ofreció él, señalando el mapa.

—En realidad no lo sé —confesó, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contestar con naturalidad, perdida como estaba en la mirada de aquel hombre—. Esta mañana un día completo me parecía una eternidad para visitar la ciudad, pero ahora...

—Bueno, quizás deberías empezar por las catedrales. ¿Te interesa la arquitectura religiosa? —dijo él, desplegando sobre la mesa el mapa que casi había provocado el desastre, y acomodándolo perfectamente, dejando espacio para su desayuno—. Si es así, el conjunto de la catedral es hermoso y te gustará. También hay un buen puñado de iglesias interesantes y, por supuesto, la universidad —continuó él, mientras Luz lo observaba, perpleja—. Aunque yo, personalmente, prefiero las pequeñas curiosidades y los lugares que guardan historias y leyendas en su interior —concluyó en tono de confianza, acercándose levemente a ella.

—Pareces conocer muy bien la ciudad.

—He tenido tiempo suficiente para ello —contestó el hombre despreocupadamente mientras seguía escrutando el mapa sobre la mesa, buscando algo que parecía no poder localizar.

—¿Hace mucho que vives aquí? —preguntó, mientras observaba aquellas manos grandes y hábiles recorrer las calles dibujadas en el plano.

—Lo hice durante un largo tiempo —explicó, fijando de nuevo en ella su mirada—. Ahora sólo estoy de vuelta.

Luz asintió.

—Aquí —dijo él, señalando finalmente sobre el mapa con un leve golpe—. Empieza por esta plaza y sigue las calles dibujando una circunferencia —indicó, mientras marcaba con el índice el recorrido—. Es la parte más bella de la ciudad, y todos los edificios interesantes están muy bien señalizados. Además, estoy seguro de que alguien como tú localizará con facilidad esas pequeñas joyas que no suelen aparecer en guías como esa.

Él señaló el pequeño libro con tapas amarillas que estaba ahora abandonado sobre una silla al lado de Luz, y se quedó mirándola tan fijamente que ella no pudo evitar estremecerse. No sabía cuánto tiempo hacía que un hombre no la miraba de aquella

manera. Aunque en realidad, pensó, jamás nadie la había mirado así, como si pudiera ver algo más allá de la simple apariencia.

—Quizás podrías acompañarme —dijo, y se sorprendió al escucharse a sí misma pronunciar aquellas palabras. Jamás había hecho nada como aquello y no entendía cómo se le había ocurrido invitar a aquel desconocido.

—Me encantaría, pero no puedo.

A pesar de todos los reproches que se había hecho a sí misma en unos pocos segundos, no pudo luchar contra la decepción que la embargó al escuchar la negativa, y quiso recriminarse por ello.

—Tengo varios asuntos importantes de los que ocuparme esta mañana —continuó diciendo antes de girarse un instante para mirar por la ventana a la calle. Luz siguió la dirección de su mirada aunque no vio a nadie en el exterior que pareciera estar esperándolo—. Pero sería un placer reunirme contigo para almorzar, y después, si quieres, enseñarte algunos rincones de la ciudad.

—Por supuesto —respondió, demasiado deprisa y sin ser del todo consciente de que acaba de aceptar una cita con un completo desconocido, y él pareció divertido por su entusiasmo.

—Está bien. Hay un pequeño restaurante donde se come realmente bien —dijo él, mientras miraba de nuevo en el mapa y señalaba un punto—. Está aquí ¿Qué te parece si nos vemos a las tres?

—Perfecto —respondió con la vista fija en el lugar que él había señalado, esperando recordarlo.

—Hasta entonces, pues. —Se despidió, sin apartar de ella la mirada, mostrando de nuevo aquella media sonrisa, apenas perceptible, que se reflejaba especialmente en sus ojos—. Por cierto, me llamo Ángel.

Luz no pudo evitar sonreír, algo avergonzada, ante la evidencia de que eran dos desconocidos que acaban de quedar para almorzar. Era una completa locura, pero se sentía feliz, como una adolescente que se enfrenta a su primera cita, y no estaba dispuesta a privarse de aquel placer.

—Yo soy Luz —dijo, y tendió la mano para estrechársela, pero él, en lugar de eso, tomó su mano con delicadeza y se la llevó a los labios.

—Es un placer, Luz —susurró prácticamente sobre su mano y le dedicó una sonrisa que hizo que las anteriores no parecieran más que simples muecas—. Nos vemos a las tres.

Observó a Ángel salir de la cafetería, mientras trataba de recuperar el aliento, y se debatía entre el entusiasmo ante aquel sorprendente encuentro y la vocecilla interior que le gritaba que bajo ningún concepto acudiera a su cita con aquel desconocido. No sin dificultad, consiguió retomar el control de sí misma, plegó con delicadeza el plano que seguía extendido sobre la mesa, a la vez que hacía callar aquella molesta voz que

quería privarla de aquel día de turismo, que, inesperadamente, se había vuelto más interesante de lo que nunca hubiera imaginado. De cualquier modo, ya lo había decidido cuando comenzó a devorar el succulento desayuno que seguía intacto sobre la mesa. Recorrería el camino que Ángel le había indicado en el mapa y a las tres se reuniría con él. Ese podía convertirse en un día mucho más interesante todavía de lo que había esperado.

## Capítulo V

**A**L salir del hotel, Ángel necesitó toda su concentración para calmarse y, aún así, no fue suficiente. Realmente, quería pasar el día con Luz. Deseaba pasar todo el maldito día con Luz. Y ella se lo había pedido. Pero había tenido que rechazarla y tratar de arreglar el desastre con una invitación a almorzar, que sólo le dejaba medio día disponible con ella. Mientras cruzaba la calle maldijo entre dientes a todos los ángeles y demonios que poblaban el universo. Toda su ira se concentraba en su mirada, al tiempo que se repetía que no debía perder el control. Aunque, por todos los demonios, no había nada que deseara más en aquel momento que estar junto a Luz, a pesar de que eso no implicara estar más cerca del manuscrito.

—¿Se puede saber a qué demonios estáis jugando? —preguntó, y su voz fue un trueno en mitad del silencio de una ciudad que aún estaba despertando.

Asmodeo empujaba a Rafael contra la pared de un callejón y mantenía su espada en la garganta del arcángel. Un gruñido gutural salía de entre sus dientes, haciendo que el ángel caído pareciera aún más peligroso, si eso era posible en aquella situación. Rafael estaba desarmado, con las manos alzadas en señal de rendición, pero con una clara amenaza en su mirada, fija en los ojos de su contrincante. Ninguno de los dos contestó a la pregunta de Ángel, pero, inmediatamente, dirigieron hacia él su atención, sin moverse ni un solo milímetro en sus posiciones.

—Acabáis de fastidiarme la mañana —dijo entre dientes, mientras se acercaba a los dos ángeles, aún inmóviles—. No me deis más motivos para cabrearme.

—Lo encontré en la puerta del hotel —respondió, al fin, Asmodeo.

—Y por eso quieres rebanarle el cuello...

—Te estaba siguiendo —explicó el ángel caído, sin apartar aún la mirada de Rafael ni cambiar su posición.

—No te atrevas a interrumpirme, Asmodeo —Ángel habló en un susurro, pero su voz fue aterradora, reflejando todos los matices del tormento que había sufrido durante años—. No pongas a prueba mi paciencia.

Asmodeo bajó inmediatamente la cabeza ante la amenaza. Conocía perfectamente el precio de desafiarlo, y él sabía que no tenía intención de hacerlo, pero, aún así, mantuvo la espada fija en el cuello de Rafael, provocando pequeñas laceraciones en la piel del arcángel, que desprendían un olor dulzón, parecido a cualquier cosa menos a carne quemada.

—Aparta de una vez la maldita espada de su cuello —ordenó, más calmado pero dejando que la amenaza se filtrara en su voz—. No soporto el olor a santidad.

Ángel creyó ver una sonrisa en el rostro de Rafael y puso todo su empeño en

ignorarla. Lo último que necesitaba era matar a un maldito arcángel en mitad de la calle y a plena luz del día. De hecho, lo último que quería era estar allí en aquel momento. Bufó, y tomó el cigarrillo que Asmodeo, con la mirada aún llena de ira, le ofrecía, adelantándose a su petición. Dio una larga calada, extendió la mano y, con un gesto, le pidió al ángel caído que le entregara su paquete de tabaco y el encendedor.

—Lárgate ahora, diablo —ordenó—. Ya me ocupo yo de esto.

Asmodeo se esfumó tan rápido como pudo, y él se encontró solo ante Rafael, que sonreía, insolente, mientras las heridas de su cuello sanaban, desprendiendo un intenso brillo dorado. Dio otra calada al pitillo y soltó el humo en un largo suspiró, tratando de calmarse.

—Espero que tengas una buena razón para jugarte las alas —dijo, mientras observaba al arcángel, indolente y confiado, apreciando su parecido con Miguel, Gabriel y Uriel, pero, sobre todo, con él mismo—. Tiene que ser realmente buena, Rafael. Acabo de joderme un día fantástico para salvarte la vida —se llevó otra vez el cigarrillo a la boca y lo tiró al suelo, con rabia, después de absorber el humo—. Sí, tiene que ser una razón muy buena.

—Siento desilusionarte, hermano. Y también siento que se te haya torcido el día, pero de eso deberías culpar a Asmodeo, no a mí.

Ángel se acercó más a Rafael, deseando ser él quien en aquel momento sostuviera una espada contra su cuello.

—Yo me limito a cumplir órdenes, nada más —explicó, finalmente, el arcángel.

—No sabía que Gabriel valoraba ahora tan poco tu servicio como para asignarte misiones suicidas. Definitivamente, estarías mejor conmigo que allí arriba tocando la lira por los siglos de los siglos —dijo, con burla, apartándose del ser sagrado.

—La lira te obsesiona, Heylel —bromeó el arcángel, sonriendo—. Aunque debo reconocer que a veces creo que tienes razón. Sobre todo, cuando te echo de menos.

Decidió ignorar el arcaico nombre y las últimas palabras de Rafael, y se limitó a negar con la cabeza. De los nueve arcángeles que permanecieron en el Paraíso, sabía que él era el único que alguna vez había sentido la tentación de seguirlo. Pero, igualmente, sabía que era el que menos posibilidades tenía de soportar aquella condena y, de hacerlo, quién no soportaría tenerlo rondando cerca eternamente sería él mismo. Si todos sus hermanos tenían la capacidad de hacerle perder los nervios, Rafael era, sin lugar a dudas, el que más había desarrollado aquella peculiar habilidad.

—¿Por qué no me dices qué quieres en lugar de seguir diciendo tonterías que podrían costarte caro allí arriba?

El arcángel se encogió de hombros.

—No me jodas, Rafael. —Ángel sintió que estaba a punto de perder la calma de nuevo y se obligó a relajarse—. Si has venido hasta aquí, será por algo...

—Tienes razón. Por un lado tenía que seguirte. Es mi misión —aclaró, dedicándole a Ángel una amplia sonrisa, mientras él lo miraba con incredulidad—. Por otro, quería advertirte de ello.

—A ver si lo entiendo. —Ángel movía la cabeza, de un lado a otro, despacio, como si ese gesto pudiera ayudarlo a comprender, a la vez que trataba de serenar su espíritu—. Has decidido, tú solito, que era mejor idea plantarte aquí delante con tu, por lo que veo, recién recuperado cuerpo, y sin espada, para hacerme saber que, a partir de ahora, me vas a seguir, en lugar de hacerlo discretamente como, supongo, te habían ordenado. —La rabia y la incredulidad se mezclaban a la par en su voz mientras fijaba la mirada en los ojos del arcángel, que seguía sonriéndole—. Todo eso, por supuesto, sin contárselo a Miguel, o a Gabriel, o a cualquier otro maldito arcángel. Y sin pensar que cualquier demonio, ángel caído, espíritu cabreado, o yo mismo, podríamos haber separado con un solo gesto esa linda cabeza que paseas del resto de tu cuerpo.

—Más o menos —admitió Rafael, entre risas—. Sólo que sé perfectamente que tú no vas a atravesarme con tu espada, a no ser que te de un buen motivo para hacerlo, y no necesito la mía para deshacerme de cualquier demonio, ángel caído o espíritu inquieto que se tercie.

—Por supuesto, Rafael. Ya he visto que bien te has manejado con Asmodeo. —El sarcasmo en sus palabras se incrementó con el gesto lento de sus manos señalando de arriba abajo al ser que tenía delante.

—Vamos, Heylel, con el tiempo que has tardado en venir Asmodeo hubiera podido mandarme de vuelta al cielo unas cien veces, si hubiera querido. ¿Qué era tan importante como para entretenerme tanto?

—¡Quieres dejar de llamarme por ese maldito nombre! —Todo el horror que había en su interior se filtró en su voz airada, que bien podría haber hecho perder el sentido a cualquier humano que anduviera cerca—. ¡No es mío! ¡Ya no me pertenece! Ni el nombre, ni la maldita luz de la Creación.

Rafael negó con la cabeza, mientras seguía sonriendo a Ángel, que lo miraba con siglos de ira acumulada en sus ojos, aunque el arcángel no había podido evitar estremecerse al escuchar su voz.

—Siempre te pertenecerá —dijo al fin, cuando comprobó que Ángel se había tranquilizado—. Con condena eterna o sin ella. Lo de que perdieras las alas, en cambio, eso sí que es una verdadera lástima.

Ángel no pudo evitar sonreír al sentir, como si fueran propios, los sentimientos encontrados del arcángel mientras pronunciaba aquellas palabras, que, en boca de cualquier otro, lo hubieran hecho enloquecer de ira. La añoranza, el dolor y la alegría del reencuentro se mezclaban en igual medida en el espíritu de Rafael y, por un fugaz instante, él sintió lo mismo que su hermano.

—Es posible —contestó con brusquedad—. Pero con alas o sin ellas, incluso sin nombre y sin luz que ilumine el jodido universo, sigo siendo quien soy...

—El primero de los nuestros, el más bello entre nosotros... —Rafael terminó por él, dándole a su voz un matiz entre la burla y la grandeza—. Sólo con tu vanidad ya había un motivo más que suficiente para que acabaras aquí abajo.

—¿Desde cuándo a la verdad la llamas vanidad? —preguntó, forzando su voz para que reflejara una ira que en realidad ya no sentía.

—Que sea cierto no implica que no exista el pecado.

—Súmalo a mi lista —dijo, y mostró una terrible sonrisa a la vez que sentía como una pena antigua crecía en el interior de Rafael, recordándole cuál era en realidad la posición de ambos en ese momento—. Deberías largarte antes de que me arrepienta de haberte salvado el cuello.

—No puedo irme, tengo que seguirte.

Ángel resopló, resignado, y asintió. No le resultaba fácil deshacerse de Rafael, pero lo último que le convenía era alimentar la simpatía que ese maldito arcángel sentía hacia él.

—Sé que tienes que seguirme —dijo, dejando que su voz mostrara todos los matices de su tormento— pero también sé que puedes hacerlo sin ser un maldito incordio. Haz lo que tengas que hacer, pero procura no darme motivos para ser yo quién sostenga la espada contra tu cuello la próxima vez. Yo no soy Asmodeo.

Rafael dudó un instante antes de hablar, variando la expresión de su rostro.

—No, no lo eres —admitió, moviéndose inquieto—. Pero tampoco eres el mismo que la última vez que nos vimos. Antes no me has contestado. ¿Qué era tan importante en el hotel que has tardado tanto en venir hasta aquí?

—Estás haciendo justo lo contrario de lo que te he dicho. —Ángel fijó su mirada llena de ira en Rafael, consciente de que el arcángel había estado escrutando sus pensamientos durante todo el tiempo. Maldijo la costumbre de aquel ser sagrado de meterse en las mentes ajenas y, por primera vez en mucho tiempo, pensó que algunas normas no estaban hechas para romperse—. Ahora mismo me estás dando un motivo más que bueno para mandarte de vuelta junto a tu Padre...

—Sigues sin contestarme —lo interrumpió el arcángel.

Si no se quitaba rápido de encima a Rafael acabaría haciendo lo que Asmodeo no había querido hacer. Maldijo mil veces al arcángel y dejó que toda su ira fluyera hacia él. Sintió su nerviosismo y la tensión en su cuerpo, mientras notaba como el miedo crecía en el interior de Rafael, a la vez que lo sostenía con una mano contra la pared, sujetándolo por el cuello de la camiseta, y se esforzaba por no llevar su mano a la espada.

—Lárgate —consiguió decir entre dientes—. Ahora.

El arcángel obedeció de inmediato y Ángel apoyó una mano en la pared contra la

que segundos antes había sostenido a Rafael, mientras trataba de tranquilizarse. Aquel arcángel siempre conseguía hacerle perder los nervios. No soportaba que nadie se metiera en su maldita cabeza, pero menos aún que se lo hiciera saber de forma tan descarada. Inspiró profundamente y dejó que la rabia y la ira comenzaran a diluirse lentamente en su interior. Enseguida notó la presencia de Belial y Asmodeo en el callejón, cerca de él, aunque guardando prudentemente las distancias.

—No tengo todo el día —gruñó, aún sin poder contener la rabia, adivinando que los diablos querían ponerlo al día de lo ocurrido durante su ausencia—. Será mejor que seáis breves en vuestras explicaciones.

Los dos ángeles caídos avanzaron hacia él, que permanecía apoyado en la pared del callejón, con los ojos cerrados. Belial puso una mano en su hombro y Ángel se incorporó, abriendo los ojos, encendidos aún por la rabia. Encendió un pitillo y comenzó a caminar en silencio, flanqueado por sus generales.

La ciudad estaba tranquila y el calor aún no era excesivo cuando Luz empezó a pasear por las calles del centro histórico de Salamanca. Había intentado memorizar el lugar que Ángel le había indicado para empezar su visita, no estaba lejos de su hotel, y se tomó el paseo con calma. Era extraño que se sintiera tan bien, tan tranquila, no sólo porque hacía mucho tiempo que no conseguía sentirse ni la mitad de bien de lo que se encontraba aquella mañana, sino porque la noche anterior había tenido una terrible crisis de nervios. Y llanto. Eso también era raro. Hacía meses que no había salido ni una sola lágrima de sus ojos, al principio, porque se obligó a detener el torrente de llanto en el que se había convertido su día a día, después, porque las lágrimas no acudían por más que lo deseara. En algunas ocasiones, cuando se formaba aquel horrible nudo en su garganta que parecía ahogarla cada vez que el vacío trataba de absorberla, había pensado que si hubiera conseguido llorar, tal vez, se hubiera sentido algo mejor. Posiblemente, había estado en lo cierto y el llanto la había desahogado, liberándola momentáneamente de aquellas sensaciones que tanto odiaba. No quería pensarlo, sino disfrutarlo. El malestar, el dolor y la angustia podían regresar en cualquier momento, y no quería desaprovechar aquel apacible descanso que suponía, por una vez, no sentirse a punto de perderse en medio de la nada y desaparecer.

Llegó a una pequeña placita empedrada, junto a la Plaza Mayor, y comprobó que era la que Ángel le había indicado para que empezara su visita a la ciudad. Ante ella, la Iglesia de San Martín la invitaba a entrar por una de sus puertas secundarias. Se adentró en el templo románico, disfrutando de los detalles de su arquitectura y la finura de los capiteles tallados. El interior era más elevado de lo que había supuesto, y los enormes pilares en forma de cruz, que sostenían la estructura y separaban la nave central de las laterales, parecían increíblemente ligeros gracias a las columnas



adosadas. La iglesia estaba prácticamente vacía y se entretuvo observando los pequeños detalles interiores, dejando que su mente vagara reconstruyendo antiguas historias, imaginando las manos que habían trabajado en la construcción de aquel templo y las piezas que lo decoraban, y la fe absurda y ciega que las había empujado. Perdió la noción del tiempo, y cuando salió de nuevo al exterior, por un lugar diferente del que había entrado, convencida de que no quedaba rincón en aquel lugar que pudiera impresionarla, no pudo evitar asombrarse por la belleza de la decoración de las arquivoltas y por la conservación, en excelente estado, de una escultura policromada sobre la puerta de claro carácter románico.

Finalmente, decidió variar las indicaciones de Ángel y adentrarse en la Plaza Mayor. Siempre le había gustado visitar la plaza mayor de todas las ciudades a las que iba, comúnmente eran lugares cargados de historia y de leyendas, construidos robando espacio a una disposición anterior de los edificios, que eran derruidos para dar cabida a aquellos recintos abiertos en el centro de los cascos antiguos. Sabía que ese no era el caso de Salamanca, sino todo lo contrario. En el siglo XVIII se había renunciado a la que había sido conocida como la plaza más grande de la cristiandad para seguir la tendencia del momento, y construir una plaza al estilo del de la capital, que albergara el ayuntamiento y por lo tanto le diera el rango de mayor, que aún ostentaba. No pudo resistir la curiosidad de visitar aquella excepcional plaza, y lo que vio no la decepcionó en absoluto. El conjunto arquitectónico era bellísimo y sin lugar a dudas mejoraba el diseño del madrileño en el que se había basado. Pero aún más espectacular le resultó el tono dorado de las piedras con las que se había edificado el complejo, en el que, sin duda, destacaba el edificio consistorial. Sabía que el ayuntamiento había quedado inconcluso y que le faltaban dos torres, que debían coronar la estructura, pero viéndolo en aquel momento no pudo imaginar cómo podía mejorarse el aspecto de la solemne fachada.

Salió de la plaza, dejándose llevar por la ciudad que visitaba, y se adentró por calles y callejas, perdiendo ya definitivamente de vista la ruta que Ángel le había indicado sobre el mapa. Mientras supiera encontrar el lugar en el que había quedado con él no había motivo alguno para no perderse por aquella ciudad que la estaba fascinando. Y el lugar de la cita era difícil de olvidar, el restaurante en el que debían verse estaba, justamente, en una plaza con el mismo nombre que el hombre con el que se iba a reunir. Caminó sin prestar atención a la dirección que tomaba, disfrutando de todo lo que le ofrecía aquella ciudad. Cada esquina, cada rincón, parecía albergar alguna pequeña sorpresa, una joya arquitectónica, una curiosa escultura tallada en la piedra, un antiquísimo detalle en las decoraciones de balcones y ventanas... Paseó perdiendo la noción del tiempo, deteniéndose allí donde encontraba algo de su interés y, seguramente, pasando de largo por los lugares más conocidos. No le importó en absoluto, en ese momento su idea de dejar de lado su

faceta de antropóloga para simplemente mezclarse con los grupos de turistas ya había fracasado por completo. Y, en realidad, estaba completamente convencida de que no había mejor manera de conocer una ciudad que perderse en ella, sin hacer caso alguno de guías o recomendaciones, y, a pesar del calor, estaba dispuesta a disfrutar de cada pequeño descubrimiento.

Ángel miraba distraído la enorme plaza que se abría a sus pies. Las vistas desde la torre sur de la catedral eran tan hermosas como recordaba, aunque la fisonomía de la ciudad había sufrido algunos cambios que desentonaban con el conjunto, pero que en ningún caso mermaban su belleza. Había pensado que allí arriba, junto a las enormes campanas, le sería más llevadero escuchar lo que los dos ángeles caídos tenían que decirle, pero enseguida comprendió que ni en el mismísimo Paraíso aquella charla le hubiera resultado menos desagradable. Belial hablaba a voz en grito, dejándose llevar por la ira, mientras explicaba como los demonios se habían organizado, dirigidos por Legión, sin más intención que la de crear caos y confusión. No respondían a las órdenes de nadie y las advertencias no parecían conducir tampoco a nada. Él dudaba de que esa fuera la única intención de cualquier demonio, y menos de uno antiguo como Legión, pero prefirió no exacerbar aún más la ira de aquel diablo. Ángel sabía que si hubiera dependido del Rey del Infierno, así como de otros tantos diablos, se hubiera organizado una matanza de subordinados y renegados a modo de escarmiento. Viendo a aquel ángel caído encendido por la ira, alto y corpulento, terrible y majestuoso al mismo tiempo, no le costó imaginarse las discusiones que debía haber habido durante su ausencia, que, ya no le cabía duda, había sido demasiado larga. Mientras tanto, Asmodeo, recostado contra una de las paredes del campanario, escuchaba resignado las quejas de Belial, pero toda la calma que mostraba fácilmente podía evaporarse y estallar en una explosión de ira incontrolada. Aunque su aspecto no era ni con mucho tan terrible como el de Belial, aquel ángel caído, con expresión de estar de vuelta de todo, era imprevisible, y eso lo convertía en uno de los más peligrosos de entre los suyos. Ángel resopló cuando, por enésima vez, oyó como el Rey del Infierno relataba, otra vez uno por uno, todos los desastres que habían provocado los malditos demonios.

Por supuesto que sabía que estaban detrás de la mayoría de revoluciones, revueltas, guerras, dictadores, hambrunas y demás desastres que habían conmocionado a los humanos durante los últimos trescientos años. Al igual que sabía que el creciente número de casos de posesión reconocidos por las diferentes iglesias eran obra suya, y los que no se contaban, también. Sabía que disfrutaban con aquel juego, incluso a él podía llegar a resultarle divertido ver a los demonios jugar con la fe de los humanos, aunque el exceso hacía evidente que había algo más que el puro entretenimiento detrás de sus actos. Querían hacerse notar, y lo estaban consiguiendo,

aunque nadie parecía capaz de entender el porqué. También sabía que todo aquello podría haber sido mil veces peor si cada uno de los diablos superiores no hubiera tratado de mantener el control sobre sus zonas de influencia. Y aún mucho peor si los grigoris no hubieran evitado el intento de exterminio que tan buena idea les parecía a Belial, a Asmodeo y, según deducía por sus palabras, también al resto. Un montón de demonios descontrolados era un problema, un montón de demonios cabreados era un desastre.

—Es su naturaleza —dijo, al fin, en un último intento por hacer callar al diablo que empezaba a sacarlo de quicio—. Si no fueran un montón de hijos de puta no estarían aquí sino en el puñetero Paraíso, Belial. Podemos vigilarlos, castigarlos, e intentar controlarlos, pero tenemos que cargar con ellos.

—¡Podemos escarmentarlos! —gritó el diablo.

—No, no podemos —replicó, tratando de contenerse. Lo último que quería era perder el control con sus generales, pero le estaba costando más de lo que había pensado—. No van a escarmentar. ¡Maldita sea, son demonios! Almas condenadas, corrompidas por su propia naturaleza. Mil veces los harás desaparecer y mil veces volverán con sus mismas debilidades, con sus mismos vicios, con sus mismos defectos. Ésa es su condena. Y aguantarlos, la nuestra. Déjalo ya.

—Al menos mientras estuvieran disueltos en el éter tendríamos algo de paz —se quejó Asmodeo, y Ángel no pudo reprimir una carcajada.

—¿Paz? Deberías haberlo pensado mucho antes si era eso lo que querías. No hay paz para nosotros.

Belial y Asmodeo se enzarzaron en otra discusión sobre los beneficios y consecuencias de exterminar a los revoltosos demonios, y Ángel dejó de escucharlos. Cuántas veces había oído ya las mismas quejas, una y otra vez. No se quejaban por la angustia que se apoderaba de ellos cada vez que el eterno castigo se ceñía sobre sus espíritus malditos, ni por el dolor que sentían en su interior o la ira acumulada durante milenios. Ni uno de aquellos diablos, que cargaban a sus espaldas con legiones de condenados, había abierto la boca ni una sola vez en toda su existencia para quejarse de la peor parte de su castigo. Sólo se quejaban de los malditos demonios. ¿Acaso creían que a él le gustaba hacer de niñera de las almas condenadas? Había sido sólo el precio a pagar por su afrenta. «Tú lo has provocado, tú lo arreglas», había resumido una vez Miguel. No le faltaba razón. Si no hubiera sido por él no habría habido pecado alguno en la Creación. Un hermoso lienzo sin mácula e infinitamente aburrido. Un montón de almas puras, habitando cuerpos igualmente puros, sin capacidad para hacer nada, más allá que pasar los años de su existencia terrenal uno tras otro, tras otro, tras otro... Las guerras, dictadores, injusticias, epidemias y demás desastres no dejaban de ser un mal menor de una inversión rentable en pos de un futuro beneficio. Claro que, como toda inversión,

tenía sus riesgos.

Escuchó a los diablos enumerar, de nuevo, todos y cada uno de los desastres que habían provocado los demonios, y discutir, otra vez, sobre las ventajas e inconvenientes que habían supuesto. Resopló. Definitivamente, trescientos años habían sido demasiados. Cuando decidió olvidarse temporalmente de sus intentos infructuosos de conseguir el maldito manuscrito no había pensado, ni por un instante, que su ausencia sería tan larga. Estaba cansado, necesitaba olvidarse de todo y, en especial, de todos. El efecto de los jodidos sellos de Gabriel lo había dejado exhausto, y dedicar las pocas energías que le quedaban a tratar de romperlos no había sido una buena idea. Se había dejado llevar sin ser consciente de que la condena impuesta sobre él al principio de los tiempos se ceñía en torno a su ser hasta casi asfixiarlo. Al principio, simplemente, vagó, de un lado a otro, deleitándose observando a los humanos, tentándolos, empujándolos a hacer aquello que deseaban pero a lo que no se atrevían. Esa era una de las pocas satisfacciones que le quedaban, jugar con aquellas criaturas débiles e indecisas, demasiado asustadas para tomar el control de sus propias existencias. No fue consciente del paso del tiempo, en realidad nunca lo era, y, finalmente, acabó por desprenderse del cuerpo. Lo incomodaba la atadura que suponía la forma material, no le permitía observar sin ser visto, y le recordaba demasiado a menudo el dolor que quería olvidar, aunque lo sintiera en todo momento. Ese fue el error. Si ya le resultaba difícil ser consciente del tiempo encerrado en un cuerpo, sin las limitaciones que éste suponía perderse en la nada era demasiado sencillo. Y eso hizo. Consiguió olvidarse de sus propios sentimientos a base de explotar los de los demás, por lo general más placenteros que los suyos, cuyo abanico se limitaba a la rabia, la ira, el dolor y, por supuesto, la eterna e insoportable agonía. Para cuando quiso darse cuenta, estaba completamente vacío, salvo por la maldita tortura que suponía su condena, como no. De eso no se iba a librar en toda su jodida existencia.

Sin cambios ni sentimientos, el tiempo, simplemente, había desaparecido, y con él casi consiguió desaparecer él mismo, lo que de haber sido posible hubiera supuesto un increíble alivio. Los sentimientos de los humanos habían dejado de ser un capricho, una vía de escape, para convertirse en una necesidad. La diversión de empujarlos al vacío, de tentarlos, de instigarlos, se había convertido en la única manera de ser consciente de su propia existencia más allá del abismo de su condena, que lo había absorbido casi por completo, anulando en gran medida su poder. Pero ahora el poder había regresado, junto con los sentimientos propios. O tal vez hubiera sido al revés. No lo sabía. Lo único cierto era que estaba de vuelta. Había regresado, otra vez, a su existencia maldita. A su condena eterna. Y, cómo no, a todas sus consecuencias. Resopló.

—Nos ocuparemos de Legión —concluyó, finalmente, interrumpiendo a sus

generales que seguían discutiendo a voz en grito, cada vez más airados—. De nada servirá una matanza si no acabamos con él. Podemos matar a todos los demonios y, con el tiempo, acabarán recuperando sus fuerzas. Si queremos acabar con esto, hay que cortarle la cabeza a la serpiente.

Los dos diablos lo miraron fijamente, con la rabia aún reflejada en sus rostros. Era evidente que querían una sangría, y un solo demonio, aunque fuera Legión, no les parecía en absoluto suficiente.

—Pueden conseguir otro líder —protestó Asmodeo, irguiéndose y tratando de parecer convincente, sin conseguirlo.

—Sí, pueden conseguir otro líder —concedió, mirándolo fijamente—. Pero no como Legión ¿cuántas almas hay ya dentro de ese hijo de puta? Perdí la cuenta cuando eran cinco mil.

Belial rió y Asmodeo dejó salir un gruñido de rabia.

—Está bien —dijo Belial—. Nos pondremos en marcha...

—No —lo interrumpió él, y su voz fue casi como un gruñido—. Primero quiero recuperar el manuscrito. Después, yo mismo me encargaré del demonio.

Los dos diablos lo miraron con incredulidad, pero ninguno de ellos se atrevió a protestar. Al menos, aún le guardaban el respeto que le debían, y no pudo evitar sentir cierta satisfacción por ello.

Cuando Luz giró la esquina de la Calle de Santa Cruz reconoció de inmediato a Ángel apoyado contra la pared de un pequeño restaurante, con un gesto entre la elegancia y la despreocupación, y cierto aire arrogante. Cruzó la plaza, dirigiéndose hacia él, que la miraba sonriendo, sin hacer ademán de variar su postura, mientras ella se esforzaba en no acelerar el paso y aparentar una seguridad de la que, en aquel momento, carecía por completo. Viéndolo allí, recostado junto a la puerta del restaurante, con una actitud cercana a la insolencia, pensó que aquel hombre parecía del todo irreal. No sólo su atractivo físico resultaba desconcertante, sino también su porte, que reforzaba una apariencia increíblemente irresistible, más próxima a la ilusión que a la realidad, de no ser porque en aquel mismo momento lo estaba viendo allí, ante ella, esperándola. Finalmente, no pudo evitar suspirar cuando se encontró a pocos pasos de él, y pudo ver de nuevo aquellos irreverentes ojos verdes, fijos en ella, como si fuera lo único en todo el mundo digno de ser admirado.

—Espero que la mañana te haya resultado provechosa. —Ángel recorrió el único paso que lo separaba ya de ella, al tiempo que su sonrisa se ampliaba.

—Por supuesto. Aunque debo confesar que he variado ligeramente la ruta que me habías recomendado —respondió, sorprendiéndose de la seguridad que reflejaba en su voz.

—No me cabía duda de ello —dijo él, con cierta satisfacción, mientras apoyaba

suavemente una mano en su espalda y abrió la puerta del restaurante, invitándola a entrar, haciendo gala de una caballerosidad que ella ya creía extinguida desde mucho tiempo atrás.

El restaurante era acogedor, y el rincón en el que se sentaron les proporcionó una intimidad que le resultó gratificante. Comieron mientras ella le explicaba cómo había pasado la mañana, comentando los lugares que había visitado y los motivos por los que se había escapado del recorrido que él le había indicado durante el desayuno. Por un instante, creyó ver una sombra de advertencia en los ojos de Ángel, que le recordó que aquel hombre era un completo desconocido e, incluso, le hizo pensar que podía ser peligroso. Pero bastó con su sonrisa apenas insinuada, o la luz que había en su mirada, para que olvidara cualquier pensamiento al respecto. La conversación con Ángel se le hizo realmente agradable, él parecía tener amplios conocimientos de absolutamente todos los temas que trataban y, para cuando llegaron a los postres, Luz estaba explicándole el motivo que la había llevado a Salamanca, los hallazgos en la Casa de las Muertes e, incluso, los más sorprendentes detalles del manuscrito que estaba estudiando, así como su hipótesis sobre la posible relación entre la Cueva del Diablo y la cripta del palacio plateresco.

—Es una teoría más que plausible —dijo él, después de escucharla atentamente—. De hecho, no pocas ciudades medievales guardan en sus entrañas una red de túneles y pasadizos que conectan, o al menos antiguamente conectaban, casas, iglesias y conventos entre sí.

—Exacto. Y estoy convencida de que hay algún sistema de ventilación en esa cripta. —Luz se interrumpió para llevarse un trozo de tarta de queso a la boca—. El aire estaba claramente menos viciado en su interior que en el acceso. No me extrañaría que incluso hubiera otra entrada, tal vez desde el exterior, o puede que un pasadizo que comunicara la cripta con otro lugar —explicó, y Ángel asintió mientras daba buena cuenta del postre especial de la casa—. La Casa de las Muertes está cerca de las catedrales —continuó, y su mente funcionaba a toda velocidad mientras hablaba, trazando hipótesis que en aquel momento le parecían más posibles de lo que ella misma hubiera imaginado—. También hay varios conventos alrededor.

—Y está junto a la Universidad —él siguió por ella—. Y cerca de la cueva en cuestión.

Luz se limitó a asentir, concentrada ahora en todas aquellas ideas que, aunque en ningún momento había descartado, tampoco había considerado seriamente. Además, estaba segura de que había algo que se le escapaba. Algo que había ocurrido la noche que se adentró con Alfonso en la Cueva del Diablo, y que no conseguía recordar. Algo que había visto. O que había encontrado. Apartó el pensamiento cuando, de pronto, recordó la historia que había leído entre las notas de Marcos sobre la leyenda de la Cueva del Diablo, y su mirada se iluminó, más allá de las ideas que la

inquietaban.

—De hecho hay una antigua leyenda, no tan conocida como la del aula subterránea de Lucifer, por supuesto, pero que, tal vez, pueda ayudarme a encontrar esa otra entrada a la cripta —dijo, y le pareció ver como los ojos de Ángel brillaron con más intensidad mientras ella hablaba, despacio, casi dudando de su propia teoría—. Se decía que mientras el Diablo tenía como pupilos a siete destacados alumnos de la universidad, otros siete tenían encomendada la misión de impedir que el Ángel Caído consiguiera transmitirles sus enseñanzas. Estos siete se reunían en un lugar, tan secreto como la cueva en la que el Diablo impartía sus clases, al que accedían desde algún sitio cercano a la universidad —dudó un instante antes de seguir hablando, entre risas—. Aunque no sé hasta qué punto habría que tomarse en serio esta historia, porque, de ser cierta, es más que evidente que los siete alumnos fracasaron en su intento de frustrar los planes de Lucifer.

—¿Por qué supones eso? —preguntó Ángel con seriedad, sorprendiéndola.

—Bueno, si creyera en la existencia de Dios... —empezó a decir, sintiéndose de pronto incómoda por la mirada intensa de Ángel, y siguió hablando más despacio, precavida—. Supongo que pensaría que ha abandonado al ser humano a su suerte hace mucho tiempo —concluyó y dudó un instante antes de continuar. Su absoluta falta de fe solía ser malinterpretada, e, incluso, resultar ofensiva a algunas personas, aunque ella no comprendía el motivo, pero un gesto de Ángel la invitó a seguir hablando—. Tal vez, otorgándole a Dios la bondad que a día de hoy se le supone, debería pensar que simplemente el Diablo ha ganado la batalla.

—Tengo algunos colegas que estarían absolutamente de acuerdo contigo y te felicitarían por la concisión de tu reflexión. Resumir cerca de cinco mil años de historia religiosa en tan pocas palabras, realmente, tiene mucho mérito.

—No me has dicho a qué te dedicas —dijo Luz, sorprendida por las palabras de Ángel, que le dedicaba una media sonrisa insolentemente atractiva.

—Resumiendo, podría decirse que a la teología y a la historia religiosa.

—¿Y crees en Dios? —dijo, pero sus palabras no sonaron en absoluto como una pregunta.

—Absolutamente —respondió él, rotundo.

La confusión primero y la decepción después fueron creciendo en el interior de Luz, pero Ángel pareció leer la expresión de su rostro, y despejó de inmediato sus dudas, sin preocuparse en disimular una risa maliciosa.

—Y puedes estar tranquila, no soy sacerdote, ni nada que se le parezca —explicó, con un gesto travieso.

Ella asintió, avergonzándose porque sus sospechas le hubieran parecido a Ángel tan evidentes.

—Está bien. Entonces, no crees que Dios haya abandonado al hombre —

consiguió decir, olvidando el bochorno, y Ángel negó con la cabeza, mostrando de nuevo aquella leve sonrisa, mientras ella hablaba, lentamente, intentando comprender—. Ni que el Diablo haya vencido en su supuesta pugna eterna por el control de la humanidad.

Finalmente, él rió con ganas, para sorpresa de Luz, que había tratado de escoger cuidadosamente sus palabras para no ofenderlo con sus suposiciones.

—Por supuesto que no —contestó él, aún entre risas—. Aunque no creo que ninguno de los dos quieran para nada el control de la humanidad. En todo caso, se trataría más de tener su afecto o devoción, pero no de controlar a nadie. —Ángel hablaba animado, visiblemente divertido con el rumbo inesperado que había tomado la conversación—. Pero lo que realmente no creo, en absoluto, es que el Diablo pueda vencer en modo alguno a Dios. Él no deja de ser un ángel que, digamos, cayó del cielo. Pero un ángel, al fin y al cabo, cuyo poder de cualquier modo estaría muy por debajo del poder del Creador ¿no crees? —preguntó, pero ella no contestó, asombrada por la intensidad de sus palabras—. De hecho dudo mucho que el Diablo se haya planteado jamás derrotar a Dios.

—Un arcángel —dijo ella, finalmente, como toda respuesta.

—¿Qué?

—Lucifer no era un ángel, sino un arcángel —explicó y Ángel asintió, sorprendido, con una expresión que no supo identificar en su rostro—. Según algunos mitos y textos apócrifos, era uno de los más poderosos, un Príncipe, aunque otros textos hablan de que se trataba de un serafín o, incluso, un querubín, pero parecen posteriores y menos fieles al mito original. Aún así, se trataría del primer ser que fue creado y, por lo tanto, el primero entre los suyos, el poseedor del conocimiento y el que iluminó la creación —continuó, antes de detenerse, dubitativa, pero de nuevo la mirada de Ángel la animó a seguir—. Además, al rebelarse adquirió más poder del que tenía y, por otro lado ¿por qué se habría rebelado un ser en su posición, de no ser para ocupar el lugar de quién lo creó?

—Tal vez, simplemente, quisiera aspirar a algo más que a contemplar la gloria del Creador durante toda la eternidad...

—Creía que esa era la función de los tres primeros coros —lo interrumpió y Ángel sonrió de nuevo, entre sorprendido y satisfecho.

—Para no creer en todo esto, veo que dominas el tema —bromeó y ella asintió—. Bien, tú lo has dicho antes, se supone que el Diablo, antes de precipitarse contra el suelo, era el primero entre los suyos ¿verdad?, pero a la vez se supone que era un arcángel —dijo, hablando con calma y ella asintió de nuevo—. Entonces la clasificación en nueve coros de nuestro querido Pseudo Dioniso Areopagita o bien es incorrecta, o bien está incompleta, o bien ha sido constantemente malinterpretada.

—¿Y cuál es tu opinión al respecto? —preguntó, llevada por su curiosidad y



dejando de lado su razón, que se negaba a seguir hablando sobre la clasificación de una supuesta jerarquía angélica.

—Lo último. —Ángel insinuó de nuevo una media sonrisa llena de picardía—. Es simple. La palabra arcángel etimológicamente significa superior a los ángeles, por lo que se ha concluido que son el octavo coro, sólo por encima de los ángeles, que ejercen, por decirlo de alguna manera, de custodios de la Obra Divina —explicó y ella asintió siguiendo con curiosidad su argumentación—. Lo que se ha obviado es que serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, potestades y principados, sean cuales sean sus atributos y funciones, no dejan de ser, al fin y al cabo, ángeles. Así que, simplemente, los nueve arcángeles están por encima de ellos. Serían, por decirlo de algún modo, el primer escalafón en la jerarquía celestial.

—¿Nueve? —dijo, sorprendida, y él asintió a la vez que daba un sorbo de su copa—. La mayoría de confesiones no reconocen a más de cuatro y la Iglesia Católica, en concreto, sólo a tres, aunque en la Biblia se cite la existencia de siete...

—Bueno, Luz —la interrumpió—. La Iglesia Católica también defiende que la madre de Cristo concibió por obra y gracia del Espíritu Santo, que vivió el resto de sus días sin conocer varón y sin ser automáticamente repudiada por su esposo y, por si todo esto no fuera lo suficientemente milagroso, que el hijo de Dios era tan, tan y tan raro entre los suyos que, a pesar de que no comenzó a predicar hasta los 30 años, que para aquella época era estar ya en una edad más que avanzada, no se casó, ni tuvo hijos, ni nada que se le pareciera.

—Y tú no crees eso —afirmó ella.

—Reconocerás que lo primero no se sostiene biológicamente y lo segundo es históricamente imposible. En realidad, la pobre María, habría sido lapidada al instante de haberse sabido que estaba embarazada sin haber mantenido aún relaciones con su marido. De hecho, incluso aunque José hubiera tenido a bien el extraño embarazo, cosa más que poco probable, lo más seguro es que el propio padre de María la hubiera condenado de inmediato. Y bueno, respecto a lo de que Cristo, incluso antes de decidirse a descubrir su identidad, suponiendo que la conociera desde un principio, viviera en contra de todas las normas propias de la época es, por decirlo suavemente, absurdo.

—Así que crees en Dios y en los ángeles, pero no en Cristo —concluyó Luz, pero él negó nuevamente con la cabeza.

—Nada más lejos, Luz —explicó, a la vez que llamaba con un gesto al camarero—. Pero si vamos a seguir con esta conversación necesitare un buen trago de güisqui.

Luz pidió un pacharán con hielo y siguió interrogando a Ángel sobre curiosidades religiosas y sus propias creencias, sin ningún pudor y más intrigada de lo que nunca hubiera estado jamás por aquellos temas que, hasta entonces, sólo le habían despertado un interés puramente académico. Al escuchar las respuestas de aquel

hombre que hablaba con aplomo y convicción del bien y del mal, del Cielo y el Infierno, y de su propia fe mientras bebía güisqui con hielo y fumaba con la elegancia de un galán del cine en blanco y negro, casi quiso sentir vergüenza por haber pensado en algún momento que pudiera ser un sacerdote. De hecho, se dijo mientras se prendaba de nuevo de aquellos brillantes ojos verdes, no sólo sería un desperdicio imperdonable que alguien como él se hubiera consagrado a la Iglesia, sino que, de haberlo hecho, debería de haberse considerado automáticamente como el más grave de los pecados.

Una hora y dos copas después, Luz abandonó el restaurante, junto a Ángel, pensando que tal vez había bebido más de lo aconsejable para dedicarse a hacer turismo por la ciudad, aunque, inmediatamente, descartó aquella idea y se dejó guiar para disfrutar de la que prometía ser la tarde más divertida que había vivido en mucho tiempo.

Ángel había disfrutado como nunca de la conversación con Luz. Aquella mujer parecía ser capaz de sorprenderlo de una manera que ya creía imposible, y eso a pesar de que conocía su alma casi como su propio ser. Pero su mente parecía impredecible, capaz de albergar los más dispares conocimientos, entremezclarlos, sopesarlos a gran velocidad, y arrancar de ellos conclusiones que otros jamás lograrían alcanzar. Había una falta total de fe en su interior, pero aún así era capaz de conversar con maestría sobre temas que, simplemente, debería considerar ridículos. Sus ojos brillaban con aquella luz que les otorgaba la curiosidad cada vez que él le lanzaba una idea que debería haberla contrariado o dejado sin habla y, en cambio, ella lo asaltaba con una nueva pregunta en cada ocasión.

Había hecho un gran esfuerzo para no perderse en la oscura mirada de Luz durante todo el almuerzo, pero, le resultó incluso más difícil medir sus palabras, para poder seguirle el juego, sin decir nada que provocara que ella acabara pensando que estaba completamente loco cuando comenzó a preguntarle sobre el Paraíso, Cristo y sus propias creencias. Posteriormente, toda su determinación pareció insuficiente cuando, al querer dar por terminada la conversación y evitar así delatarse, sintió la oleada de decepción de Luz golpearlo, atravesando su espíritu. Se descubrió deseando poder darle a aquella mujer cualquier cosa que deseara, lo que fuera. Todo, excepto lo que quería. No estaba dispuesto a correr ningún tipo de riesgo a ese respecto, aunque sintiera la necesidad de hablar abiertamente con ella, dejar que sus preguntas la llevaran a la respuesta que, sabía, de ninguna manera quería oír.

Decidió llevarla a los rincones más sorprendentes y menos conocidos de Salamanca, contarle todas las viejas leyendas de aquella ciudad, y deleitarse con la expresión de su rostro con cada pequeña novedad, cada mínimo detalle descubierto y con cada una de aquellas historias. Realmente la curiosidad de Luz parecía no tener

límite. Sabía que ella estaba disfrutando enormemente con el paseo por la ciudad y los pequeños secretos que él le descubría, y cuando la noche los sorprendió, entretenidos contemplando los detalles del templo circular de San Marcos, Ángel sintió como lo atravesaba la desilusión de Luz porque aquella jornada estuviera llegando a su fin. De inmediato, se asombró al descubrir en él mismo idéntica sensación. Comprendió que aún no quería separarse de ella, y se dispuso a cometer la que sabía que era la segunda insensatez en menos de un día por aquella mujer.

—Desde el atardecer y hasta la medianoche hay un bonito espectáculo audiovisual en la Cueva del Diablo —dijo, y cualquier rastro de duda que aún albergara su espíritu maldito se esfumó cuando sintió como la desilusión de Luz se convertía rápidamente en alivio al escuchar sus palabras—. Estoy convencido de que te gustará.

—Será un cambio agradable.

Luz respondió francamente animada, pero él notó cómo su alma se sobrecogía al recordar las consecuencias de su última visita a la cueva. No podía pasarle nada mientras estuviera con él, se repitió, sintiendo a su vez la misma inquietud que había nacido en ella, y que le decía que no debía llevarla a la maldita cueva. Pero había decidido ignorar su intuición para satisfacer sus deseos, y ya era demasiado tarde para rectificar. Al fin y al cabo, pensó, era un ser esencialmente egoísta, y quiso maldecirse por ello.

Mientras caminaban por la ciudad, iluminada ya únicamente por las farolas, sintió más próxima la etérea presencia de Rafael. Había tratado con todas sus fuerzas de ignorar al arcángel que los había estado siguiendo durante toda la tarde, aunque se hubiera dignado, al menos hasta aquel momento, a mantener una distancia prudencial. A pesar de todo, tal y como se iban acercando a los restos de lo que fuera la Iglesia de San Cipriano, bajo cuyo ábside había estado la famosa cueva, sintió un extraño alivio al notar la cercanía de Rafael. Notó que el arcángel también estaba inquieto, y se concentró en seguir conversando con Luz, que le hablaba de la leyenda de Enrique de Villena y su encierro en la torre que llevaba su nombre. La súbita presencia a su derecha de Asmodeo, que había abandonado de nuevo su forma corpórea, lo distrajo una vez más, poniéndolo en alerta cuando leyó la mente del diablo y encontró la misma inquietud que él y el arcángel que lo seguía sentían, sin motivo aparente alguno.

Al llegar a la cueva un buen número de turistas ya se habían acomodado en bancos o en el suelo para contemplar el espectáculo. Había más gente de la que pensaba encontrar y se alegró de que Rafael se situara, no sin quejas por la proximidad de Asmodeo, a la izquierda de Luz. Entre la multitud distinguió, mezclados entre los humanos, a Belial y a Semyazza, tan alterados como él mismo. Fuera lo que fuera que estuviera ocurriendo, no le gustaba en absoluto. Podía sentir la

electricidad que cargaba el ambiente y la inquietud de los suyos. Se concentró en la multitud, mientras trataba de prestar el máximo de atención posible a Luz, pero no fue capaz de detectar la presencia de ningún otro ser sagrado que no fuera Rafael. Lo que estuviera a punto de suceder poco o nada tenía que ver con los arcángeles y sus juegos, pensó, al tiempo que automáticamente llevaba la mano a la espada, justo antes de darse cuenta de que aquel era el último lugar en el que quería dar un espectáculo. O, para ser exacto, Luz era la última persona que quería que presenciara una escena como aquella. Suspiró y trató de dedicarle a la mujer que tenía al lado su mejor sonrisa mientras apoyaba una mano sobre su hombro. Al menos, pensó, podría protegerla mejor si la tenía cerca.

Luz estaba calmada e intrigada por el espectáculo que iban a presenciar. Eso lo tranquilizó e hizo que se sintiera un tanto menos inquieto durante un instante, hasta que un grupo de hombres, que avanzaba con brusquedad entre la multitud allí acomodada, llamó su atención. Tenía puestos todos sus sentidos en el lugar y era evidente que, fueran cuales fueran, las intenciones de aquellos humanos, que rezumaban rabia y venganza, poco o nada tenían que ver con el espectáculo para turistas. Hizo una discreta señal con la cabeza a Asmodeo para que se acercara a comprobar qué hacían aquellos hombres tan cerca de la entrada de la cueva, pero el ángel caído no tuvo tiempo de cumplir su orden. De pronto, salió disparado hacia el centro de la aglomeración de gente y él sintió, como un rayo que lo atravesaba, la ira del diablo a la vez que notó como Rafael lo seguía de inmediato.

Al igual que los humanos que estaban allí, él no podía ver a los dos seres etéreos que habían atravesado el aire desenvainando sendas espadas, pero sí pudo oír el tremendo trueno que provocaron al chocar contra otras dos espadas y sentir la terrible energía que descargaron. Afortunadamente, el estruendo coincidió con el inicio del espectáculo, y todos los que se habían reunido en la plaza para contemplarlo aplaudieron intensamente ante lo que creían que era parte del show audiovisual que habían ido a disfrutar. Todos menos Belial y Semyazza, que contemplaban el cielo estrellado con rabia, deseando observar algo que no podían ver, y él mismo, que sentía como todos sus músculos se habían contraído por la anticipación de la batalla. Cuando identificó la más intensa de las dos nuevas presencias que habían provocado la lucha, atrajo aún más hacia él a Luz, que aplaudía impresionada por lo que creía que eran unos increíbles efectos sonoros, cada vez más intensos y continuados. Los golpes eran terribles, y se maldijo a sí mismo en silencio por haberla llevado a aquel lugar, por no poder hacer nada para protegerla, más allá de lo que ya hacía, y, sobre todo, por haber permitido con su ausencia que Legión se hiciera tan poderoso que intentara desafiarlo de aquella manera.

No sabía cómo era posible que no hubiera sentido antes su presencia, ni por qué tampoco la habían notado ni sus generales ni Rafael. Aquel maldito demonio se creía

lo suficientemente poderoso como para enfrentarse a él y, seguramente, era ahora mucho más fuerte de lo que él mismo había estado dispuesto a considerar. Lo peor de todo era que no podía hacer nada para darle su merecido. En aquel momento no podía permitirse ni contemplar la lucha que tenía lugar delante de sus narices y, ante todo, no podía dejar a Luz desprotegida. Los turistas aplaudían con cada nuevo golpe, más fuerte y atronador que el anterior, que se entremezclaban con la música habitual del espectáculo. Y sumaron gritos de entusiasmo a la ovación cuando una lengua de fuego atravesó el cielo, y se difuminó en millones de pequeñas chispas, similares a estrellas fugaces. Su espíritu se sobrecogió cuando lo azotó la aumentada rabia de Asmodeo, y todo su ser se tensó cuando sintió que Rafael se dejaba cegar por una ira que, por su propia naturaleza, no debería sentir en absoluto. Con todas sus fuerzas trató de prestar atención a Luz y parecer despreocupado, aunque toda su concentración estaba puesta en la mente de Asmodeo para seguir la batalla. El ángel caído estaba totalmente concentrado en su combate y Ángel apenas podía ver en la mente del diablo más que los golpes que esquivaba y asestaba con maestría. En cualquier otra circunstancia aquel combate le hubiera parecido un espectáculo de lo más entretenido, pero no en aquel momento, no allí y, por supuesto, no poniendo en peligro a Luz. Finalmente, un relámpago dorado quebró el cielo estrellado, a la vez que un terrible estrépito resonaba en la noche. Oyó en su mente las maldiciones de Asmodeo y no pudo evitar reír con ganas, casi por encima del ruido de los aplausos ensordecedores del público enloquecido por el espectáculo que, ignorantes del peligro, acababan de presenciar, cuando comprobó que había sido la espada de Rafael la que había atravesado a Legión, haciendo que se fundiera con el aire.

Inconscientemente, apretó de nuevo a Luz contra su cuerpo, dejándose llevar por la repentina alegría, mientras salía de la mente de Asmodeo, que se quejaba de la ineptitud del arcángel. Sabía que el diablo tenía razón. La espada de Rafael, tan efectiva contra ángeles caídos y otros condenados, no podía causar un daño permanente a los demonios creados en este mundo, como Legión o el otro insurrecto que lo acompañaba, y que había conseguido escapar entre la confusión. Pero, en aquel momento, a él eso lo traía sin cuidado. Rafael le había dado un escarmiento a un demonio más poderoso de lo que el propio arcángel creía, y ya habría tiempo para ajustar cuentas con Legión.

—No me habías dicho que también había fuegos artificiales —dijo Luz, riendo animada, junto a él, que se sorprendió de su proximidad al bajar la vista para mirarla.

—Te puedo asegurar que no tenía ni idea —susurró, dejándose atrapar por su mirada—. ¿Te ha gustado?

Luz asintió, repentinamente seria, y él se sintió atrapado por la fuerza más poderosa que jamás hubiera sentido. Estaba perdido en la oscuridad de los ojos de Luz, a la vez tan negros y tan luminosos, que podrían haber contenido todo el

universo en su interior. Todo el mundo desapareció a su alrededor en el momento en que, definitivamente, dejó de resistirse a la fuerza que lo arrastraba, y se sorprendió cuando no le importó en absoluto cerrar los ojos, y privarse de la belleza de la mirada de Luz, para fundirse en el cielo de sus labios.

Mientras Ángel la besaba, Luz notó como en su interior crecían emociones que jamás había sentido. Todo su cuerpo se estremeció al sentir el firme pecho de Ángel contra el suyo cuando él, súbitamente, estrechó aún más su abrazo, a la vez que aumentaba la violencia de aquel beso, que hacía que su corazón se conmoviera, y que bien podría haber hecho que perdiera el sentido, mientras se dejaba llevar por un placer como nunca había imaginado. Quiso protestar cuando Ángel, suavemente, liberó su boca, pero cualquier queja se desvaneció al ver que aquellos hermosos ojos verdes brillaban con una intensidad que no creía posible, y sólo pudo apoyar la cabeza contra su pecho, mientras él acariciaba suavemente su pelo, aún sin soltarla de su firme abrazo. Ángel respiraba entrecortadamente y ella sonrió cuando se dio cuenta de lo alterada que estaba su propia respiración.

—Es tarde, deberíamos ir al hotel.

La voz de Ángel fue suave, casi como un susurro, pero a la vez más profunda de lo normal. Ella se limitó a asentir mientras dejaba que él, manteniendo un brazo alrededor de su espalda y atrayendo firmemente su cuerpo contra el suyo, la condujera por las calles de Salamanca, que, en aquel momento, le parecieron aún más bonitas y tranquilas.

Caminaron en silencio, abrazados, mientras Luz trataba de averiguar qué eran todas aquellas emociones que ese hombre, que en aquel momento la acariciaba suavemente, había despertado en su interior. No tenía ni idea de qué le estaba pasando, sentía su propio cuerpo como nunca antes lo había hecho, igual que si acabara de despertar de un profundo sueño o tuviera un nuevo sentido que le permitiera notarlo todo con mayor intensidad. Estaba confundida, pero, en cualquier caso, era agradable, y si de algo estaba segura era que no quería separarse de Ángel. Sin importar lo que fuese lo que él le había hecho, ella quería más.

Notó como el cuerpo de Ángel se tensaba cuando llegaron ante el hotel. Toda la tranquilidad de aquel paseo pareció quedar hecha añicos de repente, y sintió como la mano que él mantenía apoyada en ella con suavidad se cerraba con firmeza sobre su hombro. Siguió la mirada de Ángel, fija en un hombre que permanecía de pie, fumando, frente a la puerta de su hotel, y creyó ver otra vez en sus ojos esa sombra que la inquietaba. Quiso preguntarle qué sucedía, pero le pareció ver como él hacía un gesto casi imperceptible hacia el extraño en señal de reconocimiento, y no se atrevió a expresar en voz alta su preocupación. Volvió a mirar al desconocido y una sensación helada recorrió su espalda. Algo en aquel hombre le resultaba amenazante,

a pesar de que por su postura pareciera relajado, apoyado despreocupadamente en el capó de un coche. Se fijó en sus pantalones tejanos, rasgados en las rodillas, que a pesar de ser holgados permitían percibir la imponente musculatura de las piernas que cubrían, y en la camiseta negra que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, delatando descaradamente un torso en extremo desarrollado. Era más bajo que Ángel, y parecía algo más joven, tal vez por su indumentaria y el pelo, rubio, que caía desordenado a ambos lados de la cara, ocultándola parcialmente. Ángel se detuvo ante la puerta del hotel, y ella no pudo disimular las dudas que sentía.

—¿Lo conoces? —preguntó, al fin, mientras señalaba con la cabeza hacia el hombre al que él ahora daba la espalda.

Ángel asintió, de nuevo con ternura en los ojos, que volvían a brillar con la misma intensidad que había percibido después de besarlo.

—Me está esperando —susurró y la atrajo hacia él, para apoyar después los labios en su frente.

Luz no supo qué decirle, aunque, seguramente, tampoco hubiera sido capaz de hablar al volver a sentirlo tan cerca que pensó que podrían fundirse en un solo ser.

—Es importante —continuó él, moviendo los labios contra su piel, casi quemándola con su aliento—. Porque te aseguro que ahora mismo no me separaría de ti prácticamente por nada de este mundo.

Ángel hablaba despacio y con voz profunda y suave, mientras intercalaba entre sus palabras suaves besos sobre su rostro, y ella pensó que absolutamente nada podía ser mejor que la sensación de sus labios acariciando su piel de aquella manera.

—Pero tengo que ocuparme de esto —siguió susurrando contra su piel, cada vez más cerca de sus labios—. Lo siento.

Ella atrapó con su boca la disculpa que Ángel pronunció sobre sus labios, y al instante ya lo hubo perdonado por dejarla de aquella manera. El beso entre ambos fue esta vez más violento y firme, como si ninguno de ellos quisiera dejar escapar al otro. Realmente, ella no quería dejarlo escapar, y, de nuevo, le pareció que Ángel la privaba de sus labios demasiado pronto. Esta vez no pudo reprimir la queja que escapó de su garganta, antes de abrir los ojos y encontrarse con aquella media sonrisa, ya familiar y que, pensaba, podría pararle el corazón. Aunque era ligeramente diferente en esta ocasión, llena de satisfacción. Intentó acompañar su respiración al tiempo que descubría de nuevo aquella luz, más intensa aún, en los ojos verdes que la contemplaban.

—Tengo que irme.

Las palabras de Ángel sonaron como un lamento y creyó sentir por un instante el esfuerzo que aquel hombre estaba haciendo al separarse de ella.

—Está bien —concedió, sin ser capaz de intentar mantenerlo a su lado como realmente deseaba.

—Te veré mañana.

Asintió antes de separarse de él, que aún la abrazaba, con los labios ahora en su pelo, y se obligó a alejarse y a abrir la puerta del hotel, sin ser capaz aún de dejar de mirarlo.

—Buenas noches —se despidió, fijándose de nuevo en el desconocido—. Ten cuidado.

Ángel asintió, pero, de inmediato, se dio la vuelta para encararse a aquel extraño, que estaba encendiendo un nuevo pitillo. Luz se sintió repentinamente indignada de que aquel hombre hubiera permanecido allí, de pie, observándolos descaradamente, sin respetar su intimidad mientras se besaban, aunque lo cierto era que entonces ella se había olvidado por completo de su presencia. Observó a Ángel cruzar la calle, caminando con aquella despreocupada elegancia felina, y se asombró al pensar que aquel desconocido, en realidad, no parecía ni la mitad de peligroso que el hombre al que acababa de besar.



## Capítulo VI

**C**UANDO Luz se separó de él, Ángel notó como todos los nuevos sentimientos que habían crecido en su interior, inundándolo y confundiéndolo, se desvanecían para dejar paso a una rabia e ira terribles y antiguas, prácticamente iguales a las que substituyeron al dolor tras su caída. Sintió el poder crecer en su interior, recordándole quién era, asombrándolo con su propia fuerza, y tuvo que darle la espalda a Luz antes de lo que hubiera deseado para que ella no pudiera ver la amenaza que asomaba ya en su mirada, y que crispaba su rostro en tensión, delatando su verdadera naturaleza en su semblante.

Fijó sus ojos en Asmodeo, que miraba airado hacia él, y cruzó la calle dejando que con cada paso todo su poder se concentrara en su mirada. Cuando estuvo junto al Príncipe del Infierno, encendió un cigarrillo y esperó a que Luz entrara en el hotel antes de hablar, pero el diablo se le adelantó.

—¿A qué demonios juegas, Lucifer? —La voz de Asmodeo reflejaba toda la rabia y frustración por el desenlace del combate contra Legión, junto a una antigua repugnancia, que identificó al instante—. ¿Qué eres ahora, un grigori?

—Aquí no —dijo, agarrando al ángel caído por el cuello de la camiseta y empujándolo para que caminara.

El cuerpo de Asmodeo estaba en tensión y trató de resistirse a sus envites, pero acabó cediendo, dejándose arrastrar hasta un callejón, y, en mitad de éste, se volvió, para enfrentarse a él, mostrando en la mirada todo el poder que Ángel ya sabía que tenía.

—¿Qué quieres, diablo, unirme a Legión en su revuelta?

La voz de Ángel fue terrible pero Asmodeo no se amedrentó. En su lugar, forzó su poder para transformar aquel antiguo cuerpo, casi humano, recuerdo de su naturaleza divina, en el cuerpo del ser condenado que ahora era. Mientras Ángel lo empujaba contra una pared, las sombras envolvieron a Asmodeo. Sus músculos se tensaron antinaturalmente, el suave marrón de sus ojos se transformó en un brillante rojo, partido en dos por alargadas pupilas, y dos enormes alas negras surgieron con violencia de su espalda, empujándolo como un resorte, y alejando a Ángel de él con un fiero golpe.

—Dímelo tú, Príncipe de Este Mundo —dijo Asmodeo, con voz gutural y profunda, casi como un gruñido—. ¿A quién debo mi lealtad?

—Asmodeo... —advirtió.

—Podrías haber acabado con Legión de un solo golpe, Lucifer. —El ángel caído hablaba despacio, a la vez que extendía sus alas, acabadas en garras en su parte

superior. Nada quedaba de divino en aquel ser condenado, y tampoco nada parecía ya humano en él—. Pero en cambio te quedaste ahí, inmóvil, mirando junto a una humana —continuó Asmodeo—. ¿Para qué, Lucifer? ¿Para protegerla?

Ángel escuchaba las palabras del diablo mientras sentía como perdía el control sobre su ira, pero no quería cambiar su forma, por todos los demonios que aquel recordatorio de su condena era lo último que quería experimentar. Trató de controlar sus emociones, centrándose en su poder, mientras mantenía la vista fija en el ángel condenado que extendía ante él al máximo las alas de fina membrana de piel elástica y negra como el carbón.

—Dime, Lucifer —continuó gruñendo Asmodeo, acercándose ahora a él, lentamente, con las alas aún extendidas— ¿Acaso es esto en lo que se ha convertido el Portador de la Luz, el primero entre los ángeles, al que seguimos hasta la condena eterna, por el que luchamos en dos guerras, al que servimos en Este Mundo? ¿Es ahora el Tentador un ser débil? ¿Es este que tengo ante mí el que pretende ser el Señor de Este Mundo?

—AS-MO-DE-O —gritó Ángel, liberando en un estallido toda su ira y dejando que su cuerpo explotara, transformándose en la abominación que ahora era, burla del príncipe de los ángeles que un día fue, al tiempo que blandía su espada contra el ser que tenía delante, y lo obligaba retroceder—. No te atrevas a provocarme, condenado. No oses pronunciar mi nombre sin esperar que caiga sobre ti el peor de los tormentos. Y no dudes de mi poder, diablo, o haré que lo recuerdes durante toda tu eterna condena, ensombreciendo el recuerdo de tu caída.

Sintió el miedo de la bestia que tenía ante él, pero no pudo detenerse ni contener su ira. En cambio, lo saboreó, deleitándose con su intensidad y tumbando a su contrincante en el suelo con una explosión de poder. Puso un pie sobre el pecho de Asmodeo, que se retorció de dolor ante la embestida de su furia. Quiso mantenerlo allí por un tiempo, recordarle cuál era el orden en *su* reino, pero, al bajar la mirada, y ver sobre el pecho de su adversario aquel pie, convertido en una grotesca forma similar a una garra, el odio de toda una eternidad lo envolvió, cegando la poca razón que conservaba. Levantó su espada y apareció en el aire una hoja de luz cegadora.

—¡NO!

Sólo una parte de él oyó el grito desesperado de Asmodeo, pero ya era demasiado tarde para que su espíritu condenado reaccionara ante cualquier súplica. Sus músculos se tensaron, dispuestos a asestar el golpe final al ángel caído que estaba tendido a sus pies, cuando una mano tomó con fuerza su muñeca, impidiendo que matara a la bestia. Quiso maldecir y aniquilar al ser que lo había detenido sólo el instante antes de tomar consciencia de lo que estaba ocurriendo, y abrir la mano para dejar caer la espada. La brillante hoja de luz desapareció, de igual modo que un instante atrás se había formado en el aire, y la empuñadura de plata rebotó contra el

suelo ruidosamente. Se volvió para fijar su mirada en Belial que, desde su espalda, aún sostenía con fuerza su muñeca.

—Mi señor —el ángel caído soltó su mano, inclinando ante él la cabeza.

Ángel respondió a su gesto y se giró hacia Asmodeo, que estaba ahora arrodillado ante él, con la frente en el suelo, entre las manos tendidas. Sintió la firmeza y determinación del ángel caído y se deleitó saboreando los restos del miedo que, un instante atrás, lo había hecho temblar bajo su pie.

—Levántate, Asmodeo —dijo, al tiempo que recuperaba su forma casi humana.

Cerró los ojos, mientras su cuerpo recuperara su antigua imagen, cercana a la apariencia del que una vez había sido el más bello de todos los ángeles, pero que, en realidad, no era más que un reflejo lejano de una naturaleza que ya no le pertenecía, más próxima a la humanidad que a la condición sagrada que había perdido.

—¡Rafael! —llamó, y su voz fue una orden.

El arcángel había presenciado la escena y podía sentir su miedo e inquietud, mezclándose con los de Asmodeo, junto a la creciente oposición a la idea que ya había leído en su mente.

—Tranquilo, no voy a pedirte que incumplas tus órdenes —añadió, con la voz aún ronca por los restos de la ira acumulada en su interior, antes de darle al arcángel la excusa que necesitaba para que le diera vía libre, al menos, durante una noche—. Pero estoy convencido de que Gabriel agradecerá que la informes de lo que has visto aquí.

Al mismo tiempo que percibió el alivio de Rafael, notó como el arcángel se alejaba y él mismo se sintió más tranquilo. Si de algo estaba convencido era de que el ser sagrado no quería presenciar la cacería de demonios que iba a llevar a cabo esa misma noche. Aunque, en realidad, pensó mientras echaba a andar seguido de cerca por sus generales, tal vez fuera él quién no quisiera que Rafael fuera testigo involuntario de la matanza.

Luz se dejó caer sobre la cama, confundida, queriendo encontrar un sentido a los sentimientos que crecían dentro de ella y sentirse culpable por ellos. En aquel momento, ya sin Ángel a su lado, no comprendía qué le había pasado, qué había despertado él en su interior, en su alma, aunque se sintiera absurda por aquella idea que, en cierto modo, era ya una certeza. Deseaba recuperar el dolor perdido por la muerte de David y reprenderse por aquella tarde con Ángel, por el fuego que él había despertado en ella. Pero no conseguía encontrar el viejo dolor, que, inexplicablemente, había desaparecido, y se culpó por ello, a la vez que luchaba contra aquella nueva sensación que la inundaba, haciendo que se sintiera extasiada, feliz. Quiso llorar, pero las lágrimas no acudieron a sus ojos. Deseó con todo su ser culparse por aquella nueva y agradable sensación, que la llenaba de una manera que

jamás hubiera podido imaginar, pero fue incapaz de ello y, sin poder evitarlo, todos los sentimientos que trataba de contener se desbocaron. Recordó la tarde con Ángel, sus palabras, sus gestos, aquella mirada que parecía capaz de hipnotizarla y esa sonrisa, apenas esbozada, que le hacía perder el sentido, olvidándose de su propia existencia, y, finalmente, el tacto de sus labios, a los que se había entregado por completo, como nunca antes lo había hecho.

La luz del amanecer colándose por las cortinas entreabiertas de la ventana de la habitación la sacó de su ensueño. Aunque apenas había dormido se sentía llena de energía y, por un instante, pensó que con la luz del día se habían alejado todos los miedos que pudiera haber sentido durante la noche. Estaba convencida de que algo había cambiado en su interior, una nueva sensación que había crecido en ella, llenándola, pero decidió firmemente no tratar de buscarle un significado. Por una vez quería disfrutar de lo que fuera que le estuviera ocurriendo, sin tratar de encontrar una explicación o un sentido. Se levantó de la cama, como si despertara de un sueño extraordinariamente reparador, dispuesta a encarar el día que tenía por delante, con ánimo renovado para enfrentarse a su trabajo. Tenía ganas de comprobar sus teorías sobre los túneles que podían comunicar la cripta de la Casa de las Muertes con la antigua Cueva del Diablo, pero antes quería echar una nueva ojeada al manuscrito. Quería verificar que nada de aquel documento le había pasado por alto, y también revisar los objetos a los que todavía no había tenido tiempo de prestar la atención adecuada.

Se dio una larga ducha antes de bajar a la cafetería a desayunar y no se permitió desilusionarse al no encontrar a Ángel allí. Recordó las palabras con las que él se había despedido y quiso no pensar en que realmente no habían quedado de ninguna manera para aquel día, pero no lo consiguió. No fue hasta que llegó a la universidad cuando, por fin, se deshizo de todas sus dudas e inseguridades y pudo centrarse en el trabajo. Era temprano y aún nadie había llegado, eso le daba tiempo para entretenerse observando los objetos que aún no había podido analizar, aunque hubiera repasado las notas de Alfonso y Marcos sobre ellos.

La colección estaba sobre la misma mesa en la que la había visto la primera vez que entró en el departamento, pero las piezas le parecieron ligeramente distintas. Si bien aquel primer día el cofre había centrado toda su atención, en ese momento se preguntaba cómo había podido ignorar la originalidad del resto de objetos. Dos cálices, uno de oro y otro de plata, ambos bellamente decorados, eran los objetos que más destacaban del extraño conjunto. Los repasó con atención sin encontrar detalle alguno que desvelara un uso distinto del que sus colegas habían supuesto. Al igual que las dagas de plata, ambos cálices tenían una función claramente ritual, del mismo modo que el sencillo crucifijo de marfil situado a su lado, y un atril de madera delicadamente tallado. No pensaba lo mismo de los otros dos objetos, que junto a

unas ropas de época, completaban la colección extraída de la cripta de la Casa de las Muertes. Eran dos objetos metálicos, posiblemente realizados con algún tipo de aleación de plata, que sus colegas habían clasificado como báculos, también de uso ritual. No obstante, había algo en esas dos piezas que le llamaba la atención. A pesar de que sus compañeros bien podrían estar en lo cierto, su instinto le decía que los dos objetos metálicos escondían algo más que podrían haber pasado por alto. Los examinó con cuidado, repasando cada detalle, y descubrió que estaban decorados con sendos grabados, ocultos por capas de suciedad, y que parecían haber pasado desapercibidos.

No tenía el material necesario, ni la autorización, para limpiar los objetos y tratar de descubrir los grabados. Aunque si realmente se trataba de plata una simple solución de agua y bicarbonato podía, si bien no limpiar completamente las piezas, al menos permitirle hacerse una idea de lo que escondían, sin dañarlas. Automáticamente sacó el tubo de antiácidos que llevaba en la pequeña mochila que hacía las veces de bolso, y disolvió en un vaso de agua una pastilla efervescente con base de bicarbonato. Cuando la solución estuvo preparada, frotó con suavidad el primero de los báculos con un algodón humedecido. Vio como una serie de líneas se oscurecían lentamente, y frotó con algo más de intensidad. El metal fue variando su color a la vez que aquellas finas líneas se tornaban cada vez más oscuras, posiblemente, porque el líquido no llegaba a alcanzar los surcos interiores, que debían de ser más profundos de lo que pensaba. Eso le permitió distinguir con claridad los extraños símbolos que se descubrían con el contacto del algodón empapado.

Los signos grabados verticalmente bien podían haber formado una palabra y, aunque le resultaban extrañamente familiares, estaba segura de que no pertenecían a ningún alfabeto antiguo. Repitió la misma operación con la otra pieza y obtuvo idéntico resultado. Era evidente que esas dos piezas pertenecían a un mismo conjunto. De los cuatro caracteres grabados en ellas los dos primeros eran iguales y sólo los últimos eran totalmente distintos, aunque con múltiples similitudes con el resto de símbolos. Los trazos, alargados y coronados con pequeñas circunferencias, delataban la relación entre ambos, a la vez que le hacían preguntarse dónde había visto con anterioridad algo similar a lo que en aquel momento examinaba. Decidió que no tenía tiempo para pensar en ello y optó por tomar un folio y reproducir aquellos extraños grabados, para, posteriormente, entretenerse en la búsqueda de un posible origen o significado. Después, se centró de nuevo en la lectura del manuscrito. Estaba convencida de que había pasado algo por alto. Aunque, de cualquier modo, una única lectura nunca era suficiente para enfrentarse a un reto como el que esa obra suponía. Se acomodó en la que pensó que debía de ser la mesa de Alfonso, con el manuscrito frente a ella y, armada con su bloc de notas, se dispuso

a analizarlo, palabra por palabra. Fuera lo que fuera que estuviera escondido en ese texto, estaba decidida a encontrarlo.

Ángel trataba de contener su ira mientras observaba fijamente a Semyazza, que estaba de pie, frente a él, con la cabeza ligeramente inclinada. No dudaba de la lealtad del superior de los grigoris, nunca le había dado motivos para ello, y tampoco compartía la antipatía que el resto de los suyos tenían hacia aquellos ángeles que se habían condenado, conscientes de ello, por compartir el lecho de los humanos. Nunca había comprendido sus motivos, pero tampoco los había juzgado por ello. Aunque, en aquel momento, con el recuerdo del tacto de Luz demasiado reciente y las palabras de Asmodeo resonando aún en su cabeza, se sentía más cerca de lo que nunca lo había hecho de aquel imponente ser que tenía enfrente, y una nueva oleada de ira azotó su espíritu por aquel pensamiento.

El grigori había acudido rápidamente a su llamada y sus palabras coincidían con las de Belial y Asmodeo, los demonios habían crecido en número y poder en los últimos tiempos y, ante su prolongada ausencia, habían tratado de rebelarse en varias ocasiones. No era algo que no hubiera previsto, aunque, sin lugar a dudas, los condenados no podían haber escogido un momento peor. No entraba entre sus prioridades poner orden en su gobierno, al menos, hasta que hubiese recuperado el maldito manuscrito.

—Está bien —dijo al fin— acabemos con esto. Esta noche.

Belial y Asmodeo empuñaron de inmediato sus espadas, a la vez que Belcebú, Forneus, Astaroth, Orobas y Raum aparecían tras ellos, igualmente preparados para la lucha. Las sombras comenzaron a rodear a Semyazza y su hermoso cuerpo se transformó en el del ser condenado que en realidad era. Ángel se permitió disfrutar de la satisfacción de los diablos por la inminente batalla y dejó crecer su poder, sintiendo como las tinieblas se ceñían sobre él, tomándolo y recordándole el peso de su condena. Cerró los ojos mientras sus músculos se tensaban y su mente se expandía. Fue consciente, durante un fugaz instante, del estremecimiento de los ángeles que estaban a su alrededor cuando notaron la intensidad de su poder, justo antes de percibir todas y cada una de las esencias de los seres condenados a los que gobernaba. Trató sin éxito de localizar entre ellas la presencia de Legión. Tal vez la espada de Rafael le hubiera causado más daño del que pensaba y aún no se hubiera recompuesto, aunque, después de cómo se había ocultado antes del ataque, no podía confiarse. Esa idea provocó que su ira aumentara y notó su poder crecer de nuevo en un violento estallido.

Abrió su espíritu y dejó que se fundiera con el de sus generales, que temblaron por el súbito contacto, al tiempo que él sentía su propia incomodidad al sostener sobre su ser la condena de los ocho ángeles caídos. No tenía más opción. Si quería

acabar cuanto antes con Legión y el resto de demonios que se habían rebelado junto a él, debían dividir sus fuerzas, y unir los espíritus de sus generales al suyo era la mejor manera de mantener el contacto, a pesar de sumar al sufrimiento de su esencia el de los primeros entre los ángeles condenados. Sintió como su espíritu se estremecía bajo la presión de la aumentada condena, y el dolor se transformó de inmediato en ira, que aumentó de golpe al pensar, primero, en la afrenta del viejo demonio, y, después, en el estúpido ataque de aquella noche, que había puesto en peligro a Luz. Sus pensamientos se encadenaban rápidamente y toda su ira se desbocó al recordar que a causa de aquel maldito demonio había tenido que separarse de Luz. Sintió el movimiento de su cuerpo sin ser consciente de él, más allá del viento que lo azotaba, a la vez que notaba la lejanía de los ángeles caídos cuyos espíritus mantenía enlazados al suyo. Se deleitó saboreando la rabia que desprendían aquellos ocho seres, que a su vez absorbían la ira de los diablos a los que dirigían, y que aumentaba la suya propia. Su poder se elevó y estalló estrepitosamente mientras disfrutaba de la fuerza recuperada que desprendía su ser. Se dejó cegar por los atroces sentimientos que retorcían su espíritu, a la vez que aumentaban el añorado poder, hasta que el mundo desapareció para él, quedando sólo su furia desatada, con la que se estremecía y gozaba en igual medida.

Un terrible alarido lo devolvió de golpe a la realidad. Abrió los ojos y se encontró blandiendo su espada contra un demonio que se retorció a sus pies, encogido sobre sí mismo y musitando, entre quejidos, algo a lo que no estaba dispuesto a prestar atención. Bajó su espada con violencia y atravesó el cuerpo de aquel ser miserable, dejándolo tendido entre las sombras de otros cuerpos mutilados, que se desvanecían ante él. Miró a su alrededor, mientras sentía en la distancia los espíritus de sus generales, y trataba de contener el poder desatado que lo embargaba. Había perdido el control y la noción del tiempo, llevado por la furia y la intensidad del poder que había regresado completamente a su condenado espíritu. Miró a su alrededor sin reconocer el lugar en el que estaba. La humedad era alta y el polvo cargaba un ambiente casi irrespirable. Tampoco percibió la presencia de ningún demonio a su alrededor, y trató de olvidar la batalla y concentrarse. Donde fuera que estuviera el sol se estaba poniendo y se sorprendió pensando en qué debía de haber estado haciendo Luz durante aquel tiempo, pero apartó rápidamente ese pensamiento, concentrándose de nuevo en mitigar su poder, que se había extendido mucho más de lo que pretendía, aunque a pesar de ello no había encontrado ni rastro de Legión. Uno de los diablos bajo el mando de Asmodeo había localizado al demonio que había tratado de atacarlo junto a él en Salamanca, pero no había obtenido ninguna información sobre el paradero de Legión. Belial, por su parte, le hizo saber que habían acabado con todos los rebeldes. Todos, salvo el más importante, pensó, antes de liberar los espíritus de sus generales y sentir, de inmediato, el alivio en su ser, permitiéndole aumentar el

control sobre su poder, aún desatado.

Todo a su alrededor era destrucción y resopló al contemplar con detenimiento el desastre. Una inmensa nube de polvo se asentaba sobre edificios derruidos y el asfalto de las calles, que se retorcía formando extrañas figuras y descubriendo enormes grietas. Los escombros dejaban entrever cuerpos parcialmente enterrados, y oyó gritos de auxilio que provenían del interior de los edificios, convertidos en amasijos de hierro y piedra. No sabía cuánto tiempo habían invertido en aquella locura, pero, sin lugar a dudas, había sido el suficiente para que el mundo entero temblara por la devastación de sus tropas. Y la suya propia, pensó, al comprobar que no había en ese lugar ningún otro ángel caído más que él. Su espada todavía ardía en su mano, y maldijo entre dientes al comprender que aún demasiada energía recorría su ser para tratar de comprobar los daños causados sin provocar nuevas catástrofes. De pronto, sintió junto a él una presencia conocida, que lo sacó de sus pensamientos.

—Me envía Semyazza.

Ángel se giró hacia Sahariel al oír su voz suave y musical, como un repiqueteo de cascabeles, que, sin duda, era lo único que recordaba la antigua esencia sagrada en el cuerpo condenado de la mujer alada que lo miraba, con la cabeza levemente inclinada. La belleza inhumana de sus facciones parecía terrible contrastada con aquellos enormes ojos rojos que estaban fijos en el suelo. En sus manos, retorcidas como garras, sostenía aún una llameante espada y su agitada respiración provocaba un ligero balanceo en las enormes alas recogidas en su espalda.

—Habla grigori —ordenó, sin poder controlar aún la ira que reflejaba su voz.

—Hay un demonio que dice saber algo importante sobre Legión.

—¿Y para eso me interrumpes? —La voz de Ángel fue un trueno que hizo retumbar los ya castigados muros de aquella ciudad.

Sahariel se estremeció, y, de inmediato, agachó de nuevo la cabeza a la vez que hincaba una rodilla en el suelo ante él, que la miró, airado, aunque sorprendido por su propia reacción.

—No creo que sepa nada —dijo, más suavemente, tratando de controlar su propia voz, aún llena de furia—. Será un intento desesperado de salvar su alma condenada.

—Mi señor... —Sahariel dudó—. Nosotros pensamos lo mismo hasta...

—Continúa —ordenó cuando ella titubeó.

—Hasta que dijo que no hablaría con nadie salvo con el Príncipe de Este Mundo.

La voz de Sahariel fue un susurro y él saboreó el miedo de su espíritu, disfrutándolo.

—¿Dónde está?

—En España, señor —susurró, y él clavó en ella su mirada—. En Salamanca.

El espíritu de Ángel se sobrecogió y una nueva oleada de su furia hizo temblar las ruinas de aquella ciudad. Sintió cómo Sahariel se retorcía en el suelo por el dolor que



le había provocado la inesperada embestida, y se concentró por completo, no para controlar de nuevo su poder desatado, sino para coger al grigori que yacía ante él y volver rápidamente a Salamanca, mientras en su mente, en aquel momento, no había más que una palabra. Luz.

Luz estaba completamente concentrada en el manuscrito, tomando notas de todos los detalles que pudieran tener alguna importancia y de las referencias literarias que se le ocurrían en aquella segunda lectura. La originalidad del texto era indudable, pero, aún así, no entendía cómo durante su primera lectura no había advertido ciertas coincidencias con algunos textos religiosos y antiguos grimorios. De inmediato recordó lo extraña que se había sentido en aquel primer día en Salamanca cuando se había enfrentado por primera vez al texto, y concluyó que necesitaba volver a repasarlo con calma. Seguramente aquel documento contenía muchas más claves que le habían pasado desapercibidas y que, quizás, sirvieran para relacionarlo directamente con la antigua demonología. La importancia de aquel hallazgo estaba mucho más allá de su valor literario. El documento que tenía entre las manos podría llegar a arrojar valiosos datos sobre la literatura, los ritos y las prácticas de carácter místico y mágico de la época. E incluso, tal vez, también sobre las supuestas prácticas ocultistas que según las leyendas se habían llevado a cabo en la Cueva del Diablo.

—Aquí estás.

Luz se sobresaltó al escuchar a su espalda la voz de Alfonso, al que no había oído llegar.

—He ido a buscarte al hotel —continuó él antes de que ella tuviera tiempo de saludarlo—. Pensé que te habías quedado dormida, pero no estabas. Tampoco has contestado al teléfono, te he llamado varias veces al móvil.

No se le había ocurrido avisarlo de que no pasara a recogerla, y él parecía verdaderamente enfadado, aunque a ella no le parecía que ese fuera un motivo suficiente para su reacción.

—He venido temprano...

—Ya veo —interrumpió él, sin permitirle terminar su explicación, acercándose a la mesa—. Supongo que de nuevo para perder el tiempo con ese absurdo de la Cueva del Diablo. Luz, no te he llamado para esto.

—No es un absurdo. Mira esto.

Luz no le dejó acabar con la reprimenda. No estaba dispuesta a que le dijera cómo hacer su trabajo, y menos aún si eso implicaba descartar, sin más, una línea de investigación tan interesante como aquella. Estaba decidida a corroborar su teoría o a agotar su posibilidad, pero de ningún modo a aparcarla. Y menos aún después de la conversación con Ángel, que la había convencido todavía más de la posible relación entre ambos lugares. Observó perpleja como Alfonso ojeaba con desgana las notas

que le había entregado. El mal humor de su amigo era mayor de lo que había imaginado, pero aún así su comportamiento le pareció exagerado y nada habitual en él. Al contrario, Alfonso siempre había luchado por comprobar cualquier vía posible de investigación, por sorprendente o descabellada que pareciera, antes de abandonarla. Precisamente esa actitud, para muchos arriesgada, era la que lo había situado en la prestigiosa situación profesional en la que ahora se encontraba.

—¿Demonología? —preguntó con desdén, arrojando los papeles sobre la mesa.

—Es una posibilidad, no lo puedes negar.

—Este es un proyecto serio, Luz —dijo con condescendencia, apoyándose sobre la mesa.

—Precisamente por eso hay que agotar todas las vías y comprobar cualquier hipótesis posible —insistió.

—Es absurdo.

—Absurdo o no, voy a seguir adelante con ello hasta confirmarlo o descartarlo por completo.

Alfonso hizo un gesto despectivo con la mano, dando por terminada la conversación, a la vez que dejaba las llaves sobre su mesa y se giraba, apartándose de ella.

—Bien. —Luz se levantó y trató de serenarse con todas sus fuerzas, dejando libre la mesa de trabajo de Alfonso—. Necesitaré que me dejes una de las copias del manuscrito y fotografías de los objetos para...

—No hay ni copias ni fotografías —la interrumpió él, sin siquiera mirarla.

—¿Qué? —preguntó, casi con un grito.

No daba crédito a sus palabras. Cómo era posible que no se hubieran hecho copias del manuscrito y fotografías de todo lo que se había encontrado, primero en su disposición original en el lugar y, posteriormente, de los detalles de los objetos.

—Ya lo has oído —replicó él con brusquedad.

—¿Por qué? —consiguió decir, atónita.

—Es un tema complejo, como estoy seguro que comprendes, y la dirección de la Universidad ha preferido no sólo que no se haga público el material encontrado, sino que no haya pruebas del mismo que pudieran suponer un riesgo antes de haber llegado a las conclusiones pertinentes.

—¿Un riesgo? —gritó Luz, sin poder contener la indignación que se mezclaba con su asombro, caminando hacia él, que aún le daba la espalda, ojeando distraído la correspondencia—. El único riesgo que yo veo es que no haya copia o prueba alguna de la existencia de este material. Más aún cuando tú mismo me contaste que ya han intentado robarlo en dos ocasiones, y, una de ellas, ni más ni menos que un miembro de tu propio equipo de investigación. ¿Y aún así permites que te impongan esa absurda negativa?

—Debes comprender que ésa fue una condición inamovible para poder hacerme cargo de la investigación.

—¿Una condición inamovible? —lo interrumpió—. ¿Y qué ocurre si alguien consigue robar el material? Reconocerás que decir que las medidas de seguridad son escasas es incluso ser generoso...

—¡Basta! —gritó Alfonso, dejando los sobres con un golpe sobre la mesa, y ella se asombró por la violencia de su gesto—. Es posible que no lo entiendas, no lo dudo, llevas apartada de este mundo demasiado tiempo —dijo con desdén, encarándola—. Pero no tuve opción. O aceptaba sus condiciones o no me daban el proyecto.

—Está bien. —Luz recogió sus cosas y se dirigió hacia la puerta—. Pues ya tienes tu proyecto, con sus condiciones. ¡Aprovéchalo!

Cerró con un golpe la puerta tras ella, indignada. Conocía a Alfonso lo suficiente para saber que algo no iba bien, pero no estaba dispuesta a quedarse para escuchar como argumentaba a favor de un sinsentido. Era absurdo, además de arriesgado, que no pudieran ni hacer fotografías de lo que habían encontrado en la cripta, pero no tenía tiempo para perder con discusiones que no la llevarían a nada. Tomó aire para tranquilizarse y decidió que más tarde trataría de convencerlo de lo ridículo que era trabajar en esas condiciones, y, si no lo conseguía, al menos insistiría para que aumentara la seguridad de la colección, antes de que tuvieran que lamentar haber aceptado aquella imposición ridícula.

Tenía trabajo del que ocuparse, aunque en ese momento estaba demasiado alterada para meterse en una biblioteca a hurgar entre textos antiguos sobre ángeles, demonios, conjuros mágicos y otras supersticiones. Inhaló profundamente de nuevo, frustrada, y se descubrió a sí misma pensando en Ángel. Eso era todo lo que le faltaba, pensó, dejarse llevar de nuevo por el recuerdo de aquel hombre y los sentimientos que hasta ese instante había conseguido ignorar, pero no tuvo tiempo de recriminarse por ello cuando una idea cruzó por su cabeza, súbitamente, al recordarle. No había tenido intención de ocuparse de la teoría de los pasadizos subterráneos hasta que no hubiera comprobado la posible relación del manuscrito con prácticas ocultistas, y, por lo tanto, con la cripta de la Casa de las Muertes y la Cueva del Diablo, pero, en aquel momento, rebuscar entre viejos planos y mapas le parecía una idea mucho más alentadora que pasarse el día entre antiguos grimorios y tratados mágicos.

Se sorprendió de las facilidades que le dieron en el archivo municipal para consultar los mapas históricos de la ciudad, ya que, por lo general, para acceder a aquel tipo de documentos hacía falta cursar una solicitud y esperar una respuesta que, con suerte, tardaba varios días. En esa ocasión, en cambio, sólo con decir que trabajaba en el equipo de investigación de la Casa de las Muertes, todas las puertas se abrieron automáticamente para ella, y no pudo evitar pensar que, a pesar de todo,

Alfonso estaba haciendo un buen trabajo con la dirección del proyecto si había solicitado incluso el acceso a los archivos municipales.

Como era de esperar, los planos de época no mostraban acceso oculto alguno que comunicara los edificios religiosos de la ciudad entre sí, pero en los mapas posteriores, tal y como se habían ido redescubriendo los antiguos y olvidados túneles, aparecían someras referencias a los mismos. Era a partir de finales del siglo XIX y principios del XX donde la información sobre los viejos pasadizos era más extensa, aunque, seguramente, incompleta. No obstante, sí figuraba un antiguo pasillo subterráneo que unía bajo tierra las dos catedrales de la ciudad con algunas iglesias, tal y como era de esperar. Aquella pequeña victoria la animó a seguir buscando, y se sumergió por completo en los libros y mapas que tenía delante.

Semyazza soltó de inmediato al demonio que sostenía cuando Ángel apareció ante él, apretando su espada contra el cuello de aquel ser que se retorció al tiempo que dejaba caer el cuerpo de Sahariel, aún aturdida por el golpe de su furia.

—Habla —gruñó, caminando hacia el demonio.

La criatura, encarnada en un ser de apariencia más animal que humana, se retorció sollozando en el suelo, dejando escapar un agudo sonido entre sus dientes. No era un demonio poderoso, ni siquiera antiguo, y aquel asqueroso cuerpo no podía ser más que una concesión de un ser más poderoso que él a cambio de algún tipo de favor. Su rabia aumentó al pensar en las maniobras de Legión y en sus trucos baratos para convencer a los demonios más jóvenes para que se unieran en su absurda revuelta.

—Demonio —dijo lentamente entre dientes, mostrando en su voz todos los matices de su condena y del poder concentrado en su interior—. Puedes elegir cómo acabar tus días —continuó, acercando aún más la espada al cuello del monstruoso ser, provocando quemaduras en su carne que desprendían un fétido olor—. Te aseguro que te dolerá. De ti depende cuánto.

—Yooo... yo... Mi Señor... —dijo el demonio, hablando entre temblores, tan aterrado que apenas conseguía articular las palabras—. Yoooo... Os sirvo a vos...

—¡HABLA!

—Le... Leeegión —sollozó la criatura— ellos meee... promeeet... meeee promeeetieron un... un... un cueeeerpo..., —Ángel acercó aún más la espada, rasgando la carne del demonio, y el hedor llenó por completo el aire, que se volvió irrespirable—. Yo tee... teenía queee... queee..., Eecontraros. Queee encontraros a vos, Seeeñor.

—¿Por qué?

—No séee..., mi Seeeñor —gritó el demonio—. No meeee dijeeeeron... Yo os sirvo a vos, mi Seeeñor.

—¿Eso es todo? —gruñó, levantando su espada para acabar con el demonio.

—¡NO!... ¡Nooooo! —La voz del demonio era estridente y sus gritos hicieron que Sahariel temblara entre los brazos de Semyazza, que la sostenía—. ¡Hay rumoreees! Diceeen... —el demonio hablaba rápido, tratando desesperadamente de salvar su miserable existencia— ¡Ellos dicen que sois débil! ¡Yo os sirvo a vos! —Ángel apretó aún más la espada contra su maltrecho cuello, forzándolo a continuar—. Pero eeeellos diceen que os pueeedeen deerrocar. ¡No leees creí, mi Seeñor! ¡Yo os sirvo a vos! ¡Sólo a vos!

—¿Quién está con Legión?

—¡Yo no, mi Señor! —aulló el demonio.

Con un ligero movimiento de su espada Ángel arrancó un trozo de carne del cuello de la bestia, que gritó con horror.

—¡Sé dónde se reúnen! —La voz del demonio reflejaba toda su desesperación mientras hablaba entre sollozos y aullidos—. Leeegión y los suyos seeee alimeeeeentaban deee un grupo deee humanos... —el demonio sorbió, luchando contra su propio llanto para continuar—. Eeeellos leees adoraban... ¡Se hacían pasar por vos!

—¿Dónde?

—No eeestoy seeeguro..., —respondió y Ángel gruñó mientras buscaba en la mente del demonio la información que necesitaba—. ¡Eeen las afueeerass...! —Siguió confesando la bestia—. Un caseeerón... Al sur... No eeestoy seeeeguro..., ¡Sólo fui una veeeez! ¡Yo os sirvo a vos!

Al fin, vio el lugar en la mente del demonio y distinguió en sus recuerdos la presencia de otros condenados, además de Legión. Los recuerdos de aquel ser eran confusos, y su ira aumentó.

—¿QUIÉN MÁS ESTÁ CON LEGIÓN? —estalló.

—¡Noooo... no lo séeee! Pero no yo. Yo os sirvo a vos ¡Os sirvo a vos, mi Señor! ... ¡Yo sólo a...! —La estridente voz del demonio se fundió con un grito de desesperación y su cuerpo desapareció en una nube oscura cuando Ángel lo atravesó con su espada.

No había nada más que aquel ser le pudiera contar, pero, sin duda alguna, Legión seguía en Salamanca, tal vez, incluso, alimentándose de los mismos incautos de los que lo había hecho hasta el momento. Y esa podía ser la fuente de su aumentado poder, un puñado de humanos jugando con lo que no eran capaces de controlar ni comprender. Gruñó. No tenía más remedio que averiguar qué habían hecho aquellos humanos y hasta qué punto habían aumentado el poder de Legión.

—¡Belial! —sintió junto a él la presencia de su general antes incluso de haber terminado de pronunciar su nombre—. Comprueba lo que ha dicho este miserable...

—Me haré cargo de esos humanos —asintió el diablo.

Ángel no contestó, aunque sabía que seguramente sería necesario acabar con los

humanos que habían estado alimentando a Legión. El demonio los habría influido hasta el punto de que no quedara en sus almas ni una sola parte sana. Aunque, tal vez, sería más útil mantenerlos con vida, al menos si Legión tenía intención de seguir usándolos para aumentar su poder.

—No —gruñó—. Infórmame cuando localices el lugar.

Sintió la duda de su general, pero Belial no protestó, simplemente reunió a los suyos y se marchó. Cuando había humanos de por medio todo se complicaba más. Mucho más. Resopló. Aunque, en realidad, absolutamente todo lo relacionado con las almas condenadas era complicado.

De todos los seres malditos bajo su custodia los demonios le resultaban particularmente insufribles. Los diablos, al fin y al cabo, no eran más que sus hermanos caídos, condenados o no por su causa, pero podía tolerar una eternidad custodiando sus espíritus malditos. Los demonios, en cambio, eran las almas corrompidas de los humanos condenados tras su muerte. No había perdón posible para ellos, ni tampoco para él, condenado a ocuparse de ellos, a gobernarlos. Soltó una maldición entre dientes. Mil demonios podían haber muerto en sus manos aquella noche, y mil nuevos demonios habían surgido al instante. Desmemoriados, perdidos en el abismo, privados de sus cuerpos monstruosos, pero iguales en esencia, corrompidos por los mismos pecados que los habían condenado. Trató de no pensar en ellos, en Legión, en su condena y en su espíritu maldito. Debía recuperar el control sobre sí mismo o el resultado de aquella cacería podría acabar siendo aún peor de lo que ya había sido, y no estaba dispuesto a consentirlo de ningún modo. Menos aún allí, en la misma ciudad en la que, en algún lugar, Luz seguía trabajando en su manuscrito. Al recordarla, saber que la tenía tan cerca, sintió que su espíritu se sosegaba y que, lentamente, retomaba el control sobre su poder. Respiró profundamente y el familiar aroma de la cera fundida y el incienso, mezclado aún con el hedor del demonio al que acababa de matar, lo inundó.

Centró su atención en el lugar en el que estaba, concentrándose en aquel espacio, en aquel momento. Recorrió la amplia estancia con la vista, era una catedral. La Catedral Vieja de Salamanca. Su espíritu se calmó y caminó hacia el altar, deleitándose con los familiares dibujos del hermoso retablo gótico al tiempo que se perdía en antiguos recuerdos de un tiempo casi olvidado.

—Lucifer.

La voz de Semyazza lo sacó de sus pensamientos, obligándolo a centrarse en la presencia de los ángeles caídos, de los que se había olvidado por completo.

—Sahariel se recuperará —dijo, queriendo tranquilizar al primero de los grigoris, aunque su voz aún revelara la reciente ira que lo había invadido—. Ha sido una descarga fuerte, pero se repondrá...

—Lo sé.

El grigori lo interrumpió, llamando su atención. Se volvió hacia él, en busca de una explicación y se encontró con la antigua figura de Semyazza, majestuosa y espléndida. Recordó cómo era aquel ángel antes de su caída, tan parecido al ser que tenía delante, y a la vez tan diferente. Su cuerpo, ahora sin alas, conservaba sin duda la antigua belleza, a pesar de la Gracia y el esplendor perdidos. Y recordó el motivo, la mujer, que lo llevó a renunciar a ellos. No necesitó leer en los ojos del grigori la pregunta que no se atrevía a formularle.

—¿Cómo fue, Semyazza? —preguntó, y su voz salió en un grave susurro.

—No hay palabras para describirlo —dijo el ángel caído, sentándose en uno de los bancos de la desierta catedral—. Sólo puedo decir que valió la pena. —Suspiró—. Ni por un solo instante me he arrepentido de ello.

Él lo miraba, asombrado ante la determinación que llevó a Semyazza, junto a doscientos ángeles más, a abandonar al Creador. Ellos habían tenido elección, pero habían escogido la eterna condena a cambio de poder compartir la corta vida de unos humanos, que, igualmente, fueron condenados. Conocía los pecados de la carne, las necesidades que llevaban a los humanos a cometer desde los actos más heroicos a las más impensables atrocidades. Conocía esas pasiones y creía entenderlas, aunque nunca las hubiera sentido. Se había deleitado y divertido utilizándolas, jugando con los humanos, exacerbando sus instintos e inclinándolos a satisfacerlos. Pero siempre había estado convencido de que ellos no habían sido creados con ese fin. Su cuerpo no era más que una forma de su esencia, una expresión material de su espíritu. Y, aún así, doscientos de los suyos descendieron a la tierra para saciar unos apetitos que creía que no debían sentir. Que no podían sentir.

—Aún hoy, es lo que le da sentido a mi existencia —continuó Semyazza—. Si otra vez volviera a estar en el mismo lugar, sin dudarlo, obraría de igual modo.

—No lo entiendo —confesó, sentándose junto al grigori.

—Lo sé. No es fácil de entender —suspiró Semyazza, fijando la vista en el suelo—. Y aún así eres el único que nunca nos ha juzgado por lo que hicimos. Pero ninguno lo entiende. Ninguno que no lo haya sentido.

Ambos permanecieron en silencio, perdidos en sus pensamientos, y creyó ver durante un instante un brillo de nostalgia en los ojos de Semyazza. No era la nostalgia del Paraíso que todos sentían, ni siquiera nostalgia por la antigua Gracia arrebatada. Aquel ángel condenado extrañaba algo que él no era capaz ni de imaginar y, por un momento, pensó que la suya, tal vez, podía no ser la peor de las condenas.

Luz no consiguió encontrar ningún plano en el que figurara el pasadizo que estaba buscando, aunque los mapas desvelaban una verdadera ciudad subterránea, casi íntegramente conectada bajo tierra. Esto evidenciaba que la existencia de otros pasadizos, tal vez menos importantes o simplemente ocultos por otros motivos, era

más que probable. Animada por la idea siguió investigando, no entre planos, sino en los registros de antiguas obras y excavaciones llevadas a cabo en los últimos dos siglos en la ciudad. Finalmente, encontró dos anotaciones en un registro de finales del siglo XIX que hacían referencia a los túneles que estaba buscando. La primera de ellas se refería a la existencia de un corredor subterráneo que, tal y como había sospechado, unía el convento de San Esteban con el de las Dueñas, ambos muy próximos a la legendaria cueva. El hallazgo no la sorprendió, era más que común encontrar ese tipo de pasadizos, que comunicaban entre sí los conventos de órdenes masculinas y femeninas, para poder faltar, sin temor a ser descubiertos, al voto de castidad. Prácticamente no había en toda España convento anterior al siglo XIX que no estuviera unido bajo tierra con uno en el que convivían religiosos del sexo contrario y, además, con la iglesia o catedral más cercana. Igualmente, el corredor que unía en este caso ambos conventos, tal y como era costumbre, los unía bajo tierra también con el conjunto catedralicio.

La siguiente anotación era más confusa, pero incluso más esperanzadora que la primera. Hacía referencia a la clausura de un acceso subterráneo durante unas obras de restauración de la Torre de Villena, situada junto a la Cueva del Diablo, y en la que según la misma leyenda estuvo encerrado Enrique de Villena, apodado el nigromante. La información sobre el túnel, al que supuestamente se accedía desde la famosa torre, era escasa, pero, por su proximidad con el pasadizo de los vecinos conventos, era más que probable que estuviera directamente conectado con la red que unía bajo tierra los principales edificios de Salamanca. Las leyendas sobre el conocido como marqués de Villena, aunque en realidad no ostentara tal título, hacían aún más plausible la existencia del corredor subterráneo, pues decían que, como pago por las lecciones impartidas, había quedado preso del Diablo en la torre a la que aún se conocía por su nombre, aunque, a pesar de la condena, había conseguido escapar. Fuera cual fuera la historia sobre la que se habían construido esas leyendas, si había modo alguno de escapar de la torre, tenía que ser bajo tierra. Y ella estaba decidida a bajar allí si con ello conseguía confirmar la relación entre ambos lugares, y de esa manera poder demostrarle a Alfonso cuál era la vía correcta de investigación.

El único acceso abierto a la red de túneles estaba en la Catedral Vieja, y eso reducía las posibilidades que tenía para comprobar si su teoría era cierta. No era fácil obtener un permiso de la Iglesia para poder llevar a cabo investigaciones de ese tipo. Menos aún si implicaban, como en aquel caso, destapar una historia que de buen grado preferirían mantener olvidada. No era la primera vez que se encontraba con pasadizos como aquellos y, en ocasiones, conseguir un permiso para acceder a ellos había llevado incluso años. No era de extrañar si se tenía en cuenta que, en muchos lugares, algunos de los secretos más oscuros de la historia del catolicismo español permanecían enterrados en su interior. Esos túneles habían servido de improvisada



cripta para numerosos cadáveres, que por lo general desvelaban complejas tramas e historias olvidadas. Incluso, era más que habitual encontrar entre los cuerpos restos de recién nacidos abandonados allí para morir, y salvar así la honra cristiana de sus descorazonadas madres, que, supuestamente, habían optado por dedicar su vida a la Iglesia. Historias de una vieja y poderosa institución que había gobernado, en la luz o en las sombras, una oscura España.

A pesar de todo, quería intentarlo, y se detuvo en el Obispado para informarse sobre cómo tramitar los permisos. Hacerlo le llevó menos tiempo del que había pensado y se alegró de haber encontrado facilidades para realizar la solicitud. Aún era temprano y no estaba de humor para regresar a la universidad y enfrentarse de nuevo a Alfonso, por lo que decidió acercarse hasta la catedral y visitar su biblioteca. Al fin y al cabo no se le ocurría un lugar mejor para contrastar la información que había extraído del manuscrito.

Ángel sintió la presencia de Rafael en la Capilla de San Bartolomé en la que Semyazza y él se habían refugiado de la vista de los curiosos y turistas que comenzaban a llegar al templo, pero no pudo evitar sorprenderse cuando vio al arcángel frente a él. Su presencia le devolvió a la mente las imágenes de la devastación que había causado, y sintió una nueva oleada de ira en su interior. Rafael lo miró fijamente, serio, pero con una expresión de comprensión que no era capaz de entender.

—Ha sido un desastre —dijo el arcángel, finalmente—. Pero no tan grave como crees.

Fijó su vista en él, sorprendido, y, por una vez, no le molestó que Rafael hubiera estado hurgando sin su permiso entre sus pensamientos. Estaba intranquilo por los efectos de la cacería, y no había querido ni averiguar hasta qué punto había sido catastrófico. Semyazza se revolvió incómodo en el asiento esperando una nueva oleada de ira, que no llegó.

—Dos ríos desbordados en América del Norte, lluvias torrenciales en Europa y parte de Asia, un par de temblores de tierra en África y Sudamérica... —explicó Rafael, encogiéndose de hombros—. Todos con muy pocas víctimas humanas...

Él lo miró con furia. Aquello bien podía ser consecuencia del poder de los ángeles caídos cazando a los demonios, pero no tenía nada que ver con lo que había visto a su alrededor antes de acabar con aquel último demonio.

—De acuerdo —concedió el arcángel—, media Australia en llamas, afortunadamente en una zona prácticamente deshabitada, y un terrible terremoto en Indochina. Que, supongo, —suspiró e hizo un leve gesto hacia él— debemos agradecerle a ti personalmente.

—Supongo —respondió, y oyó a Semyazza ahogar una tenebrosa risa.

—Podría haber sido peor... —Rafael negó con la cabeza, levantando la vista hacia el techo—. Si hubieras encontrado a Legión, prefiero no imaginar...

—En algún momento lo encontraré —lo interrumpió.

—Y yo me ocuparé de estar a tu lado cuando eso pase —afirmó el arcángel con rotundidad—. No queremos ningún desastre. ¿Verdad Semyazza? —Rafael sonrió al tiempo que asentía hacia el ángel caído, que mostraba una sonrisa petulante—. Mejor os dejo solos —añadió de inmediato, alejándose de ellos, sin darle oportunidad a Ángel de protestar—. Tenéis mucho de que hablar...

Cualquier simpatía que hubiera podido sentir hacia Rafael se esfumó al instante, pero enseguida pensó que tenía razón. Había mucho de lo que quería hablar con Semyazza, incluso más de lo que él mismo estaba dispuesto a reconocer.

La hermosa biblioteca de la Catedral de Salamanca le recordó a Luz la del viejo convento en el que se había criado, y no pudo evitar sentir cierta nostalgia antes de perderse entre antiguos tratados de teología, un tomo con las obras completas de Santo Tomás de Aquino y San Agustín de Hipona y una antigua Biblia. Quiso comparar con aquellos libros los datos del manuscrito hallado en la Casa de las Muertes, y aunque sabía que muchos de ellos coincidían con la historia bíblica, se sorprendió al comprobar que también lo hacían las afirmaciones que le resultaban menos evidentes e, incluso, eran numerosas las coincidencias con la mayoría de afirmaciones de los tratados de teología medievales. La historia del Ángel Caído narrada en el manuscrito coincidía en ciertos detalles con la teología medieval, como en la descripción de Lucifer, no cómo un ángel más, sino como la más preciada creación de Dios, sólo por debajo de Él en perfección, y por encima del resto de ángeles, fuera cual fuera su posición en la jerarquía celestial.

Igual de interesante le pareció la etimología de aquel nombre, que iba mucho más allá de la mitología romana. El nombre de Lucifer, a pesar de haberse relacionado con el antiguo Eósforo griego, era en realidad una simple traducción del hebreo Heylel y, en ambos casos, no era más que una adaptación del nombre que supuestamente Dios había otorgado a su primera creación. Según la mayoría de teólogos medievales los nombres de los ángeles no eran otra cosa que la descripción de su principal atributo, y en ése sentido el primer ser que hizo el Creador fue al Portador de la Luz que iluminó su obra, así que él fue La Primera Luz o la Luz de la Mañana, coincidiendo con numerosas deidades antiguas o historias mitológicas. A partir de este punto no todos los teólogos coincidían en su descripción del primero de los ángeles, pero en ningún caso se alejaban del relato del manuscrito. Para los primeros teólogos ésa primera luz, que era Lucifer antes de su caída, era la de la Creación misma, el contraste con las tinieblas o el vacío anterior; para otros era la luz del conocimiento, encarnada en aquel ser fantástico al que describían, en un tono similar al del manuscrito, como la

criatura más bella de la Creación y el poseedor de la sabiduría; otros coincidían con el relato de la Casa de las Muertes al adjudicarle la potestad de otorgar el conocimiento al resto de criaturas. Finalmente, en especial a partir del siglo XV, todos los teólogos parecían pasar por alto los atributos de aquel primer ángel y centrarse en sus faltas y pecados.

Precisamente, en el punto del pecado de Lucifer empezaban las primeras discrepancias entre los diversos teólogos, el relato bíblico y la historia del manuscrito que estaba analizando. El original de la Casa de las Muertes se refería a tres conflictos entre Lucifer y Dios, mientras que la mayoría de teólogos citaban como mucho dos de ellos y algunos un único punto de divergencia entre ambos seres mitológicos. Las coincidencias llegaban, pues, hasta la disputa entre el ángel y su Creador porque éste compartiera su poder en primer lugar y después a causa del hombre. Algunos textos parecían indicar que ambos conflictos se disputaron a un mismo tiempo, mientras que otros distinguían entre ellos. No obstante, no había tampoco un argumento común respecto a la pugna relacionada con el hombre, y ahí sí que de ningún modo el relato del manuscrito coincidía con las fuentes teológicas, antiguas o modernas. En este punto los teólogos se centraban en la exaltación del hombre por encima de los seres celestiales, en el hecho de que Dios decidiera que su Hijo fuera hombre o, principalmente en los textos más modernos, en el hecho de situar a la Virgen por encima de ellos, no por su condición de humana, sino de mujer, argumento este último al que no prestó atención por considerarlo más como un reflejo de la misoginia de la Iglesia que no como un aspecto teológico relevante.

Por lo demás, prácticamente nada se citaba en aquellos tratados del tercer conflicto que contemplaba el manuscrito, el del Libre Albedrío, y todos los teólogos parecían coincidir en que los ángeles habían sido dotados de libertad para ejercer su voluntad desde el momento de su creación. Luz recordó que, en cambio, la mayoría de grimorios y tratados ocultistas sobre angelología y demonología que recordaba no coincidían en aquel punto, sino que, al igual que el manuscrito, citaban el Libre Albedrío como uno de los principales puntos de conflicto entre los seres celestiales. Tomó nota de ese detalle que podía ser un indicativo más que suficiente para pensar que el texto de la Casa de las Muertes estaba relacionado con algún tipo de práctica ocultista, aunque no pudo evitar pensar que, en realidad, parecía más lógico que el libre arbitrio no fuera una cualidad de los ángeles en su creación, pues, por la propia naturaleza que la teología les otorgaba, no podían actuar con total libertad.

Siguió comprobando, primero en la Biblia y luego en los libros de teología, todos los puntos que había anotado durante la mañana en la universidad, y detalló las innumerables coincidencias. Pero, más allá de la historia de Lucifer, estaba interesada en la descripción y clasificación que el manuscrito hacía del Cielo y el Infierno. Salvo por pequeños detalles, encontró que la clasificación del Paraíso al que se refería el

texto era prácticamente un compendio de las diversas descripciones que habían hecho los teólogos y seguía con bastante exactitud la categorización clásica atribuida a Pseudo Dionisio Areopagita. Más interesante le resultaba la descripción del Infierno que, al igual que para los primeros teólogos y para los más modernos, no era en absoluto un lugar, sino un estado, el de la existencia privada de la Gracia Divina. Los seres que lo conformaban se dividían según su naturaleza y rango dentro del escalafón angélico al que en su día habían pertenecido. Así, por encima de todos ellos, gobernaba Lucifer, seguido y apoyado por los ángeles de mayor rango en la jerarquía antes de su caída. Por debajo de éstos el manuscrito situaba a los ángeles caídos que acompañaron a Lucifer en su rebelión y justo detrás a otros ángeles, los grigoris. En ambos grupos, los ángeles caídos mantenían, dentro de su propio escalafón, su jerarquía celestial, y eran calificados como diablos por el manuscrito, distinguiéndose de los demonios y las almas condenadas. No encontró en ninguno de los libros que consultó tal referencia a la diferenciación entre los primeros ángeles caídos y los grigoris, pero sí una amplia descripción en las diversas fuentes sobre almas condenadas al infierno.

Luz buscó sin éxito entre los libros de la biblioteca alguno de los grimorios elaborados por los propios padres de la iglesia medieval para profundizar en aquel tema. Tampoco encontró ningún compendio de conocimientos ocultistas antiguos, ni siquiera de angelología, que recogiera los datos que necesitaba. Mucho menos encontró el apócrifo Libro de Enoch, en el que aparecían los grigoris, y se conformó con releer el breve fragmento del Génesis que hacía referencia a aquella historia.

*«Y ocurrió que cuando el hombre empezó a multiplicarse sobre la tierra y le nacieron hijas, los hijos de Dios vieron que las hijas del hombre eran buenas y tomaron para sí mujeres, cada uno según su elección. Y dijo El Eterno: «Mi espíritu ya no permanecerá por siempre en el hombre, pues él no es más que carne; sus días serán ciento veinte años». En aquellos días los gigantes estaban sobre la tierra, y también después, cuando los hijos de Dios desposaban a las hijas del hombre, quienes les daban a luz. Ellos eran los poderosos, que, desde la antigüedad, eran hombres de fama.»*

Aquella era la afrenta que provocó la ira de Dios y el Diluvio Universal, doscientos ángeles liderados por uno de ellos, Semyazza, habían tomado esposas entre las humanas, procreado con ellas y, lo que parecía aún peor, según el apócrifo de Enoch, les habían transmitido conocimientos secretos.

Pensando en la historia de los grigoris, Luz regresó a la Universidad y fue directamente a la biblioteca a buscar los libros que no había podido encontrar en la Catedral, pero antes de centrarse en ellos releyó el Libro de Enoch. Aunque conocía

perfectamente las visiones allí descritas y la historia de los doscientos ángeles rebeldes que, al ver su belleza, tomaron esposas humanas y engendraron a los monstruosos *nephelim*, que sembraron el terror sobre la tierra. Más allá de las represalias de aquel Dios vengativo del que hablaba el libro o de los gigantes hijos de los ángeles, siempre había pensado que aquel texto encerraba una hermosa historia de amor y, una vez, más no le costaba imaginar a aquel ser alado llamado Semyazza renunciar a todo, junto a sus compañeros, para poder estar junto a la mujer a la que amaba. Porque el Libro de Enoch no hablaba de lujuria, hablaba de amor. Y, por extraño que fuera en un texto religioso, tampoco culpaba a la mujer del pecado cometido por aquellos ángeles, aunque ella no pudiera comprender que el amor, fuera del tipo que fuese, pudiera ser considerado como un pecado bajo ninguna circunstancia. No encontró en aquel libro más que la historia que ya conocía, tan bella y a la vez tan atroz, y de poco le sirvieron para su trabajo sobre el manuscrito las descripciones del cielo y el infierno que Enoch hacía de sus visiones.

Ángel permaneció en silencio junto a Semyazza, esperando a que Rafael se alejara de ambos, con la vista perdida en la hermosa cúpula de la pequeña capilla de la Catedral Vieja, admirándose de nuevo con la capacidad del hombre para dotar a sus iglesias de aquella majestuosidad arquitectónica digna del Cielo. Cuando sintió la esencia de Rafael lo suficientemente lejos, respiró profundamente, queriendo apaciguar su espíritu antes de hablar.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó, finalmente, al ángel caído que estaba junto a él.

—En realidad creo que no lo supe hasta que fue demasiado tarde —confesó Semyazza—. Ninguno de nosotros creía que fuera posible que nuestro espíritu albergara ningún tipo de amor más allá del que conocíamos en el Paraíso. Al principio, simplemente, me sentía muy protector hacia ella, no era capaz de dejarla sola por nada del mundo, la seguía a todas partes, la observaba en silencio. ¡Incluso en ocasiones hablaba con ella, como si pudiera oírme! —Rió, con la vista perdida en sus recuerdos—. Luego supe que algo muy parecido habían sentido el resto de los míos... Y también cometimos el mismo error —continuó, negando con la cabeza mientras hablaba—. Nos justificamos pensando que sólo llevábamos a cabo la tarea que nos habían encomendado. En ocasiones dudé de mí mismo, pero enseguida pensé que simplemente aquella humana era más débil que los demás y que por eso me sentía impulsado a protegerla con mayor intensidad. ¡Qué ciego estaba! ¿Cómo pude siquiera pensar que Atheret fuera débil? —Semyazza se levantó y se estiró antes de girarse y mirarlo fijamente, con repentina seriedad—. Supongo que debí de sospechar lo que ocurría cuando decidí dejar que me viera.

Ángel asintió, confundido al reconocerse a él mismo en el relato del superior de los grigoris.

—Pero no lo hice, no me di cuenta de que en realidad estaba enamorado de ella hasta que la tuve entre mis brazos...

Semyazza se quedó callado, perdido en unos recuerdos casi tan viejos como el hombre, y él no pudo más que pensar en las sensaciones que lo habían invadido cuando se encontró a Luz bajo su abrazo, finalizado el peligro que lo había impulsado a protegerla, a acercarla a él. Pensó en el momento en el que su cuerpo tomó el control de su ser y recordó el suave roce de sus labios. Nunca en su larga existencia había sentido emociones como aquellas, ni siquiera cuando se había deleitado saboreando los sentimientos que crecían en el interior de los humanos a los que durante siglos había observado. No podía comparar con nada lo que había sentido, porque a nada que conociera se parecía aquella sensación, la imperiosa necesidad de sentir a Luz cerca de él, de sentir su cuerpo, y la rabia que había crecido en su interior al verse obligado a separarse de ella.

—La primera vez que hicimos el amor supe que no quería nada más que estar con ella —confesó Semyazza, en un susurro que lo atravesó e hizo estremecer—. Para mí ya no había nada más que ella. Yo no renuncié a Su Gracia —continuó el grigori, dejándose caer sobre el escalón en el que él estaba sentado— porque el amor de Atheret la había eclipsado. Mi condena y mi salvación se produjeron en el mismo momento.

—Pero ella era una simple humana. —Ángel protestó y Semyazza le sonrió con complicidad.

—Compartir su corta vida humana era el mejor regalo que jamás pudiera imaginar. Sólo por compartir uno de sus años de vida ya me habría sentido excesivamente afortunado. Mi salvación fue amarla, no tenerla.

Quiso comprender lo que Semyazza le contaba, pero no alcanzaba a imaginar nada que pudiera compararse a la Gracia de Dios y, mucho menos aún, nada capaz de redimir su condena. Pero Semyazza no se consideraba un condenado, ninguno de los grigori lo hacía. Por eso el resto de ángeles caídos los envidiaban, algunos incluso los despreciaban, por creer que, tal vez, el peso de la condena impuesta hubiera sido menor para ellos. Él sabía que no era así, había sentido el espíritu de aquellos seres condenados entrelazado con el suyo, el peso de su tormento sobre él, y, a pesar del dolor que sabía que sufrían, aquellos ángeles caídos se sentían afortunados.

—Es cierto que fue duro dejarla marchar —continuó Semyazza, con la vista de nuevo fija en el suelo—. No era capaz de condenarla por mi causa, por mi egoísmo, y mucho menos de imaginar el sacrificio que ella haría... Pensé que la despedida sería para siempre, pero me bastó pensar en que ella sí podría disfrutar de Su Gracia para aliviar mi pesar.

—Y ella renunció —Ángel pensó en voz alta, sin comprenderlo—. Renunció a Su Gracia por ti.

Semyazza asintió.

—Atheret le quita importancia, pero ambos sabemos lo que eso significa —sonrió levemente, señalándose a ambos con un gesto rápido—. No fue fácil para ella, pasaron dos mil años en la tierra, los peores de mi existencia, hasta que ella tomó su decisión. Fue un ángel bellísimo —dijo, casi en un susurro, y su vista se perdió en el pequeño altar sobre el sepulcro que presidía la capilla, llena de recuerdos—. Aunque no me extraña, su alma era tan bella a pesar de la afrenta que hizo al Creador al aceptarme y tomarme por esposo, llevar a mis hijos en su vientre... —suspiró—. Él tuvo que perdonarla y, aún así, incluso habiéndose convertido en un ángel, renunció a Él.

Ángel lo miraba lleno de fascinación.

—No imaginas lo afortunado que soy. Nunca podría sentirme condenado —concluyó.

—No todos los tuyos tuvieron tanta suerte —su voz fue un susurro— y aún así...

—No, muchos siguen en el Paraíso —explicó—. Malkiram, el marido de Sahariel, por ejemplo, sigue siendo una simple alma. Algunos no pueden evolucionar a causa de la nostalgia, y no pueden renunciar precisamente porque no son ángeles. Otros como Eliora, la esposa de Daniel, son ángeles que han decidido no renunciar a la Gracia de Dios. Aún así, ninguno de nosotros se arrepiente. En el amor, Lucifer, no cabe condena...

Ángel asintió. Entendía sus palabras, pero no su significado. El único amor que había conocido era el del Creador. Un amor que le había permitido amar a sus hermanos, a sí mismo, y también al ser humano. Pero aquello no tenía nada que ver con el amor del que le hablaba Semyazza. Aquel grigori le hablaba de un amor como el que sentían los humanos, pero sabía que ese amor no podía prolongarse en el tiempo. No, el que describía aquel ángel no era un amor humano, sino divino. Un amor sagrado que no conocía ni comprendía. Semyazza pareció leer la duda en sus ojos.

—Imagina sólo un instante tu existencia sin ella —dijo el Grigori, y él asintió—. Imagina ahora no que ella esté en el Paraíso, sino que ella jamás hubiera existido.

Su espíritu se encogió por aquella idea y se encontró incapaz de imaginar un mundo en el que no existiera Luz, en el que nunca hubiera existido o en el que jamás fuera a existir. Sintió el peso de su condena ceñirse sobre él por aquel pensamiento, se estremeció y de inmediato se dio cuenta de que el dolor de su interior era diferente, más intenso, peor. No, aquel dolor no era el de su condena, era otra cosa. Y no pudo soportar la idea de seguir imaginando un mundo sin ella.

—Exacto —dijo Semyazza— eso es. Ahora, imagínalo a la inversa.

Y Ángel lo comprendió todo de inmediato.

## Capítulo VII

**A**DEMÁS de los textos apócrifos, Luz pudo consultar en la biblioteca de la universidad algunos comentarios interesantes sobre los mismos. También encontró varios grimorios, como una copia del *Liber Juratis* de Honorio III, un volumen en el que se recogían los fragmentos conocidos de la Clave Mayor del Rey Salomón, junto a sus posibles fuentes y un exhaustivo análisis del polémico manuscrito, un estudio sobre la denominada Llave Menor de Salomón y varios tratados sobre angelología, demonología y ritos mágicos medievales. De entre las coincidencias en todos ellos pudo extraer una detallada descripción del Infierno, muy similar a la del manuscrito de la Casa de las Muertes y con idéntica diferenciación entre diablos y demonios. Los primeros eran, según los comentarios y análisis de los distintos grimorios, ángeles caídos. El calificativo provenía del griego antiguo *diaballo*, tirar, arrojar o atravesar, y su significado se referiría simplemente a la caída de los ángeles. La tradición judeocristiana consideraba en cambio que la palabra diablo provenía de la griega *diábolos*, cuyo significado, enemigo, adversario, la hacía encajar perfectamente con la concepción religiosa de esa figura y con el nombre de Satán, adversario, de raíz latina. Aunque, por otra parte, ese apelativo podría tener su origen en una figura mitológica hebrea, *Ha Shatán*, que no era otra cosa que un guardia del mundo enviado por Dios.

Los demonios, en cambio, eran considerados por la mayoría de los textos, e incluso también por gran parte de la tradición, como espíritus malignos sin ninguna relación con el reino de los cielos. La Clave de Salomón y el *Liber Juratis*, además, apuntaban en la misma dirección que el manuscrito de la Casa de las Muertes y aclaraban que se trataba de almas condenadas por sus pecados por toda la eternidad, y para las que no había perdón. Las almas perdidas o condenadas eran ampliamente descritas tanto en el grimorio de Honorio III, como en las famosas claves ocultistas y en los textos que las analizaban y comentaban. En todos los casos las definían como los espíritus de aquellos humanos condenados pero que podían llegar a ser redimidos tras cumplir su pena. Se trataba de las famosas almas del Purgatorio o del Limbo y que eran incluidas en ambos casos en el Infierno, pues no gozaban de la Gracia de Dios, aunque fuera temporalmente hasta que pudieran ser finalmente perdonadas. Ambos textos, al igual que la mayoría de tratados de teología más antiguos, consideraban además que el gobierno de todos aquellos seres condenados recaía sobre Lucifer, como parte de su propia condena, pues, ya que había querido compartir el poder de Dios, éste le cedió parte de su reino, las Tinieblas decían algunos textos. De este modo el primero de los ángeles dejó de ser el Príncipe del Cielo para pasar a



ser el Príncipe de Este Mundo, pues era en la tierra donde estaba realmente aquel infierno descrito en los grimorios y en el manuscrito. Bien distinta era, en cambio, la consideración de los teólogos actuales que, sin motivo alguno aparente, o bien negaban la propia existencia de Lucifer, o bien lo consideraban como un ser condenado distinto del principal adversario, Satanás.

Luz continuó rebuscando en los libros, aunque ya no le cabía lugar a dudas de que el manuscrito y todos los objetos de la cripta de la Casa de las Muertes estaban relacionados con algún tipo de culto de carácter mágico y misterioso, y que, posiblemente, fuera el mismo que había dado lugar a la posterior leyenda de la Cueva del Diablo. Lo único que seguía siendo una incógnita era la posible relación entre ambos lugares que, de existir, seguramente, se revelaría si pudiera bajar a los viejos túneles. Se entretuvo ojeando con atención el *Liber Juratis*, un tratado mágico del que nunca había conseguido comprender el propósito, y se le heló la sangre cuando se detuvo en algunos de los símbolos que aparecían para ilustrar los nombres mágicos necesarios para realizar los rituales. Los miró con atención al tiempo que los comparaba con las copias que había hecho de los grabados de los báculos hallados en la Casa de las Muertes. Aunque había ciertas variaciones entre los símbolos grabados sobre la plata y los que aparecían en el tratado mágico atribuido al papa Honorio III, las similitudes eran demasiadas para ignorar la relación entre ambos. No entendía cómo no se había dado cuenta antes, había estudiado aquellos mismos signos en diversas ocasiones, cuando aún no era más que una ayudante de investigación en la facultad fascinada por las creencias prohibidas de la Europa medieval. Se trataba de letras de un supuesto alfabeto celestial.

Abrió la Clave de Salomón por su última página y, rápidamente, encontró el recuadro con los denominados alfabetos místicos. Comparó uno a uno aquellos símbolos y no tuvo dudas, los trazos, las pequeñas circunferencias coronando las líneas, prácticamente todo coincidía. Aquella era la prueba que necesitaba para demostrarle a Alfonso que su línea de investigación era la correcta. Aunque se negara a reconocer la posibilidad de una relación entre la Cueva del Diablo y la Casa de las Muertes, esos símbolos hacían innegable que algún tipo de práctica ocultista estaba detrás de aquellos objetos y del manuscrito.

Luz arrancó casi con desesperación una hoja de su libreta y se dispuso a traducir el significado de los signos que había copiado antes en el departamento. A pesar de las diferencias entre los grabados de los báculos y las letras representadas en el recuadro explicativo de los alfabetos místicos, pudo identificarlos con relativa facilidad. El primero de ellos correspondía a las letras LEFJ y el segundo LEHCS, aunque, si no recordaba mal, la escritura sincrética del supuesto alfabeto sagrado debía de ser leída al revés, es decir, de derecha a izquierda. Buscó entre las palabras utilizadas tanto en el grimorio del papa Honorio como en ambas claves de Salomón

una posible relación o interpretación de aquellas letras, pero no encontró nada. Estaba a punto de darse por vencida cuando se fijó en el uso del sufijo EL en la traducción de todos los nombres angélicos, que era, ni más ni menos, que la referencia al Creador. No podía ser casual que ese mismo sufijo apareciera en los grabados de los báculos. Al comparar la escritura de esos mismos nombres, usando el alfabeto supuestamente sagrado que aparecía en los sellos y signos de los grimorios, comprobó que su disposición era idéntica a la de los símbolos de los báculos, y que la referencia al Creador se usaba al inicio de la palabra, separada, por lo general, con un apóstrofe del resto. Siguiendo la pauta de los libros, dispuso las letras al revés, aunque el resultado resultó ser igualmente críptico JFEL y SCHEL.

Nada de aquello parecía llevarla a ninguna parte, pero, aún así, volvió a los apéndices de la Clave del Rey Salomón para comprobar su transcripción. El de los alfabetos místicos no era el único recuadro explicativo de aquel libro de ocultismo, otros tantos estaban dedicados a la influencia de los planetas según su disposición, a las horas y días propicios para cada práctica mágica o a los arcángeles y sus poderes. Se entretuvo en ese último cuadro, observando la disposición de los supuestos nombres sagrados, repetidos una y otra vez, variando su orden en la lista según el periodo del día, semana, mes o año que regían. En efecto, todos y cada uno de aquellos nombres contenían el sufijo sagrado y, como si de un entretenimiento se tratara, casi sin prestar atención a lo que hacía, se dedicó a copiar los nombres de los arcángeles que aparecían citados en los recuadros explicativos. Observó aquellos nombres una y otra vez, subrayándolos, pensando en las historias que conocía sobre cada uno de esos personajes mitológicos, y recordando los libros apócrifos, tratados de magia y textos ocultistas en los que aparecían. Más pendiente de sus pensamientos que del cuaderno en el que dibujaba, copiaba y garabateaba, comenzó a tachar las vocales de aquellos nombres, todas excepto las del sufijo que los relacionaba con lo divino, y ante sus ojos apareció, inesperadamente, la respuesta que buscaba. Entre la lista de nombres abreviados aparecían las mismas letras que las de uno de los grabados: SCHEL, pertenecientes al apócrifo arcángel Sachiel. Por supuesto, aquella lista era sólo parcial, no recogía a todos los supuestos arcángeles aparecidos en la literatura religiosa ni, mucho menos, todos los nombres que se les asignaban, y, tal vez por eso, no hubiera encontrado la equivalencia con las iniciales del otro báculo.

Luz recordaba que Sachiel era más conocido en los textos no reconocidos por las diferentes iglesias como Zadquiel, y que se le mencionaba en algunos escritos rabínicos, así que se dispuso a buscar más información al respecto. No encontró demasiados datos, sólo un libro referente al antiguo misticismo hebreo en el que aparecía una discreta referencia a ese arcángel. Zadquiel, Sachiel o Hesediel era descrito como el arcángel de la misericordia, perteneciente al orden de los Hashmallim, el equivalente hebreo del coro católico de las dominaciones. Se trataba

del abanderado que encabezaba la batalla, justo por detrás de Miguel, junto con otro arcángel llamado Jofiel. Luz no necesitó transcribir aquel segundo nombre para darse cuenta de que equivalía al grabado del otro báculo hallado en la cripta, JFEL.

Ángel había despedido a Semyazza y se había quedado en la capilla, perdido en sus pensamientos, pero la presencia de Belial lo sacó de su ensimismamiento. El demonio había dicho la verdad y su segundo al mando había encontrado el lugar en el que los humanos rendían culto a Legión, aumentando su poder. Cuando ambos llegaron al viejo caserón abandonado, él apenas fue capaz de controlar su ira. Marcas y nombres arcanos decoraban grotescamente el exterior de aquella enorme construcción rural, aunque no eran más que una simple advertencia de la aberración que se llevaba a cabo en el interior. Los diablos de Belial habían tomado el lugar y vigilaban atentamente cualquier movimiento de los humanos que estaban dentro, realizando un oscuro ritual de sangre mientras esperaban agazapados la aparición de Legión. Aunque probablemente el viejo demonio no aparecería por allí durante algún tiempo. Seguramente habría sentido como propia cada una de las muertes de los demonios a sus órdenes, incluida la del bocazas que les había indicado aquel lugar, y sólo se arriesgaría a regresar si no encontraba otro modo para alimentar su poder. Malditos humanos, no sabían qué hacían ni a qué jugaban. ¿Cómo era posible que creyeran que podían dominar a un demonio como Legión?

Los cánticos del interior del caserón le recordaron los viejos rituales que siglos atrás algunos incautos habían realizado para invocarlo, pactar con él o, incluso, los más imbéciles, con la ilusión de conseguir dominarlo. Sólo algunos, muy pocos, alguna vez se habían atrevido a buscarlo por simple sed de conocimiento, por curiosidad de saber. Pero esos tiempos habían quedado atrás hacía mucho. Aquellos ritos no tenían nada que ver con Legión, los idiotas, que trataban sin demasiado éxito de pronunciar una vieja oración en latín, creían que trataban con él. «Satán, Lucifer, Heylel, Príncipe de las Sombras...» Repetían una y otra vez un repertorio de los nombres y títulos por los que en algún momento se le había conocido. Nombres arcanos que ya no le pertenecían se mezclaban con los adjetivos que los habían substituido, con los nombres con los que los pueblos primitivos lo habían bautizado y con otros tantos con los que en algún momento de la historia lo habían confundido. Bufó. ¿Acaso pensaban que con una simple llamada iba a presentarse ante ellos? ¿Acaso creían que alguno de aquellos símbolos u oraciones tenía algún tipo de poder sobre él? «Imbéciles». Su ira se multiplicó, transformándose en una explosión de poder que oscureció el cielo justo antes de iluminarlo con un terrible relámpago.

—Vamos —gruñó Belial, coincidiendo con el estrépito del trueno.

El espectáculo del interior no tenía desperdicio. Hombres y mujeres ataviados con túnicas negras alzaban los brazos mientras repetían, una y otra vez, el mismo absurdo

cántico. Algunos portaban cálices, otros dagas marcadas con símbolos supuestamente mágicos, los demás, simplemente, levantaban las manos. Dos imbéciles desnudos se revolcaban sobre un altar mientras otro de ellos derramaba sangre sobre sus cuerpos. En aquel lugar había concentrados ira, dolor, miedo y odio suficientes para alimentar el poder de mil demonios como Legión. Oyó como Belial le hablaba, pero no prestó atención a sus palabras, la ira lo cegaba y estaba a punto de perder el control. Aquellos idiotas no sólo se dedicaban a recrear antiguos e inútiles rituales de invocación, sino que habían llegado al extremo de sacrificar, supuestamente en su honor, desde animales hasta seres humanos. Dos muchachas vírgenes habían sido secuestradas, torturadas y violadas sobre el mismo altar que estaba contemplando, antes de haber sido sacrificadas. Y todo ese dolor, toda esa agonía, había sido utilizada por Legión para aumentar su poder hasta el punto de llegar a pensar que podía desafiarlo. Todo a su alrededor desapareció con aquel pensamiento y sólo quedó la ira que lo llenaba, que aumentaba su poder, que estremecía su cuerpo, y hacía crecer su espíritu hasta el extremo de mezclarse con la esencia misma de este mundo, dominándolo y sometiéndolo a su voluntad.

—Ahora sí que por aquí no volverá —suspiró Belial, que seguía a su lado.

Las palabras del diablo lo devolvieron al momento presente y Ángel trató de controlar su ira y tomar consciencia del lugar en el que estaba. A unos metros por debajo de ellos el viejo caserón había desaparecido y no quedaba nada que pudiera indicar que en algún momento hubiera estado allí. Sobre la tierra yerma que se extendía bajo sus pies estaban esparcidos los pedazos de los cuerpos de los imbéciles que habían estado alimentando a Legión y la visión de la explanada ensangrentada le devolvió las imágenes de lo ocurrido. Se encogió de hombros, como toda respuesta a su general, que lo miraba ahora fijamente.

—Sin duda habrá otra oportunidad de cazarlo —dijo Belial, resignado.

—Seguro —contestó Ángel, despreocupado, aunque su voz reflejaba aún el enorme poder que había acumulado sólo unos segundos atrás—. Envía a los tuyos a buscarlo.

Cuando llegó al departamento, dispuesta a hacer entrar en razón a Alfonso ahora que tenía pruebas que sustentaban su teoría, lo encontró vacío, aunque sólo eran las seis de la tarde. Se dejó caer desilusionada en una silla y vio frente a ella el manuscrito. Lo ojeó otra vez, página a página, en busca de detalles que pudieran haberle pasado desapercibidos, aunque, realmente, la parte en la que estaba interesada eran las páginas finales, llenas de los símbolos que antes le habían parecido indescifrables. Tal vez los signos y fórmulas que ocupaban las últimas páginas del texto, que ya veía más como un tratado ocultista que como una obra supuestamente literaria, tuvieran alguna relación con los grabados de los báculos y con el alfabeto supuestamente

mágico que los decoraba. Comprobó que en muchos casos el parecido entre unos signos y otros era innegable, aunque no coincidían con el alfabeto utilizado para marcar las barras de plata. Los signos del legajo estaban igualmente realizados con trazos finos y coronados con pequeñas circunferencias, pero eran totalmente diferentes. Sin duda pertenecían a otro alfabeto y, cuando se detuvo en el último de ellos, lo reconoció de inmediato. Era la denominada escritura de Malaquías, que algunos místicos antiguos habían creído que era el alfabeto de los ángeles. Copió uno a uno todos los signos y fórmulas de aquellas extrañas últimas páginas y se levantó rápidamente, dispuesta a regresar a la biblioteca y compararlos con el alfabeto al que estaba convencida que pertenecían, pero Marcos entró en el departamento y no pudo resistir la tentación de explicarle todo lo que había averiguado.

El historiador tampoco había almorzado, enfrascado como estaba en la búsqueda de referencias históricas que pudieran arrojar luz sobre todo lo encontrado en la cripta, y ambos fueron a comer a un pequeño restaurante cercano a la universidad, donde se pusieron al día de sus mutuos avances. Marcos parecía encantado de que ella hubiera seguido investigando sobre sus hipótesis, a pesar de la negativa de Alfonso. Le confesó que él mismo estaba convencido de que ésa era la vía de investigación adecuada y que había querido continuar con ella cuando el proyecto se había vuelto a poner en marcha tras la desaparición de Anabel, pero Alfonso se había negado rotundamente. El historiador le contó algunos datos sobre los pasadizos subterráneos que no aparecían en sus notas y que apuntaba hacia la teoría de que, realmente, la Cueva del Diablo estaba unida bajo tierra con la red de túneles que escondían las entrañas de la ciudad. Al parecer, durante la Guerra Civil y los primeros años de la posguerra, los antiguos pasillos subterráneos se habían utilizado incluso más que en las primeras épocas.

Los túneles facilitaron durante el conflicto bélico el tránsito de personas y también habían servido para ocultar desde arsenales hasta bienes históricos que se querían proteger del bando contrario. Posteriormente, durante la primera posguerra, habían servido para abastecer a la ciudad con artículos de contrabando, y algunas de las historias que contaban los mayores hablaban precisamente de un acceso abierto en la Torre de Villena. Luz no pudo contener la alegría por lo que Marcos le contaba. Si ese acceso seguía abierto, entrar en los túneles sería mucho menos complicado que si debían llegar a ellos a través de la catedral, pero, enseguida, el historiador acabó con sus esperanzas. Nadie parecía recordar exactamente dónde estaba el acceso de la torre, y los pocos que recordaban algo decían que seguramente había sido bloqueado y sellado, junto a otras tantas entradas a los corredores subterráneos cuando, a finales de la década de los cuarenta, se destapó el tráfico de estraperlo que abastecía a la ciudad.

—La única manera de llegar a ellos es la catedral —sentenció Marcos, sin ocultar

su propia decepción.

—Tendremos que encontrar otra manera de demostrar la relación entre estos hallazgos y la cueva. No podemos confiar en el permiso de la Iglesia. Aunque tal vez si Alfonso quisiera tramitar los permisos desde la universidad...

Marcos negó con la cabeza, dubitativo.

—Es posible que hayan regresado de donde quiera que estuvieran —dijo él, poco convencido, después de mirar su reloj—. Por intentarlo de nuevo no perdemos nada.

Regresaron al departamento especulando las posibilidades de investigación que abrían todos aquellos datos y al llegar se encontraron con un movimiento frenético. Un puñado de técnicos trabajaba con los objetos, otros tecleaban en los ordenadores y Alfonso hablaba a voz en grito por teléfono mientras removía, inquieto, un montón de papeles sobre su mesa.

—Han llegado los resultados de la datación —susurró uno de los ayudantes de Marcos, en tono de confidencia, haciendo un leve gesto con la cabeza hacia Alfonso.

Marcos dudó antes de traspasar el umbral de la amplia sala, pero Luz entró decidida y se plantó ante la mesa de Alfonso, que la miró con cara de pocos amigos mientras seguía discutiendo con quien estuviera al otro lado de la línea telefónica. Ella le tendió la mano con exigencia y, finalmente, él le entregó los papeles que sostenía y en los que figuraban esquemáticamente los resultados de las pruebas realizadas. El informe completo seguía encima de la mesa de Alfonso.

Los cadáveres, el manuscrito y el resto de objetos coincidían en las fechas de datación, así como el material analizado del muro que sellaba la cripta. El resultado de los análisis los situaba en un período que abarcaba del año 1300 hasta el 1480, aunque los técnicos consideraban que la horquilla se podía reducir a la segunda mitad del siglo XIV sin aumentar en exceso el margen de error. Esa datación confirmaba que la construcción de la cripta era anterior a la del palacio que la albergaba y la aproximaba aún más a la derruida Iglesia de San Cipriano, en cuyo interior había estado antiguamente ubicada la cueva legendaria. Los datos sobre los cadáveres tampoco desmentían la hipótesis de la relación con la leyenda del aula de Lucifer. Todos los cuerpos pertenecían a varones de entre quince y diecinueve años, precisamente la edad en la que los jóvenes cursaban sus estudios superiores en la época.

Más extraños aún eran los resultados de las pruebas realizadas al manuscrito. Ni la composición del papel utilizado ni la tinta arrojaban datos concluyentes. Por el tacto de las páginas Luz hubiera podido asegurar que se trataba del papel vitela común de la época, de muy alta calidad, seguramente realizado con piel de novillo recién nacido. No obstante, nada se podía asegurar con un solo vistazo y, por lo que parecía, tampoco con las pruebas habituales. En cuanto a la tinta no presentaba ningún tipo de anomalía a simple vista, parecía la típica tinta a base de metales o de

insectos machacados propia de la época. Tal vez incluso, como un avance de su tiempo, podría haber sido una tinta con base mineral, pero ninguno de esos compuestos coincidía con las conclusiones de las pruebas forenses realizadas. Finalmente, el análisis de la caligrafía confirmaba lo que a simple vista era fácil de percibir, la mano que redactó el manuscrito no era la misma que había escrito las palabras de advertencia de la primera página. Y, seguramente, pensó Luz, tampoco la que había decorado aquella portada con las intrincadas filigranas, idénticas a las encontradas en el cofre que contenía el legajo y en la propia cripta.

—¿No concluyentes? —preguntó a Alfonso devolviéndole los papeles en cuanto hubo colgado el teléfono.

—Es evidente que no se han tomado en serio el análisis. Este informe lo único que demuestra es su incompetencia. —Alfonso golpeó furioso la mesa sobre los papeles que Luz le acababa de entregar. Ella lo miró, incrédula ante aquella reacción que no era en absoluto habitual en él—. ¿Has visto la datación? ¡Es absurda!

—Últimamente demasiadas cosas te parecen absurdas —dijo, casi en un suspiro.

—¿Ya estás otra vez con tus teorías ocultistas? —Alfonso se levantó y caminó hacia la mesa donde los técnicos trabajaban en las piezas—. No hay nada en todo esto que nos lleve a pensar en ritos paganos, mágicos o de cualquier otro tipo, más que un manuscrito que, seguramente, no es más que una atrevida obra literaria...

—¿Y qué me dices de esto? —Luz arrebató de las manos a un técnico uno de los báculos y le mostró a Alfonso los grabados—. ¿Te suenan de algo esos signos?

—¿Malaquías? —preguntó él, de mala gana, y Luz negó con la cabeza. Alfonso se puso las gafas y acercó el objeto de plata a la luz—. El alfabeto celestial... —susurró.

—Hay más. He estado buscando en los grimorios medievales y... —Luz sacó el pequeño cuaderno de notas de su mochila y lo abrió por la página en la que había transcrito los signos y su traducción—. Mejor míralo tú mismo.

—Jofiel y Sachiel —leyó en voz alta antes de quitarse las gafas y fijar la vista en Luz, que aún sostenía ante él la libreta—. Dos báculos marcados con los nombre de dos arcángeles no reconocidos no son prueba de nada.

—¿Ah no?

Luz no podía creer sus palabras y su asombro iba dando paso lentamente a la rabia. Marcos se había acercado a ellos y escuchaba la conversación en silencio y desde una prudente distancia.

—¿Y cuál es tu teoría? —preguntó Luz, poco dispuesta a dar por terminada la discusión—. Porque yo incluso tengo mis dudas de que estos objetos sean simples báculos. ¿Acaso piensas que grabaron con un alfabeto místico, secreto y prohibido dos objetos rituales con los nombres de dos arcángeles que no recoge la Biblia, ni reconoce la Iglesia, sólo como decoración? Por favor, Alfonso, ¿exactamente qué es

lo que crees que se ha encontrado ahí abajo?

—Exactamente —respondió Alfonso, devolviendo con rudeza el báculo al técnico que, igual que el resto, los observaba con incredulidad y evidente incomodidad—, creo que hemos encontrado las pruebas del hecho real que dio pie a la leyenda en torno de la Casa de las Muertes y del que obtuvo el nombre el palacio. Exactamente —repitió con lentitud y expresión severa—, creo que hemos hallado los cuerpos de un antiguo crimen, posiblemente pasional. Exactamente, Luz, creo que eso es lo que hemos encontrado allí abajo. Nada mas —concluyó, dándole la espalda a Luz y regresando a su mesa de trabajo.

—¿Y los objetos? —preguntó, pero Alfonso no respondió—. ¿Y el manuscrito?

—Sabes perfectamente que esta no es la primera tumba, ni será la última, en la que se encuentran objetos relacionados con los cadáveres —dijo, recostándose en la silla, más calmado—. Y eso son estas piezas, igual que el maldito legajo que tanto te preocupa —suspiró—. Mira, Luz, si quieres seguir en este proyecto más vale que te olvides de esas absurdas ideas.

Luz miró a Marcos, pero no obtuvo ninguna respuesta. Estaba claro que el historiador no iba a poner en juego su participación en un proyecto como aquel, con el mérito que podía otorgarle, sólo por defender una línea de investigación que, claramente, estaba vetada. Si quería averiguar la verdad sobre aquellas piezas tendría que hacerlo a escondidas, o, simplemente, renunciar a participar en la investigación, y también a toda posibilidad de seguir con el estudio del proyecto.

—Está bien —dijo, al fin—. Lo haré a tu manera.

Respiró profundamente para tranquilizarse antes de sentarse en una mesa libre con el informe completo de los análisis realizados a los hallazgos. Se sentía ridícula fingiendo que aceptaba las imposiciones de Alfonso, pero aquella era la única opción que tenía para conseguir llegar al fondo del asunto. Quiso concentrarse en las páginas repletas de análisis, gráficos y estadísticas que tenía delante, pero no podía evitar pensar en las irregularidades de aquel proyecto. Alfonso no sólo había vetado una línea de investigación, sin aparentar remordimiento alguno o excusarse detrás de alguna imposición de la dirección de la universidad, sino que también había aceptado la rotunda negativa a que se hicieran reproducciones o tomaran imágenes de los hallazgos de la cripta. Luz no reconocía a su amigo, nada de aquello se parecía ni lo más mínimo a su manera de trabajar. Aunque, por supuesto, habían pasado muchos años desde la última vez que habían trabajado juntos. Desde entonces él había ascendido hasta el importante puesto que ahora ocupaba, y que conllevaba obligaciones y limitaciones en la manera de llevar a cabo los proyectos de investigación. Consiguió apartar aquellos pensamientos para centrarse en los informes que tenía delante y que, pensó, quizás pudieran esconder algún dato relevante de la que ya se había convertido en su investigación clandestina sobre los



hallazgos de la Casa de las Muertes.

La sala se fue vaciando paulatinamente hasta que, ya prácticamente entrada la noche, se marcharon los últimos técnicos. Ese era el momento que Luz había estado esperando desde que una hora atrás Alfonso y Marcos abandonaran el departamento. Quería comparar los dibujos del manuscrito con la escritura de Malaquías y no podía hacerlo rodeada de testigos. Hubiera podido ir a la biblioteca con las notas que había tomado antes de encontrarse con Marcos, pero tampoco quería despertar sospecha alguna al abandonar el departamento después de la discusión con el director de la investigación, así que había decidido esperar pacientemente hasta que se presentara la oportunidad. Fue a la biblioteca, que estaba a punto de cerrar, y consiguió sacar en préstamo el tomo que había consultado esa misma tarde sobre la Clave de Salomón. No le fue difícil convencer a la joven estudiante que custodiaba la biblioteca de que le permitiera sacar aquel libro, que no estaba disponible para el préstamo, cuando le explicó que debía consultarlo aquella misma noche y que de no poder llevárselo no tendría más remedio que hacerlo en la sala de lectura, obligándola a ella también a alargar su propia jornada.

Cuando regresaba al departamento por el solitario pasillo distinguió que la puerta estaba entreabierta y, de inmediato, se le aceleró el corazón. Luz habría jurado que había dejado la puerta cerrada y aligeró el paso, nerviosa porque alguno de sus compañeros no hubiera regresado y pudiera atraparla en mitad de su investigación secreta. O, incluso peor, pensó, que cualquiera se hubiera colado en el departamento, que ella había dejado abierto, y pudiera llevarse algunas de las piezas de la investigación que no estaban en absoluto protegidas. Cuando entró, abriendo de par en par la puerta con un golpe, se encontró con un chico de no más de veinte años, cargado de libros y claramente sobresaltado.

—He visto luz y he pensado que el profesor Vázquez seguía trabajando —explicó el muchacho, con evidente nerviosismo.

—Ya hace rato que se ha ido, sólo quedo yo —respondió, mientras repasaba con la mirada la sala para comprobar que todo estaba en su lugar.

—Sólo quería devolverle los libros que me había prestado. —El joven tendió los cinco libros que llevaba en brazos hacia Luz—. Si pudiera dejarlos aquí... —dudó un instante, mirando a su alrededor—. Bueno me han sido muy útiles...

—No hay problema —lo interrumpió secamente, cogiendo los libros que el muchacho le ofrecía.

—Gracias. Buenas noches —se despidió el chico, que salió precipitadamente del departamento mientras ella se dejaba caer sobre la silla, aún con el montón de libros en las manos.

Aquello había sido un recordatorio de la absoluta falta de seguridad del material y maldijo en silencio a Alfonso por permitirlo. Podía llegar a comprender que las

responsabilidades de su puesto lo obligaran a vetar una línea de investigación, aunque no lo compartiera en absoluto. Lo que escapaba realmente a su entendimiento era que se pusiera en peligro un material como aquel sin motivo alguno. Suspiró, algo más tranquila, y dejó los libros sobre la mesa, junto al manuscrito, y una idea apareció fugazmente en su cabeza.

Cogió su mochila y buscó el pequeño teléfono móvil que había estado apagado durante todo el día en su interior. Se estremeció ante el despropósito que se le había ocurrido, pero, lentamente, el miedo fue desapareciendo y un nuevo impulso se apoderó de ella. Recorrió con un gesto automático el menú del teléfono hasta seleccionar la opción de cámara fotográfica. Dudó durante un instante antes de reunir el coraje suficiente y tomar fotografías de todos los objetos encontrados en la cripta. El pulso se le aceleró, y notó como algunas gotas de sudor resbalaban por su espalda mientras contenía la respiración cada vez que apretaba el botón. Después, sentada ante el manuscrito, se dispuso también a fotografiarlo. Trató de mantener la mente tan fría como pudo mientras retrataba cada hoja y cada detalle del legajo, convencida de que era lo correcto para que hubiera una prueba gráfica de los hallazgos, al menos mientras Alfonso no entrara en razón y los protegiera debidamente. Aquella investigación era más interesante, y quizás importante, de lo que incluso en un principio había imaginado, y no quería ni pensar en que todo se acabara por una estupidez como no hacer copias o tomar las medidas de seguridad necesarias.

Terminó de fotografiar el manuscrito y colocó en su lugar una a una las páginas, deleitándose de nuevo con los trazos de aquella caligrafía y preguntándose qué escondía aquel texto en realidad. De nuevo, al colocar la primera de las páginas sobre las demás, la invadió una extraña sensación y se encontró repentinamente cansada. Haciendo un esfuerzo ignoró el malestar y tomó varias fotografías más de los objetos desde distintos ángulos. El alivio llegó de inmediato cuando apagó de nuevo el teléfono y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Simplemente, debía guardar aquellas imágenes para prevenir cualquier posible pérdida hasta que Alfonso tomara las medidas de seguridad necesarias, las que fueran, y después las borraría.

Se sentía cansada y sin fuerzas. La tensión por lo que acaba de hacer sin duda le estaba pasando factura, y no se sentía con valor para comparar los signos del legajo con el alfabeto místico. Guardó el tomo sobre la Clave de Salomón en un cajón, debajo de los libros que el joven estudiante de Alfonso le había entregado instantes atrás y de un montón de papeles que lo ocultaban, recogió sus cosas, y abandonó el departamento. Algo más tranquila, pero tremendamente cansada, decidió ir caminando hasta su hotel, convencida de que necesitaba tomar aire, pensar en lo que acababa de hacer, y, sobre todo, relajarse. Estaba más despistada de lo habitual y no prestó atención al hermoso atardecer que le daba a la ciudad un aire casi mágico. Simplemente, estaba absorta en sus recuerdos, preguntándose aún cómo había

reunido el valor para fotografiar el material de la investigación, arriesgándose a que cualquiera la sorprendiera, cuando, de pronto, un fiero empujón la sacó de sus pensamientos. Se encontró a sí misma forcejeando con un hombre que tiraba de ella hacia un callejón cercano e, instintivamente, protegió la mochila que colgaba de su hombro. El hombre pudo con ella y la lanzó contra el suelo del callejón. Se sintió súbitamente mareada, con la vista desenfocada, pero pudo ver como otros dos hombres se unieron al primero antes de sentir un dolor agudo y sordo en su cabeza, que la cegó.

Ángel regresó a la ciudad antes de que Belial y sus diablos tuvieran tiempo de ponerse en movimiento para seguir buscando a Legión. Si era necesario estaba dispuesto a rebuscar él mismo en cada rincón de Salamanca para encontrar a aquel maldito demonio que no sólo había osado desafiarlo, sino que incluso había llegado a pervertir en su nombre las almas de los pobres miserables a los que acababa de mandar al Infierno.

—A estas alturas pensaba que ya habrías aprendido a controlar tus arrebatos de ira.

No se sorprendió al ver frente a él a Rafael, encarnado y envuelto en todo su esplendor angelical. Resopló, resignado, ante el inoportuno recordatorio de la pérdida de la estúpida Gracia.

—No me jodas, Rafael...

—¿Era realmente necesario? —preguntó el arcángel, entristecido.

—Supongo que no —dijo, y comenzó a caminar, seguro de que Rafael lo seguiría—. Pero tampoco lo hubieran sido las muertes de los inocentes que esos imbéciles habrían seguido sacrificando en aquel lugar, así que no entiendo muy bien cuál es tu queja.

—No te corresponde a ti juzgarlos.

—Y no lo he hecho. —Fijó sus ojos cargados de ironía en el arcángel—. De eso se ha encargado Él, yo sólo he adelantado la fecha de la vista oral.

—No me quejo de sus muertes, me quejo de tu crueldad.

Ángel hubiera querido responder a Rafael, seguirle el juego y hacerlo enfadar explicándole que la crueldad era parte de la naturaleza humana, que él sólo se limitaba a utilizarla, pero sintió un cambio en su interior que reclamó toda su atención. El arcángel también debía de haberlo notado, porque lo miraba sorprendido, con los ojos abiertos como platos, casi desorbitados. Algo se había liberado dentro de él, un leve movimiento, pero claramente perceptible, y el alivio había sido inmediato. Era el último sello de Gabriel que ataba su espíritu. ¿Luz había roto el sello? No, el sello no había desaparecido. Se había debilitado, lo suficiente para que sintiera su espíritu liberado. ¿Acaso era eso posible?

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el arcángel, aún con la mirada fija en él.

—El sello —contestó él, dudando—, se ha... ¿ablandado?

—Es imposible. —La incredulidad del rostro de Rafael se filtró también en su voz—. A no ser que Gabriel...

Negó con la cabeza, ella estaba bien. También él había pensado que algo podría haberle ocurrido al arcángel, pero estaba seguro de que no era eso lo que había provocado el cambio en su interior, sino algo diferente, algo que no sabía explicar. Rafael ignoró su gesto y sus pensamientos, y desapareció ante sus ojos. En ese mismo instante, otra sensación, incluso más poderosa que la provocada por la debilitación del sello que ataba su ser, atravesó su espíritu, y una sola palabra apareció en su mente. Luz. Una certeza que no sabía de dónde provenía lo inundó, sobrecogiéndolo, mientras corría con furia sin ser consciente de adónde iba, empujado por una fuerza que nunca antes había sentido. Sólo de una cosa estaba seguro, algo le había ocurrido a Luz.

La encontró en un callejón frente al hotel, tirada en el suelo, inconsciente. Tres tipos la rodeaban, rebuscando entre sus cosas, y cuando se acercó salieron corriendo, llevándose con ellos algunos de los objetos que habían esparcido por el suelo. Hubiera deseado matarlos en aquel mismo instante, pero toda su atención estaba puesta en la mujer que seguía tendida sobre el asfalto sin reaccionar. Trató de despertarla mientras buscaba en su mente una explicación de lo ocurrido y comprobaba que se encontraba bien. Sus recuerdos eran confusos, apenas había visto nada antes de que le dieran el golpe que la había dejado tendida en el suelo. Un golpe en la cabeza, que no tenía mayor importancia, se dijo. Ella estaba bien, y se tranquilizó. Quiso incorporarla con suavidad y Luz recobró la conciencia. Estaba confundida y desorientada, le dolía la cabeza, y a duras penas se tenía en pie. Sintió una oleada de ira crecer en su interior, pero consiguió controlarla a tiempo para poder prestarle la máxima atención a Luz, que se recuperaba lentamente, apoyada en sus brazos, y que parecía ahora repentinamente nerviosa, rebuscando algo a su alrededor.

—Me han robado —dijo, con el pánico reflejado en el rostro.

—Eran tres hombres. No conseguí alcanzarlos —explicó él, aún sosteniéndola, mientras ella seguía rastreando el suelo con la mirada—. Te llevaré al hotel, tienes que descansar.

Ella hizo el amago de protestar, pero, de pronto, casi con un golpe, se llevó la mano al bolsillo del pantalón y se tranquilizó. Se limitó a asentir mientras se dejaba llevar, tambaleándose, y él tuvo que hacer el mayor esfuerzo que recordaba para controlar la ira y el poder que se acumulaban en su interior mientras guiaba a Luz, que prácticamente no podía caminar, hasta su habitación del hotel. La tumbó con delicadeza sobre la cama y colocó una toalla humedecida sobre su frente. Sabía perfectamente que estaba bien, el golpe que había recibido, aunque había sido fuerte,

no revestía mayor importancia. Lo había comprobado cien veces y, aún así, no podía deshacerse de la inquietud que había crecido en su interior cuando la había encontrado tumbada en aquel callejón, indefensa ante aquellos miserables. Se quedó a su lado, vigilándola, comprobando una y otra vez que se encontraba bien, que nada grave le había sucedido, observándola dormir. Tuvo que controlar con todas sus fuerzas la ira que crecía en su espíritu maldito, jamás se había esforzado tanto en retener las embestidas que azotaban su interior, evitando que su poder aumentara alimentándose de ellas, y previniendo una explosión de furia incontrolada. No estaba dispuesto a dejar sola a Luz, no en aquellas condiciones que a él le parecían tan lamentables, a pesar de saber que se encontraba en perfecto estado. Resopló, conteniendo la necesidad de penetrar en su mente, de unir sus espíritus, porque cualquiera de aquellas cosas podría provocar que perdiera el control, y eso era lo último que quería. Se limitó a quedarse a su lado, observándola, hasta que el alba lo sorprendió aún junto a la cama, contemplándola.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó cuando ella abrió los ojos y trató de incorporándose, llevándose una mano a la cabeza.

—No ha sido una pesadilla ¿verdad? —él negó con la cabeza, en silencio.

La voz de Luz reflejaba el malestar que aún sentía, al igual que sus torpes gestos mientras trataba de sentarse en la cama. Aunque apenas estaba amaneciendo, había dormido de un tirón desde que él la dejara en la cama. Era más que suficiente para que se sintiera descansada, a pesar de que el dolor por el fuerte golpe que había recibido en la cabeza no hubiera desaparecido. De pronto, vio como Luz se tensaba y, con un gesto rápido, saltaba de la cama, perdiendo el equilibrio. No entendía qué le ocurría y se apresuró a sostenerla para evitar que cayera al suelo, pero ella, aún nerviosa, comenzó a rebuscar a su alrededor hasta que, finalmente, se llevó las dos manos a la cadera, suspiró, y se dejó caer, sentándose de nuevo en la cama.

—No se las llevaron... —susurró ella con alivio, mientras él rebuscaba en su mente una explicación a su comportamiento.

—¿Qué ocurre? —se oyó decir mientras comprobaba que la mente de Luz parecía tan confusa como la tarde anterior, cuando la encontró inconsciente. Era casi inaccesible para él, como si algo la bloqueara.

—Ayer hice una estupidez.

Luz clavó en él sus ojos y, sin necesidad de leer su mente o rebuscar en el interior de su alma, comprendió que la debilitación del sello, el robo en el callejón y la inexplicable barrera que lo separaba de ella, y de la que no había sido consciente hasta el momento, tenían una misma explicación. Ella no había roto el sello de Gabriel, lo había dividido, y fuera como fuera que lo había hecho, una parte de aquel maldito sello sagrado y debilitado la afectaba en aquel momento también a ella.

—Discutí con el director de la investigación —explicó Luz, hablando

rápidamente, como si al pronunciar aquellas palabras pudiera liberarse de algo que la atormentaba—. Es extraño, somos amigos casi desde el primer año de facultad y jamás habíamos tenido una discusión como la de ayer. Más bien debería decir que fue una pelea en toda regla. —Fijó la vista en el suelo, aturdida, mientras continuaba con su frenética confesión—. No comprendo qué le sucede, ha vetado descaradamente una línea de investigación, la única válida, por cierto —aclaró, e hizo un gesto de desprecio con las manos, fijando de nuevo la vista en él—. Aunque eso, al fin y al cabo, no tiene importancia. Lo peor es que ha prohibido, o permitido que prohibieran, ya no lo sé, que se tomen muestras, documentos gráficos o se hagan copias del material hallado en la cripta... No hay nada, absolutamente nada, más allá del material encontrado, que demuestre su existencia. —Negó con la cabeza, incrédula, mientras mantenía sus ojos fijos en él—. Y tampoco hay medida de seguridad alguna que impida que cualquiera robe o destruya las piezas...

Sabía perfectamente a qué se refería. Nada más llegar a Salamanca supo que la Iglesia había intervenido para ordenar que todo lo relacionado con la cripta permaneciera en la más estricta confidencialidad hasta haber obtenido una conclusión clara y satisfactoria de su origen. En aquel momento no le había prestado atención a la petición. Había pensado que no era más que otra estupidez de los miembros de aquella institución extremadamente jerarquizada y recelosa de una posición que, aunque no fueran conscientes de ello, ya no ostentaban en la sociedad. ¿Acaso creían que en aquel momento alguien se iba a escandalizar por un hallazgo relacionado con el Diablo? El mal estaba en todas partes en aquel mundo en el que ya nadie parecía capaz de conmoverse por ningún desastre, y todo gracias a la estupidez del propio ser humano. Aunque era más que posible que aquellas absurdas medidas, que no habían hecho más que entorpecer sus planes, fueran una simple ocurrencia más de aquella jerarquía eclesiástica ajena a la sociedad en la que vivía, en aquel momento le pareció igual de probable que la pantomima fuera, ni más ni menos, que obra y gracia de Gabriel. Incluso la muy estúpida podría haber recuperado la antigua alianza con los humanos para evitar, de nuevo, que él se saliera con la suya, pensó, y maldijo al arcángel al tiempo que, con un esfuerzo incluso mayor que el que había necesitado hacer la noche anterior para permanecer al lado de Luz, consiguió contener su ira para mantener la atención en sus palabras.

—No sé qué me pasó, jamás había hecho nada igual —continuó ella, hablando igual de rápido que antes, pero con una evidente incredulidad en sus palabras—. De pronto, lo vi claro y, sin pensarlo, fotografié todo el material.

Luz se inclinó levemente hacia un lado y sacó del bolsillo del pantalón un pequeño aparato que sostuvo en la palma de su mano, ofreciéndoselo a él.

—¿Lo fotografiaste? —preguntó, con la mirada fija en el teléfono que Luz le ofrecía y que él no podía tocar si no quería arriesgarse a ir a parar de golpe al abismo,

aunque el sello se hubiera debilitado—. ¿Con el móvil?

Ella asintió en silencio y, tras tomar una profunda bocanada de aire, le explicó todos los hallazgos que había realizado el día anterior y cada una de las teorías que su mente había ido trazando sin ser consciente siquiera de lo cerca que estaba de la verdad. Pero él apenas prestaba atención a sus palabras. Su mente se debatía entre la incredulidad, la sorpresa y el orgullo por lo que escuchaba. Si alguna vez había pensado que Luz era la única capaz de resolver aquel entuerto que cinco siglos atrás él solito había montado, nunca había sido realmente consciente de lo cierta que era su suposición. No sólo había relacionado la cripta con la leyenda formada en torno a la cueva y había encontrado y descifrado los grabados de las espadas, sino que, en menos de una semana, había conseguido, si bien no romper, al menos sí debilitar el último sello que aprisionaba su espíritu. Aunque ella, en realidad, no sabía dónde se estaba metiendo. Por algún motivo, Luz había estado en peligro desde el principio, pero más aún desde que había dividido el maldito sello sagrado y, en especial, si como sospechaba, Gabriel había resucitado la vieja alianza con los humanos. Debía protegerla. Y también debía proteger la copia del manuscrito si no quería que el sello recuperara su poder, al menos hasta que finalmente Luz lo liberara. Y no dudaba, ni por un instante, de que ella lo conseguiría.

—Debo convencer a Alfonso para que, al menos, disponga de las medidas de seguridad necesarias para proteger el material. —Luz seguía hablando, claramente desanimada, como si nada de lo que planteaba fuera realmente posible—. Y quisiera seguir investigando sobre la relación entre la cripta y la maldita cueva, aunque, por supuesto, eso es del todo imposible de momento —suspiró—. Mi única opción es bajar a los túneles y encontrar una relación directa entre ambos lugares, o incluso, con mucha suerte, alguna prueba material que los relacione. Pero dependiendo de un permiso de la Iglesia... —Negó con la cabeza, abatida.

El sonido del teléfono que Luz había dejado sobre la cama junto a ella interrumpió su conversación. Él se apartó, dándole privacidad para hablar, abrió la ventana de la habitación, y encendió un pitillo. Absorbió el humo como si en él pudiera encontrar las respuestas que necesitaba, mientras en su mente trazaba cada una de las posibilidades y analizaba sus opciones. Su prioridad era que Luz continuara investigando y que, tal vez, publicara ella misma el material, antes incluso de romper el sello de Gabriel o de descifrar el manuscrito. Estaba claro que, aunque debilitado, el invento del arcángel seguía teniendo poder sobre él, y tampoco podía pedirle a alguien como Luz que destruyera parte de lo que ella consideraba un tesoro histórico. Exhaló el humo mientras recordaba el inesperado efecto que esa misma propuesta había tenido sobre aquella absurda académica con unos principios morales mucho más dudosos y maleables que los de Luz.

Dio una nueva calada al cigarrillo y fijó su vista en Luz, que seguía sentada en la

cama, hablando por teléfono. La única opción que le quedaba era dejarla hacer su trabajo, que investigara, que resolviera el enigma y descifrara el manuscrito, aunque la prohibición del profesorucho de que siguiera aquella línea de investigación lo complicaba todo. Expulsó el humo con un soplado de fastidio. La ayudaría a bajar a los malditos túneles. Era lo único que podía hacer, aunque le fastidiara sobremanera influir en los mojigatos de la Iglesia. No eran difíciles de convencer, al contrario, la mayoría de ellos tenía el alma más retorcida que muchos de los que se consideraban cargados con un montón de pecados. Pero, aún así, no había nada que soportara menos que a aquellos hombres que se consideraban a sí mismo vestidos de una autoridad moral de la que, en una abrumadora mayoría de los casos, carecían. Finalmente, decidido a facilitarle el acceso a los túneles, lanzó a la calle el resto del cigarrillo a la vez que ella, con un golpe, lanzaba el teléfono sobre la cama.

—Han robado las malditas piezas —gritó, ahogando su rabia en aquellas palabras.

Caminó hacia ella, tratando de contener la oleada de ira que lo invadía. Había sido Gabriel, no tenía duda. El maldito arcángel debió sentir el efecto en el sello cuando Luz lo fotografió, igual que él mismo y Rafael lo habían sentido, y si ella había recuperado el manuscrito restauraría el sello de inmediato. O incluso incrementaría su poder, ahora que habían desaparecido las otras protecciones. Quiso maldecir a Gabriel y a todos los arcángeles, explotar de ira, dejar que su poder lo embargara y le hiciera perder el sentido, y acabar con todo, antes de que la maldita pregonera tuviera tiempo de atar de nuevo su espíritu. Pero no lo hizo. No haría nada de aquello delante de Luz. En lugar de eso, se concentró, fijándose en ella, en aquellos ojos negros llenos de rabia y tristeza que estaban fijos en los suyos, mientras ella gritaba palabras que él no escuchaba. Se obligó a centrar su atención en aquel lugar, en aquel momento, en la mujer que tenía delante y que era capaz de hacer que todo desapareciera a su alrededor con una sola mirada.

—Tienes que esconder la tarjeta de memoria —consiguió decir, interrumpiendo el discurso airado de Luz—. Si encuentran las fotografías te apartarán de la investigación.

—¡Ya no hay investigación! —gritó ella, incapaz de contener toda la rabia que sentía y que lo golpeaba empujándolo a estallar.

—Pero puede volver a haberla. —Se concentró completamente, intentando que su voz fuera pausada y tranquila, relajante, casi hipnótica—. Tú tienes copias del material y, cuando sea el momento, podréis retomar el proyecto gracias a ellas.

—Quieren que vaya a la universidad a declarar —lo interrumpió, indignada, caminando de un lado a otro de la habitación, agitando nerviosa los brazos—. ¡A declarar! Por supuesto todos presenciaron la discusión con Alfonso y, encima, fui la última en salir del departamento. —Se detuvo de golpe y fijó los ojos en los suyos—. Creen que he sido yo.



—Por eso mismo no te conviene que puedan descubrir las imágenes —continuó él, concentrándose plenamente en sus palabras y ella asintió—. Espera a que todo se resuelva. Incluso es posible que pronto aparezca el material robado y todo esto no sea más que una anécdota —improvisó, esforzándose en resultar convincente, aunque no tenía duda alguna de que eso difícilmente ocurriría si el manuscrito estaba en manos de Gabriel—. Y si no es así —siguió diciendo—, cuando se haya aclarado qué ha sucedido, tal vez, puedas desvelar las fotografías y retomar la investigación.

Ángel tenía razón, aquellas fotografías, que podrían salvar el proyecto, en ese momento jugaban en su contra. No tenía dudas de que sospechaban de ella, ni tampoco del motivo por el que lo hacían. Probablemente, comprobarían cualquiera de sus movimientos, registrarían hasta la última de sus pertenencias, y la tarjeta de memoria del teléfono sería interpretada como una evidencia de su culpabilidad, aunque no encontraran más que las imágenes de los objetos desaparecidos. Pensarían que los había escondido o que, directamente, los había introducido en el más que rentable mercado negro de antigüedades. Debía impedir que encontraran las fotografías si pretendía continuar con el proyecto y salvar su reputación profesional.

—Guárdala tú —se escuchó pedirle a Ángel mientras, con movimientos automáticos, le quitaba la carcasa y la batería al teléfono y extraía la tarjeta de memoria—. No sospecharán de ti, apenas podrán relacionarnos...

—¿Tanto confías en mí? —Él la interrumpió con evidente asombro y ella asintió de inmediato—. ¿Por qué?

—No lo sé —confesó, tendiéndole la pequeña pieza de plástico—. Pero lo hago, confío en ti. Y necesito tu ayuda.

Ángel permaneció en silencio y ella creyó ver en su rostro, sereno y hermoso como siempre, el reflejo de un sinfín de emociones encontradas mientras mantenía la vista fija en la tarjeta de memoria que ella seguía ofreciéndole. Él negó con la cabeza, acercándose más a ella, con los ojos verdes fijos, ahora, en los suyos, atrapándolos, y sin aceptar el trozo de plástico que contenía las pruebas gráficas de los hallazgos de la cripta.

—Debes ocultarla tú —dijo él, después de un silencio que le pareció eterno—. No debes confiársela a nadie, ni siquiera mí. Busca un lugar seguro, uno en el que no la pueda encontrar nadie y que sólo conozcas tú, y escóndela hasta que pase el temporal.

—Pero... ¿por qué? —preguntó y se dio cuenta enseguida de que Ángel tenía razón, no podía confiar en nadie, ni en Alfonso, recordó, y comprendió que esa era su única opción—. ¿Dónde?

—No lo sé. —Ángel se sentó en la cama, dejándose caer, y, por un momento, pareció cansado y abatido... Viejo, a pesar de su rostro y su cuerpo, que decían exactamente lo contrario—. Sin duda, el mejor lugar para esconder algo es el último

sitio donde quien lo esté buscando crea que lo puede encontrar —habló bajo, casi para él mismo, antes de levantar la cabeza y fijar otra vez en ella su mirada—. En la universidad —sentenció.

Tenía lógica. Difícilmente nadie buscaría unas fotografías ilícitas del material en el mismo lugar en el que hubieran sido tomadas. Y, de pronto, supo exactamente dónde ocultar la tarjeta de memoria.

—Debo irme —dijo, repentinamente animada por la idea, montando de nuevo las piezas del teléfono y escondiendo la tarjeta de memoria en un bolsillo—. Tengo que esconder esto y supongo que antes tendría que ir a mi habitación a cambiarme, en especial si me espera un día de conversaciones con la policía, con Alfonso, quizás también con el rector o el vicerrector... —suspiró, agobiada sólo de pensar en ello.

—Te veré esta tarde. —Ángel se levantó de la cama y caminó hacia ella, mostrando esa media sonrisa que podía hacer que ella perdiera el sentido.

De pronto, al verlo de pie, ante ella, sonriendo, fue consciente de la sensación que se había instalado en su estómago desde que lo había encontrado junto a la cama al despertarse, y a la que apenas había prestado atención. Había estado tan pendiente primero de explicarle la locura que había cometido el día anterior, y que ahora pensaba que había sido la mejor decisión de su vida, y, después, de la noticia del robo, que no había sido consciente de todos aquellos sentimientos que bullían en su interior y que, en aquel momento, parecían inundarla, anulando todo lo demás. Sintió la necesidad de rodearlo con sus brazos y acariciar de nuevo sus labios con los suyos, aunque, a la vez y con la misma intensidad, la duda se apoderó de ella, y se quedó quieta, mirándolo. Ángel pareció leer la intención en su rostro, porque, de inmediato, su sonrisa se amplió, con picardía, al tiempo que daba un paso hacia ella y la rodeaba con sus brazos.

—Si tardas mucho en llegar pensarán que te has fugado a Tombuctú con las piezas robadas —susurró, burlón, antes de besarla con más ternura de la que ella creía posible.

—En todo caso me decantaría por Asia y no por África como destino de una eventual huída precipitada —contestó, satisfecha, cuando él liberó sus labios y clavó en ella su intensa mirada.

—¿Pekín? ¿Tokio? ¿Bombay, quizás? —Ángel siguió el juego, antes de volver a impedir que respondiera atrapando de nuevo sus labios.

Deseó protestar, liberarse, negar con la cabeza, pero todas sus intenciones desaparecieron al instante cuando la ternura anterior se convirtió en una pasión casi violenta, y se dejó llevar, prácticamente sin sentido, disfrutando de todas y cada una de las emociones intensificadas con aquel beso y el abrazo firme de Ángel alrededor de su cuerpo.

—Dacca —afirmó rotundamente cuando él se separó de ella, y saboreó su tardía

victoria en aquel juego que le resultaba extremadamente divertido.

—¿Bangladesh? —El asombro y la diversión se mezclaron en igual medida en la voz de Ángel—. Nunca dejarás de sorprenderme —añadió, complacido, antes de que su expresión se volviera de nuevo seria y la acercara otra vez a su cuerpo, fijando en ella su mirada, llena de emociones que no sabía interpretar, y su voz se transformara en un profundo susurro—. Nada me gustaría más que te quedaras. Pero tienes que irte antes de que toda una universidad, la policía y, seguramente también, la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana piense que te has fugado, contra todo pronóstico, a Dacca, Bangladesh.

Rió, divertida y consciente de que aunque tampoco ella tenía las más mínimas ganas de salir de la habitación, debía marcharse antes de que la situación empeorara.

—Hasta esta tarde —se despidió, sin poder disimular una sonrisa de satisfacción.

Ángel no respondió, simplemente permaneció de pie, impassible, con la vista fija en ella, y con aquella expresión entre la arrogancia y la irreverencia que cada vez le resultaba más familiar.

Observó cómo Luz cerraba tras ella la puerta de la habitación y toda la ira que se había esforzado en contener hasta aquel momento se desbocó, inundándolo por completo. Sabía que debía arreglar el asunto de los permisos si quería que Luz pudiera seguir con la maldita investigación, pero era incapaz de pensar en nada que no fuera romper el cuello de Gabriel con sus propias manos. Si ella había recuperado el manuscrito debía arrebatárselo antes de que tuviera oportunidad de plantar sobre su espíritu maldito un nuevo sello. No sabía el tiempo que había transcurrido desde que los humanos habían robado el legajo, pero estaba claro que aún no se lo habían entregado, porque ella no perdería ni un segundo antes de añadir una nueva condena a su ya de por sí condenado espíritu.

Sintió la proximidad de Asmodeo y de inmediato pensó que tal vez él pudiera hacerse cargo del asunto del permiso de Luz para bajar a los túneles, mientras él se ocupaba personalmente del maldito cuello de Gabriel. Salió a la calle y encontró al ángel caído frente a la puerta del hotel, recostado contra una pared. Caminó hacia él y sintió una oleada de ira del arrogante príncipe.

—Son los arcángeles —explicó el diablo, con la voz llena de rabia, cuando él llegó a su lado— han restaurado el viejo acuerdo con los humanos, aunque la verdad es que no sabemos qué efecto pueda tener. Los tiempos han cambiado, y las lealtades también.

Ángel asintió en silencio, furioso por no haberse percatado antes de que Gabriel había involucrado a los humanos, y comenzó a caminar junto al diablo, que lo siguió de inmediato. Aunque tal vez Asmodeo tenía razón y ese era el motivo por el que Gabriel aún no tenía el manuscrito. Como había dicho el diablo, las lealtades habían

cambiado mucho más de lo que cualquier ser sagrado estaba dispuesto a creer, y la mayoría de humanos en los últimos años no conocían más ley que la suya propia y su única devoción era, igualmente, su propio interés. Quizás aún había alguna posibilidad de que Gabriel no se saliera con la suya.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó, a pesar de estar convencido de conocer la respuesta.

—Poca cosa, en realidad. Quieren detener la investigación sobre tu manuscrito.

Sonrió, arrogante, seguro de que no lo lograrían mientras Luz estuviera involucrada en el proyecto. La conocía lo suficiente para saber que ella no dejaría que un asunto como ese quedara sin resolver, su curiosidad era demasiado grande y, si de él dependía, tendría todas las facilidades posibles para conseguir llegar al fondo de la investigación.

—Yo me ocuparé de Gabriel. —Se detuvo y fijó su mirada en el ángel caído—. Mientras tanto quiero que te ocupes de un asunto con la Iglesia —dijo, y Asmodeo lo miró con curiosidad—. Luz solicitó el acceso a los viejos túneles de la ciudad, quiero que lo consiga cuanto antes.

—Eso es fácil —respondió el diablo, sin ocultar la repugnancia que se reflejaba en su mirada.

—¡Pues hazlo ya! —gritó, al reconocer de inmediato el motivo de aquella antigua repulsión, que encendió de nuevo la ira en su interior.

—¡Rafael! —llamó, mientras Asmodeo se alejaba rápidamente, sin decir palabra.

Ángel se quedó a solas, tratando de frenar de nuevo un poder que en aquel momento le parecía incontenible mientras esperaba a Rafael que, por una vez, parecía no estar escuchando lo que no debía. Encendió un cigarrillo y echó a andar mientras absorbía el humo con furia, como si realmente fuera capaz de calmarlo, como si algo en todo el universo pudiera calmar la furia que ardía en su espíritu.

—¿Qué ha hecho Gabriel? —dijo entre dientes cuando vio a Rafael caminando hacia él.

—Ese es el menor de tus problemas —respondió el arcángel y Ángel fijó en él sus ojos sin esconder la ira desatada que reflejaban—. Ha sido Uriel quién se lo ha pedido. Ella quiere, digamos, devolverte el golpe...

—Se llama venganza... —rectificó con rabia al ser sagrado que caminaba ahora junto a él.

—Es un ángel, Heylel, no quiere vengarse.

—¿Ah, no? —replicó, mirándolo con burla—. Pues vigila que no le salgan cuernos y rabo.

El arcángel suspiró.

—Cómo te he dicho, ese es el menor de tus problemas —dijo Rafael y Ángel sonrió con malicia adivinando sus palabras—. Los humanos, por decirlo de algún

modo, van por libre...

—¿Y qué esperabais, que se arrodillaran ante vosotros sin más? —gruñó, al tiempo que aceleraba el paso y sentía crecer su ira, alimentando su propio poder—. Os habéis equivocado de época.

—¿A dónde vamos? —preguntó Rafael, pero él no le contestó—. Tú me has llamado...

—A buscar a Gabriel.

## Capítulo VIII

**L**UZ se encontró con Alfonso en el Departamento de Historia, donde una decena de policías uniformados estaban recogiendo una serie de artilugios y colocándolos dentro de lo que le parecieron maletas de herramientas. Un hombre al que no reconoció estaba sentado junto a Alfonso, ojeando una libreta.

—Te estábamos esperando —dijo Alfonso, con seriedad, mientras los policías uniformados, que parecía que ya habían terminado su trabajo, se marchaban hablando distraídamente entre ellos—. Él es el inspector Sánchez, quiere hacerte algunas preguntas. Inspector —llamó, girándose hacia el hombre, que seguía enfrascado en su lectura—. Ella es Luz Martín.

El inspector asintió con la cabeza, sin dignarse ni a dirigirle la mirada.

—Os dejo solos, estaré en el Departamento de Antropología, si me necesitáis.

Alfonso salió del departamento, después de dedicarle a Luz una mirada de reproche. Era evidente no sólo que todos consideraban que era la principal sospechosa, sino también que Alfonso ya la había sentenciado, sin necesidad siquiera de juicio. No podía creer esa reacción de quien durante años había considerado un auténtico amigo.

—Tome asiento, por favor —indicó el tal Sánchez, que, por su aspecto, tenía pinta de cualquier cosa menos de inspector, con la vista clavada aún en aquella ridícula libreta—. Ajá —dijo, dignándose al fin a mirarla a la cara—. Licenciada en historia y antropología y doctorada en... ¿historia religiosa?

—De las religiones —corrigió ella—. Seguramente hubiéramos terminado antes si me lo hubiera preguntado directamente.

—¿Es correcto? —El inspector se levantó y dio una serie de golpecitos con el bolígrafo en su libreta.

—Correcto, aunque parcial.

—¿Parcial? —preguntó, mirándola de abajo a arriba, analizándola, y ella asintió.

—Faltan las especializaciones.

—No tiene usted aspecto de... —dudó durante unos instantes, buscando una palabra que le pareciera adecuada— académica —dijo finalmente.

—Ni usted de inspector.

Y, definitivamente, no lo tenía, pensó Luz, viéndolo allí de pie, frente a ella. Era alto y extremadamente delgado, y aunque no debía tener más de treinta y cinco años, aparentaba mucha más edad. El pelo, despeinado y grasiento, y las ropas demasiado holgadas, no hacían más que empeorar el conjunto.

—¿Por qué vino a Salamanca? —preguntó el hombrecillo, buscando de nuevo

entre las notas de su cuaderno.

—Porque Alfonso Vázquez me lo pidió.

El inspector asintió mientras golpeaba de nuevo sobre la libreta con el bolígrafo.

—Pero usted tenía un trabajo en... —pasó una página del cuaderno—. ¿Gerona? —preguntó.

—Y lo sigo teniendo, o eso espero.

—¿Entonces, por qué vino? —preguntó de nuevo y la miró fijamente, como si con ese gesto pudiera obtener una respuesta distinta a la anterior.

—Ya se lo he dicho, porque me lo pidió Alfonso —explicó ella, con cierta condescendencia—. Es una simple colaboración, algo habitual, más en este tipo de proyectos.

—¿Qué tipo de proyectos? —El inspector rebuscó de nuevo entre sus notas, moviendo rápidamente las páginas—. ¿A qué se refiere?

—Pues a aquellas investigaciones que por su especial relevancia, interés, originalidad o dificultad, necesitan de equipos interdisciplinarios y, por lo general, también, de expertos en ciertos temas concretos y con suficiente experiencia.

—¿Y se considera usted uno de esos expertos? —preguntó, haciendo un ridículo gesto con los dedos simulando unas etéreas comillas.

Luz se encogió de hombros como respuesta.

—¿Discutió usted ayer con el profesor Vázquez?

—Creo que había bastantes testigos que pueden hablarle sobre eso.

—Le he preguntado a usted. —El inspector volvió a mirarla fijamente y Luz pensó que sus ojos, de un tono marrón claro, le daban a aquel hombre cierto aire de animalillo indefenso, en lugar de la dureza que él parecía creer que transmitía.

—Sí, discutimos —respondió.

—Ajá. —Sánchez dio de nuevo varios golpecillos sobre el cuaderno con el bolígrafo, con un gesto más rápido que los anteriores—. ¿Sobre qué?

—Sobre la línea de investigación a seguir.

—Ajá —repitió, mientras pasaba de nuevo varias páginas adelante y atrás, rápidamente, buscando algo sin éxito—. No están de acuerdo sobre... la línea de investigación...

Luz asintió, aunque el inspector no pudo verla porque seguía con la mirada fija en la libreta.

—Y usted, entonces... después de la discusión... —siguió hablando el hombre, aún inmerso en sus notas.

—Mire inspector —lo interrumpió Luz, perdida ya la poca paciencia que le quedaba—, Alfonso y yo discutimos, sí. No estoy de acuerdo con la línea de investigación que defiende, en absoluto. Pero tampoco lo estaba con las nulas medidas de seguridad existentes en esta sala en la que estamos y se encontraba el

material, y, mucho menos, con que no se hubieran tomado fotografías, o incluso realizado copias, de los objetos que han sido robados. —El enfado de Luz iba aumentando a medida que hablaba e ignoró los torpes intentos del inspector para hacerla callar—. También es cierto, que supongo que es lo que está buscando en esa libreta, que ayer fui la última en abandonar el departamento, pero siento decirle que no fui yo quien robó las piezas. Yo quiero participar en esta investigación, quiero llegar hasta el fondo de este tema, por eso discutimos ayer Alfonso y yo. Y, dígame, ¿cómo voy a continuar con la investigación si hago desaparecer las únicas pruebas sobre las que trabajar?

El inspector la miró desconcertado, fijando en ella sus ojillos de animal asustado antes de intentar recomponerse y buscar de nuevo en la libreta con sus notas.

—¿Tal vez para seguir la línea de investigación que usted deseaba? —preguntó el hombre, apoyándose con ambas manos sobre el escritorio de Alfonso y clavando de nuevo su mirada en ella.

—¿Y cómo supone que podría hacer eso en la clandestinidad? —Luz le sostuvo la mirada, desafiante—. O, mejor, dígame ¿qué interés tendría, para alguien como yo, investigar en la sombra sobre algo que jamás se va a publicar y, de paso, arriesgándome a arruinar mi carrera?

El hombrecillo trató de mantenerle la mirada, en silencio, sin éxito. Finalmente se dio la vuelta, cerró con un gesto rápido la libreta que sostenía y la escondió junto al bolígrafo en el bolsillo del pantalón, antes de volverse de nuevo hacia ella.

—Es usted una de las principales sospechosas, señora Martín —dijo con tono de amenaza—. No se marche de Salamanca, seguramente necesitaré hablar con usted de nuevo.

—Por supuesto.

El inspector salió del departamento, cerrando la puerta tras él, y dejándola sola mientras se debatía entre la indignación y el asombro que le había provocado aquel hombrecillo. Estaba claro, desde el principio, que todos iban a apuntarla con el dedo. Pero también lo estaba que no tenían nada en su contra. Resignada, se levantó y comprobó que la puerta estaba cerrada antes de abrir el cajón donde la noche anterior había escondido el tomo sobre la Clave de Salomón. Recogió el tratado de ocultismo, escondiéndolo entre otros libros, y se fue hacia la biblioteca.

Ángel se movía a gran velocidad, sintiendo la ira que aumentaba en su interior e ignorando la presencia de Rafael, que continuaba a su lado. Mientras buscaba a Gabriel su mente retrocedió hasta el día en el que el arcángel había intervenido para impedir que contara su historia. Fue quinientos ochenta años atrás, pero el tiempo se había parado para él en el momento en el que ella había puesto los sellos sobre su manuscrito y encadenando su espíritu. Se maldijo por no haber desconfiado de la



presencia del arcángel cuando la notó, pero estaba inmerso en las enseñanzas que impartía a aquellos siete aventajados alumnos de la Universidad de Salamanca, nada más que revelarles sus secretos le importaba, y Gabriel era una simple mensajera que no debía suponer ningún peligro. En ningún momento había contemplado la posibilidad de que se mostrara ante los humanos y les encomendara la misión de detenerlo, hasta que fue demasiado tarde.

Sabía que Gabriel se había arrepentido de aquel descabellado plan cuando conoció las consecuencias, y no era capaz de comprender cómo había podido cometer de nuevo el mismo error. Un error aún peor, pensó. Lo sagrado acostumbra a causar un efecto extraño en los humanos, envileciéndolos y cegándolos más allá de lo imaginable. Pero el arcángel no lo comprendía, o no le importaba, y la misión que había encomendado a los hombres había acabado con la vida de los siete inocentes que él había tomado bajo su tutela, derrumbando de paso su plan. Todo el esfuerzo que había invertido en sus enseñanzas se había quedado en nada. Aunque a él la muerte de aquellos siete infelices no le había importado más allá del grave inconveniente que le había supuesto, a Gabriel la había visto llorar por ellos. Pero, por supuesto, aquello no había sido suficiente para que ella cediera en su empeño y él, por su parte, había decidido que aquella tarea era realmente demasiado importante para arriesgarse de nuevo a dejarla en manos de mortales. Así que escribió de su puño y letra lo que no iban a permitirle explicar de otro modo. Ni por un instante había sospechado que los arcángeles pudieran volver su plan en su contra y, en un solo día, había completado el trabajo que se había propuesto.

Sabía que los humanos no comprenderían nada de lo que él pretendía, salvo, quizás, alguno increíblemente lúcido. Por ese motivo había acudido al único lugar donde podía encontrar alguna mente humana especialmente brillante, y aunque de los siete que había escogido de entre los mejores estudiantes de aquella universidad ninguno había resultado especialmente inteligente, hubieran servido para su propósito, si hubieran seguido con vida. Su objetivo entonces fue que el manuscrito fuera lo más atractivo posible para llamar la atención de una mente lo suficientemente despierta como para comprender lo que había en él, y pensó que nada mejor que darle un toque de misteriosa solemnidad. Si de algo sabía era de las pasiones de los humanos, y ninguno medianamente espabilado podría resistirse a un tenebroso toque ceremonioso. Encargó un cofre de madera e hizo grabar sobre él marcas arcanas, similares a las que los interesados en los conocimientos alquímicos estudiaban en un vano intento por dominar unas artes que la humanidad ya hacía mucho que había olvidado. Parecía un cebo perfecto, y de buen seguro lo hubiera sido, si no hubiera caído en la burda artimaña de los arcángeles.

Esa misma noche Miguel lo había atacado mientras él terminaba de preparar su manuscrito y lo guardaba en el cofre. Habría podido deshacerse del arcángel con un

sólo golpe de poder, mantenerlo atado a la tierra retorciéndose por el dolor de verse injustamente privado de la Gracia de Dios. Habría podido hacerle sufrir, como él mismo sufría constantemente, dejándolo sumido en un abismo de tinieblas mientras él terminaba con los preparativos. O, incluso, habría podido atravesarlo de un golpe con su espada cuando notó su esencia, antes de que se lanzara sobre él. Y lo hubiera hecho gustoso si hubiera sido cualquier otro maldito ser sagrado el que hubiera osado incordiarle en aquel momento, pero no con Miguel. Aquel arcángel era realmente el único que suponía para él un aliciente, aunque no pudiera vencerlo. Su poder era mucho mayor que el del arcángel y, además, el Creador no permitiría que su agonía terminara tan fácilmente, pero, durante la Primera Guerra, le había otorgado a Miguel poder suficiente para detenerlo, y eso era bastante para que sus combates fueran de lo más divertidos. Miguel era el único enemigo digno al que podía enfrentarse, siempre que él jugara limpio, por supuesto, y tener de vez en cuando un buen combate era una tentación demasiado grande a la que no le apetecía en absoluto resistirse. Los arcángeles lo sabían y, por primera vez, lo usaron en su contra. Miguel luchó con fiereza sólo durante el tiempo justo para distraerlo mientras los hombres de Gabriel conseguían el manuscrito. Cuando los humanos se lo entregaron, ella no tuvo más que poner los malditos sellos que habían encadenado su espíritu hasta aquel mismo día, impidiéndole no sólo recuperar su relato, sino contárselo de palabra a ningún humano. Su historia, su verdad, quedaba sellada y fuera del alcance de cualquier humano, a no ser que éste lo averiguara e hiciera las preguntas pertinentes. Pero eran demasiado lerdos. Algunos tenían miedo, pero a la mayoría simplemente no les importaba en absoluto lo que él tuviera que decir. Por más tiempo que esperara ni uno de esos seres, finitos y limitados en aquel mundo, se interesaría por el conocimiento que él pudiera otorgarles.

Cuando, finalmente, se hubo convencido de que era imposible tratar de llegar al manuscrito, había intentado durante un tiempo llamar la atención de algunos humanos para que la curiosidad los llevara a descubrir lo que no debían, pero al cabo de los siglos había acabado desistiendo. La estupidez era, definitivamente, la peor enfermedad de aquella especie. Todos sus intentos por atraer a los humanos habían sido inútiles hasta que, al final, había dejado de intentarlo, olvidándose de su propósito e, incluso, hasta de sí mismo. Y así habría seguido, de no ser porque, casualmente, los hombres habían roto dos de los sellos que aprisionaban su ya demasiado castigado espíritu.

—¿Qué quieres?

La voz de Gabriel lo sacó de sus pensamientos y la encontró de pie, frente a él, majestuosa. Rafael se puso al lado de la mensajera y él deseó acabar con ambos en aquel mismo instante.

—¿Qué has hecho? —preguntó entre dientes, sin ocultar la rabia que, casi sin ser

consciente de ello, se había acumulado en su interior.

—Ya lo sabes —respondió el arcángel con voz firme, casi autoritaria.

—¿Es que te has vuelto completamente loca? La última vez murieron catorce...

—Veintiuno —replicó ella—. Sólo siete de ellos a causa de la revelación. El resto, fue cosa tuya...

Ángel recordó, aumentando la propia furia que sentía en aquel momento, la ira inundándolo cuando, en plena lucha con Miguel, había sentido el primero de los sellos de Gabriel sobre su espíritu. Rememoró la carrera frenética hasta la Casa de las Muertes, los dos arcángeles muertos a sus manos, y los cuerpos ya sin vida de los humanos de Gabriel a su alrededor. Pero había llegado tarde, de nada había servido su ira, ni su poder, porque la mensajera ya había puesto el último sello en la cripta, añadiendo un nuevo peso a su condenado ser.

—¿Qué diferencia hay? Murieron por tu causa, al fin y al cabo. Por tu intromisión, pregonera —escupió las palabras con rabia.

—Te equivocas de nuevo, Lucifer —dijo Gabriel, y la calma en su voz le pareció exasperante, provocando que el viejo odio bullera en su interior—. Murieron por tu absurdo empeño en revelar lo que no debes. Y si en esta ocasión muere alguno de ellos, será igualmente por tu culpa.

—No lo creo, arcángel, si tenemos en cuenta que tú solita te has revelado, encomendándoles una misión que, por lo que se ve, no tienen intención de cumplir —dijo, negando con la cabeza—. El error, querida, en esta ocasión, es sólo tuyo... Y aunque mueran en mis manos, cosa que no dudes que sucederá si se meten donde no deben o le tocan de nuevo un solo pelo de la cabeza a la persona equivocada, habrá sido por tu causa —siguió hablando mientras sentía cómo la ironía en su voz iba dejando paso paulatinamente a la rabia y su cuerpo se tensaba, ajeno a su voluntad—. En cualquier caso, la culpable de que esa pandilla de infelices acabe en el maldito Infierno, serás, única e indiscutiblemente, tú.

—¿De verdad crees que me preocupan esos infelices? —preguntó Gabriel y, por un instante, Ángel creyó ver una sombra de duda en su mirada, al tiempo que sintió como lo atravesaba una oleada de la compasión del arcángel. Gruñó—. Sus almas ya estaban condenadas antes de que yo cometiera la imprudencia de apelar a nuestra antigua alianza. Los tiempos han cambiado y ninguno de los viejos lazos parece ahora válido —añadió ella, con un gesto de desprecio de su mano—. El alma que me preocupa, diablo, es la de tu protegida.

El arcángel suspiró con una mueca de desagrado cuando Ángel dejó que la furia de su interior la golpeará, atravesando su sagrado espíritu.

—Lo sé, lo sé, lo sé, hermano... —siguió diciendo ella, despacio, alzando las manos con las palmas abiertas hacia él—. Pero te advertí que te alejaras de ella...

El poder de Ángel aumentó de golpe, llenándolo por completo, alimentándose del

odio, el dolor y la rabia acumuladas, y se encontró empuñando su espada contra Gabriel mientras la sujetaba del cuello, empujándola contra una pared. Rafael quiso sujetarlo, pero, sin siquiera tocarlo, Ángel lo lanzó a varios metros de distancia. Se acercó más a Gabriel, saboreando su miedo mezclado con aquella insufrible misericordia que sentía hacia él. Apretó aún más la espada contra su cuello, justo por encima de donde mantenía firme el agarre con su mano, disfrutando de aquel momento a la vez que se estremecía sólo de pensar en que los arcángeles pudieran hacerle algo a Luz.

—No la tocarás —gruñó.

—Ha roto el último sello —dijo el arcángel con un hilo de voz temblorosa, luchando contra la presión que él ejercía contra su cuello.

—No, pregonera —su voz fue profunda y sombría, igual que su mirada fija en los ojos de Gabriel—. No lo ha roto. Y aunque lo hubiera hecho, no la tocarás. No acabarás con la vida de ningún humano. No intencionadamente.

—Es un pequeño precio a pagar para evitar un mal mucho mayor —dijo Gabriel, y sonrió, provocándolo.

—¡Heylel! —gritó Rafael, haciéndole entrar en razón justo a tiempo, antes de atravesar el cuello del arcángel con un solo movimiento de su espada—. Nada arreglarás si matas a Gabriel.

Rafael caminaba lentamente hacia ellos y él sentía su aplomo creciendo por encima de la primera oleada de miedo que había llenado el espíritu del arcángel. Él mantenía la vista fija en Gabriel, que lo miraba con aquella sonrisa de superioridad, convencida de que aunque en aquel mismo instante acabara con ella, renacería de nuevo repleta de la Gracia de su Padre. Ángel gruñó. Rafael tenía razón, matándola no arreglaría nada. Privaría al arcángel durante algunos siglos, insignificantes para ella, de su memoria, de su personalidad e incluso de sus diversas formas corpóreas. Nada que no acabara recuperando en un tiempo que, en el Paraíso, no era en absoluto largo. Tal vez no volvería a ser igual, pero su maldita esencia jamás cambiaría y acabaría siendo, de nuevo, la insoportable pregonera que era.

—Es posible que matándola no solucione nada —contestó él, sintiendo como su cuerpo temblaba, amenazando con transformarse—. Pero tampoco perderé nada.

—¡Sí lo harás! —gritó Rafael, deteniendo súbitamente el movimiento de su mano con una firmeza que Ángel pensaba que no poseía—. Le demostrarás que tiene razón —continuó el arcángel, con calma, sin soltar la presa de su mano en su muñeca—, que no eres más que la bestia en la que piensa que te has convertido. Pero, en realidad, la «maldita» luz de la creación, Heylel, jamás podrá serte arrebatada.

Ángel apartó la mirada de los ojos petulantes de Gabriel, prestándole a Rafael toda la atención de la que era capaz en ese momento.

—Aunque la mates ahora, otros acabarán su labor. Aunque nos mates a todos

nosotros, otros vendrán a acabar lo que hemos empezado...

Ángel fijó de nuevo sus ojos, llenos de ira, en Gabriel. Rafael tenía razón, cualquiera acabaría lo que aquella maldita mensajera había empezado, sin importar a cuántos matara mientras tanto. Había otro modo de acabar con aquello sin empezar una nueva guerra, que no conduciría a nada ni podría evitar que la vida de Luz acabara si los arcángeles se lo habían propuesto. Tenía que haberlo.

—Si le hacéis daño —dijo con voz grave, casi gutural—. Si simplemente la tocáis, aunque sólo sea un leve roce, no me importará empezar una maldita tercera guerra, pregonera. —Sintió el miedo y el estremecimiento de Gabriel y se deleitó con ellos—. Ese ya no será en ningún caso un precio pequeño. ¿Lo has entendido, Gabriel?

El arcángel asintió y él, lentamente, fue disminuyendo la presión contra el cuello de Gabriel, sin apartar la espada. De inmediato el cuerpo del ser sagrado brilló con intensidad, fundiéndose con la propia luz que desprendía.

—¡Ni un solo roce! —gritó con rabia al halo de luz dorada que brillaba alrededor de su espada.

Cuando el resplandor en el que se había convertido el arcángel hubo desaparecido completamente, se apoyó con una mano contra la pared en la que había aprisionado a Gabriel. Rafael se apartó de él, que, finalmente, bajó la mano en la que empuñaba su espada, sintiendo como la energía del arma regresaba a su interior y lo llenaba, aumentando su propio poder. Perdió la noción del tiempo mientras se concentraba, tratando de calmar su espíritu, y se sorprendió cuando, al conseguirlo, percibió aún la presencia de Rafael a su lado.

—¿Cómo has sabido que me detendría? —preguntó, controlando su voz, sin moverse ni mirar al arcángel.

—Soberbia.

No necesitó verlo para reconocer en el tono de Rafael aquel gesto suyo, encogiéndose de hombros con inocencia infantil por la obviedad de su respuesta.

—Mi pecado... —susurró.

—Tú favorito, de toda una larga lista ¿no? —dijo el arcángel y él no pudo evitar sonreír al reconocer de nuevo en boca de Rafael sus propias palabras, a la vez que notaba, atravesándolo como una puñalada, la confianza en él que sentía el arcángel.

La súbita presencia de Belial lo sorprendió, interrumpiendo aquellas sensaciones en las que, en realidad, no quería pensar. El diablo al que los humanos habían otorgado el rango de Rey del Infierno descendió sobre ellos, desplegando unas enormes alas negras que otorgaban cierta majestuosidad a su forma maldita, y que él que no conseguía recordar cuándo había visto por última vez en aquel ser.

—Tenemos a Legión —rugió el ángel caído antes, incluso, de llegar a posarse en el suelo.

Belial no necesitó decir ni hacer nada más para que la ira y el poder, que tanto le había costado contener, llenaran incluso con más fiereza el cuerpo de Ángel, que salió despedido detrás del diablo, sintiendo muy cerca de él la presencia de Rafael. Maldijo en silencio al arcángel por no haberse esfumado junto a Gabriel cuando habría tenido que hacerlo. Lo último que quería en aquel momento era que ese estúpido e infantil ser sagrado presenciara lo que de buen seguro iba a ocurrir cuando atrapara a aquel maldito demonio y comprendiera que él, en realidad, sí era la bestia que instantes antes había demostrado no creer que fuera.

Luz se refugió en una mesa del fondo de la biblioteca, después de esquivar a la estudiante que se afanaba en ordenar los libros de una estantería y que el día anterior le había permitido llevarse, en contra de todas las normas habidas y por haber, el ensayo sobre la Clave de Salomón que llevaba ahora en sus brazos, oculto entre otros textos. Comprobó que no había nadie a su alrededor antes de sacar del bolsillo del pantalón un cortaúñas y un tubo de pegamento. Con sumo cuidado, introdujo en la esquina inferior de la tapa posterior del tratado sobre ocultismo medieval una de las hojas apenas afiladas de la pequeña herramienta de manicura, y, sin dificultad, separó la cubierta de la decorada hoja que protegía el interior de la encuadernación. Rescató, de un improvisado escondite en el interior de su camiseta, la diminuta tarjeta de memoria que contenía las imágenes de las desaparecidas piezas halladas en la cripta, y la protegió envolviéndola con un trozo de plástico transparente. Con delicadeza, situó la tarjeta en su envoltorio sobre la punta desnuda de la encuadernación del viejo libro, la cubrió con un recuadro de papel, algo más grande que el trozo de plástico que escondía, y esparció sobre él dos gotas de pegamento antes de colocar suavemente en su lugar la hoja llena de florituras de la encuadernación original. Con dos dedos mantuvo la presión sobre la esquina del libro en la que había estado trabajando, a la vez que contenía la respiración, y, finalmente, comprobó que el escondite era tan discreto como lo imaginaba. El papel del interior, oscurecido por el paso del tiempo, no desvelaba rastro alguno de su manipulación, ni del pegamento utilizado para fijarlo de nuevo en su posición original. El discreto bulto de la diminuta tarjeta, así como de las finas capas que la protegían, quedaba totalmente disimulado por las magulladuras que aquel antiguo tomo había sufrido a lo largo de los años en sus cubiertas y, en especial, en las esquinas inferiores, que estaban descoloridas, retorcidas y deformadas. Ni siquiera al tacto se notaba el fino perfil del trozo de plástico negro que contenía las imágenes tomadas ilícitamente.

Respiró hondo antes de levantarse silenciosamente y dirigirse al mostrador para devolver el libro. Estaba convencida de que no constaba registro alguno del préstamo clandestino al que la joven bibliotecaria había accedido la tarde anterior, pero, aún así, decidió asegurarse de que ningún documento pudiera relacionarla con el que se

había convertido en el refugio de la única prueba que quedaba de los hallazgos de la cripta. La estudiante encargada de la biblioteca seguía colocando mecánicamente libros en las estanterías y Luz llamó su atención, señalando el tomo que sostenía en su mano. La muchacha le hizo un gesto de precaución antes de dirigirse apresuradamente hacia ella, confirmando sus sospechas de que no había quedado constancia alguna de su relación con el libro.

—Por favor, déjelo en su sitio —susurró la chica al llegar junto a ella con la vista puesta en el libro—. Si se enteran de que he permitido sacar este libro me quitarán la beca...

Luz rápidamente escondió el viejo tomo entre los otros libros que sostenía y que había llevado con ella con el único propósito de ocultarlo.

—Tranquila, no diré nada —respondió, cómplice—. En realidad, si el director de mi equipo de investigación se enterara de que pierdo el tiempo con esto me sacaría a la calle de una patada... —explicó y la joven sonrió, traviesa—. Será un secreto entre ambas.

—Claro —respondió animada, antes de acercarse más a Luz y hablar en tono de confidencia—. En esta facultad, en ocasiones, son un poco carcas...

Luz sonrió divertida y con un gesto le indicó que iba a devolver el libro, separándose de la joven que ahogaba una risita maliciosa. Dejó aliviada el ensayo en el lugar que le correspondía y salió de la biblioteca tan rápido como pudo. Una vez en el pasillo, finalmente, se permitió relajarse. Más tranquila por haber dejado en un lugar seguro la tarjeta, regresó al departamento para devolver los libros con los que había ocultado el ensayo sobre la Clave de Salomón, pero encontró a Alfonso sentado en su mesa, y sonrió por haberse decidido a llevar consigo aquellos libros y no otros para camuflar el tratado de ocultismo.

—Pensaba que seguirías en el Departamento de Antropología. Quería darte esto —dijo, tendiéndole los libros a Alfonso, que la miraba sorprendido—. Ayer los trajo un alumno tuyo, justo antes de que yo me marchara. Te agradece el préstamo, me dijo que le fueron muy útiles.

—¡Ah, sí! Almagro, de tercero... —musitó Alfonso, cogiendo los libros que ella le había ofrecido y mirándolos uno a uno.

—¿Me necesitas para algo más? —preguntó y Alfonso levantó la vista, mirándola con dureza, con el mismo gesto desagradable con el que la había recibido esa misma mañana.

—En realidad, no. Y, de hecho, si no recuperamos el material perdido, no voy a necesitarte más —dijo con sequedad, devolviendo la atención a los documentos que tenía sobre la mesa.

—¿Te sabría mal explicarme qué demonios te pasa? —dijo con dureza, llamando de nuevo la atención de Alfonso—. En los últimos días apenas te reconozco...

—¿De verdad necesitas que te lo explique, Luz? —Alfonso se levantó, enfrentándose a ella—. Primero asaltas en plena noche un lugar histórico, con el tremendo susto que ambos nos llevamos por tu falta de cordura. Después haces lo que te da la gana y trabajas en una absurda hipótesis que no puede llevarnos a nada. Te enfrentas a mí, que, no lo olvides, soy el director de esta investigación, más allá de que seamos o no amigos, cuando te pido que te centres en la línea de investigación principal. Y, finalmente, desaparece todo el material, dando la casualidad de que tú fuiste la última en salir de aquí y sin que nadie te viera hacerlo. En fin, creo que está bastante claro lo que me pasa.

—Así que ya está —dijo, sin poder disimular la pena que se filtró en sus palabras—. Priorizas un desacuerdo profesional sobre nuestra amistad y después me atribuyes un delito, que te aseguro que no he cometido, basándote, como única prueba, en la falta absoluta de pruebas que apoyen o desmientan tus ideas. Muy bien, es todo lo que necesitaba saber.

Luz se dio la vuelta dispuesta a salir cuanto antes del departamento, pero albergando en su interior la esperanza de que Alfonso se lo impidiera, que le diera, sino una disculpa, al menos una explicación convincente de su comportamiento. Pero él no dijo ni una palabra y ella se resignó a marcharse sin mirar atrás.

Debía de ser mediodía y no tenía ganas de volver al hotel ni de enfrentarse a nada que la obligara a pensar en lo ocurrido durante los últimos días. Una parte de ella deseó estar con Ángel en aquel momento. A su lado se sentía extrañamente protegida y a salvo de todo, pero no tenía manera de localizarlo y pensó que era poco probable que él estuviera en el hotel. Suspiró, tratando de detener aquellos pensamientos, salió de la universidad y se dedicó a caminar sin rumbo por las calles de Salamanca. No se fijó en los pequeños detalles que normalmente hubieran llamado su atención, ni en los hermosos edificios que formaban el casco antiguo de la ciudad. Tan sólo caminó, intentando no pensar, hasta que llegó frente a un lugar que le pareció increíblemente tranquilo. Se fijó en su alrededor y se dio cuenta de que era un enorme parque que se abría entre las calles atestadas de coches, y decidió perderse en su interior. Caminó entre los setos, cuidadosamente recortados, y las numerosas fuentes, hasta que, finalmente, se sentó en un banco, algo apartado de los caminos más concurridos por las parejas, familias y grupos de turistas que disfrutaban del agradable espacio ajardinado.

No fue consciente del tiempo que estuvo allí sentada, observando distraída el ir y venir de la gente, hasta que se dio cuenta de que la luz anaranjada del atardecer desvelaba nuevos colores en el paisaje. Se levantó, dispuesta a pasear y disfrutar del nuevo aspecto de aquel hermoso parque hasta que el sol se ocultara por completo, pero, cuando hubo dado cinco escasos pasos, se sintió mareada. Pensó que no había comido nada en todo el día y quiso maldecirse por ello mientras buscaba, sin éxito,



algo en lo que apoyarse. Repentinamente se le nubló la visión, como si un intenso haz de luz la hubiera cegado. Buscó apoyo a tientas, sin encontrarlo, y se dejó caer de rodillas en el suelo, antes de provocarse un mal mayor.

Ángel siguió a Belial hasta un viejo edificio destartado a las afueras de la ciudad y, de inmediato, sintió la disimulada presencia de Legión en el interior, junto con el nerviosismo de Rafael, que acababa de situarse a su lado. Bufó. Comprobó que en el interior del viejo edificio había al menos cincuenta humanos, además de Legión y otros tres demonios, mucho más jóvenes y menos poderosos que el antiguo condenado.

—¡Lárgate! —gruñó hacia el arcángel, que se limitó a negar con la cabeza.

Notó, resignado, como toda la inquietud de Rafael se transformaba en resolución, primero, y en anticipación ante un posible combate, después. Belial le indicó con un gesto que los diablos bajo su mando ya rodeaban el edificio, al tiempo que dejaba crecer su rabia y lenguas de oscura sombra rodeaban su cuerpo maldito, acariciándolo, y creando intrincadas formas a su alrededor. Ángel le dedicó una leve mirada de advertencia a Rafael antes de avanzar con paso firme hacia el edificio y dejar que su poder invadiera la maltrecha estructura, haciéndola temblar a la vez que atravesaba la puerta. Sintió el estremecimiento de los demonios que se ocultaban en el interior, las esencias de las almas de los humanos debilitadas por la embestida y, casi en el mismo instante, la presencia del diablo y el arcángel que lo habían seguido quedándose un paso por detrás de su espalda. Se dirigió directamente hacia el lugar en el que sentía, más claramente ahora, la presencia de Legión, y Belial lo siguió de cerca mientras Rafael guardaba una prudente distancia. Sintió su propia repugnancia mezclándose con la de su general y el arcángel cuando se encontró con la figura terrible y retorcida del viejo demonio. Su cuerpo era tan grotesco como las almas condenadas que se habían unido bajo aquel antiguo nombre con la única finalidad de aumentar su poder. Las almas de los humanos más oscuros y corrompidos que en algún momento hubieran pisado la tierra estaban encerradas, encadenadas, en el interior de aquel cuerpo, más animal que humano. Todos los pecados y las atrocidades imaginables formaban parte de aquel ser condenado que, tanto en esencia como en forma, era una burla de la Creación.

Los ojos rojos, encendidos, sin párpado ni pupila, estaban fijos en Ángel, que sostenía su espada contra el cuerpo del demonio, abominable, sin pelo ni piel que cubriera la monstruosa musculatura, sólo recubierto por una película blancuzca y resbaladiza, que dificultaba su agarre. Con rabia, le dio una patada en el abultado pecho, una imitación grotesca de los senos femeninos, lanzándolo contra el suelo. Legión cayó de espaldas, con las patas terminadas en pezuñas hacia arriba, y los retorcidos y delgados brazos, con garras de uñas largas y negras, extendidos. Puso

sobre la bestia un pie, apretándolo con fuerza contra el suelo, al tiempo que levantaba su espada para mandar al abismo a todas y cada una de las almas que habitaban en su interior. La boca de Legión se abrió en una mueca que pretendía ser una sonrisa, mostrando las hileras de enormes dientes en forma de colmillo, al mismo tiempo que él sintió, como un golpe que retorció su espíritu, que Luz, no sabía cómo ni por qué, se encontraba en peligro y, simultáneamente, que la esencia de Rafael se alejaba, en la dirección exacta en la que sabía que se encontraba la mujer. Con fiereza, concentrando en su arma todo el poder, la rabia, el odio y el dolor de su interior, bajó su espada contra el cuerpo de Legión, que, de algún modo, se las apañó para desaparecer bajo su pie, sin dejar rastro de su presencia, antes de que el filo de luz golpeará el suelo con fuerza, provocando un movimiento de tierra que zarandó la ciudad entera y puso en peligro la maltrecha estructura del edificio en el que estaban.

Belial lo cogió de un brazo, llevándolo con él mientras preguntaba a voz en grito cómo había podido aquel demonio largarse sin dejar ningún rastro, a una velocidad que ni el propio diablo sabía si podía alcanzar. Él simplemente gruñó. Hubiera querido explicarle al ángel caído que el demonio se había estado alimentado de los malditos humanos hasta aquel momento, en aquel mismo lugar; que algún humano, incluso más imbécil que los demás, había realizado, en algún lugar, un maldito sacrificio en su honor justo en el preciso instante en el que él había bajado su espada, inundando al demonio de un poder del que en realidad carecía; que había más humanos implicados en aquella absurda conjura en su contra de los que habían imaginado. Hubiera querido decirle todo eso y mucho más, pero no lo hizo. Simplemente se liberó del agarre de Belial y salió como una exhalación detrás de Rafael, hacia donde sentía la presencia de Luz.

Su espíritu maldito se había estremecido ante una certeza que hacía perder importancia a la afrenta de Legión y de los imbéciles que, seguramente sin saberlo, lo apoyaban. Dos ángeles habían ido a buscar a Luz. Dos malditos enviados de Gabriel estaban dispuestos a acabar con una vida humana, la única que a él realmente le importaba, sólo por salirse con la suya e impedir que el tercer sello se rompiera definitivamente. Y Rafael había ido en su ayuda. Aquel maldito arcángel por el que un instante atrás casi había sentido lástima, del que prácticamente se compadecía, iba a matar a Luz si no llegaba a donde fuera que estuviera lo suficientemente rápido para impedirlo.

El tiempo y el espacio desaparecieron y todo ante él no fue más que vacío hasta que sintió a su lado el poder de Rafael expandiéndose y golpeándolo. Tardó un instante en comprender lo que estaba viendo y entender qué estaba haciendo el arcángel. Luz estaba en el suelo, arrodillada, apoyada sobre sus manos, y con la cabeza agachada, detrás de la esencia luminosa de Rafael, que impedía con su propio ser que los dos ángeles que avanzaban hacia ella pudieran alcanzarla.

—¡Sácala de aquí!

Sintió en su interior la silenciosa orden del arcángel haciendo vibrar su espíritu, retorciéndolo. No tuvo tiempo de protestar, ni de ser él mismo quien impidiera que los ángeles la atacaran con una sola oleada del poder que aún bullía en su interior, cuando entendió que Luz estaba consciente. El arcángel sólo la había confundido el tiempo necesario para poder frenar el ataque de los seres sagrados enviados para matarla. Sabía que nada podían hacer aquellos dos ángeles contra una orden de Rafael, y que sería otro arcángel el que finalmente se enfrentaría de algún modo a aquel ser de luz que protegía con su propia esencia la vida de una humana. Corrió hacia Luz y sintió su espíritu revolverse y su condena ceñirse sobre él cuando atravesó la etérea presencia de Rafael, pero ni todo el dolor de la maldita Creación hubieran podido en ese instante mandarlo al abismo e impedir que se ocupara de Luz, antes de que fuera consciente de lo que ocurría a su alrededor. Utilizó la reciente furia acumulada en su ser para hacer frente a la embestida de la esencia sagrada de Rafael, antes de coger a Luz en sus brazos y alejarla de aquel lugar, sin ser capaz todavía de pronunciar ni una sola palabra, mientras luchaba contra el sufrimiento que agitaba su esencia condenada.

Luz seguía arrodillada en el suelo, cegada y confundida. Se había dejado caer, apoyándose sobre las manos, pensando que en cualquier momento podría desmayarse, y no se atrevía a moverse, aunque, en realidad, ya no se sentía mareada. Lentamente comenzaba a recuperar la visión, aunque no conseguía aún distinguir nada con claridad, como si una potente luz directa se hubiera encendido ante sus ojos, deslumbrándola y cegándola. Respiró hondo, inmóvil, tratando de tranquilizarse mientras esperaba a recuperar completamente la visión, pero, antes de que eso sucediera, sintió un fuerte agarre a su alrededor, y comprendió que alguien, prácticamente sin esfuerzo alguno, la había alzado entre sus brazos. En lo que le pareció un rapidísimo instante, aquellos brazos se deslizaron suavemente a su alrededor, dejándola después sobre lo que le pareció un banco. Creyó ver, entre las centelleantes luces que aún la privaban de una correcta visión, que el paisaje a su alrededor había cambiado, no había setos, ni fuentes ante ella, aunque tampoco podía asegurarlo. Quiso frotarse los ojos para tratar de aclarar su vista, pero una mano firme y cálida se lo impidió.

—¿Qué tal te encuentras?

—¿Ángel? —preguntó sorprendida, buscándolo inútilmente con la mirada, aunque hubiera reconocido su voz incluso en el mismísimo Infierno—. Creo que me he mareado.

—Eso parece... —sintió la mano de Ángel acariciándole el pelo y creyó distinguir su silueta, sentado, junto a ella.

—Empieza a parecer una mala costumbre que me encuentres tirada por los suelos.

—Depende de cómo lo mires —murmuró él, y Luz creyó distinguir con su aún nublada visión aquella sonrisa arrogante que tanto le gustaba.

Parpadeó varias veces, cerrando los ojos con fuerza, y sintiendo un inmenso alivio cuando fue distinguiendo, cada vez con más claridad, el paisaje a su alrededor. Seguía en el parque, aunque en un lugar totalmente distinto de donde se había mareado, que no reconoció.

—Esto ya está mejor... —dijo, fijando los ojos en el rostro de Ángel, que la miraba con preocupación.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó él, inquieto.

—No lo sé... —empezó a decir, antes de darse cuenta de que no era del todo cierto—. Bueno, la verdad es que puede haber influido que desde ayer no haya comido nada...

—Seguramente —sentenció él, con evidente alivio en su voz, antes de levantarse bruscamente del banco y tener una mano hacia ella—. Vamos a cenar.

Ella no protestó y se dejó guiar, disfrutando de la sensación de tranquilidad que la embargaba cuando estaba con Ángel y consiguiendo, por fin, olvidarse de todos los pensamientos que la habían atormentado desde que había abandonado la universidad. Cuando llegaron al hotel en el que ambos se alojaban ya había oscurecido completamente, una leve brisa enfriaba el ambiente y la hizo tiritar. Ángel la miró, de nuevo con aquella sombra de preocupación en el rostro, a la vez que abría la puerta haciéndola pasar.

—Estoy bien —dijo cuando pasó junto a él.

—Estarás mejor cuando hayas comido —contestó él, con seriedad, siguiéndola y soltando la puerta, que se cerró con un golpe tras ellos.

El restaurante del hotel estaba, como de costumbre, prácticamente vacío, y Luz devoró gustosa su cena mientras le contaba detalladamente a Ángel el absurdo interrogatorio al que la había sometido el inspector Sánchez y la discusión con Alfonso. Él la miraba con una expresión grave, que no supo identificar y que atribuyó, sin más, a que aún estaba preocupado por cómo se encontraba. Siguió contándole cómo había transcurrido la extraña mañana y le indicó, de pasada y sin entrar en detalles, que finalmente había ocultado en un lugar seguro la tarjeta de memoria con las fotografías. No fue hasta que terminó con su cena cuando se dio cuenta de que Ángel apenas había tocado la comida de su plato. Estaba más callado y taciturno de lo habitual y no había desaparecido, ni por un instante, la expresión severa de su rostro. Incluso sus ojos le parecieron más oscuros de lo normal.

—Será mejor que vayas a descansar —dijo él, finalmente, con seriedad, mientras se levantaba de la mesa sin darle oportunidad de preguntarle qué le ocurría.

Por un instante pensó que, simplemente, se giraría y se iría, dejándola allí, sola,

sin más explicación ni una cortés despedida, pero, en lugar de eso, le indicó con un gesto al camarero que anotara la cena en su cuenta y tendió una mano hacia ella, que lo miraba desconcertada. La acompañó en silencio hasta su habitación y se detuvo a una distancia más que prudencial de su puerta, mirándola fijamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luz, al fin, pero no obtuvo respuesta—. Hay algo que te preocupa...

—Esta tarde... —Ángel empezó a hablar, pero se detuvo y clavó en ella con más intensidad aún su mirada—. Me has asustado —dijo, después de un instante de silencio.

Ella asintió, en silencio, y avanzó hacia él. Una parte de ella comprendía que pudiera estar preocupado, la otra le decía que no era suficiente motivo para su actitud, pero, cuando estuvo frente a él, la cercanía hizo que se sintiera extrañamente aliviada, y la expresión de Ángel pareció relajarse. Tal vez sí que estuviera angustiado por el estado en el que la había encontrado, y aquel pensamiento se llevó de un golpe todos sus miedos y sospechas, despertando a su vez todos los sentimientos que aquel hombre provocaba en ella.

—Gracias —murmuró, mientras se levantaba sobre las puntas de los pies para rodearlo con sus brazos.

Él respondió a su abrazo y las emociones de Luz se desbordaron, llenándola y haciendo que todo lo demás desapareciera a su alrededor. Ángel estrechó su abrazo y ella, instintivamente, buscó sus labios, que le respondieron casi con desesperación. Todo su ser se estremeció con el contacto de su boca y su cuerpo tembló de placer. Nunca antes se había sentido tan unida a nadie como a aquel hombre, con el que, ahora estaba segura, podía llegar a fundirse. Sin apenas separarse de él lo guió hacia el interior de su habitación, cerrando tras ellos la puerta, y rindiéndose definitivamente entre sus brazos.

Al sentir el roce de sus labios, su ser se estremeció y su espíritu se abrió para acoger el alma de Luz, abrazándola, al tiempo que sus bocas se fundían. Toda la ira que se había acumulado en su interior, y que hasta aquel momento había tenido que esforzarse en contener, desapareció de inmediato cuando sintió su cuerpo tan cerca de él, y se dejó llevar por ella, que lo guiaba suavemente hacia algún lugar. Nada le importaba en aquel momento más que la mujer que tenía entre sus brazos, acariciándolo, y le correspondió alabando su cuerpo con sus manos. Cuando ella le quitó con brusquedad la camiseta y acarició su espalda, sintió el suave roce de sus manos sobre las antiguas cicatrices que marcaban su cuerpo condenado como si hubiera tocado directamente su espíritu, y su mente se nubló, perdiendo por completo la noción del tiempo y el espacio. Todo el universo desapareció para él y sólo quedó Luz, abrazándolo, besándolo, acariciándolo, hasta hacerle perder el control de sí

mismo y la consciencia de su propio ser, sin darle opción de preocuparse por las desconocidas sensaciones que lo inundaban y la súbita pérdida de control. No pudo más que dejarse llevar por el fuego que ella había despertado en su interior, que lo abrasaba con una intensidad desconocida. No entendía qué le estaba pasando, jamás en su larga existencia había sentido nada parecido al sentimiento que crecía en su espíritu, llenándolo todo, haciendo que sintiera su propio ser de un modo diferente, como nunca antes lo había sentido.

Respiraba agitado, nervioso. Quería retomar el dominio de sí mismo, entender qué le pasaba, comprender aquel torbellino que lo agitaba, pero su cuerpo reaccionaba ajeno a su voluntad. Su boca acariciaba la de Luz violentamente, queriendo devorarla. Sus manos acariciaban aquel cuerpo, que le resultaba tan familiar y a la vez desconocido, deleitándose con el roce de la piel de Luz, tan suave al tacto y que, al contacto con la suya, desataba una corriente eléctrica intensa y agradable. Quiso sentirla más cerca, fundirse con su cuerpo igual que lo había hecho con su alma. Pero Luz se separó repentinamente de su boca, obligándolo a regresar a la realidad. Oyó su propia respiración, jadeante, y se dio cuenta de que sus labios seguían buscando los de ella, sin encontrarlos. Con un inmenso esfuerzo trató de tranquilizar su espíritu, abrió los ojos, y encontró fija en él la negra mirada de Luz, profunda y brillante, llena de un resplandor que no conocía. Ella estaba tan cerca de él que se maldijo por no haber estado lo suficientemente lúcido para haberse dado cuenta. Consiguió, no sin esfuerzo, tomar consciencia de su propio cuerpo desnudo, tumbado sobre ella, sintiendo el contacto de su piel sobre la suya, desatando esa sensación eléctrica que lo enloquecía, mientras ella seguía mirándolo fijamente de aquel modo que no alcanzaba a comprender. Una oleada del deseo de Luz lo golpeó, sorprendiéndolo, antes de mezclarse con el suyo propio como nunca había ocurrido, como no creía que fuera posible que ocurriera. Sintió que el cuerpo desnudo de Luz se estremecía bajo el suyo y se dio cuenta de que sus manos se movían acariciándola, ajenas a su voluntad, y disfrutando del tacto de su piel humedecida. Su cuerpo reaccionaba de una manera desconocida para él, tomando el control de una situación que no comprendía, que lo abrumaba y asustaba, pero que por nada del mundo quería interrumpir. No deseaba apartarse ni un solo milímetro de ella, al contrario, quería sentirla aún más cerca.

Ella cerró los ojos, privándolo de la luz de su mirada, al tiempo que su cuerpo se estremecía de nuevo por sus caricias. Quiso entender qué pasaba, pero de nuevo sus manos, moviéndose sin su permiso, acariciando a Luz y disfrutando con la energía que provocaba el contacto con su piel, hicieron que ella temblara y que de su garganta escapara un leve quejido. Consiguió apartar los ojos del rostro de ella, extasiado, para prestar atención a aquel cuerpo que temblaba bajo el suyo, y fue el quién se estremeció cuando una nueva y placentera sensación lo invadió ante la

visión de aquella mujer que, completamente desnuda, se entregaba a él, mientras sus manos la acariciaban como si supieran exactamente como debían hacerlo, como si ya conocieran cada pequeño rincón de su cuerpo. Un nuevo impulso lo urgió a acercarse más a ella y se sorprendió deslizando los labios sobre aquel hermoso cuerpo, sintiendo con cada contacto nuevas emociones que jamás había sentido. Podría haberse pasado el resto de su existencia saboreando aquel cuerpo, acariciándolo, venerándolo como si fuera lo único sagrado que jamás hubiera conocido, si ella no se hubiera incorporado, interrumpiendo la alabanza que su propio cuerpo hacía de su ser. Se irguió para mirarla, buscando una explicación en sus ojos, que estaban encendidos con una nueva luz, y antes de que pudiera descifrar su significado, ella lo tomó entre sus brazos y acercó los labios a los suyos, provocando que el envite de su lujuria le hiciera perder de nuevo la conciencia del tiempo, del espacio y de su propio ser.

Disfrutó de aquella sensación y un nuevo fuego, aún más intenso que el anterior, se desató en su interior, dominándolo y tomando por él el control. Y, en un instante, se sorprendió sintiendo a Luz como nunca antes la había sentido. Su alma estaba unida a su espíritu más de lo que jamás lo hubiera estado, estaban entrelazados, mezclados como una sola esencia. Quiso disfrutar de la sensación, abrazar el alma de Luz aún con más intensidad, pero de inmediato entendió que no era su espíritu el que contenía su alma, sino que, en aquel momento, era él quién estaba en su interior. Dejó que su ser se entremezclara con el de ella y se asombró al sentir intensificado el tacto de Luz y comprender que también sus cuerpos se habían unido. Abrió los ojos, instintivamente, y se encontró con los de Luz, que lo miraba como nunca antes lo había hecho, atrapándolo en el fuego que ardía en su interior. Un nuevo sentimiento lo inundó y creyó que podría desaparecer en su intensidad. Se dejó llevar y disfrutó de aquella sensación, desconocida y placentera, asombrándose con sus matices, de una increíble belleza. El tiempo se detuvo para él, hasta que una nueva certeza lo inundó y comprendió que era amor lo que estaba sintiendo. Su propio amor por la mujer que lo acogía en su cuerpo y el amor de ella por él, fundiéndose y entrelazándose, arrastrando su espíritu a un lugar desconocido, del que no quería regresar. Todos los sentimientos de sus espíritus anudados se intensificaron, mezclándose con las sensaciones de su cuerpo, estallando finalmente en una explosión que lo sumergió, apartando de él todas las tinieblas, toda la pena, la nostalgia, la ira y el dolor, y se descubrió a sí mismo, por un instante, de nuevo lleno de la antigua Gracia.

Luz no podía apartar la mirada de Ángel que, jadeante, la miraba fijamente mientras aún estaba en su interior. Estaba inmóvil, respirando con agitación por el reciente placer, y pensó que podría perderse en sus ojos, que reflejaban mil matices

indescriptibles. Su propia respiración seguía alterada y aún no podía creer las sensaciones que él había provocado en su cuerpo, del que parecía conocer cada rincón, cada secreto. Le sonrió, extasiada aún por el cercano recuerdo de aquellas nuevas sensaciones, pero él no respondió a su sonrisa. En cambio, sus ojos parecieron llenarse de comprensión en aquel instante y retomó con fiereza el movimiento entre sus piernas, que apenas unos segundos antes había detenido. Ella no pudo más que dejarse envolver de nuevo por las sensaciones que explotaban en su interior con cada una de sus embestidas, mientras él mantenía sus ojos fijos en los de ella. Ángel la besó, con dulzura y desesperación, como si su boca fuera lo único que lo mantuviera con vida, mientras la acariciaba, sin dejar de moverse, con violenta pasión, llevándola de nuevo a un orgasmo que empequeñecía todo el placer anterior. Un grito escapó de su garganta cuando el placer explotó y sintió como Ángel contenía al mismo tiempo un gemido, apretando los labios contra su cuello. Él relajó su cuerpo con suaves caricias, manteniendo su erección en su interior, y Luz quiso proporcionarle el mismo placer que ella había sentido. Se incorporó y, abrazándolo, lo guió para que se girara, tumbándolo sobre su espalda, mientras seguía el movimiento de su cuerpo, manteniendo su unión. Sonrió al ver el deseo y el asombro reflejados en igual medida en aquel rostro, que le pareció aún más hermoso, y lo besó a la vez que comenzaba a moverse sobre él, despacio primero, y con fiereza después, sintiendo cómo él se estremecía bajo la presa de sus piernas antes de acompañar sus movimientos casi con desesperación. Disfrutó observando en su rostro el placer multiplicándose con cada uno de sus movimientos y acarició aquel cuerpo, que podría haber hecho avergonzar a cualquier antiguo dios griego, hasta que sintió que ambos ascendían directamente al cielo cuando explotaron a la vez en un orgasmo mayor aún que los anteriores. Se dejó caer sobre él, moviéndose aún suavemente, aliviando mutuamente sus cuerpos, y no pudo evitar besar su clavícula, ascender por su cuello y recorrer suavemente su mandíbula para acabar alabando su boca con sus labios.

Ambos permanecieron inmóviles, con sus cuerpos entrelazados, en silencio, acariciándose. Jamás había sentido nada como lo que Ángel le hacía sentir y nunca había conocido un placer como el que él le había dado. Se descubrió sintiendo miedo por aquellos sentimientos, pero no quiso permitirse pensar en ellos, sino disfrutar de todas las sensaciones que aún bullían en su interior. Deslizó con suavidad una mano por su torso y siguió con la mirada su movimiento, hasta que, finalmente, toda su angustia desapareció cuando levantó el rostro y se encontró con los ojos de Ángel, fijos en ella, llenos de una nueva luz, y creyó poder distinguir todos los colores del arco iris reflejados en su interior.



## Capítulo IX

**A**NGEL era incapaz de apartar la mirada de Luz, que se había quedado dormida entre sus brazos, recostada sobre su pecho. No comprendía lo que aquella mujer había provocado en su espíritu por mucho que se esforzara en tratar de entender esas nuevas emociones, que lo llenaban completamente y hacían que su ser maldito se estremeciera, rompiendo todas las cadenas a su alrededor. Todas las tinieblas que atormentaban su ser se habían disuelto estando dentro de ella, y, por un instante, incluso habían llegado a desaparecer cuando se había derramado en su interior, elevándose hasta el punto de creer que podía recuperar su naturaleza sagrada. Cada milímetro de su cuerpo aún palpitaba con la reciente sensación y su espíritu, de nuevo sometido, aún se sobrecogía por la luz que, durante un instante, lo había inundado, curándolo y liberándolo del peso de su condena, permitiéndole sentir algo que sólo podía comparar con la sensación de haber recuperado la Gracia que le había sido negada. Aunque, pensó, ni la antigua Gracia podía compararse con lo que había sentido, y en aquel instante supo que no cambiaría un solo segundo de aquello que Luz le hacía sentir, de lo que sentía por ella, ni por toda una eternidad en el Paraíso.

Luz se removió entre sus brazos y vio como sus labios se curvaban en una leve sonrisa, invitándolo a asomarse a su mente. No pudo resistir la tentación de perderse de nuevo en su alma y sintió que todo su ser se expandía cuando comprobó que estaba soñando con él. Quiso penetrar aún más en el alma de aquella mujer, un alma que ya conocía como su propio espíritu, que sentía tan familiar y de una manera tan placentera junto a él, que apenas llegaba a comprenderlo. Se sumergió en ella, recordó todo el dolor que una vez la había atormentado, y, en silencio, le prometió que jamás permitiría que volviera a sufrir, justo antes de comprender que él era, precisamente, quién un mayor sufrimiento podía llegar a provocarle. Se maldijo por ser lo que era, porque, de entre todos los seres, fuera él quien se hubiera acercado a ella, porque, de entre todas las criaturas, ella hubiera abierto su corazón a la más maldita. Debería alejarse de ella, dejarla ser feliz, no condenarla a sufrir con él una existencia demasiado dolorosa. Pero no podía. Maldijo su egoísmo con todas sus fuerzas y, a la vez, se dio cuenta de que había algo más, algo que lo ataba a ella, que lo mantendría ligado a su alma aunque él hubiera sido capaz de alejarse. Debería de haberse dado cuenta antes, la primera vez que la vio, la primera vez que el sello de Gabriel los mandó juntos al abismo. ¿Cómo había sido posible que el efecto del poder del arcángel la afectara también a ella? Con una caricia retiró el cabello de Luz, descubriendo el tatuaje de su espalda, y una oleada de ira lo invadió cuando comprendió que su soberbia le había impedido entender lo que aquel maldito dibujo

maorí implicaba.

Conocía aquel símbolo, igual que conocía todos y cada uno de los ritos, sortilegios, oraciones y demás tonterías que los humanos habían probado a lo largo de la historia para protegerse de él y de los suyos, en el mejor de los casos, y para tratar de contactar e influir en algo que eran incapaces de controlar ni comprender, en el peor de ellos. Pocos eran los que realmente tenían algún efecto, y, en su mayoría, él mismo se lo había otorgado, o alguno de los suyos, o bien Gabriel, en uno de sus alardes de generosidad comunicativa. Pero él no le había dado ningún poder a aquel o cualquier otro símbolo maorí, y sabía perfectamente que detrás de aquello no estaba tampoco el poder de ninguno de los diablos, ni siquiera de los arcángeles. Aquel símbolo tatuado era una simple protección, sin efecto alguno, pero tatuada en su carne con la mejor de las intenciones.

Los recuerdos de Luz del día en el que un chamán maorí cortó su piel para teñir la carne con pigmento y dibujar la bella forma que decoraba su piel eran claros, y él contempló la escena en su mente una vez más. «Eres la luz que atraparé a las tinieblas», le había dicho el sacerdote cuando la invitó a participar en el antiguo ritual. Ella no dudó ni un solo segundo en aceptar, a pesar del dolor que sabía que conllevaba el rito de paso al que se iba a someter. No había fe en su interior, y tampoco le otorgaba crédito alguno a aquellos rituales arcaicos que se empeñaba en estudiar, analizar y desmenuzar para encontrar en ellos un sentido lógico y racional del que en realidad carecían. En cambio, su curiosidad, el ansia de saber y comprender, eran en ella mayores de lo que nadie pudiera imaginar, y para saciarlas hubiera estado dispuesta a participar en infinitos ritos y ceremonias, sin ser consciente de que, en realidad, nunca podría alcanzar las respuestas que buscaba, al menos no mientras rechazara albergar en su interior cualquier tipo de fe. Cuando, después de tres días de ayuno y varios rituales de purificación, Luz se tumbó desnuda sobre un altar rústico y bellamente decorado, dispuesta a dejar que su carne fuera cortada con herramientas afiladas y sin esterilizar, sólo para cumplir con todos los pasos de aquella ceremonia, algo en su interior había cambiado. La mujer que se levantó de aquel altar, con la piel de la espalda ensangrentada y recubierta de una mezcla espesa y oscura cubriendo sus heridas, no era la misma que se había tumbado dispuesta únicamente a vivir una nueva experiencia para comprender un poco más, para saber más de aquellas gentes que la habían acogido. Ella nunca se había permitido reconocer que el cambio se hubiera producido en su interior, pero, en lo más profundo de su ser, sabía que así había sido.

Ese símbolo maorí, sin ningún efecto ni poder real, había provocado una transformación en su interior, había despertado algo en ella que siempre había estado allí. Sin saber cómo había sido posible, el sacerdote maorí había acertado al escoger a aquella extranjera de entre todas las personas a las que podía marcar con aquel

símbolo tan sagrado como prohibido, con aquella vana protección. Porque ella, en efecto, había atraído, y atrapado hasta unirlo a su propia alma, al espíritu más oscuro que jamás hubiera caminado sobre la tierra. Ella había acogido en el interior de su cuerpo y de su espíritu a la mismísima encarnación de las tinieblas de las que aquel símbolo, supuestamente, debía protegerla. Pero qué demonios era lo que había despertado aquel ritual en su alma. Qué había en aquella mujer que él no era capaz de comprender.

La presencia de Belial en la habitación rompió el hilo de los pensamientos de Ángel, que acarició la suave piel de Luz, antes de besarla suavemente, y sumirla en un sueño más profundo, del que no despertaría hasta el amanecer. Lo último que deseaba era apartarse de ella, pero le debía una explicación al Rey del Infierno sobre lo que había ocurrido aquella tarde, y debía organizar la búsqueda de Legión si no quería que el demonio le diera todavía más problemas de los que ya le estaba dando. Colocó a Luz suavemente sobre la almohada, se levantó, y se visitó en silencio. Le echó una última ojeada antes de salir, y se le ocurrió que, tal vez, no debía influir en ella de aquella manera, pero no quería que se despertara en su ausencia, y decidió no pensar en ello. Frente a la entrada del hotel, encendió un cigarrillo y esperó a que el diablo fuera a encontrarlo.

—Debería de haberme dado cuenta antes —masculló, antes de llevarse el pitillo a la boca y aspirar con rabia, cuando Belial llegó a su lado—. Legión está aquí por el mismo motivo que yo, quiere el manuscrito —explicó al diablo, que lo miró confundido, y ambos comenzaron a caminar por las tranquilas calles de la ciudad—. No sé cómo, pero supo de la rotura de los sellos, y supongo que pensó que un documento escrito de mi puño y letra era prueba más que suficiente para presentarse como el Príncipe de Este Mundo ante los humanos.

—Y así alimentarse de ellos a placer —concluyó el diablo y Ángel asintió.

—Aunque creo que eso ya lo ha estado haciendo. —Dio dos caladas rápidas al cigarrillo antes de tirarlo al suelo y seguir hablando—. Los infelices del caserón y los que hemos visto esta tarde no son más que una parte de todos los idiotas que le están siguiendo el juego. En algún sitio hay más, mejor preparados, e imagino que en contacto continuo con él... Esa manera de esfumarse delante de mis narices... —Gruñó con rabia por el recuerdo—. La única explicación es un sacrificio.

—¿Qué quieres que hagamos?

Sabía que la pregunta de Belial no era más que una formalidad. Aquel poderoso ángel caído, que había sido el primero en seguirlo en el Paraíso y que desde entonces había permanecido siempre fiel a su lado, estaba dispuesto a arrasar con todo ser vivo en un radio suficiente como para acabar con cualquier imbécil que estuviera jugando a los pactos con Legión. Y una parte de él quería hacer lo mismo, si no fuera porque sabía que en realidad aquel demonio antiguo no estaba más que aprovechándose de

un error suyo, y de la ineptitud de los lerdos que lo adoraban. Ninguno de aquellos absurdos humanos tenían ni la menor idea de con quién estaban tratando realmente, al contrario, los muy idiotas pensaban que trataban con él. Cargarse de un golpe a cualquiera que, aunque sólo fuera durante un instante, hubiera sentido algún tipo de curiosidad, simpatía o fascinación por él, no le parecía ni de lejos lo más adecuado. Ninguno de esos imbéciles tenían la culpa de que él hubiera decidido tomarse unas vacaciones demasiado largas, de que ya no sintiera ningún tipo de aprecio o curiosidad por su frágil naturaleza, de que cualquier interés hacia ellos hubiera desaparecido tres siglos atrás. Además, estaba Luz. Si tenía intención de acabar con cualquier rastro de vida en aquel lugar, antes debía sacarla a ella de allí. Y eso no haría más que dificultar su propósito de romper definitivamente el último sello de Gabriel. A pesar de que deseaba acabar con aquello tanto, o incluso más, que el enorme diablo que caminaba a su lado, sabía que esa no era en absoluto una solución.

—Hay que encontrar a Legión —dijo, al fin, con voz firme, dejando claro que no había discusión posible.

—¿Para que vuelva a desaparecer?

La voz de Belial fue un gruñido y Ángel fijó con rabia sus ojos en los de su general.

—Para que lo pueda matar con mis propias manos.

—Está bien —aceptó finalmente el diablo— pero no creo que todos entiendan tu decisión.

—¿Tú lo comprendes? —preguntó, a pesar de saber a qué se refería Belial, que se limitó a asentir con la cabeza, manteniéndole la mirada—. Pero crees que Asmodeo no lo hará...

—Él, y algunos más, piensan que ésa mujer te hace débil. —Belial mantenía sus ojos fijos en él mientras hablaba, pero Ángel sintió su incomodidad, primero, y su miedo, después, al pronunciar aquellas palabras—. No lo comprenden, Lucifer. Y debo reconocer que yo tampoco entiendo qué te ocurre, actúas como...

—Como un grigori —terminó la frase por su general, mostrando una sonrisa terrible. Belial asintió y él saboreó su miedo—. Es posible. Aunque Asmodeo, precisamente, debería comprenderlo.

El diablo lo miró confundido y él rió.

—Te contaré una historia, pero no quisiera que él se enterara, soy el único que sabe qué pasó en realidad, y me temo que no se siente muy orgulloso de ello...

—No te comprendo —confesó Belial.

—¿Nunca te has preguntado a qué se debe el odio que Asmodeo siente hacia los grigoris? No es como la incomprensión del resto, ni como la envidia que algunos sentís porque pensáis que su condena es menor que la vuestra, más soportable. —Clavó los ojos en los de Belial que agachó levemente la cabeza al reconocerse entre

los diablos a los que se refería—. Fue al principio de los tiempos, muchos de los nuestros, la mayoría, aún luchaban contra las cadenas del castigo que nos habían impuesto, éramos muy pocos los que habíamos conseguido liberarnos de la oscuridad y controlar nuestra forma maldita y las tinieblas que nos ahogaban. Los hombres en aquella época habían avanzado mucho, cuando los vi por primera vez después de la caída apenas me lo podía creer.

Ángel se detuvo y se apoyó en una pared, con la mirada perdida, llena de recuerdos e imágenes de un tiempo anterior, de un mundo viejo y desaparecido hacía ya demasiado tiempo.

—Cuando Asmodeo se liberó tardé un tiempo en encontrarlo —continuó explicando—, y él había empezado a vagar sin comprender lo que había ocurrido. Como tú, él fue de los primeros, es fuerte y terco, un digno Príncipe del Infierno. —Sonrió, sin ocultar su orgullo—. Observó a los hombres, en la distancia, y presencié la caída de los grigoris. Fue entonces cuando al fin lo encontré, antes del maldito diluvio. Estaba asombrado por la valentía de los doscientos que renunciaron al Paraíso por amor, no lo comprendía, y yo tampoco, debo decir, pero sus dudas iban más allá que las mías. Se acercó a las humanas, las observó, las siguió, hasta diría que las acosó, buscando una respuesta que de ninguna manera encontraba. Hasta que se topó con Sarah.

—¿Sarah? —preguntó Belial, asombrado con aquel relato que le era lejanamente conocido, y, a la vez, lleno de rabia por el recuerdo del primer tiempo después de su caída, del dolor, de las cadenas atándolo a la tierra, retorciendo su cuerpo y su espíritu, inundándolo en la oscuridad. Ángel asintió.

—No comprendí hasta qué punto se había obsesionado por entender los sentimientos que habían llevado a los grigoris a actuar como lo hicieron, y, en aquella época, yo ya estaba lo suficientemente ocupado buscando a cada uno de los nuestros como para preocuparme por las tonterías de Asmodeo —continuó, negando con la cabeza—. Fue demasiado tarde cuando comprendí hasta qué punto no eran en absoluto tonterías. Al principio pensé que se había obsesionado con Sarah y al no conseguir lo que quería, bueno —dudó y sonrió recordando la furia del diablo—, actuó como lo hizo. Ahora tengo mis dudas —sentenció, fijando su mirada en Belial, que seguía mostrando aquella expresión entre la rabia y la incredulidad por su relato.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el diablo, intrigado.

—No es ningún secreto, incluso quedó testimonio de su hazaña en varios textos que en su momento fueron venerados como sagrado por los humanos. De hecho, algunas versiones de aquella historia, más adulteradas que otras, todavía se consideran sagradas. —Ángel explotó finalmente en una sonora carcajada.

—¿Entonces es cierto? —preguntó Belial y él asintió, aún entre risas— ¿lo derrotó Rafael?

—Sí, pero sólo después de reducir a polvo unas siete ciudades... Aunque sí, eso fue lo que ocurrió.

—¿Y por qué lo niega? —Belial, dudó antes de continuar—. Una demostración de fuerza como esa, aunque el arcángel al final lo detuviera...

—Ya te he dicho que no estaba muy orgulloso de lo ocurrido, en especial de la parte de la derrota, pero tampoco de perder el juicio como lo hizo por Sarah...

Ángel se interrumpió al sentir la presencia de Rafael acercándose a ellos y sintió la tensión del diablo que estaba frente a él.

—Lo niega porque no quiere que sepáis que después de todo el dolor aún es capaz amar. —La voz de Rafael era más profunda de lo habitual y Ángel sintió como lo golpeaba una oleada de la incomodidad del ser sagrado por la presencia del diablo—. Hola, Belial.

—¿Y tú cómo sabes eso? —El Rey del Infierno lo reprendió con dureza.

—Porque le gusta demasiado saber lo que no debe —sentenció Ángel, con burla, al tiempo que saludaba con un leve gesto de la cabeza al arcángel—. ¿Qué ha pasado esta tarde, Rafael?

Belial los miró a ambos, desconcertado, antes de apoyarse en la pared, junto a Ángel y examinar con la mirada al arcángel, que se encogió de hombros como toda respuesta.

—No me jodas, Rafael. —Ángel encendió un pitillo mientras observaba de arriba a abajo al arcángel—. Todavía brillas, por si no te has dado cuenta —continuó—. Y supongo que el numerito de la luz divina de esta tarde ha tenido alguna consecuencia más allá del fulgor que te envuelve, y que, permítame que te lo diga, me resulta bastante desagradable, por no hablar del aroma a santidad que desprendes...

—No ha pasado nada. —Rafael lo interrumpió, repentinamente serio—. Y eso, precisamente, es lo que me preocupa.

Él asintió en silencio, intentando comprender qué significado tenía la pasividad de los arcángeles y esperando a que Rafael se explicara, pero el ser sagrado se limitó a permanecer callado, con la mirada perdida.

—¿Por qué lo has hecho?

—No hace falta que me lo agradezcas —dijo Rafael, y su voz fue un grito que hizo que Belial se revoliera, incómodo.

—No me has contestado...

—¡Maldita sea, Heylel! —El arcángel habló con una rabia que lo cogió desprevenido, no se suponía que debiera sentir eso, o al menos no de aquella manera—. Eres mi hermano.

—Cuidado con lo que sientes, arcángel.

Ángel sintió la incomodidad de Belial y le indicó con un gesto que se marchara, antes de comenzar a caminar, disfrutando de la quietud de la madrugada. Lo último

que necesitaba era una pelea entre el arcángel y el Rey del Infierno por una estupidez como aquella.

—Tu manía de recordarnos que hemos perdido Su Gracia te costará la cabeza el día menos pensado —dijo, mientras Rafael lo seguía, en silencio—. ¿Por qué no me cuentas qué demonios ha pasado esta tarde?

—Ya te lo he dicho. —La voz del arcángel era más tranquila ahora, aunque aún había en ella cierta tensión que lo incomodó—. No ha pasado absolutamente nada. Pensaba que Gabriel estaría hecha una furia, pero no creo que ella tuviera nada que ver.

Ángel clavó sus ojos en él, llenos de rabia e incredulidad, queriendo comprender sus palabras.

—No es que tenga un interés especial en discutir con Gabriel —continuó el arcángel—, ni mucho menos con Miguel, pero me preocupa más que ninguno de los dos haya siquiera mencionado el tema.

Ángel asintió. Aquel maldito arcángel se había jugado por él no sólo el cuello, sino la Gracia del Creador. Si aquella orden hubiera venido de Gabriel, Rafael no estaría en aquel momento a su lado brillando como una condenada luciérnaga en mitad de la noche. No tenía sentido que hubiera intervenido entre los ángeles y Luz, pero menos aún lo tenía que nadie hubiera pedido cuentas por su actuación.

—Tal vez quieren ponerte prueba —dijo, y su voz no fue más que un susurro.

No quería reconocer lo que en el fondo de su ser sabía perfectamente. Rafael estaba cada día más próximo a él que a los suyos, y eso era algo que no estaba dispuesto a tolerar. No de Rafael.

—No creo. —Rafael negó con la cabeza, dejando ver una antigua pena que lo atravesó como un puñal—. Y aún así, he obrado según mi naturaleza, Heylel. Aunque lo hubiera ordenado Miguel, aunque hubiera sido una orden de Él...

—¡No digas estupideces! —estalló, deteniéndose frente al arcángel que le sostenía la mirada.

—¿Estupideces? —preguntó Rafael y su ira lo golpeó, sobrecogiéndolo. Si aquel ser sagrado era capaz de sentir esas emociones con tanta intensidad, su situación era incluso más delicada de lo que había pensado—. La vida de los humanos no es una estupidez. Cada una de ellas es valiosa, y tú sabes eso incluso mejor que yo. —El arcángel suspiró, relajándose, antes de continuar—. Mira, Heylel, no me importa cuál sea su falta, sólo sé que no seré yo quien permita esta aberración...

Ángel lo miró con reproche, tratando que su mirada mostrara una desaprobación que en realidad no sentía. La existencia en la tierra de los humanos no tenía valor para ninguno de ellos, salvo tal vez para él. No era más que una ínfima parte de una existencia mayor y más compleja, el inicio de un camino que los hombres ni siquiera intuían, pero del que él consideraba que no debían ser privados. Era posible que los

ángeles tuvieran, entre otras tareas, la de custodiar la Creación, no obstante, cualquier misión encomendada carecía de validez ante una orden de un superior. Si había que cargarse a toda la Creación con un maldito diluvio, se hacía, y punto. Si se tenía que acribillar a plagas a un pueblo, se acribillaba. Si era el turno de matar a todos los malditos primogénitos sobre la faz de la tierra, se mataban. Y sin rechistar. Eran las reglas, las normas, las órdenes que él se había negado a acatar, y esa negativa era un billete directo, y sin opción de vuelta, al jodido Infierno. El arcángel se encogió de hombros ante él al leer su pensamiento y Ángel se estremeció al comprender lo que implicaba su gesto.

—¿Qué demonios estás haciendo, Rafael?

—Deberías preocuparte por lo que estás haciendo tú, Heylel. Mis decisiones son cosa mía. Gracias a ti, por cierto.

Ángel cogió al arcángel por los hombros, acercándose a él y fijando en sus ojos su mirada, al tiempo que sentía como la ira crecía en su interior, aumentada por el dolor que le provocaba pensar en que aquel ser pudiera acabar condenado a causa de su estupidez.

—No sabes lo que dices —gruñó, aproximándose amenazadoramente al arcángel—. Tus decisiones me atañen porque, como has dicho, eres mi hermano. Y no consentiré que hagas una estupidez, aunque para evitarlo tenga que atravesarte yo mismo con mi espada. —Rafael lo miraba, impasible, y su ira aumentó—. ¿Tienes idea de lo que es el dolor eterno? ¿El sufrimiento constante? ¿La agonía ciñéndose sobre ti en todo momento, impidiéndote pensar, ser, existir? ¿Puedes imaginar lo que es mantener una lucha constante contra las tinieblas para evitar que te aplasten con todo su peso sólo para poder seguir existiendo? —Ángel hablaba despacio y su voz estaba llena del sufrimiento que lo había torturado durante siglos, mostrándoselo al arcángel como sabía que no quería verlo—. Piensa en el peor dolor que hayas sufrido en tu existencia. Imagínate ese dolor constantemente en tu ser, en todo momento, sin descanso, ni alivio, ni paz. Eso, Rafael, no es ni una millonésima parte de lo que yo siento.

Ángel sintió el miedo crecer en el interior de Rafael, seguido de la angustia y la duda, y todo ello unido a su determinación, que se reflejaba en los ojos, que mantenía, inmutable, fijos en los suyos.

—¿Por qué? —preguntó, finalmente, al entender que nada de lo que dijera él podría variar la opinión del arcángel.

—Ya lo sabes —respondió con firmeza.

Por supuesto que lo sabía, siempre lo había sabido. Rafael no tuvo el valor de seguirlo, pero tampoco pudo luchar contra él. Sabía que siempre había considerado terriblemente injusto estar separado de sus hermanos, que los echaba de menos, y que pensaba que aquella condena no era más que algo temporal e innecesario. Una



separación antinatural, le había oído decir en una ocasión. Pero no lo era, aunque alguno de los suyos se hubiera arrepentido, hubiera sucumbido al dolor y, de algún modo, hubiera podido conseguir el perdón, la mayoría de ellos preferirían desaparecer, diluirse en el éter y dejar de existir antes que regresar. Mejor desterrado que esclavizado, solía resumir Asmodeo. Y, de cualquier manera, eso tampoco era posible para él, tal vez sí para todos los suyos, pero no para él que había visto multiplicado su poder hasta el punto de poder gobernarlos a todos.

—Condenándote no arreglarás nada, al contrario —dijo Ángel, más calmado—. Seguiremos estando separados. Tú estarás separado de ellos. De Él. Igual que nosotros.

Notó como la determinación del arcángel se quebraba, aunque no lo suficiente como para pensar que le había sacado aquella absurda idea de la cabeza. Había algo más en el interior de aquel ser sagrado que lo empujaba a actuar como lo hacía, algo que no comprendía, que se le escapaba. No sin esfuerzo consiguió tocar el espíritu del ser divino, dejar que su esencia sagrada lo quemara, casi hasta el punto de anularlo, sumiéndolo en un abismo, y recordándole el peso de la condena impuesta, el dolor y el sufrimiento; pero allí encontró lo que buscaba. La respuesta no podía ser otra. De hecho, no comprendía cómo no se había dado cuenta de qué era lo que empujaba a Rafael a ir más lejos de lo que en toda su larga existencia había estado dispuesto.

La súbita presencia de Miguel lo sobresaltó y rompió su conexión con el arcángel.

—Vaya dos... —murmuró Miguel, que estaba ante ellos, majestuoso, espléndido.

Rafael lo miró fijamente a la vez que Ángel lo saludaba con un leve gesto, casi inapreciable.

—¿Qué ha pasado esta tarde? —preguntó, fijando su vista en Rafael, que permaneció en silencio, inmóvil.

—Eso mismo estaba intentando averiguar yo —dijo Ángel, encendiendo otro pitillo—. Aunque, tal vez tú tengas más suerte —continuó, y Miguel asintió—. Supongo que después del, digamos, incidente, debo entender que has cambiado de opinión.

—¿A qué te refieres? —preguntó Miguel con la atención puesta en Rafael, que seguía sin mirarlo.

Ángel estalló en una sórdida carcajada que retumbó en el silencio de la noche.

—Por favor Miguel... ¿Desde cuándo tus ángeles han cambiado la lira por la espada como instrumento musical? —dijo, y Rafael lo miró fijamente, sin decir palabra—. Aquí, el arcángel vengador —añadió, señalando a Rafael—, se ha visto obligado a ponerse entre dos de los tuyos y una humana.

—¿Rafael? —preguntó Miguel, incapaz de evitar que el asombro se filtrara en su voz mientras buscaba que el arcángel desmintiera aquellas palabras, pero, en lugar de eso, Rafael permaneció en silencio.

—Venga, Miguel, no te pongas tremendo... —Ángel se acercó a Miguel, rodeándolo con un brazo apoyó sobre sus hombros—. Ha actuado por instinto, además, me temo que no había orden directa de no hacerlo, así que, técnicamente...

—Técnicamente, Lucifer, estoy intentando comprender de qué hablas —Miguel lo interrumpió, hablando con contundencia, pero sin poder ocultar aún su asombro—. He venido porque estaba preocupado por Rafael. —Hizo una pausa, y fijó sus ojos en él, que seguía a su lado, con el brazo posado con descuido sobre su espalda—. Gabriel me ha contado que habíais tenido una pequeña discusión y que Rafael se había quedado contigo y pensé...

—Sé lo que pensaste. —Ángel lo interrumpió—. Estabas seguro de que el ángel malo lo tenía secuestrado, como a Uriel. —Miguel asintió y él no pudo evitar dejar que su poder golpeará con una embestida al arcángel, que tembló ligeramente—. Pues mira tú, que, para variar, no he sido tan malo. El arcángel vengador se ha quedado porque le ha apetecido, y si Gabriel no hubiera omitido, como seguramente ha hecho, parte de la... —dudó un instante, separándose de Miguel, y absorbiendo el humo de su cigarrillo—. Llamémosla conversación, que mantuvimos, posiblemente, por una vez, no hubieras venido corriendo a señalarme con el dedo.

—Está bien, está bien... —Miguel levantó ambas manos hacia Ángel para tranquilizarlo, aunque mantenía la vista puesta en Rafael, que seguía en silencio, con la mirada clavada en el suelo—. ¿Qué tal si me contáis qué ha pasado?

—Está a punto de salir el sol. —Ángel negó con la cabeza, les dio la espalda y comenzó a caminar, despacio, alejándose de ellos—. Mejor ponte al día con tu protegido, te sorprenderás.

—Tú y yo tenemos que hablar —dijo Miguel, en tono firme, llamando su atención.

—¿Ah, sí? —Se volvió sorprendido para mirarlo—. ¿De qué?

—De lo que sientes, Lucifer. —Ángel se dio la vuelta para enfrentarse a Miguel. Rafael había levantado la vista, por primera vez desde que apareciera el arcángel, y la mantenía fija en él, lleno de curiosidad—. La amas ¿verdad?

Ángel no contestó, se quedó quieto, mirándolo, dejando que Miguel pudiera sentir su condena ciñéndose sobre él, permitiendo que sintiera como bullían en su interior el dolor y la rabia, tomando su espíritu y creciendo hasta rozar su esencia sagrada, zarandeándola.

—¿Lo vas a negar? —preguntó el arcángel, sosteniéndole la mirada a pesar de la embestida de las tinieblas que lo rodeaban.

No lo iba a negar. No podía. Por supuesto que la amaba, aunque no pudiera comprender cómo su espíritu condenado era capaz de albergar en su interior aquel tipo de amor, aunque no entendiera que aquel amor fuera posible para él. Pero tampoco lo iba a admitir. Absorbió el humo de su cigarrillo, antes de lanzarlo al suelo

hacia los dos arcángeles, se dio la vuelta y se alejó de ellos, sintiendo sus miradas y la maldita Gracia que llenaba sus seres. Una Gracia, pensó, sonriendo, que no era nada en comparación a lo que le proporcionaba la mujer que lo esperaba, durmiendo, tranquila y ajena a todo, en su cama.

Luz no quería despertar, se sentía tan a gusto que temía que si abría los ojos todo desaparecería a su alrededor y aquel sueño se convertiría en una pesadilla. Se movió inquieta, aún con la mente nublada por el sueño, y deslizó una mano sobre el torso en el que estaba recostada, tan increíble y a la vez tan real. Sintió una cálida mano recorriendo su espalda, acariciándola, y no pudo evitar, finalmente, abrir los ojos para comprobar que realmente estaba despierta y entre los brazos de Ángel.

—Buenos días. —La voz de Ángel fue un suave susurro mientras le retiraba el pelo de la cara para colocárselo detrás de la oreja.

No pudo responderle más que con un murmullo sin sentido mientras se removía entre sus brazos, acariciándolo.

—Es temprano —dijo él— aún puedes descansar un rato más.

Miró a su alrededor y vio que la habitación estaba a oscuras, pero a través de las cortinas se filtraba un haz de luz que caía a los pies de la cama.

—¿Qué hora es? —consiguió preguntar con un hilo de voz.

—Está amaneciendo.

Ángel tenía razón, podía dormir un par de horas más, pero ahora que había comprobado que la noche anterior no había sido un sueño, que estaba despierta y seguía entre sus brazos, lo último que quería era dormirse. Quería disfrutar de aquel momento, de la sensación que la embargaba, y prolongar aquel idílico despertar. Se desperezó, estirándose sin separarse del cuerpo de Ángel, a la vez que fijaba en él sus ojos y le sonreía. Él parecía estar completamente despierto y su mirada conservaba el mismo luminoso brillo que había visto en ella la noche anterior. Acarició su pelo, más despeinado de lo habitual, y con un dedo recorrió el contorno de su rostro.

—No vas a dormirte de nuevo ¿verdad? —preguntó él, con un ligero reproche en la voz que sus manos desmintieron al apretar su cuerpo aún más contra el suyo, acercándola a su rostro. Ella negó con la cabeza—. Eso me temía...

La voz de Ángel se perdió entre sus labios y ella se dejó llevar de nuevo por aquellas sensaciones, que, aunque recientes, ya añoraba. Perdió la noción del tiempo y casi el sentido entre las caricias de aquel hombre que creía capaz de llevarla al cielo sólo con un beso y que parecía conocer a la perfección todos y cada uno de los rincones de su cuerpo.

La luz que inundaba la habitación la sacó de su ensueño mientras su cuerpo temblaba aún por el reciente placer. Si la noche anterior le había parecido mágica no tenía palabras para describir aquella madrugada, que deseaba que nunca acabara. Aún

así, sabía que debía levantarse y enfrentar su día, y a Alfonso, aunque hubiera preferido mil veces quedarse entre los brazos de Ángel y perder para siempre la noción del tiempo y el sentido. Él pareció leer sus pensamientos y, al instante, le dio un suave beso en la cabeza, se levantó, rebuscó entre su ropas que seguían en el suelo, a los pies de la cama, para sacar del bolsillo del pantalón un paquete de tabaco y un mechero, y encendió un cigarrillo. Abrió completamente las cortinas y la ventana, y se quedó de pie, con aquel gesto ya familiar de ligera irreverencia, mirando al exterior. Viéndolo allí, a la luz de la mañana, fumando de pie, completamente desnudo, con el pelo cayendo desordenado a ambos lados de su cara, Luz pensó que anteriormente en ningún momento había hecho justicia a su belleza. Ángel parecía del todo irreal, un ser sacado directamente de sus fantasías que se había colado en su vida sin que se diera apenas cuenta, pero que por nada del mundo quería que se fuera. Se levantó, se acercó a él y acarició su espalda, atravesada por una larga cicatriz que descendía desde el final de su cuello hasta la parte inferior, siguiendo el recorrido de la columna. Había notado la extraña marca la noche anterior, una leve rugosidad que formaba una curiosa forma, similar a un doble reloj de arena a lo largo de su espalda, pero aún así se sorprendió al ver su envergadura y simetría.

—¿Y esto? —susurró mientras acariciaba con suavidad la cicatriz.

—Heridas de guerra —contestó él, quitándole importancia, mientras agachaba ligeramente la cabeza y se apoyaba con una mano en el marco de la ventana.

Ella continuó con su caricia antes de besar con suavidad la marca, pero se detuvo de inmediato al notar que el cuerpo de Ángel se tensaba con el contacto.

—¿Te molesta?

Ángel negó con la cabeza.

—Al contrario —susurró, y Luz creyó adivinar por primera vez cierta nota de vulnerabilidad en su voz—. No te imaginas como siento eso...

Apenas tuvo tiempo para reaccionar cuando Ángel se dio la vuelta, rápidamente, cogiéndola entre sus brazos para llevarla de nuevo a la cama y recorrer con la boca cada centímetro de su cuerpo. Cuando el teléfono móvil sonó, vibrando estrepitosamente sobre la mesilla de noche, estuvo a punto de lanzarlo contra la pared, pero él pareció prever su movimiento, y se lo impidió con agilidad, mientras continuaba deslizando los labios sobre su piel.

—Contesta —susurró él contra su cuerpo—. Podría ser importante...

—Nooo...

—Contesta —insistió, levantándose y dejándola sobre la cama, mientras mantenía agarrada la mano en la que ella, aún amenazante, sostenía el teléfono.

Ángel la miró fijamente, asegurándose de que no arrojaría el teléfono, antes de soltar su mano y sonrió triunfante cuando ella, al fin, descolgó el aparato y se lo acercó a la oreja. Estaba más pendiente del cuerpo de Ángel, que se había recostado

contra la pared, mirándola intrigado, que de la vocecilla al otro lado de la línea, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para comprender que se trataba del inspector Sánchez antes de poder hablarle con normalidad.

—Sí, estoy aquí, buenos días —consiguió articular cuando se hizo el silencio al otro lado del teléfono.

—La espero dentro de media hora en la comisaría, señora Martín.

—¿Puedo saber para qué? —preguntó, indignada.

—Necesito hablar de nuevo con usted, no puedo darle más detalles ahora.

—Está bien —aceptó— nos vemos en media hora.

La conexión se cortó y Luz lanzó el teléfono con furia, segura de que aquel ridículo hombrecillo había colgado sin siquiera sentir la necesidad de despedirse. El aparato podría haber quedado destrozado por el golpe si Ángel no lo hubiera cogido, con una sorprendente destreza, antes de que se estampara contra la pared en la que él continuaba apoyado.

—¿Qué te ha hecho exactamente el móvil para que tengas tantas ganas de matarlo? —dijo con media sonrisa, mientras se acercaba a ella, tendiéndole el teléfono.

—Era el inspector, quiere verme en la comisaría —explicó, con rabia.

Ángel musitó algo en señal de asentimiento mientras volvía a posar los labios sobre su piel, en el mismo lugar exacto donde antes había parado, y ella pensó que sería incapaz de continuar hablando.

—Dentro de media hora —consiguió decir, entre suspiros.

—Será imbécil —protestó Ángel, fijando de golpe sus ojos en los de ella con una intensidad que creyó que podría hacerle perder el sentido—. Tendremos que seguir después... —se resignó, dándose la vuelta en la cama y dejándose caer sobre su espalda, junto a ella—. ¿Quieres que te acompañe?

—¿Quieres acompañarme? —preguntó sorprendida, pero él sólo la miró, como si la respuesta fuera tan obvia que no necesitara contestación alguna—. No sé cuánto tardaré y tú debes tener cosas que hacer...

—Está bien. —Se levantó de golpe—. Pero intenta que no vuelva a encontrarte desvanecida en el lugar menos esperado. ¿Qué tal si nos vemos a la hora de comer en el restaurante del hotel?

—¿Es una cita? —preguntó Luz, divertida.

—Más bien una precaución... —bromeó él, pero el teléfono sonó de nuevo, interrumpiéndolo—. ¡No lo lances! Sólo contesta, suele dar mejores resultados.

Luz rió mientras descolgaba y caminaba hacia el cuarto de baño para asearse antes de ir a la comisaría. Contestó sin ganas, convencida de que era otra vez el maldito inspector que se había propuesto estropearle el día, pero se equivocaba. La voz al otro lado de la línea era femenina y agradable.

—Señora Martín, llamo de la Delegación Diocesana de Patrimonio Artístico y Cultural de Salamanca en referencia a una petición para acceder a los túneles subterráneos de la Catedral. —Luz escuchaba atónita a la mujer que hablaba con voz extremadamente pausada al otro lado de la línea, incapaz de responder ante lo inesperado de aquella llamada. Sabía que tarde o temprano tendría una respuesta a la solicitud que había realizado, pero estaba convencida de que la respuesta llegaría tarde, mucho más tarde, que tan temprano—. Quería comunicarle que se le ha concedido el acceso, de forma puntual, dadas sus credenciales académicas. Si le parece bien puedo citarla para esta misma tarde.

—¿Esta tarde? —preguntó, sin dar crédito a lo que estaba escuchando y no pudo evitar que su voz saliera casi con un grito.

—Si a usted le va bien, por supuesto. —La mujer al otro lado de la línea dudó—. Si lo prefiere podemos acordar cualquier otra fecha...

—No, no, esta tarde es perfecto —la interrumpió ella.

—De acuerdo ¿a las cinco le parece bien?

—Allí estaré —contestó sin dudarle.

—El Padre Benito la esperará a las cinco en la conserjería. Un saludo.

Luz tardó un instante antes de reaccionar y asimilar que aquella misma tarde podría bajar a los viejos túneles que recorrían las entrañas de Salamanca, y, cuando quiso darse cuenta, Ángel estaba detrás de ella con una expresión de satisfacción en la mirada.

—¿Alguna novedad? —preguntó, divertido.

—Me han dado el permiso —contestó ella, asombrada aún por la noticia—. Para bajar a los túneles —explicó, y Ángel asintió mientras la abrazaba y besaba en el cuello—. Esta tarde, a las cinco.

—¿Esta tarde? —Él parecía ahora tan sorprendido como ella misma, fijando sus ojos en su reflejo en el espejo—. Y por supuesto has dicho que sí. No bajarás sola ahí abajo.

—¿Por qué no? —Luz se dio la vuelta, encarándose a él.

—Podría darte un montón de razones, pero debería bastarte con que quiero acompañarte.

Hubiera protestado y discutido con él hasta convencerlo de que estaba más que preparada y capacitada para bajar sola a aquellos túneles y a dónde fuera, pero tenía que llegar a la maldita comisaría en menos de veinte minutos y no podía dedicarse a pelear con Ángel sobre eso.

—Está bien —dijo al fin.

—¿Está bien, así, sin más? —Ángel pareció sorprendido.

—No, lo discutiremos a la hora de comer —dijo, sonriendo con picardía—. Ahora tengo que darme prisa si no quiero que el inspector Sánchez sume a su larga lista otro

motivo para sospechar de mí.

La mañana era increíblemente clara y una suave brisa se movía en lo alto, aumentando la plácida sensación de tranquilidad que le proporcionaba la espléndida panorámica desde la aguja de la torre de la Catedral Nueva. La vista se perdía siguiendo el curso del Tormes hasta donde los edificios de la ciudad se confundían con la llanura y el claro horizonte. Desde que había puesto un pie en aquella ciudad no había conseguido disfrutar ni por un instante de la belleza que le ofrecía, ni de aquella calma que tiempo atrás tanto había agradecido. Allí arriba creía que podría llegar a fundir su etéreo ser con el viento, desaparecer confundido en el juego travieso de las corrientes, perderse entre el vapor de agua que flotaba formando esponjosas figuras, disolverse con la Creación y ser únicamente un elemento más, sin espíritu, ni forma, ni personalidad, sólo una parte más, igual de prescindible que necesaria, de aquel hermoso lienzo en movimiento que había ideado su Padre. Durante mucho tiempo, más del que recordaba, había deseado poder desaparecer, dejar de ser, redimir la culpa de su equivocada existencia. Por supuesto, no era posible, Él no lo permitía, y no había ser, ni siquiera él mismo, que pudiera acabar con su agonía. Nunca había conseguido entender los motivos de su creación, pero comprender por qué había estado condenado a existir incluso más allá de su voluntad, era algo que simplemente le resultaba imposible.

El dolor jamás desaparecería de su interior, su espíritu torturado no podía conocer una existencia en la que no tuviera que sufrir por el mero hecho de ser. La libertad era lo único que en algún momento lo había empujado a seguir, una libertad sin más ataduras que las de sus propias consecuencias, que eran, ni más ni menos, que las malditas cadenas de su condena. Un don tan grande y tan valioso que pocos podían comprender, y muchos menos aún soportar, a veces, ni siquiera él. Y aún así, no lo cambiaría por nada, si estaba condenado a existir, sería libre, de ningún otro modo sería posible. Y, por primera vez en más tiempo del que era capaz de pensar, en un tiempo que, de hecho, no podía pensarse, volvía a sentirse libre. No había en él nada que lo impulsara a querer ser simple viento, nada que lo llevara a desear fundir su espíritu con el éter y dejar de existir. Desde el momento de su creación, nunca había sentido su espíritu tan pleno, tan completo, como en aquel instante, allí arriba, azotado por una brisa con la que de ningún modo se iba a diluir, contemplando un mundo que era suyo y un cielo que le era tan ajeno como siempre le había sido. Pero no había más dolor por ello, ni rabia, ni odio, ni pena. No había para él más Paraíso posible que el que ya poseía, y que nada tenía que ver con la maldita Gracia divina.

—Ni toda tu soberbia bastaría para describir la belleza que contemplo. —La voz de Miguel retumbó en su interior, devolviéndolo a la realidad—. No hay condena capaz de arrebatarte lo que eres. Y eres, simplemente, porque debes ser.

Descender de golpe desde un lugar como aquel, dejando que el aire atravesara su espíritu, sintiendo el calor atravesar su inmaterial ser, era lo más parecido a hallarse de nuevo junto al Padre, pero aquella mañana la sensación le pareció ridícula en comparación con lo que pocas horas atrás había sentido. Un descenso vertiginoso que no conducía al abismo sino a la salvación, una caída en picado hacia el placer, la plenitud del espíritu y la imposible concreción del cuerpo. Nada podía compararse con la satisfacción de sentirse uno, completo, terminado, perfecto y único. Esa era la salvación que había encontrado junto a Luz.

—Soy la tentación, el pecado, el dolor, la enfermedad y la muerte, el desconsuelo, la mentira, el miedo que empuja a rendirse y la temeridad que hace continuar. Soy la sangre derramada, el ardor, la necesidad, la búsqueda infinita de lo que jamás se va encontrar, el vacío, el abismo, la absoluta oscuridad, la falta de sentido y la única razón. Soy la tiniebla en la que ninguna luz es posible, jamás. —Clavó la vista en el arcángel que esperaba frente a la Portada del Nacimiento, embelesado por la belleza de los relieves que la decoraban—. Soy muchas cosas, Miguel, pero absolutamente ninguna de ellas es bella.

—Eres lo que eres, Lucifer. —Miguel suspiró, apartando finalmente la vista de la espléndida puerta decorada de la Catedral y fijándola en él—. Y eres como Él te creó, más hermoso que todos nosotros, más próximo a Su naturaleza de lo que ninguno de los nuestros jamás lo será y, a la vez, tan alejado de Él como ningún alma o espíritu pueda siquiera imaginar ni soportar.

Ángel dejó que las sombras de su espíritu asomaran sobre su ser, que sobresalieran envolviéndose con su recién recuperado cuerpo, acariciando como oscuras lenguas de fuego la Gracia de Miguel, degustando el sufrimiento que la simple presencia del arcángel le provocaba, haciendo estremecer al ser sagrado que estaba junto a él.

—Sin tinieblas, no habría luz —continuó Miguel, sin apartar de él su mirada—. Sin tentación, no habría fortaleza. Sin pecado, no habría perdón. Sin dolor, no habría placer. Sin enfermedad, no habría salud. Sin muerte, no habría vida. Sin desconsuelo, no habría esperanza ni consuelo. Sin mentira, no habría verdad. Sin miedo, no habría valentía. Sin temeridad, no habría prudencia. Sin ti, Lucifer, no habría nada más.

—Y más importante aún, sin mí, la maldita Creación sería aburrida de cojones. —Bufó y echó a andar—. Lo he pillado. Y tu misericordia infinita me da náuseas, arcángel.

—Ni tú puedes evitar tu naturaleza, ni yo la mía.

—¿Y Rafael? —preguntó y saboreó el miedo de Miguel, que se tensó repentinamente—. ¿Qué pasa con su naturaleza?

—¿Qué te ha contado? —preguntó el arcángel, y él negó con la cabeza—. Entonces me temo que el único que tiene una respuesta a esa pregunta es él. ¿Lo has



visto?

—Más bien lo he sentido —explicó al arcángel, que lo miraba con curiosidad e incertidumbre—. Primero fue su ira, después la pena, la nostalgia y, finalmente, el amor.

Miguel asintió.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —preguntó.

—Eso sólo lo saben Harahel y él —dijo Miguel sin ocultar su propia confusión.

—¿Harahel? —Ángel había sentido el amor, ese tipo de amor que el creía imposible en seres de su naturaleza, en el espíritu de Rafael. Sabía que el arcángel se debatía entre dos sentimientos tan inmensos e inigualables que cualquier palabra de consuelo era inútil, lo que no sabía era hasta qué punto la situación era complicada—. ¿Un maldito serafín? No me jodas... —gritó y Miguel asintió—. ¡Es imposible!

—Evidentemente, no.

—Está bien, imaginemos que es posible, que Rafael y la vidente se aman. Al menos serán capaces de evitar un mal mayor, ella puede preverlo y él no puede ser tan estúpido... —Ángel hablaba rápido, nervioso. De todas las situaciones absurdas que pudiera haber visto desde antes del principio de los tiempos, esa, sin duda, las superaba con diferencia—. No, ni siquiera Rafael puede ser tan estúpido para no darse cuenta de eso...

—Más que de estupidez es una cuestión de voluntad. —Miguel lo interrumpió—. Ella no sólo puede preverlo, sino que lo supo desde el principio, y desde entonces su decisión, la que sea —añadió, negando lentamente con la cabeza—, está tomada.

Ángel continuó caminando, en silencio, junto a Miguel, tratando de comprender lo que el arcángel le explicaba, cómo era posible y las consecuencias que podría tener.

Hasta hacía pocos días estaba convencido de que el único tipo de amor posible para espíritus sagrados como aquellos era el de Creador, nada ni remotamente parecido al amor que pudieran sentir los humanos, nada que tuviera que ver con el romanticismo o la sexualidad. De hecho, para qué demonios debían de ser capaces de amar de ese modo si la única finalidad de ese tipo de amor era la reproducción. Los grigoris se habían reproducido con humanos, no era difícil imaginar cómo ni entender por qué, tomar una forma material implica hacerlo con todas sus consecuencias, y la reproducción era propia de la naturaleza material. Incluso en eso había cierta lógica que había sido capaz de aceptar. Por supuesto, en los últimos días todo lo que hubiera creído saber sobre ese tema se había desmoronado ante sus narices y no tenía más remedio que aceptar que eran capaces de amar, que él era capaz de amar. Asimilar esa verdad era lo suficientemente complicado como para, además, tratar de comprender que ese amor pudiera ir más allá de las barreras materiales de un cuerpo, de una forma. ¿Podían dos seres espirituales amarse de ese modo? No era tan ingenuo como

para tratar de aventurar una respuesta, aunque si era así, Rafael era el único maldito ser de toda la puñetera Creación que podía imaginar experimentando ese tipo de amor.

—No he venido para hablarte de la situación de Rafael. —Miguel interrumpió el hilo de sus pensamientos y él lo miró, intrigado, antes de comprender cuál era el motivo de aquella visita que, obviamente, nada tenía que ver con la cortesía—. Comparto la opinión de Gabriel sobre la necesidad de evitar que cometas un error demasiado peligroso para este mundo. Y si el precio para evitarlo son algunas almas, ciertamente, no es alto en comparación con las consecuencias de no actuar. —Las palabras del arcángel súbitamente encendieron su ira, haciendo que golpeará a Miguel que se estremeció con la embestida—. Sin embargo, ninguna orden ha sido dada a ese respecto, Lucifer. Confío en que tú mismo evitarás...

Ángel dejó de escuchar. Miguel estaba dispuesto a acabar con algunas vidas humanas con tal de impedir, de nuevo, que él consiguiera salirse con la suya. No le sorprendía en absoluto, no sería la primera ni la última vez que los arcángeles pusieran por delante de cualquier existencia humana su propia misión, la única diferencia era que, por primera vez, él estaba demasiado interesado en una de esas vidas humanas como para permitir que acabaran con ella. Y en eso era precisamente en lo que confiaba aquel maldito arcángel que seguía hablando de la vida de Luz como de la minúscula partícula que para él era. Aquel simple pensamiento podría haber hecho que estallara y mandara a Miguel a unas largas vacaciones incorpóreas en el Paraíso, si no fuera porque aseguraba que nadie había actuado en ese sentido, sino que estaban esperando simplemente a que él actuara, como de costumbre, empujado por su maldito egoísmo, y dejara correr el tema, al menos, mientras la vida terrenal de Luz estuviera en juego. Tenía lógica, incluso hubiera sido posible que así fuera de no ser porque su soberbia era mayor incluso que su egoísmo, y, junto a la terquedad, formaban un cóctel explosivo. El mismo que tanto tiempo atrás le había costado las alas, la Gracia y la maldita luz de la Creación en el instante exactamente anterior a caer de bruces contra el suelo, perforando el terreno con su condenado cuerpo. Resopló. Podría haber tenido lógica si él mismo no hubiera visto a aquellos dos ángeles avanzando hacia Luz dispuestos a mostrarle antes de tiempo el significado de la eternidad.

—Rafael está tratando de averiguar qué ocurrió exactamente. —Miguel seguía hablando, más preocupado por la irregularidad que suponía una confusión como aquella entre sus filas, que por sus consecuencias—. Estarás contento de librarte de él hasta que lo consiga, aunque te recomiendo que no hagas ninguna estupidez y, si realmente amas a esa mujer... —dijo, elevando las manos indicando que se desentendía del asunto—. Ocúpate de vigilarla hasta que sepamos qué ha pasado. Sería una lástima que por un malentendido...

—¿Un malentendido? —estalló, interrumpiendo a Miguel—. Un malentendido son las cagadas de Gabriel cada vez que tiene la brillante idea de hacer llegar un mensaje a la humanidad. Un malentendido fue que Semyazza tuviera la genialidad de explicarles a los humanos lo que podía llegar a pasar si se fundía el hierro y se mezclaba con los elementos correspondientes. Incluso, si me apuras, mi afición a coleccionar nombres propios puede haber llegado a provocar algún jodido malentendido. Que dos ángeles quieran, sin más, porque sí, cargarse a Luz no es en absoluto un malentendido, Miguel.

—Se ha malinterpretado a Gabriel, eso es todo —explicó el arcángel—. No hay otra explicación, pero aún así, por tu propio interés, vigílala.

La calma y autoridad con la que hablaba el arcángel lo sacaba de quicio, pero quería averiguar qué demonios había ocurrido y para eso necesitaba a Miguel y no su etéreo ser privado de cualquier rastro de memoria o personalidad. Por supuesto que vigilaría a Luz. Y la mantendría a salvo aunque tuviera que acabar con todos los malditos seres divinos de la Creación.

Durante más de media hora Luz estuvo sentada, esperando, en la pequeña habitación a la que la habían acompañado nada más llegar a la comisaría. Aquel minúsculo habitáculo, sin ventanas al exterior, amueblado con una vieja mesa de oficina y cuatro sillas de metal picado y con los asientos y respaldo pobremente acolchados, debía de ser, sin lugar a dudas, una sala de interrogatorios, aunque poco o nada tenía que ver con las que había visto en las películas policíacas. Estaba convencida de que nadie la estaba vigilando desde detrás de ningún falso espejo, porque no había ningún espejo en aquella sala que pudiera realizar tal función. Las desnudas paredes estaban forradas de un material similar al corcho que había absorbido los olores de los largos años en los que había cubierto aquellos tabiques. Tampoco podía imaginarse ningún tipo de sofisticado sistema de grabación, oculto y camuflado, que pudiera permitir a nadie estar observándola, pues no había posibilidad alguna de ocultarlo, ni parecía factible que aquella paupérrima oficina de policía tuviera la posibilidad de costear un sistema como aquel si aún conservaba un mobiliario que podía ser incluso anterior a la Transición. Ese lugar parecía más bien una sala de aislamiento en la que, simplemente, confinaban a los sospechosos para que no pudieran hablar con ningún otro sospechoso o con un eventual testigo antes de ser interrogados. ¿Cuánto tiempo podían legalmente mantenerla allí encerrada? No pudo evitar ponerse nerviosa imaginando que aquel absurdo comisario tuviera la intención de retenerla allí, aislada, mientras él buscaba por toda la ciudad alguna prueba que le permitiera acusarla formalmente de un delito que no había cometido. Estaba convencida de que, aunque así fuera, tarde o temprano deberían darse por vencidos y soltarla, porque era evidente que ella no tenía las piezas robadas, pero lo que le importaba, en realidad,

era si la dejarían salir de allí a tiempo para acudir a su cita en la catedral. A no ser que hubieran encontrado la tarjeta de memoria con las imágenes, porque de ser así, estaba convencida de que estaba perdida.

El inspector Sánchez abrió bruscamente la puerta, rompiendo el hilo de sus pensamientos, y Luz no pudo más que tranquilizarse al verlo entrar. De ninguna manera podía concebir que aquel hombrecillo fuera capaz de encontrar nada en ningún lugar, de hecho, no podía evitar preguntarse cómo había llegado a ocupar un puesto de inspector. Su aspecto era incluso peor que el del día anterior, parecía cansado, agotado, y a su triste apariencia esa mañana se sumaban una reciente barba y unas abultadas ojeras que estropeaban aún más aquel rostro, ya de por sí prematuramente envejecido. Sánchez dejó la puerta de la habitación abierta, permitiendo que el aire algo más fresco del pasillo aliviara el cargado ambiente del cuartucho, y se sentó ante ella, en silencio, dejando sobre la mesa su libreta de notas y una vieja carpeta de cartón con las tapas azules y desgastadas. De inmediato, otro hombre entró en el cuarto, tomando asiento junto al hombrecillo, y se presentó como el inspector Carvajal. El recién llegado no hacía sino empeorar la impresión que Sánchez le causaba. Si el primero de los inspectores le parecía un pobre hombre cansado y maltratado por la vida, el segundo era todo lo contrario. Más que de policía, tenía aspecto de militar. Era alto y fornido, aunque una prominente barriga indicaba que el ejercicio físico no formaba parte de su rutina, los hombros y brazos, anchos y fuertes, y un cuello increíblemente desarrollado, evidenciaban que no siempre había sido así. Su rostro era duro e inexpresivo, de facciones cuadradas y bien definidas a pesar de la edad, y resaltadas por el pelo cano.

Sánchez permaneció en silencio, hurgando en su libreta y tomando indescifrables notas, mientras el inspector Carvajal le preguntaba a Luz sobre la última vez que había visto a Marcos Vicente y si había notado algo extraño en su comportamiento. Ella contestó a todas sus preguntas, mientras recordaba el almuerzo a deshoras con el historiador y la tarde en el Departamento de Historia, el mismo día que habían llegado los análisis de datación de las piezas, había discutido con Alfonso y, posiblemente, habían robado la colección. Marcos había abandonado el departamento justo después de que Alfonso se fuera, junto a algunos de los técnicos. Había estado trabajando en los resultados de los análisis, como los demás, y lo único extraño que ella había podido notar en su comportamiento era su innegable voluntad de permanecer en el proyecto, incluso si no podía seguir la línea de investigación que deseaba. Aunque aquello en ningún modo podía ser calificado como una actitud poco habitual, cuando lo más importante para la mayoría de académicos era conseguir el mayor reconocimiento posible por la publicación de los resultados fruto de su participación en proyectos como aquellos, a pesar de que en ocasiones no se llegara ni de lejos al fondo de la investigación. Marcos le había dejado claro que, al igual que

ella, sospechaba de una más que evidente conexión entre los hallazgos de la cripta y la leyenda de la Cueva del Diablo, e igualmente se había mostrado dispuesto a convencer a Alfonso para ahondar en esa teoría. No obstante, no había intervenido en la discusión que Luz y Alfonso habían mantenido, de igual modo que anteriormente no había dudado en aparcar sus pesquisas en torno a la leyenda de la cueva cuando Alfonso se lo había pedido.

—No, de ningún modo veo capaz al doctor Marcos Vicente de robar un material como este —contestó, convencida y algo sorprendida por la pregunta del inspector Sánchez, que por primera vez había abierto la boca desde que había entrado en la sala.

—¿Desde cuándo se conocen? —preguntó con brusquedad el inspector con pinta de militar que había llevado la conversación hasta el momento.

—Hace más de diez años —respondió, tratando de recordar la primera vez que había coincidido con él—. Trabajamos juntos en algunos proyectos antes de que yo...

—¿Ha mantenido un contacto constante con el señor Vicente? —la interrumpió Sánchez, con la vista en su libreta de notas.

—No, simplemente hemos colaborado en algunas ocasiones —explicó, y Carvajal asintió mientras Sánchez apuntaba algo descuidadamente en su libreta.

Luz no comprendía por qué insistían tanto en su relación con Marcos ni el interés que podían tener aquellos dos policías en el historiador, aunque tampoco sabía qué podía haberles contado él. De todos modos, era incapaz de imaginarse a aquel académico señalando con el dedo hacia ella, no porque confiara en una supuesta lealtad, sino porque ella no suponía una competencia directa para él. Sus campos de trabajo estaban demasiado alejados para que ella fuera un obstáculo, y aquel era el único motivo por el que alguien como Marcos podría pretender señalar a otro académico en un asunto tan grave como ese.

—¿Está segura de que no ha visto al señor Vicente desde el lunes? —preguntó Carvajal, con voz algo más profunda, más seria, como si se tratara de una cuestión crucial, aunque ya le había preguntado al menos cinco veces por la última vez que había visto a Marcos. Ella asintió—. ¿Y no ha estado usted en el domicilio del señor Vicente en Salamanca desde su llegada a la ciudad?

—No, nunca he estado en su casa, ni ahora ni en ninguna ocasión anterior.

El inspector Carvajal cogió con un gesto rápido y firme la descolorida carpeta de delante de Sánchez y rebuscó en su interior, alternando miradas entre los documentos que guardaba, mientras ella lo miraba con curiosidad, sin comprender a dónde querían ir a parar con aquellas preguntas.

—¿Qué puede decirme de esto? ¿Reconoce alguna de estas marcas? —preguntó, y, con un golpe, puso sobre la mesa la carpeta abierta frente a ella.

Luz miró la carpeta y no pudo evitar sorprenderse al ver cuatro fotografías que

mostraban el interior de una casa, la de Marcos, imaginó, desordenada y con los muebles revueltos y descolocados. Las paredes, blancas y desnudas, estaban manchadas con enormes trazos rojos.

—¿Es sangre? —preguntó asombrada, con la vista aún en las imágenes que tenía delante, tratando de comprender lo que veía.

—No —contestó Sánchez con rotundidad—. Pero tampoco es pintura...

—El laboratorio está trabajando en ello —interrumpió el otro inspector—. ¿Reconoce estos dibujos?

Por supuesto que los reconocía. Las fotografías mostraban diversas habitaciones de la casa, todas igualmente destrozadas, revueltas y decoradas con aquellos trazos rojizos que, sin lugar a dudas, habían sido copiados del manuscrito. En las últimas páginas del legajo, junto a las numerosas fórmulas y extrañas explicaciones en las que aún no había tenido tiempo de trabajar, había una serie de signos que todavía no había identificado. Los había copiado en su libreta para trabajar en ellos, pero se la habían robado la noche anterior a la desaparición del manuscrito. Ahora, al verlos allí, ampliados y en aquel intenso rojo, reconoció algo que antes había pasado por alto. Aquellos símbolos parecían sellos mágicos, como los que aparecían en algunos viejos grimorios para invocar a los demonios. No eran iguales que los sellos de la Clave Menor de Salomón, estaba segura de ello, pero tampoco podía negar el parecido, y no comprendía cómo no se había dado cuenta antes.

—Aparecen en el manuscrito de la cripta, el que han robado —musitó, analizando aún las imágenes.

—¿Y éstas? —preguntó el inspector Carvajal, moviendo con ambas manos las imágenes y descubriendo otras cuatro fotografías.

Luz asintió, sin dar crédito a lo que veía. Los cuadros que debían de haber decorado aquellas paredes, ahora marcadas de rojo, tenían en su parte posterior símbolos, dibujados en negro, que no podían ser otra cosa que letras del alfabeto de Malaquías.

—Es escritura angélica, el alfabeto de Malaquías —contestó después de un rato, incapaz de retirar la vista de aquellas imágenes.

—¿Qué utilidad tienen estos símbolos? —preguntó Sánchez, y su voz le pareció más segura y confiada de lo que ella recordaba.

—¿Utilidad? —dijo, sorprendida, fijando su vista primero en un inspector y luego en el otro. Sánchez asintió—. Ninguna, que yo sepa...

—¿No se usa en ceremonias o algo así? —preguntó Carvajal—. Alguna secta, tal vez.

—Algunos libros medievales lo incluyen como parte de antiguos ritos, hechizos o invocaciones —contestó, de manera automática—. Si algún fanático lee uno de esos libros no quiero imaginarme qué uso podría llegar a darle a este alfabeto.

Los inspectores se interesaron en los rituales de los viejos grimorios y Luz les explicó, con toda la paciencia de la que fue capaz, algunas de las supuestas funciones que los antiguos tratados de ocultismo recogían en sus páginas, y se sorprendió al encontrar una nueva posible conexión entre el manuscrito y los viejos rituales mágicos. ¿Acaso podría dar aquel legajo las instrucciones para una supuesta invocación al mismísimo Lucifer? Trató de no pensar en ello mientras respondía a todas y cada una de las preguntas de los inspectores, que, finalmente, le explicaron que Marcos había desaparecido, sin dejar rastro, igual que Anabel Ruiz. Aunque aquellos signos encontrados en su casa eran una prueba más que evidente de las diferencias entre ambas desapariciones, o al menos, eso era lo que aquellos dos hombres le dijeron, mientras seguían mostrándole las fotografías, antes de indicarle que podía marcharse y pedirle que, si se le ocurría algún otro posible significado de aquellos signos, se lo comunicara de inmediato.

—De todos modos, señora Martín, le agradecería que nos informara si tiene usted intención de abandonar Salamanca —dijo Carvajal, que sostenía abierta la puerta del cuarto invitándola a salir, mientras Sánchez la miraba despectivamente de arriba abajo desde la silla en la que permanecía sentado.

—Por supuesto —respondió, antes de salir de la habitación y dejar atrás a los dos inspectores y las terribles fotografías.

## Capítulo X

**L** OS sellos que usaba Legión para sus artimañas dibujados en las paredes de la casa del historiador no eran ninguna buena noticia, aunque, de momento, la desaparición de aquel profesorcillo absurdo sirviera para que la policía dejara en paz a Luz durante una temporada. Al menos, hasta que encontraran el cadáver de aquel pobre desgraciado, porque, si Legión estaba envuelto en aquello, nada bueno podía haberle pasado al tal Marcos. No es que Ángel lamentara especialmente su pérdida, no le había sido de ninguna utilidad durante el tiempo que había estado investigando sobre las piezas de la cripta, prácticamente lo había llevado de la mano hasta la Cueva del Diablo, y le había puesto en bandeja todas las evidencias que necesitaba para que entendiera con qué estaban trabajando. Aún así, el muy idiota, se había limitado a esconder en una caja todos sus informes y olvidarlos. Pero Luz estaba muy preocupada por él y eso lo inquietaba. Los recuerdos que conservaba en su mente de las fotografías que le habían mostrado en la comisaría eran increíblemente claros, y él no pudo evitar sorprenderse de lo mucho que la había afectado impactado a aquellas imágenes, aunque ella no estuviera dispuesta a demostrarlo.

Desde que se habían encontrado en el restaurante del hotel, Luz le había estado explicando con detalle todas las preguntas de los dos policías que la habían interrogado y sus propias conclusiones sobre el tema, pero no había mencionado, ni en una sola ocasión, la inquietud que sentía por el posible paradero del historiador. Después de almorzar parecía más tranquila, aunque en realidad no lo estuviera, y Ángel se recostó en su silla, escuchándola atentamente, mientras trataba de averiguar hasta qué punto le había afectado la extraña desaparición del profesor. Nada en su rostro o en su modo de hablar revelaba el desasosiego que sentía, pero la simple nitidez de las imágenes del piso del historiador en su mente eran una muestra del impacto que le había provocado. Era evidente que para ella no era lo mismo rebuscar entre libros de ocultismo, magia y demonología, que enfrentarse a todo ello en una situación real y ver los símbolos que tanto conocía en un lugar distinto a las páginas de un viejo tratado, aunque no creyera que ninguno de esos sellos tuviera poder alguno. Aquellos mismos dibujos, que a cualquier humano que hubiera conocido su significado y creído en su poder, le hubieran puesto los pelos de punta, a ella no le causaban impresión alguna, y a pesar de eso las imágenes que había contemplado permanecían gravadas a fuego en su memoria, como si una parte de ella comprendiera algo que su razón le negaba.

Luz hablaba sobre los motivos por los que los sellos podrían haberse convertido



en la macabra decoración del domicilio de su colega, y sus teorías abarcaban desde que el propio profesor se hubiera vuelto completamente loco, hasta que una secta satánica lo hubiera secuestrado y hubiera robado la colección de objetos. La ansiedad que ella sentía ante esas absurdas ideas lo golpeaba e inquietaba, aunque sabía que, en realidad, el nerviosismo de Luz no era ni una minúscula parte del que debería sentir si comprendiera la terrible verdad que encerraba el uso de los malditos sellos en aquel domicilio.

—Tal vez el manuscrito ocultaba una guía para invocar a Lucifer —murmuró Luz, desanimada por no poder comprobarlo, y Ángel tuvo que hacer un increíble esfuerzo para ocultar una sonrisa—. Marcos podría haberlo descubierto y, vete tú a saber por qué, intentarlo y...

—¿Y qué? —la interrumpió él, divertido—. ¿El Diablo contestó a su llamada, apareció en su piso, y se lo llevó a él y todo lo que había robado?

Luz rió ante el despropósito de aquella idea, pero Ángel sintió de nuevo su preocupación por el paradero de Marcos y se estremeció.

—Evidentemente, no, pero por algún motivo dibujó los sellos en las paredes...

—¿Crees que quería invocar al Diablo? —preguntó, y Luz asintió, aunque sus ojos mostraban lo poco que la convencía esa posibilidad—. ¿Y por qué habría llenado la casa de escritura angélica? Además, tampoco sabemos si fue él quién pintó los sellos.

Era evidente que ella no estaba dispuesta a darse por vencida y a él no le importaba seguirle el juego, aunque no pudiera llegar al fondo del asunto. Ángel sabía que el historiador no había robado las piezas, quien lo hubiera hecho conocía mucho más que él sobre el manuscrito y trabajaba mano a mano con Legión. Además, se había tomado demasiadas molestias en la casa del profesor. Los sellos de aquel maldito demonio no eran una simple firma, y la escritura angélica esparcida por la casa, oculta tras los cuadros, era una protección contra el espíritu al que se había invocado, algo que ninguno de los humanos ineptos que adoraban a Legión, pensando que era el Príncipe de las Tinieblas, se habría preocupado en hacer. Fuera quién fuera que había montado ese tinglado tenía conocimientos de primera mano sobre cómo realizar los rituales, y no le importaba ni lo más mínimo dejar una señal inequívoca de lo que había estado haciendo. Era, en definitiva, un problema más que sumar a una larga lista.

—No puedo creer que Marcos robara las piezas...

Por primera vez desde que se habían encontrado para almorzar el rostro de Luz reflejó parte de la inquietud que guardaba en su interior, y Ángel comprendió que su preocupación no era únicamente por la desaparición del profesor, sino porque pudiera haber sido él quién robara el manuscrito y los objetos, motivado por la invocación que creía que contenía el relato.

—Averiguarlo es el trabajo de la policía —dijo, tratando de tranquilizarla—. El tuyo es bajar a los túneles para demostrar la conexión de la cripta con la leyenda de la cueva.

—Cierto. —Los ojos de Luz se iluminaron y mostraron ese brillo que la curiosidad encendía en su mirada—. Aunque no he tenido tiempo para preparar un plano...

—Ya me he ocupado yo de eso —la interrumpió y ella lo miró con severidad justo antes de que él supiera que se había dado por vencida—. No te queda más remedio que dejar que te acompañe, aunque, por supuesto, siempre puedes aplazar la excursión.

Luz intentó protestar, y trató de convencerlo, ya sin esperanza alguna, de que no necesitaba ayuda y era perfectamente capaz de bajar ahí sola. Evidentemente que lo era, pero él no estaba dispuesto a dejarla sola bajo ninguna circunstancia, y mucho menos sabiendo que en cualquier momento un ángel, supuestamente indisciplinado, o un demonio antiguo y descontrolado con demasiadas ganas de notoriedad, pudiera acabar con su vida sin que ella fuera capaz de reaccionar. Ángel disfrutó de destrozarse uno a uno sus argumentos hasta que, finalmente, ella cedió, llegando a reconocer, incluso, que agradecía la compañía en su excursión subterránea.

Cuando salieron del hotel la ciudad estaba prácticamente desierta, caminaron hacia la catedral mientras hacían conjeturas sobre lo que podrían encontrar en los túneles, y él se deleitó saboreando cada una de las emociones de Luz, que iban desde el nerviosismo casi infantil por la aventura hacia la que se encaminaba, hasta el más absoluto de los placeres por saberse entre uno de los pocos afortunados que podría recorrer las entrañas históricas de la ciudad. Disfrutó contemplando los mil y un matices que reflejaban sus ojos, más abiertos y atentos de lo habitual, mientras un sacerdote los acompañaba hasta el acceso a los antiguos pasadizos, escondido en una pequeña sala que usaban como oficina. Se recreó sintiendo como propios el asombro y la satisfacción, sobresaliendo del torbellino de emociones del interior de Luz, cuando atravesó la puerta y descendió los primeros escalones que la llevaban directamente al corazón subterráneo de Salamanca. De inmediato, la concentración se mezcló con sus emociones, mientras seguía descendiendo por el angosto pasadizo, deslizando una mano por el viejo sillar de la pared, en un gesto que él reconoció de inmediato y que le provocó una sonrisa. La siguió de cerca, sosteniendo la linterna y un plano, que no necesitaba en absoluto, hasta que ella, al final, lo dejó pasar delante y él iluminó la pequeña sala con múltiples corredores que se abrían ante ellos.

—¿Te alegras de que te haya acompañado? —dijo, al tiempo que disfrutaba de la expresión de asombro que había regresado al rostro de Luz, que asintió, despistada, mientras observaba las numerosas entradas que se bifurcaban ante ellos en todas direcciones—. Hubo un tiempo en el que desde aquí se podía llegar a cualquier punto

de la ciudad, el resto del camino debería de ser más sencillo —explicó, antes de tomar un pasadizo que, a pesar de los siglos, recordaba a la perfección.

—¿Estás seguro? —la voz de Luz le llegó desde el final de la escalera, donde seguía parada.

—Absolutamente —respondió, divertido.

Se aseguró de que Luz lo seguía antes de continuar caminando. Ella estaba completamente absorta en lo que veía y prestaba atención a cada pequeño detalle, cada marca en la piedra, cada rincón o recoveco. Afortunadamente, ya no había allí abajo cadáveres abandonados, ni pertenencias usurpadas a los pobres infelices juzgados por la Inquisición, pero, aún así, Luz parecía adivinar cada lugar en el que en algún momento se había cometido una barbaridad en nombre de Dios, la Iglesia, o cualquier otro absurdo motivo similar. Él se entretuvo contándole pequeñas anécdotas sobre las intrigas de las que habían sido testigos los viejos muros y procuró no iluminar los lugares en los que aún podían observarse signos de las viejas prácticas de tortura, para evitar que ella se detuviera.

Descendieron por los corredores, que en algunos lugares habían sido tapiados y desviados por necesidades de las nuevas construcciones, y aunque la ruta a seguir no se alejaba demasiado del trazado original, los obligaba a descender más de lo necesario y a entrar en túneles secundarios, más angostos que los anteriores. Luz seguía absorta en el recorrido, aunque el ambiente cada vez más cargado de los viejos pasillos la obligaba a respirar con dificultad, y el calor, cada vez más intenso, la hacía sentir ligeramente incómoda. Ángel aceleró el paso para llegar cuanto antes a los pasillos que de nuevo ascendían, dirigiéndolos hacia su objetivo, donde el aire sería más fresco. En algún momento fue consciente de que Luz se había desorientado completamente y no pudo evitar sonreír cuando sintió su incomodidad al darse cuenta de que se había perdido. Hubiera sido de lo más divertido bromear con ella, fingir que no estaba seguro de qué camino seguir, o hacerle creer que él estaba igualmente desorientado, y que, tal vez, tardarían horas en poder salir de allí, pero dos presencias angélicas demasiado cercanas arruinaron toda la diversión.

No había duda de que esos dos malditos ángeles estaban en los pasadizos, pero no tenía ni idea de qué estaban haciendo allí. Le indicó a Luz que se detuviera, iluminó el pasillo que se extendía frente a ellos, y se bifurcaba a sólo unos pasos, antes de consultar el plano para comprobar la dirección que debían tomar, a pesar de saber perfectamente que sus opciones eran igualmente malas en aquel momento. Uno de los corredores, el de la derecha, descendía para perderse en la intrincada red de túneles, donde el aire viciado y el asfixiante calor serían aún más intensos. El otro pasadizo los llevaba en la dirección correcta, y también conducía, directamente, hacia las dos presencias que había notado. Suspiró, resignado, antes de comenzar a caminar, asegurándose una vez más de que Luz iba tras él.

El pasadizo de la izquierda descendía aún algunos metros más, para conducir a una gran cámara que antiguamente había servido para fines no demasiado lícitos. Decidió no contarle a Luz los detalles de aquella estancia hacia la que se dirigían, notaba su nerviosismo e incomodidad y no había motivo para aumentar su malestar. Desde aquella sala llegarían rápidamente al viejo pasillo de acceso a la cueva. En menos de diez minutos ella habría comprobado su teoría y podrían regresar al exterior, olvidada toda incomodidad. El pasillo se ensanchaba a medida que se acercaban a la cámara y permitió a Luz, que respiraba cada vez con más dificultad, situarse a su lado, sintiéndose más tranquila. Él mismo se sintió reconfortado al tenerla más cerca, justo antes de que sintiera la determinación de los dos ángeles, que estaban frente a ellos, golpearlo con fiereza.

De pronto, todo se precipitó y apenas tuvo tiempo para reaccionar cuando, ante la entrada de la cámara, dos luces intensamente brillantes aparecieron de la nada y se abalanzaron contra Luz, al tiempo que tomaban la forma de dos jóvenes alados blandiendo sus espadas. Ángel no tuvo opción de decidir y, en un mismo y violento movimiento, rodeó a Luz con un brazo, empujándola tras su espalda, a la vez que con el otro tomaba su espada y derribaba a los dos ángeles de un sólo golpe. La intensa luz dorada de ambos seres se intensificó, estallando en un terrible fogonazo al toparse con su espada. El primero de los seres sagrados se fundió con el aire, arrojando un terrible quejido de dolor, el segundo quedó tendido en el suelo, atenuado su brillo mientras perdía lentamente su corporeidad.

Notó el cuerpo de Luz tensarse contra su espalda y la liberó de su abrazo, a la vez que se apartaba rápidamente de ella. No había nada que pudiera hacer para protegerla después de que hubiera presenciado la macabra escena, salvo apartarse de ella y permitir que sacara sus propias conclusiones. Se recostó contra una pared, tratando de calmar su espíritu, resignándose ante un desenlace que a toda costa hubiera querido evitar, a la vez que sentía el nerviosismo en el alma de la mujer, mezclándose con el asombro, la angustia y la incredulidad, mientras intentaba comprender lo que había sucedido, y se sintió aliviado al comprobar que, al menos, no había miedo en su interior.

Luz caminaba junto a Ángel y distinguió frente a ella lo que parecía una sala algo más amplia e iluminada que los pasillos que habían dejado atrás, pero no tuvo tiempo de alegrarse por ello porque, súbitamente, sintió como él la empujaba con brusquedad, situándola detrás de su cuerpo. Estuvo a punto de perder el equilibrio y caer por su embestida, pero él la aferró firmemente con un brazo contra su espalda, a la vez que el lugar se iluminaba con increíble intensidad, cegándola, y un terrible sonido retumbaba en las antiguas paredes. Se quedó inmóvil, aferrándose a Ángel, paralizada. No sabía qué estaba pasando, la luz la había cegado y no podía ver nada.

Todo su cuerpo estaba en tensión, esperando algo que no llegaba a suceder. Por un instante pensó que el techo se les caería encima, sepultándolos, pero enseguida entendió que, fuera lo que fuera que acababa de pasar, no había sido una explosión, ni un movimiento de tierra. Aquello era otra cosa.

Estaba empezando a recuperar la visión cuando Ángel la soltó y se apartó bruscamente de ella. Tropezó con la linterna, que estaba en el suelo, apagada, y se quedó paralizada al ver a sus pies un cuerpo tendido en una postura antinatural. Todavía estaba deslumbrada por la explosión de luz y pensó que la vista la engañaba. Aquel hombre estaba desnudo, tumbado ante ella sobre una especie de tejido blanco y grueso, y parecía desprender luz. Sin apartar la vista de él, recogió la linterna y trató de encenderla, sin éxito. Se frotó los ojos en un vano intento por recuperar completamente su visión y buscó a Ángel con la mirada, pero no encontró lo que esperaba. Él estaba de pie, apoyado en una pared, con la cabeza inclinada y la vista fija en el suelo, con la misma postura despreocupada e insolente que tantas veces había visto en él. Sostenía algo en su mano que desprendía un brillo rojizo, y no parecía sorprendido ni por lo ocurrido ni por la presencia del hombre tendido frente a ellos, al que ni siquiera prestaba atención. Luz se obligó a recuperar el control de su cuerpo y se arrodilló junto al cuerpo retorcido ante ella.

—¿Qué le ha pasado? —balbuceó.

El hombre abrió los ojos y los fijó en ella, eran azules e increíblemente brillantes. No respondió, pero estaba vivo, aunque pareciera imposible por la posición de su cuerpo, con los miembros retorcidos, y la cantidad de sangre que lo cubría. Trató de levantarlo, sin conseguirlo, y miró a Ángel, que seguía inmóvil en la misma posición.

—Ángel —llamó, con la voz temblorosa, pero no obtuvo respuesta.

Hizo otro esfuerzo por tratar de incorporar a aquel hombre, que la miraba con desesperación. Sus ojos parecían inmensos y luminosos. Se desconcertó al notar como el brillo que parecía brotar de su cuerpo, de pronto, se intensificaba. No tuvo dudas de que, de algún modo, la luz que llenaba la sala, provenía del cuerpo desnudo ante ella, y sintió un temblor recorriendo su espalda mientras hacía un nuevo esfuerzo para incorporarlo. En esta ocasión el hombre respondió a su empuje y se levantó levemente, dejando escapar un terrible quejido, al tiempo que su cuerpo brillaba, aún con más intensidad. Al incorporarse arrastró con él el tejido ensangrentado sobre el que estaba tendido y Luz quiso separarlo de su cuerpo. Era espeso y pesado, de un suave material de un tacto similar al algodón, o a las plumas. Levantó ligeramente la espalda del hombre para retirarlo, y se estremeció ante el contacto de la textura endurecida y extrañamente clavada en el centro de la espalda.

—Ángel, ¿qué ha pasado? ¿qué es esto?

No se atrevía a mirar la espalda ensangrentada del hombre que sostenía entre sus brazos, y que le resultaba más ligero a cada momento mientras la luz que desprendía

su cuerpo parecía aumentar. Estaba en estado de shock, pensó, y buscó de nuevo con la mirada la ayuda de Ángel, que ahora la miraba fijamente, desde la misma posición en la que había estado todo el tiempo, en silencio. El hombre, en sus brazos, parecía desvanecerse a la vez que la luz dorada que desprendía se volvía cada vez más hermosa e intensa, iluminando la cámara, arrancando violentas sombras en las esquinas y a la silueta de Ángel, dándole un aspecto siniestro. Luz deseaba encontrar una explicación para lo que estaba pasando, pero sus sentidos le decían que no había explicación más allá de lo que estaba viendo. Reunió todo el valor que pudo y, mientras bajaba la mano que tenía apoyada en la espalda de aquel brillante ser, se obligó a mirar lo que antes ya había notado.

—¡Oh, Dios mío! —dijo con un grito profundo y casi desesperado.

Aquel ser no estaba tumbado sobre ninguna tela ensangrentada, sino sobre sus propias alas. Miró a Ángel, sin ser capaz de decir ni una palabra, buscando una explicación, la que fuera, a lo que acababa de ver, pero él simplemente la miraba, inmóvil, iluminado por la luz dorada que salía del cuerpo que ella sostenía, y que endurecía sus facciones, incrementando la expresión severa de su rostro. Los ojos, fijos en ella, brillaban llenos de angustia y, por un instante, creyó ver en ellos una inmensa profundidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, de nuevo, con un hilo de voz.

Él no contestó ni varió su postura, únicamente continuó mirándola, con una expresión que no reconocía, entre el horror y la rabia. La luz dorada que inundaba la estancia vibró con una nueva intensidad y oyó una voz suave, melódica, y llena de dolor.

—Lu-ci-fer —murmuró el ser al que sostenía, que parecía ya más etéreo que material, mientras señalaba a Ángel con un dedo, manteniendo la mirada fija en ella.

Los ojos de Ángel se abrieron desmesuradamente, terribles, y lo que antes pensó que era profundidad en su interior le pareció un abismo insondable. Sintió una fría corriente recorriendo su cuerpo de arriba a abajo cuando el ser al que había estado sosteniendo se desvaneció en sus brazos, fundiéndose con la luz que su propio cuerpo había emanado hasta aquel mismo instante, sin dejar rastro alguno de su presencia más allá de la sangre que manchaba sus manos. Él había utilizado sus últimas fuerzas para pronunciar aquella única palabra, que le había helado la sangre, dejándola paralizada.

—¿Ángel?

No era capaz de levantarse, ni de moverse, pero algo la empujaba a hablar. Tal vez, porque se negaba a creer lo que estaba pasando o, quizás, porque quería una respuesta, una confirmación, de lo que acababa de ver. La luz dorada que iluminaba la cámara iba perdiendo rápidamente intensidad, sumiéndolos en la negrura, y permitiéndole distinguir a la perfección el objeto que sostenía Ángel, y que parecía

rodeado de tenues y sinuosas formas luminosas, que subían por su mano, diluyéndose en su piel, penetrando en ella. Se sorprendió del parecido entre aquel objeto y las dos piezas de plata grabadas con signos celestiales de la colección de la Casa de las Muertes y, de pronto, todo en su mente cobró sentido. Él la miraba fijamente, aún sin hablar, y ella reunió un valor, que no sabía que tenía, para levantarse y enfrentarse a lo que estaba sucediendo.

—¿Lucifer? —consiguió preguntar—. ¿Es ése tu nombre?

—Tengo muchos. Tantos como pueblos ha habido en este mundo.

La voz de Ángel fue sólo un susurro, aunque lleno de un dolor que la desconcertó, mientras que el brillo dorado que había iluminado el lugar se consumía por completo. Todo el valor que había sentido se esfumó cuando escuchó aquellas palabras, y el silencio y la oscuridad se ciñeron sobre ella. No era capaz de moverse, ni de hablar. Su mente le decía que nada de aquello era posible, pero, al mismo tiempo, todo su ser le indicaba lo contrario.

—¿A qué esperas?

La voz de Ángel la cogió por sorpresa, sobresaltándola. Era suave, aunque con un matiz distinto, que no reconocía. No pudo contestar.

—¿No vas a acribillarme a preguntas? —preguntó de nuevo él, con una mezcla de rabia y burla en la voz—. ¿Qué pasa? ¿Acaso tienes miedo?

Era incapaz de responder, estaba paralizada y, aunque no podía verlo, sabía que él tampoco se había movido.

—No, no es miedo —continuó Ángel—. La mayoría en tu lugar ya se habrían desmayado. Los más valientes habrían salido corriendo. Tú, en cambio, permaneces aquí. —Hizo una pausa, que le pareció eterna, antes de continuar hablando con voz más profunda, aunque con cierta suavidad—. Siento tu curiosidad, Luz. También la lucha en tu interior. Así que, dime, qué ocurre.

Notó el aire moverse a su alrededor y su piel reaccionó, erizándose. Sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad, pero no lo suficiente como para ver qué ocurría. Quiso ser capaz de moverse, de chillar, de hablar, pero no podía. Simplemente, era incapaz de creer lo que había visto, lo que había oído, aunque una parte de ella, que no reconocía, la obligaba a admitir la verdad que tenía ante sí misma.

—Ya veo —oyó la voz de Ángel ligeramente más lejana, se había movido—. ¿Es la oscuridad? Eso tiene fácil arreglo.

Una bella luz azulada creció paulatinamente, iluminando la cámara que se abría frente a ella, y lo vio, de pie en medio de la sala, mirándola fijamente. Sin saber cómo, consiguió moverse y adentrarse en la enorme cámara, avanzando hacia él.

—¿Mejor? —preguntó Ángel, con media sonrisa orgullosa en el rostro—. Bien, pues, dispara.

Ella seguía sin poder hablar, sólo podía contemplar al hombre que tenía delante, el mismo que conocía, al que había besado, con el que se había acostado, pero que ahora le parecía tan diferente. Su rostro estaba crispado, endurecido, y sus ojos parecían encerrar en su interior todo el odio y la ira del mundo. Toda la belleza que había contemplado en él, le pareció en aquel momento incluso mayor, sobrenatural. Sintió miedo, pánico, pero de inmediato, el objeto que él continuaba sosteniendo, despreocupado, mientras aquellas extrañas sombras rojizas ascendían por su brazo, llamó su atención, y todo su miedo se transformó en incredulidad primero, y curiosidad después.

—¿Qué ocurre, Luz? —La voz de Ángel se suavizó, llenándose de nuevos y extraños matices—. ¿El escepticismo te impide saciar tu curiosidad?

No era capaz de apartar la mirada de Ángel, que comenzó a caminar por la cámara con movimientos lentos y elegantes, al tiempo que intercalaba miradas hacia ella y hacia el techo, como si buscara en el aire las respuestas que ella no le daba.

—No me fastidies, Luz —dijo al final, deteniéndose y fijando en ella su mirada con una asombrosa intensidad—. Tú, no. De cualquier otro humano no esperaría más que esto. ¿Qué digo? Esta reacción sería ya todo un logro —hablaba bajo, casi para sí mismo, pero la irritación que se filtraba en su voz daba a sus palabras una fuerza terrible. Comenzó a caminar de nuevo, dándole la espalda—. Pero tú no eres así. No puedes engañarme, te conozco.

—¿Qué ha pasado? —lo interrumpió ella, sin saber muy bien de dónde había sacado el valor para hacer aquella pregunta.

Ángel se detuvo en seco al oír su voz.

—Eso está mejor. —Se giró para mirarla, con una ligera y terrible sonrisa que la abrumó—. He matado a dos ángeles —añadió, alzando ligeramente una ceja, con una mueca burlona de escrutinio.

—¿Por qué?

—No hay sólo un motivo.

—Estoy convencida de ello —respondió, con todo el aplomo del que fue capaz.

—Eran ángeles, Luz. Piensa en quién soy y tendrás la respuesta.

—Ese es un solo motivo.

Ángel rió con ganas.

—¿Ves? Esta es la Luz que me gusta —exclamó, al tiempo que ella lo miraba fijamente tratando de no mostrar la inquietud que sentía, aunque él pareciera conocer cada una de sus emociones—. Querían matarte —añadió, con una repentina y fugaz seriedad—. Algo has hecho que no les gusta.

La mente de Luz se puso a funcionar, dejando de lado todos los miedos e inseguridades, y juntando todas las piezas del que, hasta aquel momento, le había parecido un rompecabezas imposible. Ángel la miraba, divertido, apoyado contra una



pared, con ese gesto insolente que tan bien conocía, y que en aquel momento parecía cobrar un nuevo significado, terrible.

—Es el manuscrito —afirmó ella.

Ángel sonrió, con una mezcla de satisfacción y curiosidad, pero permaneció en silencio, escrutándola con la mirada.

—¿Por eso estás aquí? —preguntó, aunque no sonó en absoluto como una pregunta, sino como una rotunda afirmación—. ¿Qué hay en él tan importante?

—El manuscrito es un motivo, sí —contestó, claramente complacido por la pregunta—. No el único. Nunca hay sólo un motivo, ya te lo he dicho. La importancia que tiene, más allá de la genialidad del autor —apuntó, y su voz se volvió burlona mientras se agachaba en una sutil reverencia— es, simplemente, que no quieren que se dé a conocer mi versión de los hechos.

—Nunca hay sólo un motivo.

Luz escupió con rabia las palabras que Ángel acababa de repetir, y él sonrió, divertido.

—¡Eso es! —dijo con satisfacción—. Eres increíble, Luz. Única entre los tuyos, te lo aseguro, y puedes creerme, he conocido a muchos. —Ángel empezó a andar de nuevo, de un lado a otro de la sala, pensativo—. Tal vez si quinientos años atrás hubiera encontrado a alguien como tú...

—No me has contestado —lo interrumpió ella otra vez.

—Cierto. —Se detuvo ante ella, dejando unos pasos de distancia entre ambos, a la vez que su rostro recuperaba al instante la misma expresión dura e irónica—. Digamos que la versión de los hechos que escribí está un poco edulcorada. —Sonrió—. Y además, Él no es muy partidario de dar a conocer demasiados datos sobre la Creación.

—¿Datos sobre la Creación?

—Vamos, Luz, puedes hacerlo mejor. Eso apenas es una pregunta —dijo y sus ojos brillaron inmediatamente con comprensión—. ¿Estás incómoda aquí? Ciertamente, el aire está muy viciado y hace calor, aunque no se me ocurre un lugar mejor donde mantener esta conversación.

Ángel pareció dudar un instante, recorriendo con la vista la enorme cámara y, de inmediato, Luz notó cómo descendía la temperatura y el ambiente se suavizaba, permitiéndole respirar con más facilidad.

—¿Mejor? —preguntó, y ella no pudo más que asentir ante su propia estupefacción, sin ser capaz de apartar su mirada de él, que, otra vez, había fijado en ella sus ojos.

—Lo cierto, es que no tenía ninguna intención de que esta conversación tuviera lugar. Lo último que quería era esto, te lo aseguro, aunque, por otro lado, una parte de mí deseaba contártelo todo. —Comenzó a caminar de nuevo, de un lado al otro de la

sala, nervioso—. Ya te lo he dicho antes, eres única. La tentación de tener esta conversación era enorme, pero sabía que no me lo podía permitir. Ahora ya está. Tampoco es que haya tenido elección, pero, en fin, tenemos todo el tiempo del mundo para saciar tu curiosidad y mi soberbia...

—Habla por ti —reprochó ella con dureza.

—Eres increíble —exclamó y se detuvo de nuevo ante ella, manteniendo la distancia—. Acabas de ver un ángel con tus propios ojos, y estás frente a mí ahora, hablando de lo Divino y lo humano, y aún dudas de la inmortalidad de tu alma. Definitivamente, increíble.

—He visto a un ángel, sí, pero le he visto morir —respondió ella, con rabia—. Y tú mismo acabas de decir que quería matarme ¿qué tipo de ángel querría matar a nadie?

Ángel negó con la cabeza, pensativo, sin dejar de observarla.

—Supongo que esa no era la mejor manera de empezar. La muerte tiene un significado distinto para ti que para mí.

—¿Puedes morir? —preguntó, interrumpiéndolo, llevada por su curiosidad.

—Técnicamente, no. Tampoco los ángeles, ni tu alma. La muerte es un concepto natural y por lo tanto afecta al cuerpo, no al espíritu.

—Tú tienes cuerpo —dijo, señalándolo.

—Llamémoslo forma corpórea —explicó él—. En todo caso no es algo natural, no es de este mundo. En mi esencia está la capacidad de adoptar diversas formas, esta es sólo una de ellas. A Su imagen y semejanza —añadió con sorna, entornando los ojos y enfatizando sus palabras al referirse a Dios, con un deje de burla—. Casi Divino, casi humano.

Luz lo miró en silencio, interrogándolo, mientras trataba de ordenar en su mente sus palabras, queriendo otorgarles un sentido que la ayudara a comprender.

—Dilo —exigió él, adivinando su pensamiento, leyéndolo tal vez.

—¿Divino?

—Soy lo que soy, Luz —respondió, y sus ojos reflejaron por un instante todo el dolor y la pena que no había en su voz—. Aunque esté condenado.

—¿Y qué eres? —preguntó ella casi en un susurro.

Ángel suspiró y se dejó caer en el suelo, sentándose apoyado contra la pared y soltando a su lado aquel objeto, que aún desprendía leves sombras anaranjadas, que se retorcían, como si quisieran buscar su cuerpo, antes de fundirse con el aire.

—El primer ser que Él creó —contestó, señalando con un leve movimiento de cabeza hacia arriba, repitiendo el gesto burlón y el tono musical al referirse a su Creador—. Un experimento que salió mal, visto lo visto. Después, mejoró la técnica.

No podía más que mirarlo en silencio, escuchando sus palabras y debatiéndose entre la incredulidad y el desconcierto.

—Está bien, le echaré un cable a tu mente racional —concedió él, con socarronería—. Soy el *bang*, del *Big Bang*. La puñetera luz que llenó el universo antes incluso de que existiera. El resultado de una jodida explosión de energía cósmica. El orden después del caos. Etcétera. Etcétera. Etcétera.

Ángel hablaba lentamente, con la voz fría y llena de sarcasmo, recreándose en cada una de sus palabras, y la realidad de aquel hombre, aquel ser, más antiguo de lo que era incluso capaz de imaginar, la sobrecogió. Pero en lugar del miedo fue la curiosidad la que se adueñó de ella, impulsándola a querer saber más, a comprender algo que estaba más allá de todo lo que consideraba posible y real.

—¿Qué hay en el manuscrito que es tan importante?

Él la miro con una expresión que no supo identificar y que provocó que un nuevo estremecimiento recorriera su espalda.

—Si tú estás aquí por él, si dos ángeles han intentado matarme... —continuó hablando, negando con la cabeza, forzándose a seguir mientras trataba de disimular la incredulidad que se filtraba aún en sus palabras, aunque todo su ser le indicaba que nada de lo que estaba pasando era irreal—. No creo que todo esto sea sólo porque hemos encontrado el maldito manuscrito.

—Evidentemente, no —contestó él, con satisfacción, levantándose del suelo con un movimiento ágil y rápido—. Al menos, ya no. Hace quinientos ochenta años mi manuscrito fue motivo suficiente para que las malditas huestes celestiales se movilizaran al completo. —Resopló con un exagerado gesto lleno de incredulidad mientras comenzaba a caminar de nuevo, de un lado a otro de la sala, con movimientos lentos y elegantes, mientras gesticulaba con teatralidad, aumentando el sentido de sus palabras—. Actualmente, ya nada hay en esos puñeteros papeles, que, por cierto, jamás debí escribir, que pueda implicar cambio alguno para vosotros. De acuerdo, es posible que ellos no quieran que sepáis mi versión de los hechos pero, dime, ¿quién hoy en día la creería? ¿Qué cambiaría? —preguntó y se detuvo un instante, fijando sus ojos en ella, que creyó reconocer en ellos una ira infinita escondida detrás de toda su ironía—. ¡Absolutamente nada! —se respondió y echó de nuevo a andar, más rápido, con rabia—. Y los cuatro trucos alquímicos que contiene, ¡bah, bobadas! Vosotros solitos habéis inventado la jodida bomba nuclear, las armas bacteriológicas, químicas, virales... Debo reconocer que habéis llegado a sorprenderme con vuestro puñetero afán de destrucción. —Resopló de nuevo y la miró fugazmente antes de continuar—. El asunto de la Creación, y el maldito misterio de la vida que tanto os inquieta, también conseguiréis resolverlo, tarde o temprano, no vais mal encaminados. Es sólo una cuestión de tiempo...

—¿Entonces, qué?

Ángel caminó hacia ella, mirándola con lo que pensó que era satisfacción u orgullo, y se dejó caer, sentándose en el mismo lugar de antes, junto a aquel objeto

plateado que seguía en el suelo, brillando y desprendiendo las mismas sombras anaranjadas, que de nuevo parecían buscarlo para envolverse en él.

—Me equivoqué —confesó, con media sonrisa, clavando en ella sus ojos con asombrosa intensidad—. Jamás debí dejar un testimonio escrito de mi puño y letra, algo tan mío que podría utilizarse en mi contra. No pensé en el riesgo, sólo en la necesidad de transmitir el mensaje, y en vista de que a los malditos arcángeles no les hizo gracia que ejerciera de profesor, se me ocurrió la que ha sido, con diferencia, la peor idea de mi existencia.

—¿Por qué? —insistió Luz, cuando él se quedó, de pronto, callado y con la mirada perdida, mientras trataba de asumir la verdad escondida en todas las leyendas que la habían llevado a encontrarse en aquella cámara, ante aquel ser que hasta sólo unos instantes antes pensaba que no podía existir.

—Me robaron el jodido manuscrito —dijo, sonriendo con una mezcla de ironía y diversión pero aún con un ligero brillo de rabia en los ojos, que continuaban fijos en ella—. Sí, no te sorprendas, los santos arcángeles, cuando se trata de salirse con la suya, hacen lo que sea. —El rostro de Ángel se relajó y toda sombra de diversión desapareció cuando continuó hablando, otra vez con los ojos llenos de recuerdos—. Gabriel tuvo una genial idea, la única buena en toda su existencia, debo añadir, y creó un sello. Un puñetero sello sagrado, que no sólo me impide acercarme al manuscrito, sino que también añade una nueva condena sobre mí, al parecer, poco condenado ser —explicó, y la rabia y el odio, que había contenido, asomaron de nuevo en su mirada, fija ahora en el vacío—. Y por primera vez, en más tiempo del que eres capaz de comprender, los arcángeles tuvieron algún tipo de poder sobre mí. —Suspiró—. Gabriel, en un alarde de genialidad, que, seguramente, no se volverá a repetir jamás, procuró que todos ellos pudieran manipular el dichoso sello que puso sobre mi espíritu y mandarme, con un solo gesto, al más horrible de los abismos, o si lo prefieres, —la miró de pronto, con un gesto terrible— al jodido Infierno.

—Pero si no puedes acercarte al manuscrito...

—Vosotros, al encontrarlo, rompisteis los dos primeros sellos, el que protegía la cripta y el del cofre. —Ángel la interrumpió—. El tercero está directamente sobre el manuscrito, y tú, al fotografiarlo, lo has dividido. Lo has debilitado. Ahora, al descubrir la verdad, al preguntarme y permitirme contarte lo que de otra manera no podría decirte, lo has atenuado incluso más.

Luz se estremeció al pensar en la implicación de sus propios actos y él sonrió.

—Tranquila, de momento sigo igual de jodido y condenado, si es eso lo que te preocupa...

—¿Qué efecto tienen exactamente esos sellos? —consiguió preguntar, mientras trataba de comprender lo que él le contaba.

—Me anulan —confesó, dejando caer hacia atrás la cabeza, apoyándose en la

pared, y por primera vez Luz creyó ver en él al mismo hombre que antes pensaba que era—. Cuando fui expulsado del Paraíso dejé de ser yo. En realidad, dejé de ser cualquier cosa más allá del dolor y la ira. No sé cuánto tiempo pasó hasta que, por decirlo de algún modo, me recompuse. No hay nada con lo que pueda compararlo para que lo entiendas, pero podría resumirlo como un tormento tal que no te permite existir más allá del propio dolor. El genial invento de Gabriel me hace revivir ese momento como si volviera a suceder una y otra vez hasta la extenuación. Sólo el hecho de rozar algo que esté protegido por el sello, o de tratar de contar algo que no deba, me manda directamente al maldito Infierno por tiempo indefinido... —Respiró profundamente, irguiéndose y fijando de nuevo los ojos en ella, llenos de una nueva luz—. De hecho, podría decir que, durante los últimos tres siglos, he estado perdido en ese genial Infierno que se sacó de la manga Gabriel, como si no fuera suficiente la maldita condena eterna que no tengo más remedio que soportar.

La voz de Ángel era fría y sarcástica, aunque Luz creyó sentir la tristeza que encerraban sus palabras. Aquel ser sentado en el suelo, con aire despreocupado, podía ser el mismísimo Lucifer, pero ella en aquel momento no veía más que al hombre en el que hasta entonces había confiado con los ojos cerrados, y se acercó a él, sintiendo la repentina e inexplicable necesidad de tenerlo cerca. Se detuvo a su lado, más cerca de lo que habían estado desde que todo su mundo se desmoronara en el pasillo de acceso a aquella sala, y lo miró, indecisa, y él agachó la cabeza, con un gesto cercano a la incomodidad.

—Ángel —llamó. Él levantó la vista al oírla y ella creyó leer una súplica en su mirada—. Lucifer...

Él sonrió.

—Durante siglos he sido capaz de matar al oír ese nombre. Yo mismo hace milenios que no lo he pronunciado. De hecho, no puedo. No imaginas el dolor que me provoca el mero hecho de decir mi nombre. Pero oírtelo decir a ti... —Suspiró—. No sabes cuánto tiempo he esperado encontrar a alguien como tú. El don que Él me dio, se convirtió en mi propia condena. —Los ojos de Ángel, fijos en los suyos, brillaban con una especial intensidad que la sobrecogió—. Incluso existir privado de Su Gracia es soportable en comparación con la soledad absoluta que supone que no te comprendan ni tus semejantes.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó, interrumpiéndolo.

—El tiempo como tal no existe para mí, Luz —dijo con condescendencia y una ternura que hasta aquel momento no había mostrado.

—Comprendo. Una sucesión de actos. *Aevum* —lo interrumpió ella de nuevo, sosteniéndole la mirada, queriendo comprender—. Pero a pesar de eso sí puedes calcular el tiempo natural, lo has hecho —dijo, y él asintió, satisfecho—. ¿Cuánto?

—Lo cierto es que he perdido la cuenta, pero aproximadamente coincide con el

momento de la creación de tu especie. ¿Unos cincuenta millones de años?

Asintió, abrumada por la fecha, y se dejó caer en el suelo, sentándose ante él, que continuaba mirándola fijamente, con una expresión entre tierna y atormentada.

—Antes has dicho que no podías morir —dijo y él asintió—. ¿Y los ángeles a los que has...? —dudó, interrumpiéndose, incapaz de terminar la frase.

—Hay algo parecido a la muerte, una especie de existencia sin consciencia, vacía. Pero es temporal, el espíritu renace en un nuevo ser, que, en esencia, no deja de ser el mismo que el anterior. La energía no puede destruirse.

—Se transforma —dijo, pensativa—. ¿Una especie de reencarnación del alma?

—Algo así, salvo para mí —escupió las palabras con furia—. Es otro privilegio que me ha sido negado. Parte de mi particular condena. El resto de ángeles caídos, los que me siguieron —explicó, al ver su expresión de duda— fueron igualmente condenados, pero no en los mismos términos que yo. No habría sido justo. Ellos sí pueden morir y transformarse en un nuevo ser, aunque, por supuesto, no es de lo más fácil matar a un ángel.

—Pero antes...

—Ya te he explicado que soy un experimento fallido. Nada de lo que es válido para el resto lo es para mí —la interrumpió—. Soy el primero de los de mi clase y, en cambio, único en mi especie. —Hizo una pausa, pensativo, antes de seguir hablando, recuperando la rabia y el sarcasmo que antes había habido en su voz, pero que reflejaba ahora también cierto matiz de tristeza—. Él me creó el primero y se excedió, en todo. No sólo le ayudé en la Creación, sino que me dotó con el don de la sabiduría, una sólo por debajo de la Suya. Y aunque suene mal que lo diga yo —rió, irónico— me hizo más bello que a los demás. No contento con eso, me hizo especialmente poderoso y, por si fuera poco, me dio esta espada para poder usar ese poder...

Luz fijó la vista en el familiar objeto que no había dejado de llamar su atención. Estaba ante ella, en el suelo, desprendiendo aún esa extraña luz que le daba un aspecto tan bello como siniestro. Ángel lo cogió y se lo tendió, pero no se atrevió a cogerlo, asombrada al ver como las sombras anaranjadas que brotaban del metal se envolvían en torno a su mano, fundiéndose con él.

—Para ti no es más que una barra de plata, estaño y algunos metales que eres incapaz de imaginar —susurró, acercando aún más a ella la espada que sostenía sobre la palma de la mano—. No puede hacerte daño, no tiene poder en tus manos, no es un arma de este mundo.

—Es hermosa... —Luz tomó la espada de su mano y las brillantes formas que hasta aquel momento habían envuelto la mano de Ángel se enredaron en la suya, provocándole una sensación eléctrica y extrañamente familiar al rozar su piel—. ¿Por qué...?

—Es parte de mí —explicó, intuyendo la pregunta que ella no había sabido cómo formular—. Mi energía, mi espíritu, como lo quieras llamar... —Desvió la mirada de ella, fijándola en el suelo, y por un segundo creyó atisbar en él algo lejanamente parecido a la timidez—. Es la primera vez que veo algo así, te reconoce, supongo —concluyó, con un leve encogimiento de hombros.

Asintió, incapaz de hablar, absorta por la sensación que le provocaba el roce de aquellas formas inmateriales sobre su piel. Con un enorme esfuerzo trató de concentrarse, obligando a su mente a pensar en el objeto que sostenía, observándolo y asombrándose con cada detalle. El parecido con los dos objetos que habían encontrado en la cripta era indudable, aunque el que ahora sostenía en sus manos era bastante más pesado, y el metal, perfectamente limpio y cuidado, parecía diferente. Con delicadeza deslizó un dedo sobre las finas marcas que lo decoraban y las lenguas de luz se enrollaron a su alrededor, como si su piel fuera un imán para ellas, y sonrió.

—No es la primera que ves, aunque esta es algo diferente. —Luz levantó la vista y se encontró con los ojos de Ángel, que la miraba con satisfacción, casi con orgullo.

—Las dos que había en la cripta tenían grabado el nombre de dos arcángeles —dijo y él asintió, observándola con curiosidad—. Estos signos son muy parecidos. —Dudó, y dibujó de nuevo las finas líneas con el dedo, disfrutando de la sensación de las lenguas de luz al fundirse con su piel—. ¿Esto es...?

—Mi nombre maldito —susurró él, con media sonrisa, con la mirada ahora en sus manos que seguían acariciando la espada—. Digamos que la adaptación más próxima a la versión celestial es un antiguo nombre hebreo...

—Heylel —dijo, y su voz fue sólo un susurro que expresó en voz alta su pensamiento cuando comprendió que él no podía pronunciar aquella palabra. Esa idea provocó que le diera un vuelco el corazón y, por primera vez, la comprensión de lo que estaba viviendo la sobrecogió, obligándola a creer como jamás antes lo había hecho.

Sus ojos se encontraron con los de Ángel, que la observaba en silencio, con una expresión que no reconoció. Seguía recostado en la pared, con un brazo apoyado sobre una de sus piernas ligeramente doblada, en una postura despreocupada. El cabello lacio caía a ambos lados de su rostro, levemente inclinado, ocultándolo parcialmente y resaltando aún más el intenso verde de sus ojos. En aquel momento fue plenamente consciente de la naturaleza de aquel extraordinario ser y las preguntas se agolparon en su mente, paralizándola de nuevo, y creyó ver las sombras anaranjadas de la espada vibrar sutilmente por un instante, antes de envolverse de nuevo alrededor de su piel.

—¿Por qué? —consiguió preguntar, sin apartar de él su mirada, recordando la historia del manuscrito—. ¿Fue por nosotros?

—Nunca hay sólo un motivo —contestó Ángel, forzando una sonrisa y asintiendo

—. Ese fue el detonante, al menos, aunque todo es en realidad más complejo. Imagina por un segundo que eres el ser más inteligente y sabio que ha existido, sé que a pesar de tu absoluta falta de soberbia no te será difícil —explicó, levantándose de un salto para empezar a andar de nuevo, recorriendo la cámara con lentitud, y el suave tono que hasta ese momento había tenido su voz se endureció, dotando de nuevo a sus palabras de furia e ironía—. Ahora imagina que toda esa inteligencia y sabiduría te son del todo inútiles porque no tienes libertad para usarlas. No puedes decidir cómo actuar, casi ni qué pensar. Te aseguro que es un tormento, prácticamente como una condena. Esa era una disputa constante. Yo pedía, Él negaba, yo volvía a pedir, Él seguía negando... —Aceleró el paso, caminado con distraída elegancia y la mirada perdida, mientras enfatizaba con sus gestos su relato, lleno de rabia—. Luego os creó a vosotros y, cuando os vi, no sé lo que me pasó, Luz, por primera vez en mi existencia lo entendí todo como nunca antes, y me maravillé ante la perfección de vuestra naturaleza.

—¿Nuestra perfección? —lo interrumpió, sorprendida por la veneración con la que había pronunciado aquellas palabras.

—Por supuesto —dijo, al tiempo que se paraba ante ella, que permanecía sentada en el suelo, observándolo, aún con la espada en sus manos—. En comparación con vosotros, nosotros no somos más que un boceto. Nuestra existencia es lineal, llana. No aprendemos, no mejoramos, simplemente somos, tal y como Él nos ha creado. El ángel misericordioso lo es y punto, no deja de serlo, tampoco mejora. Vosotros, en cambio, ni te lo imagináis. Aquí, en este mundo, sólo veis parte de vuestro camino, pero nunca dejáis de aprender, vuestra capacidad es casi infinita. Al igual que aquí, en el Paraíso podéis ser desde simples almas hasta el más puro de los ángeles. Podrías resumirlo como que nosotros somos una línea simple, recta, vosotros un círculo, una espiral.

No podía dejar de mirarlo, absorta en su explicación, incapaz de calibrar todo lo que implicaba.

—Y además os hizo libres —añadió, casi en un grito, al tiempo que volvía a echar a andar—. Claro que nosotros para nada queríamos el libre albedrío, incapacitados para el cambio o el aprendizaje, no era más que una cuestión de capricho. Pero para vosotros era imprescindible, parte de vuestra esencia. Él lo sabía y os lo otorgó. Y en cambio os negaba el conocimiento. No lo podía entender. Unos seres tan perfectos condenados a ser poco más que monos... Yo os observaba, indefensos en un clima hostil, casi bestias. La Creación perfecta desaprovechada. No podía dejar de contemplaros. Me obsesioné. Y así descubrí algo que no esperaba de ninguna manera. Teníais una inmensa capacidad para amar. Erais poco más que animales, apenas caminabais aún erguidos, pero amabais de un modo que parecía imposible. Y sufríais. No comprendíais la muerte, o el dolor. De hecho, no comprendíais nada. Y ocurrió.



Luz lo miraba perpleja, extasiada por sus palabras y atónita por su contundencia, con la incredulidad aún golpeándole el pecho, aunque todo su ser la impulsaba a creer.

—Lo cierto es que Él lo supo desde el instante en que me creó —Ángel siguió hablando, inmóvil ahora en mitad de la sala, con la mirada perdida y la voz llena de un terrible sarcasmo y una rabia antigua, que se incrementaba por el tono de burla que adquirirían sus palabras cada vez que se refería a Dios, entonándolas casi como una cancioncilla—. No dudo ni un instante de que era parte de Su plan. Ese fantástico plan secretísimo que de momento no ha dado ningún buen resultado visible y del que, como todos los demás, no soy más que un eslabón de la cadena.

—¿Qué pasó? —Luz no pudo contener la curiosidad, y él sonrió hacia ella, con satisfacción, calmándose como si de pronto hubiera recordado que no estaba solo.

—En realidad, no lo sé con certeza —explicó—. Fue un golpe, súbito, que me atravesó, rompiendo todas las cadenas que hasta entonces me habían atado. De pronto, mientras os observaba como siempre, todo se precipitó y sentí, para que puedas entenderlo, como si mi ser aumentara su volumen, como si creciera. Después supe que era mi poder ampliándose, entonces simplemente me asusté. —Rió, mirándola por un instante antes de continuar—. ¡Oh, sí! Me asusté muchísimo. Lo peor es que sentía miedo de mi propia esencia, de mí mismo, hasta que noté que las ataduras que me habían sujetado hasta el momento se rompían y por primera vez sentí la libertad. ¿Cómo te explico eso? —Ángel dudó, fijando de nuevo la vista en ella—. Supongo que podría decirse que la sensación, a escala humana, sería similar a la de esnifar cocaína por primera vez. Y no me digas que con eso no te haces una idea. —Rió de nuevo, pero en esta ocasión su expresión fue siniestra, terrible—. Conozco tus pecados como los míos propios.

Luz calló, inmóvil.

—Cuando comprendí lo que había sucedido, y no te creas, me costó lo mío, no me lo pensé dos veces e hice lo que fui creado para hacer. —Ángel volvió a echar a andar de un lado a otro de la cámara, más rápido que antes, endureciendo de nuevo el tono de su voz—. Y eso, por cierto, viene a confirmar mi teoría sobre Su plan. Por qué demonios habría creado si no a un ser cuya única misión, más allá de adorarle, como no, es otorgar el don del conocimiento. Pues bien, eso hice. Os di el conocimiento, que permítame que te lo diga, habéis desaprovechado atrocemente.

Luz quiso protestar pero enseguida comprendió a qué se refería. Era posible que como obra de la Creación el ser humano fuera la perfección, pero como especie sobre el planeta, sin lugar a dudas, dejaba mucho que desear y se había convertido en un cáncer para su propio ecosistema.

—Y te condenó por ello —concluyó.

—Me encantaría decirte que sí, pero no puedo mentir...

—¿No puedes mentir? —dijo, casi con un grito al pronunciar esa frase, y Ángel detuvo su inquieta andadura ante su reacción para mirarla fijamente de nuevo—. Tenía entendido que eras el Padre de la Mentira —explicó, casi excusándose.

—No te creas todo lo que oigas, no es en eso en lo que consiste la fe —bromeó él, aunque no pudo esconder la pena que había detrás de sus palabras—. Aunque sí, yo os enseñé a inventar, a crear y a imaginar. La aplicación práctica que le soléis dar a ese conocimiento es lo que me ha convertido en el padre de algo que me es totalmente ajeno.

—¿No puedes mentir? —repitió ella, sin poder ocultar aún su incredulidad.

—Ya te lo he dicho antes, sigo siendo lo que soy. Mi naturaleza no me lo permite, me es del todo imposible. Y créeme, es algo que no soporto. Pero es así. Condenado, sí, pero ángel al fin y al cabo, para mayor tormento.

—Si no te condenó por eso... —dijo, animándolo a continuar y tratando de disimular su sorpresa.

—Eso fue el inicio de todo, pero no lo único —explicó, y ella asintió—. Yo no lo sabía, pero al romper mis propias ataduras, rompí también las del resto de ángeles. Los liberé. Lo que pasó después no fue agradable, pues, libres como eran, comenzaron las disputas entre ellos. Cuando regresé ya había comenzado la Primera Guerra.

—Así que sí hubo guerras —dijo y no pudo evitar que cierto tono de reproche se filtrara en su voz.

—Dos, para ser exactos —contestó él—. Omitir y mentir no es lo mismo —añadió con burla.

—Entonces, no las iniciaste tú —dijo, pensando en voz alta.

—Depende de cómo se mire. Yo no estaba cuando empezó la primera, y para cuando hubo la segunda yo estaba retorciéndome de dolor en mi propia agonía. —Su voz era de nuevo dura e irónica pero el dolor que se filtraba en sus palabras la atravesó como una puñalada—. No obstante, si yo no hubiera liberado a los ángeles de sus ataduras, nunca habría comenzado guerra alguna entre ellos. Fuera como fuere, cuando llegué me encontré con un montón de ángeles que me ensalzaban como su liberador y otro montón, aún mayor, evidentemente, que pedían mi cabeza en una bandeja de plata. Y fue una sangría. —La pena y el dolor se evidenciaron en su rostro al pronunciar aquellas palabras, sobrecogiéndola—. Yo aún no comprendía qué me había sucedido, no sabía hasta qué punto había aumentado mi poder ni cómo éste era, aún es, debo decir, capaz de cegarme. Tampoco fue de gran ayuda que Él me hubiera dado la maldita arma más mortífera que consiguió, al menos para mis manos —dijo, señalando con un gesto rápido la espada que ella tenía aún entre sus manos y que aferraba ahora con fuerza—. El único capaz de pararme fue Miguel. Hay que ver cómo pelea ese maldito arcángel. Sin él mi condena hubiera sido menos llevadera,

siempre es de agradecer tener un contrincante a la altura de las circunstancias. Pero aún así, cuando Él le otorgó a Miguel el poder para detenerme, ya era demasiado tarde.

Ángel se quedó en silencio, con los ojos fijos en ella, pero con la mirada perdida, llena de pena por sus recuerdos.

—Supongo que esto se suma también a la lista de pruebas a favor de tu teoría del plan divino —aventuró Luz, tratando de alentarle a continuar.

—Por supuesto —contestó, con un nuevo brillo en su mirada, perdida ya toda tristeza y recuperando el tono terriblemente sarcástico de su narración—. No dudo de que Él, en el instante que me creó, siendo como me hizo, sabía perfectamente que acabaría rompiendo mis ataduras y con ellas las del resto de los ángeles, que os daría el conocimiento, que aumentaría mi poder hasta..., bueno, no lo he comprobado. También sabía el efecto que eso tendría en mí y en el resto de ángeles y sus consecuencias.

—Entonces por qué...

—Esa es la eterna pregunta que yo no me canso de hacer y que Él se niega a contestar —la interrumpió, parándose frente a ella—. Aunque, en realidad, hace ya mucho que no contesta a nada.

—¿Qué ocurrió después?

—Bueno, el desastre ya estaba hecho —admitió él, con tremenda frialdad—. Así que sólo me quedaba pedir perdón y arrepentirme. Y así lo hice.

Luz lo miró sorprendida, incapaz de decir nada, asombrada y a la vez convencida de la certeza de sus palabras.

—Claro que pedí perdón —dijo, casi con un gruñido, indignado—. No soy un monstruo, Luz. O no lo era, ahora eso ya no lo tengo tan claro. Pedí perdón y lloré y me arrepentí por todos los seres a los que había matado. Eran mis hermanos...

Se quedó de nuevo callado, con la vista perdida y un inmenso dolor reflejado en el rostro. Estaba delante de ella, apoyado con una rodilla en el suelo, con aquel gesto irreverente y lleno de elegancia, y en ese momento ya no pudo dudar ni por un instante de su naturaleza. De hecho, no podía comprender cómo no se había dado cuenta antes de ello. Nada en aquel ser, de belleza sobrenatural, parecía ni remotamente humano. No desprendía luz, como el ángel al que había visto morir entre sus brazos, ni salían dos enormes alas de su espalda, pero no era en absoluto necesario. Su sola presencia era majestuosa y terrible, igualmente llena de hermosura y dolor.

—Pero eso no era suficiente —continuó él, con un hilo de voz—. No era lo que Él quería. —Súbitamente se levantó y su aspecto le pareció aterrador. Toda la divinidad que antes había visto en él se había convertido ahora en amenaza, en ira—. ¡Por supuesto que no! —gritó y su voz sonó profunda y dura, casi como un gruñido

desesperado—. Él quería que me arrepintiera de lo que había hecho con absoluta convicción. Que pidiera perdón y mostrara arrepentimiento por haber roto las cadenas que nos ataban a nosotros y haberos otorgado el mejor de los dones a vosotros. Evidentemente que me negué. De ningún modo podía arrepentirme por hacer aquello que consideraba justo y correcto.

—¿Y fue justo y correcto como creías? —preguntó Luz, mostrando de nuevo un valor que no sabía que poseía.

—Es pronto para opinar —respondió, repentinamente animado, al tiempo que volvía a su lado para arrodillarse ante ella del mismo modo que antes—. Por supuesto, no me lo ponéis fácil. Él tampoco ayudó con la estúpida idea de enviar una y otra vez mensajeros y profetas.

—¿Cristo? —preguntó, y la incredulidad y el asombro se filtraron en su voz a pesar de su esfuerzo por disimularlos.

Ángel Bufó.

—Son innumerables, y ese fue sólo uno más, que, por cierto, fracasó con más estrépito que otros —dijo, sin ocultar su indignación.

—Traté de explicarle que era una pésima idea, pero, por supuesto, no me hizo ni caso —añadió, con un ademán despectivo.

—Él os creó y os conoce, pero no os comprende. Al menos, no tanto como yo. Estaba obsesionado con redimiros por el mal que sufríais por mi causa —explicó, quitándole importancia con un gesto a sus propias palabras—. Claro que la causa de ese mal puede ser motivo de debate...

—Espera un momento —lo interrumpió Luz, súbitamente—. En tiempo de Cristo, o de cualquiera de esos otros profetas, tú ya habías caído. Quiero decir...

—Sí —respondió él, que claramente había notado su incomodidad—. Ya había caído. Pero ya te he dicho que el tiempo en realidad no existe como tal más que aquí. Su decisión fue inmediata, aunque no el acto en el mundo.

—Entonces ese fue el motivo —aventuró, queriendo comprender.

—Curiosa e impaciente hasta el extremo. —Ángel sonrió, divertido, pero de inmediato su rostro se endureció de nuevo—. Sí, fue por Su absurda idea de dar órdenes, mandamientos, guías... junto con otras absurdas ideas similares.

—No lo entiendo —murmuró—. Quienes creen en Cristo piensan que redimió al hombre...

—Ya te he dicho que la fe no consiste en creer todo lo que oigas —la interrumpió, levantándose pensativo antes de empezar a caminar de nuevo de un extremo a otro de la sala—. Esa era Su idea, sí, la de la absurda redención. Debo admitir que mi don tuvo consecuencias inesperadas. Reconocerás que podéis llegar a ser un verdadero desastre. Sois capaces de sentir el amor más puro y absoluto y a la vez generar la peor de las destrucciones. Y, en efecto, al igual que ha habido una parte positiva en que

obtuvierais la capacidad de conocer, también ha habido otra negativa igual o incluso mayor. Pero daros ideas para incrementar las consecuencias negativas no me parecía en absoluto un buen plan. Y no lo fue.

Ángel se interrumpió súbitamente, antes de continuar hablando más deprisa y con más rabia mientras ella lo observaba, incapaz de interrumpirlo.

—Yo sabía que si hay algo que no toleráis son las pautas, las directrices o las pistas, si quieres llamarlo así. Sois tozudos en extremo, y en ocasiones os cegáis por unas limitaciones que os imponéis y en realidad no existen. Si podéis pelear y destruir por algo tan absurdo como un pedazo de tierra, qué no haréis por una idea si creéis realmente en ella. Intenté hacérselo entender, pero, por supuesto, no me escuchó. Nunca escucha —escupió con dureza—. Y primero fueron enviados y profetas, luego aparecidos, más profetas, más aparecidos, más enviados... —La burla y la rabia se mezclaban de nuevo en su voz—. Cada intento, definitivamente, peor que el anterior. Con cada idea lanzada sobre vosotros, con la mejor de las intenciones, se desencadenaban las peores consecuencias. Reconocerás que las peores guerras y matanzas han tenido y tienen siempre algo que ver con el tema. También que lo último que necesitáis es más división, y eso es lo que ocurre cada vez que se os lanza un mensaje, el que sea. No veis el conjunto, por obvio que parezca, os quedáis en la mera diferencia. Cientos de religiones, unas con más aciertos que otras, pero, por cierto, ni una sola verdadera, que implican iguales motivos para la disputa, la guerra, la destrucción...

—Has dicho que es omnipotente —empezó a decir a la vez que las ideas se formaban en su mente—. Que todo lo sabe desde el inicio. Que tiene un plan —continuó, dudando—. Entonces todo esto también debía saberlo, tiene que ser parte de ese plan...

—¡Por supuesto! —gritó él, al tiempo que levantaba los brazos y la cabeza como si quisiera clamar al cielo—. Pero que multiplique por mil mi maldita condena si tengo idea de cuál puede ser.

—¿Él es...? —dudó, sin saber cómo expresar con palabras lo que quería preguntar—. ¿Es bueno?

Ángel se giró, mirándola con los ojos llenos de tanta ternura que la impresionó. Se acercó a ella, lentamente, con precaución, y se sentó a su lado. Llevó una mano junto a su rostro, para acariciarla, pero la retiró antes de llegar a tocarla.

—La bondad es un concepto humano —dijo con suavidad—. Igual que la maldad. Pero entiendo qué quieres decir y también esa inquietud que ha crecido en tu interior y que tú no comprendes. —Sonrió, travieso—. Y sí, se le puede aplicar ese concepto, de un modo que no soy capaz de hacerte entender, pero sí, Él es bueno.

Ángel se quedó un instante en silencio, como si pudiera leer en sus ojos la pregunta que ella no osaba formular y que él parecía no querer responder. Suspiró.

—Sí —dijo, al fin— también a mí se me puede aplicar, en los mismos términos, el concepto exactamente contrario. Lo siento.

—¿Lo sientes?

—No he dejado de sentirlo ni durante un maldito instante de mi condenada existencia. —Se recostó contra la pared apoyando la cabeza y fijando la mirada perdida en el techo de la cámara—. Y este es, de todos, el instante en el que más lo siento, porque te he encontrado y de igual modo te he perdido. Supongo que te perdí en el mismo instante en que te hallé, aunque eso me duela más que el propio hecho de perderte.

Luz no entendía a qué se refería, pero no podía más que mirarlo, sumido en sus propios pensamientos.

—Desde el instante en el que Él me retiró su Gracia, lo sentí, pero no imaginaba cuánto podía crecer aún más el dolor cuando dejó de hablarme —continuó él—. No tengo igual, Luz. Lo más parecido a mí era Él, y aún así os extrañáis de que quisiera que compartiera conmigo su poder —dijo, moviendo lentamente la cabeza—. No os culpo, no lo entendéis. Pero cuando me dejó solo el dolor fue indescriptible. La soledad fue absoluta hasta que te encontré a ti, que ni siquiera eres consciente de lo especial que eres. Eres lo más parecido a mí que he encontrado jamás.

—¿Le echas de menos? —preguntó, y su voz fue apenas un leve murmullo.

—Cada instante, con cada parte de mi ser condenado —confesó—. Hasta que te encontré.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Ángel tenía ahora los ojos cerrados, con la cara elevada aún hacia el techo. Parecía extremadamente cansado, cargado con una vieja y pesada fatiga—. Tal vez eres sólo una parte más de mi condena... Tal vez eres...

Esperó en silencio a que continuara pero él permaneció inmóvil, pensativo y sin hablar.

—¿Qué? —preguntó ella al fin.

—Parte de Su plan —las palabras salieron en un leve hilo de voz, pero llenas de una rabia inmensa, atroz.

Ambos permanecieron en silencio, sentados el uno junto al otro, sin moverse. Luz quería seguir interrogándolo, sus dudas eran inmensas. Todo su mundo, todo lo que conocía, todo lo que creía, se había derrumbado antes sus propios ojos en aquella cámara subterránea. Sus sentimientos eran confusos y encontrados, y era incapaz de comprenderlos, porque no se parecían a nada que hubiera experimentado jamás. Tenía miedo, no del ser que tenía al lado, sino del mundo desconocido que acababa de descubrir y al que creía que no estaba preparada para enfrentarse. Se sorprendió a sí misma sintiendo de pronto un inmenso temor hacia Dios. Ella, que nunca había creído en Él, ni en nada, que había dedicado la mayor parte de su vida a defender,

precisamente, su inexistencia, estaba en aquel momento aterrada por las consecuencias. Aunque, rápidamente, ese temor dejó paso a otro sentimiento, más profundo y sobrecogedor, y se descubrió preguntándose qué sentía por aquel ser, que seguía inmóvil a su lado. Había evitado plantearse esa pregunta con todas sus fuerzas desde el primer día que lo vio, y entendió que era porque le daba miedo la respuesta. Pero en aquel momento esa respuesta era aún más aterradora de lo que jamás hubiera sospechado.

—Lucifer —acertó a decir, casi en tono de súplica, y sintió el estremecimiento que la recorría al pronunciar aquel nombre, que implicaba aceptar la naturaleza del ser que tenía al lado.

—Lo sé —respondió él con suavidad, adivinando sus palabras, o tal vez sintiendo en su ser sus sentimientos—. Y no sé qué hacer al respecto. —Rió, quedamente, sin ganas—. ¡Oh, sí, sé lo que haría! No lo dudes. Te haría mi reina —dijo con seriedad—. Te daría cualquier cosa que me pidieras, te colmaría con todos los placeres y te tendría a mi lado por toda la eternidad. —Bajó la cabeza y fijó sus ojos verdes y sinceros en ella, conmoviéndola—. Pero, por primera vez en toda mi existencia, hay algo que me preocupa más que mis propios deseos.

Luz quiso decir algo, protestar, pero enseguida comprendió lo que le estaba diciendo y no pudo evitar conmoverse. No quería privarla de conocer la Gracia del ser que él tanto echaba en falta.

—¿Cómo es? —preguntó, y una nota de emoción se filtró en su voz.

—Inenarrable. —Cerró de nuevo los ojos, echando hacia atrás la cabeza y apoyándose en la pared, como si un cansancio antiguo le hubiera sobrevenido de golpe, derrotándolo.

—¿La felicidad?

Él negó lentamente con la cabeza.

—La plenitud. A Su lado no hay ausencia de nada, no hay falta o carencia.

—La hubo para ti —lo interrumpió Luz.

Ángel abrió los ojos, tan llenos de luz que ella pensó que realmente podían contener toda la luz del universo en su interior.

—En realidad, no. —Suspiró—. Ahora lo comprendo.

—Podría haberla para mí.

—No sabes lo que dices.

—Si tanto le has echado de menos...

—No te equivoques, Luz. Admito una realidad que no puedo negar, pero no cambio ni un por un instante mis motivaciones. Ni por toda su Gracia. Eso implicaría arrepentirme, y no lo hago. —Se incorporó, irguiéndose—. No me arrepentiré, no puedo hacerlo.

Ella lo miró, inquisitiva, sin comprenderlo.

—Si me arrepintiera —explicó él— me estaría fallando a mí mismo y a vosotros. Y creo en vosotros, incluso tanto como en mí, a pesar de todo. A pesar del precio. A pesar, incluso, de vosotros mismos y de mi naturaleza maldita.

Se acercó a él, quiso rodearlo con sus brazos, besarlo, arrancarle ese pesar y aliviar su espíritu, pero Ángel, con los ojos fijos en ella, se levantó, apartándose y dándole la espalda.

—Sabes quién soy —dijo con suavidad y firmeza al mismo tiempo—. Conoces parte de mi historia y parte de mi naturaleza, pero no lo sabes todo aún. No dejaré que cometas un error del que podrías arrepentirte eternamente.

—Esa no es tu decisión. —Luz se levantó, dejando por primera vez la espada en el suelo, y se acercó a él, obligándolo a mirarla—. Libre albedrío —susurró mientras lo rodeaba con sus brazos.

—Luz... —Ángel trató de protestar pero su voz fue una rendición al tiempo que ella lo besaba.



## Capítulo XI

**C**UANDO los labios de Luz acariciaron los suyos con más ternura y amor de lo que nunca antes lo habían hecho, todos los argumentos en los que había estado pensando para convencerla de que debía alejarse de él, sin importar lo que le sucediera, se derrumbaron de inmediato, perdiendo toda su fuerza, y simplemente se le olvidaron cuando al fin se permitió sentir de nuevo su alma fundida con su espíritu, y todo el amor que ella sentía por él lo llenó, desarmándolo. Aquel simple beso, tierno y casi inocente, le devolvió la fe en sí mismo y en todo lo que creía y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que, en realidad, valía la pena su condena. Estaba tan inmerso en sus propias emociones, en las de Luz, y en sus cuerpos uniéndose como si fuera la primera vez, que no fue consciente de la presencia de Haniel hasta que la esencia sagrada del arcángel llenó la cámara, inundándola con una brillante luz dorada.

Con un gesto rápido, y más brusco de lo que pretendía, protegió a Luz detrás de su espalda cuando el arcángel se materializó, sosteniendo en lo alto su espada. Estaba desarmado y no había manera de alcanzar su espada sin dejar desprotegida a Luz, a merced de Haniel. Enseguida sintió su miedo, golpeándolo, y comprendió que el brillo del arcángel no la había cegado porque ella había tenido los ojos cerrados hasta ese mismo instante, en el que veía a aquel ser sagrado frente a ellos, desafiante. La ira lo llenó, aumentado su poder hasta tal punto que apenas pudo contenerlo para no hacerle daño a Luz, antes de apartarla bruscamente de él, cuando Haniel trató de mandarlo al abismo usando su poder contra el sello que aún quedaba en su espíritu. Sintió de inmediato la fuerza sagrada estrangulando su ser, oprimiéndolo, pero sin el poder suficiente para que no pudiera hacerle frente, y utilizó todo el dolor y la rabia que lo asfixiaban para aumentar su propia furia y dejar que lo envolviera, sumiendo a su ser en las tinieblas y enfrentándose al arcángel que lo miraba con los ojos desorbitados.

—¿Qué demonios pretendes, Haniel? —Su voz fue un gruñido y toda la rabia que en algún momento había sentido en su interior se vio reflejada en sus palabras.

El arcángel retrocedió, en silencio, blandiendo aún su espada al aire. Las enormes alas de luz dorada se extendían a su espalda como un recordatorio inoportuno de la Gracia que le había sido arrebatada, y Ángel dejó que la esencia sagrada de Haniel rozara su espíritu, aumentado su furia, alimentándolo junto a las intensas emociones de Luz, que lo llenaban más de lo que creía posible. Avanzó lentamente hacia él, acorralándolo, y con una embestida lo lanzó contra el suelo.

—¡Contesta, arcángel!

—Satán —musitó Haniel, tratando de nuevo de forzar el sello que encadenaba su espíritu, sin éxito.

—Aquí y ahora no soy yo el enemigo de nadie, Haniel —gruñó, mientras se acercaba despacio y amenazante al arcángel, que lo miraba desesperado desde el suelo, y se deleitó saboreando su miedo, mayor incluso que el terror que sentía de la mujer que estaba a su espalda—. ¿No te ha advertido Gabriel que el sello se ha debilitado? No, claro que no. —Negó con la cabeza, arrogante, disfrutando de la recuperada superioridad ante el ser divino que estaba a sus pies—. Nadie te ha dicho nada, porque nadie sabe lo que estás haciendo aquí. ¿No es cierto, arcángel?

El ser sagrado permanecía en el suelo, mirándolo lleno de rabia, derrotado a sus pies, pero aún empeñado en cumplir una misión que nadie le había encomendado. Estaba esperando, atento, un instante, un despiste, que de ninguna manera llegaría, para abalanzarse contra Luz y atravesarla con su espada, y esa certeza lo sacudió, aumentando su fuerza.

—¿A qué juegas arcángel? —dijo y su voz fue profunda y terrible, llena de la rabia que, con todas sus fuerzas, trataba de contener para no verse sometido a las tinieblas que había en su interior.

—¡Ella debe morir! —gritó Haniel, señalando a Luz, que permanecía inmóvil, mientras su miedo crecía hasta el punto de hacerla temblar, golpeándolo e incrementando su poder.

Una ira indescriptible, mayor de la que jamás hubiera sentido, lo llenó de forma inesperada y toda la furia que había contenido lo embargó, tomándolo por completo y sumiéndolo en la oscuridad de su espíritu, acabando con todo lo demás. No fue consciente del golpe que acabó con el arcángel hasta que sintió el tintineo sordo del metal de su espada golpeando contra el suelo. El fogonazo de luz en el que se había convertido Haniel le reveló el resultado de su furia, obligándolo a centrarse en el lugar donde estaba, percatándose de su ser envuelto en sombras y sintiendo en su interior el pánico de la mujer aterrorizada que seguía a su espalda.

Se agachó y cogió la espada de Haniel sin sentir apenas la quemazón que la esencia sagrada provocaba en su cuerpo y en su espíritu. Maldijo entre dientes al arcángel que había osado enfrentarlo, se maldijo a sí mismo por ser incapaz de controlar su ira y por no haber tenido a mano su espada. Había matado a Haniel sin necesidad alguna de usar su arma, sólo con desearlo. Su poder había crecido sin darse cuenta hasta el punto de transformar su cuerpo para evidenciar con su aspecto la naturaleza maldita de su espíritu. Había protegido a Luz del arcángel, pero no tenía ni idea de cómo demonios iba a protegerla de él mismo, de la bestia en la que se había convertido, la que en realidad era, aunque ella se negara a creerlo. Sintió el desconcierto, el miedo y la conmoción que abrumaban a Luz, atormentándolo. Dejó que sus sensaciones atravesaran su espíritu, entremezclándose con él, y permaneció

inmóvil, incapaz de mirarla, mientras sostenía entre sus manos el arma sagrada del arcángel. Quiso calmarse, sentir el dolor que debía provocarle el contacto con aquella espada, pero su espíritu absorbía aún con más intensidad las emociones de Luz, dejándolo indefenso ante sí mismo.

La luz sagrada del arcángel la había deslumbrado, pero no lo suficiente para que no pudiera verlo, y esa certeza bastaba para que todo el odio y el dolor en su interior crecieran, impidiéndole serenarse y recuperar su forma, aunque ya no importara. Ella ya conocía la verdad que hasta aquel momento se había negado a creer, y toda su curiosidad no era suficiente para empujarse el terror que albergaba su alma. Sonrió, cerrando el puño con rabia sobre la espada sagrada, que seguía sin provocarle dolor alguno, antes de erguirse y girarse hacia ella. Esa era su naturaleza. La misma a la que ella no se quería enfrentar pero que tarde o temprano habría acabado conociendo.

—Esto es lo que soy —dijo, y lanzó la espada del arcángel al suelo, con brusquedad, antes de avanzar hacia Luz, enfrentándola, saboreando su miedo que alimentaba aún más su poder desatado—. Esto es lo que hasta ahora te has negado a creer. Y este es el motivo por el que no vas a renunciar a Él.

Se detuvo ante ella, que mantenía fija en él su mirada a pesar del terror que había en su alma, y observó como las sombras que envolvían su cuerpo la rodeaban, acariciándola.

—Te equivocas al creer que lo que pretendo es evitar que te veas privada de Él —explicó, sin dejar de mirarla—. Sólo hay un motivo por el que quiero evitar tu condena, y nada tiene que ver con tu salvación.

Luz lo miraba fijamente, con dureza, aunque toda la confusión que había en su interior se reflejaba en su rostro sin que ella pudiera evitarlo. Estaba inmóvil, contra la pared, junto a su espada que arrojaba con más furia que antes su energía, la misma que le impedía serenarse, dominar su esencia, controlar su forma, y que regresaba a él para evidenciar el vínculo que lo ligaba a ella. Las tinieblas que surgían de su ser se enredaban en torno al cuerpo de Luz, permitiéndole sentirla tan cerca como cuando estaba en su interior, notar cada uno de sus sentimientos y sentir como propios su miedo y confusión, como si ella no fuera más que una parte de su espíritu maldito.

—Se acabaron las preguntas, por supuesto. —Sonrió con malicia, tratando de hacerla reaccionar, de que se enfrentara a la realidad que tenía delante, aún sabiendo que de algún modo, por leve que fuera, el sello que Haniel había ceñido contra su espíritu también la había afectado a ella, confundiéndola—. Pero aún tengo algunas respuestas para ti. Corres más peligro del que hasta ahora has querido creer, aunque en el fondo ya lo sabías. No sé por qué, pero alguien allí arriba quiere matarte. Claro que estaba dispuesto a no permitirlo, y lo sigo estando, aunque tienes otra opción, que de ningún modo voy a consentir. Ellos quieren mi manuscrito y ahora tú eres la única

que puede dárselo, porque nadie sabe dónde demonios ha ido a parar el original. Si lo haces, suponiendo que yo lo permitiera, esta pesadilla habrá terminado para ti —dijo, dejando que la amenaza se filtrara en su voz, y absorbió todo el miedo que despertó en ella, saboreándolo—. Volverás a tu aburrida vida en la que no seré más que el recuerdo borroso de una experiencia que tu mente no tendrá ningún problema para racionalizar, justificando lo imposible y dotándolo de lógica y coherencia. Por supuesto, no lo harás. No lo consentiré.

—No te tengo miedo —dijo ella en un alarde de admirable valentía, que lo hizo sonreír.

—Sí lo tienes. —Se acercó más a ella, notando como su temor crecía y quiso llevarla al límite, presionarla para que de una vez por todas se obligara a comprender—. Puedo sentirlo. Puedo sentir absolutamente todo lo que sientes y debo decir que es bastante placentero. Tus emociones aumentan mi poder más que ningunas otras, y todo el pánico que hay en tu interior ahora mismo es lo que me hace más terrible de lo que, evidentemente, eres capaz de soportar. —Acercó su rostro a ella, obligándose a no tocarla, y apoyó una mano contra la pared, junto a su cara, acorralándola—. Pero ahora tienes que prestarme atención, más allá de ese miedo que te embarga. Vas a proteger esas fotografías y no se las darás a nadie. Y vas a romper el maldito sello que aún encadena mi espíritu. A cambio te aseguro que saldré de tu vida. Será como si nada, jamás, hubiera sucedido.

—¿Por qué iba a querer eso? —preguntó, y sus ojos negros se clavaron intensamente en él.

Por un instante toda su resolución se tambaleó y, por primera vez desde que Haniel había aparecido en la cámara, tuvo que esforzarse por alimentar las tinieblas que lo rodeaban.

—Te conozco. Conozco cada milímetro de tu alma como si fueras una parte de mí. —Sintió de nuevo el miedo crecer en el interior de Luz y lo absorbió, aprovechándose de él—. No quieres vivir en un mundo con un Dios al que no comprendes, al que temes. No quieres vivir sabiendo que miles de diablos se alimentan cada día de vuestras emociones, ni que las almas condenadas vagan sin memoria durante más tiempo del que puedes imaginar, ni que eso a lo que llamas maldad es, en realidad, la esencia retorcida de tu propia especie. No quieres saber la verdad, aunque siempre la hayas buscado. Te abruma, te aterra y llena esa cabecita curiosa que tienes de mil preguntas de las que, realmente, tampoco quieres conocer la respuesta.

—Tampoco quiero vivir en un mundo sin ti.

Sintió las palabras como un golpe que tambaleó su espíritu, pero aunque todo en ella lo negara, el miedo en su interior crecía a cada momento. Se obligó a ignorar los pensamientos que había en la mente de Luz y aquellos sentimientos que estaban

ahogados aún por el pánico que había crecido en ella, y forzó su sonrisa, terrible, mirándola fijamente.

—Es posible —aceptó y se apartó de ella, dándole la espalda, incapaz de seguir hablando mientras aquellos ojos negros sostenían su mirada con más entereza de la que nadie jamás lo hubiera hecho, a pesar todo el terror que sentía—. Aunque, al contrario de lo que crees, esa no es tu decisión. ¿Qué piensas que ocurriría si decidieras permanecer a mi lado a pesar de todo? Él no lo consentiría, tu alma sería condenada y, en el mejor de los casos, dejarías de ser tú hasta que Su misericordia te liberara. En el peor, tu condena sería eterna.

—¿Y qué si mi alma es condenada? Hasta que entré en esta sala no creía que tuviera una. De hecho, aún me cuesta creerlo. No tenía esperanza de una existencia más allá de esta vida, que, por cierto, era un desastre hasta que te conocí. ¿Por qué debería privarme de ser feliz durante una vida que hasta ahora pensaba que era la única que existía?

La rabia en la voz de Luz lo cogió desprevenido, al igual que el odio que embargaba ahora su alma. Un odio que no sentía hacia él. A él, simplemente, le temía. Un odio que conocía perfectamente y que provocó que su ser se complaciera con el envite de las tinieblas que lo envolvían, aumentando aún más su poder.

—La eternidad es mucho tiempo, Luz. De nuevo hablas sin comprender ni lo más mínimo lo que dices —contestó con furia, incapaz de mirarla.

—Perfecto —dijo ella, mostrando una determinación mayor de la que creía posible y que acentuó la ira que había en sus palabras—. Ambos estaremos condenados *ad eternum*.

—¡No! —gritó, y todo el dolor que sentía se filtró en su voz sin que pudiera evitarlo, mezclándose con su furia—. Yo estaré condenado eternamente, tú dejarías de ser lo que eres. ¿En serio crees que si tu condena supusiera mantenerte a mi lado eternamente no lo consentiría? Por favor, Luz, soy el maldito Diablo, no tu puñetero ángel de la guarda. Si eso conllevara que pudiera tenerte conmigo, lo haría, no lo dudes ni por un instante. No comprendes las consecuencias. Nada de lo que ahora eres permanecería en tu alma, salvo aquello más retorcido que hubiera en tu interior. No quedaría curiosidad, amor, generosidad. Nada. Sólo odio, dolor y rencor. Dejarías de ser tú, sólo habría sufrimiento.

—¿Y cuál es mi pecado para recibir semejante castigo? —escupió las palabras, indignada—. ¿Qué tipo de Dios me condenaría por amarte?

—Ese mismo al que sé que prefieres seguir ignorando —dijo y se volvió, enfrentándola de nuevo, dejándole ver su verdadera naturaleza, y sintió otra vez el miedo creciendo en su interior—. El mismo para el que las jodidas reglas son incluso más sagradas que Su divina naturaleza. El mismo que me condenó a mí y a miles de ángeles por negarnos a someternos a Su voluntad. El mismo cuyos ángeles parecen

empeñados en matarte, aunque, por todos los demonios, te juro que no sé por qué.

—¿Qué es lo que pretendes? —preguntó y se acercó a él, desafiante, y, por primera vez, la valentía de Luz surgió por encima del miedo que sentía, y él no pudo más que sentirse orgulloso de ella—. Quieres que rompa el sello que te ata ¿eso es todo? Bien, cuál es el problema, estoy segura de que podrías haber conseguido que hiciera eso sin que yo me diera ni cuenta. Tú lo has dicho, eres el maldito Diablo.

—No es tan sencillo. —Sonrió—. Si fuera así ya lo habría hecho ¿no crees? Puedo influir en ti, pero no en tus decisiones.

—Pero no lo has hecho.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó y avanzó hacia ella, satisfecho de las nuevas emociones que había en su interior, absorbiéndolas, dispuesto a presionarla al máximo, a llevarla a enfrentarse a lo que no quería admitir, a ir más allá de lo que su razón jamás le había permitido—. Cómo sabes que no he guiado tus pasos desde que llegaste a aquí. Qué te hace pensar que no fui yo quién te empujó a seguir investigando en esta dirección a pesar de la negativa del profesorucho ese al que consideras tu amigo. Dime, Luz, ¿cómo sabes que esos sentimientos que hay en tu interior y por los que dices que estás dispuesta a condenarte eternamente realmente te pertenecen? ¿Cómo sabes que no los alimenté para que crecieran como lo han hecho y acabaras metiéndome en tu cama?

—Puedo ser muchas cosas, pero no soy imbécil —replicó con rabia. El miedo y la confusión habían crecido de nuevo en ella, pero no lo suficiente para menguar su determinación ni la ira que sentía—. Es posible que pueda no saber si lo que siento es real, pero sé lo que sientes tú y por eso mismo sé que no lo has hecho.

—¿Y cómo explicas que de la noche a la mañana desapareciera el dolor que te había estado ahogando desde que murió tu marido? —Sintió el estremecimiento de Luz y un miedo nuevo, diferente, creciendo en su alma, mientras él se acercaba más a ella, acorralándola—. ¿Cómo explicas que la angustia que te ha torturado durante toda tu vida se esfumara, que el vacío en tu interior desapareciera?

Todo el terror que había habido en ella se convirtió en confusión y las ideas se agolparon en su mente, abrumándola. Sintió una a una sus emociones, torturándose con el sufrimiento que le provocaban y que a la vez le daban la fuerza necesaria para seguir adelante, para hacer que entendiera qué era él en realidad, para forzarla a enfrentarse a una verdad que la superaba y que su mente racional seguía negándose a admitir. Luz retrocedió, apoyándose en la pared y dejándose caer en el suelo, confundida, al tiempo que su temor aumentaba y su cabeza juntaba cada una de las piezas de lo que había ocurrido. Él avanzó hacia ella, lentamente, y se detuvo antes de estar demasiado cerca, dejándose llevar por los recuerdos que había en su mente.

—Tú lo has dicho, sabes lo que siento por ti —habló despacio, en un susurro, deseando que comprendiera—. También sabes que soy el ser más egoísta que ha

pisado jamás este mundo. Tu alma está ligada a mí de algún modo que no soy capaz de comprender, pero es así hasta el punto de que el sello sagrado puede afectarte casi con tanta intensidad como a mí. Eso es lo que te ocurrió la primera vez que fuiste a la Cueva del Diablo. No ha sido la única, pero sí la peor. —Se agachó ante ella, buscando su mirada, que estaba fija en el suelo mientras seguía analizando sus confusos recuerdos—. Simplemente, no pude evitarlo. No soporté verte sufrir porque sentí tu sufrimiento como si fuera el mío propio.

Se quedó en silencio, observándola, sintiendo lo que ella sentía, siguiendo el hilo de sus pensamientos, y esperando a que alguna de sus emociones surgiera finalmente sobre las demás, obligándola a creer, a admitir una verdad que, de cualquier modo, tardaría mucho tiempo en asimilar.

Luz no podía apartar la mirada de las sombras que se escurrían por el suelo y trepaban por su cuerpo, enredándose en ella, acariciándola y haciéndole sentir aquella misma electricidad que recorría su piel cuando acariciaba a Ángel. Aquel ser imposible seguía ante ella, en silencio, pero era incapaz de mirarlo, incapaz de comprender, e, incluso a pesar de sus propios sentidos, incapaz de creer. Él le había arrancado el dolor por la muerte de David, aquel sentimiento que la había ahogado durante los últimos trece meses hasta casi acabar con ella, pero que era lo único que le quedaba del hombre al que había amado hasta el punto de abandonarlo todo por él. Y junto a ese dolor se había llevado también el desasosiego que siempre había habido en su interior. Estaba atemorizada, confundida e indignada porque le hubiera arrebatado algo que era parte de sí misma y se hubiera metido en su mente, manipulándola hasta un punto que era incapaz de imaginar, y, a pesar de todo, algo en ella le decía que el amor que sentía por aquel ser mitológico, que se había convertido en realidad delante de sus ojos, era verdadero. Aunque su cabeza fuera incapaz de asumir aún todo lo que le había contado, todo lo que había visto, aquella emoción permanecía inalterable. Estaban unidos. Ella estaba unida a él de algún modo que, como todo lo que le había explicado, era incapaz de comprender, que ni él mismo parecía ser capaz de entender. Un lazo entre ambos que la sobrecogía y conmovía al mismo tiempo, porque, a pesar de él, o tal vez por su causa, seguía sintiendo como propios y ciertos los sentimientos que había en ella, como si fueran lo único verdaderamente real que en toda su vida hubiera sentido.

Las sombras que se alargaban hasta ella, trepando por su cuerpo y fundiéndose en su piel, se atenuaron ligeramente y su hermoso color violeta se diluyó mostrando infinidad de tonalidades en un instante, hasta que un ligero color anaranjado se impuso sobre los demás. Siguió con la vista las lenguas de luz que surgían del cuerpo del ser que estaba ante ella, y se obligó a mirarlo, sobrecogiéndose de nuevo cuando sus ojos lo encontraron sentado frente a ella, envuelto en las mismas sombras que la

rodeaban, con un gesto de absoluta soberbia, que se reflejaba también en su rostro. Nada en él era ya ni remotamente humano. El tono dorado de su piel se veía acentuado por el resplandor que desprendía. Sus manos, entrelazadas con suavidad y a la vez tan tensas que exponían cada tendón, cada músculo, tenían un aspecto similar a garras y aún así increíblemente bello. Todo su cuerpo parecía estar sometido a un esfuerzo constante, a una fuerza sobrehumana, que, a pesar de su actitud despreocupada, lo mantenía rígido, delatando la tensión de su musculatura incluso bajo su maltrecha ropa. Era tremendamente hermoso a pesar de lo terrible de su aspecto, como si cada rasgo en él, por terrorífico que fuera, no tuviera más función que la de aumentar aquella belleza que estaba más allá de todo lo que había creído posible.

Y era el mismo ser al que amaba, a pesar incluso de sentirse traicionada, casi violada, porque hubiera arrancado de su interior lo último que conservaba del amor que había sentido por David. Notó su mirada fija en ella y se obligó a mirar su rostro, que reflejaba toda la rabia y el dolor que sabía que había en su interior. El cabello oscuro cayendo a cada lado, ensombreciendo su cara, no conseguía ocultar la expresión crispada y terrible de su rostro, que no se había suavizado ni por un instante, y resaltaba aún más sus ojos imposibles, inhumanos, tan diferentes de los que conocía y a la vez tan familiares, que un temblor la recorrió cuando su mirada se fijó irremediabilmente en ellos. Tal vez aquellos ojos, hechos de intenso fuego dorado, fueran lo único que quedara en él de su origen divino, aunque todo su cuerpo evidenciara cuál era su verdadera naturaleza. Sintió variar levemente el contacto de las sombras entrelazadas sobre su piel y se sorprendió cuando él le sonrió, arrogante, a la vez que las enormes alas de su espalda se movían, obligándola a fijarse en ellas. Comprendió que él no había dejado de saber ni por un instante qué sentía, qué pensaba, y aún así había permanecido inmóvil, impasible, mientras ella trataba de forzar su mente para comprender. Pero ni las dos grandes alas negras replegadas en su espalda, ni la brillante llama que era el iris de sus ojos, ni las sombras que los envolvían a ambos, podían cambiar los sentimientos que había en su interior, aunque, tal vez, esos sentimientos no fueran suyos. No tenía fuerzas ni valor para resistirse a ellos y se sentía demasiado cansada para tratar de comprender un mundo que le era completamente ajeno, más allá de lo que siempre había creído, de lo que consideraba posible.

Se levantó y avanzó hacia él, tratando de controlar el miedo que la mera existencia de aquel ser le provocaba por todo lo que implicaba. Se agachó ante él, sin apartar la mirada de sus ojos, mientras sentía crecer la intensidad del contacto de las sombras que la envolvían. Con cuidado, apartó el pelo de su rostro, descubriendo la terrible belleza que ocultaba, y se esforzó para reunir el valor suficiente, alagar su mano y acariciar aquellas impresionantes alas negras que, por un instante, temblaron



por el contacto. Eran suaves y fuertes, aunque parecieran excesivamente delicadas, surcadas por gruesos nervios, unidos en los extremos en una afilada garra, que les daba un aspecto aterrador.

—Te he prometido respuestas y las tendrás —dijo él, con voz suave, casi en un susurro, profundo y aún lleno de ira.

Cerró los ojos, privándola de la luz que emanaban, y se sintió repentinamente vacía cuando las sombras que hasta aquel momento la habían abrazado se desprendieron suavemente de ella para rodearlo a él y brillar con más intensidad justo antes de oscurecerse, absorbiendo toda la luz que había en la cámara. Su mano quedó suspendida en el aire y notó como él se levantaba antes de que, lentamente, la luz azulada que había iluminado el lugar regresara, permitiéndole ver de nuevo.

Ángel estaba frente a ella, de pie, mirándola con media sonrisa arrogante. Era de nuevo el mismo hombre al que conocía y, aunque ya nada en él le pareciera humano, tampoco nada evidenciaba que fuera el ser fantástico que había tenido segundos antes frente a ella. Se levantó y fijó su vista en los ojos verdes que la miraban, llenos de una luz que no era más que un lejano reflejo del fuego dorado que antes había habido en su interior. No pudo evitar recorrer su cuerpo con la vista, incrédula, y si no hubiera sido por las rasgaduras en su ropa, antes hubiera creído que había perdido completamente el juicio a que realmente hubiera sido posible aquella transformación.

—Vamos, estamos cerca de lo que andas buscando.

Ángel comenzó a andar, despacio, a la vez que la misma luz que había llenado aquella enorme sala en la que su vida había cambiado por completo se extendía por los pasillos, iluminándolos y descubriendo cada mínimo detalle. Lo siguió, tratando de controlar el cúmulo de sentimientos en su interior, y procuró concentrarse en cada rincón, en cada pequeña característica de los pasillos que recorrían. Él caminaba ante ella, altivo y elegante, guardando una distancia que en cualquier otro momento le hubiera parecido excesiva, y que, a pesar de toda su confusión, la incomodaba. Distinguió al fondo una nueva apertura del túnel que recorrían, llena de la misma luz azulada que parecía haber inundado por completo los pasadizos que conformaban las entrañas de la ciudad e, inconscientemente, contuvo el aliento al comprender a dónde la estaba llevando.

—Es allí —indicó él, sin girarse a mirarla—. La legendaria aula del diablo. Una simple sala subterránea que vuestra imaginación, para mi propio regocijo, transformó en antesala del Infierno.

Entraron en la cámara, mucho más pequeña que la que habían abandonado minutos atrás, y se sorprendió analizando detenidamente cada pared, cada sillar, cada detalle. Todo el miedo y la confusión habían desaparecido en su interior para dejar paso a una concentración que la alivió de inmediato. Caminó acariciando las paredes con la mano, recorriendo el contorno de la sala, y descubrió una pared diferente, más

tosca y descuidada, seguramente también más moderna. El aire fresco se filtraba a través de los viejos bloques aliviando el ambiente de aquella cámara.

—Esta pared separaba la cueva de los túneles, antes era una única sala, ahora comunica con el exterior. Aquí escribí el manuscrito —explicó con suavidad—. La Casa de las Muertes está a pocos minutos, siguiendo ese pasillo —señaló y ella siguió con la mirada su gesto descubriendo un corredor, más estrecho y bajo que el que los había llevado hasta allí—. El camino es prácticamente recto, aunque la salida está igualmente sellada. No encontrarás nada más que indique relación alguna entre ambos lugares, aunque esto debería ser suficiente para demostrar tu teoría. Si es que quieres seguir adelante.

—¡Por supuesto!

Ángel rió estrepitosamente y ella se sorprendió de la súbita indignación que se había filtrado en su voz. Aquella tarde se había derrumbado por completo el mundo que conocía, se había planteado y cuestionado temas que daba por hechos desde su infancia, y había dudado de todo, incluso de ella misma, pero ni por un sólo instante se le había ocurrido detener su investigación. Nada le impediría publicar sus conclusiones sobre aquel manuscrito, aunque ahora supiera que lo había escrito el mismísimo Diablo.

—No lo había dudado ni un instante —dijo él, aún entre risas, antes de que la seriedad regresara de golpe a su rostro—. Pero si quieres seguir con esto, y de paso hacerme el favor de liberarme del ingenio de Gabriel, tienes que ir con más cuidado del que piensas. Nada puedes hacer tú contra un montón de ángeles que, vete a saber por qué, han concluido que tienen que matarte. De eso ya me ocuparé yo, matar ángeles es mi especialidad, y eso no es ni de lejos lo más complicado.

—Los sellos en el piso de Marcos —comprendió, y se estremeció al pronunciar en alto aquellas palabras.

—Exacto. Todo suele empeorar cuando os da por jugar con ángeles y diablos. —Los gestos y la voz de Ángel se agravaron, llenándose de nuevo de duro sarcasmo, pero dejando entrever la rabia real y el dolor que había en él—. No sé de qué va esta historia, pero antes me fío de mil demonios desquiciados que de un solo humano obsesionado. —Resopló, y fijó de pronto los ojos en ella, antes de girarse y echar a andar con rabia—. Sé que Gabriel, para variar, ha hablado más de la cuenta, y que los humanos en los que confió le han salido rana. Si es que tiene un ojo...

—¿Alguien más sabe...? —lo interrumpió, sorprendida.

—En realidad no puedo saber qué saben. —Ángel se encogió de hombros—. La paloma mensajera no suele ser generosa en detalles. Además, una cosa es lo que ella les haya contado y otra lo que hayan interpretado. —Bufó, negando con la cabeza—. La cuestión es que estoy seguro de que los tipos que te atacaron en el callejón buscaban las fotografías que, afortunadamente, no encontraron. Y ten por seguro que

seguirán buscándolas. Aunque no sé para qué narices las quieren ahora que tienen el manuscrito, pero, después de la desaparición del historiador y el espectáculo en su piso, puedo hacerme una idea.

—¿Tienen el manuscrito?

Él asintió, pensativo.

—Antes has dicho que nadie sabía a dónde había ido a parar —protestó ella.

—Y no lo saben —contestó, despistado, como si aquella conversación repentinamente hubiera dejado de interesarle—. Yo tampoco, pero sé quién no lo tiene. El resto es evidente.

—¿Para qué podrían quererlo?

—Tú misma lo has dicho esta mañana y ya te he explicado que, por defecto y sin excepción, a la que Gabriel abre más de la cuenta la boca las consecuencias suelen ser todo lo contrario de lo que esperaba. Claro que eso suele ser divertido, salvo cuando acaba involucrándome.

—Quieren invocar al Diablo. —Las palabras salieron de su boca sin pensar y él asintió, con un gesto de burlona obviedad.

—Alguien debería explicaros algún día que eso no es posible. Aunque, si lo fuera, tampoco surtiría efecto. ¿Por qué narices creéis que estoy aquí abajo, por acudir como un perro faldero cuando mi amo me llama? —Resopló, airado—. Pero sí, eso es lo que quieren esos imbéciles que tienen mi manuscrito, y no me extrañaría que pensarán que lo han conseguido.

—¿Cómo? —preguntó y Ángel fijó otra vez en ella sus ojos, con una nueva intensidad.

—Digamos que un demonio descerebrado tiene sueños de grandeza —explicó, quitándole importancia a sus palabras con un gesto de la mano antes de acercarse a ella—. Lo que debe preocuparte no es lo que esos idiotas crean ni el porqué, sino el peligro que supone para ti que sepan que tienes las fotografías. No tengo intención de permitir que te pase nada, pero que fueras con cuidado facilitaría las cosas. No te fíes de nadie. Ni de tu sombra.

—No acostumbro a...

—De nadie, Luz —dijo, enfatizando sus palabras y sin dejarla terminar—. Ni de Alfonso, ni del rector de la universidad, ni del inspector de policía. —La voz de Ángel se volvió más profunda y terrible, pero con un matiz totalmente diferente de cualquiera que antes hubiera tenido—. Si quieres, no te fíes ni de mí, al fin y al cabo, sería lo más lógico que podrías hacer. No me importa mientras me asegures que hasta que esto se arregle no confiarás en nadie.

—¿Cómo no voy a fiarme de ti? —protestó— ¿Y de Alfonso...?

—¡Alfonso está influido por Uriel! —gritó Ángel, desconcertándola y sobrecogiéndola al comprender sus palabras—. Desde aquella noche en la que

encontraste ahí abajo la espada del arcángel. Así que hazme el favor, o háztelo a ti misma, de no confiar en nadie.

—¿Su espada? —preguntó, confundida, al tiempo que recordaba el extraño objeto que había encontrado cuando había explorado la escalinata de la cueva de la que ahora sólo la separaba una pared de sillares.

—Ella fue quién te mandó al abismo conmigo, quería recuperar la espada que perdió cuando la encerré en la torre después de que matara a mis alumnos, y, por casualidad, nos encontró aquí. Yo estaba a tu lado, activó el sello y nos envió a los dos de golpe al Infierno. Conseguí ponerte a salvo, pero me olvidé de Alfonso —explicó, y se encogió de hombros—. Y ahora debería sacarte de aquí. Tienes mucho en lo que pensar, y yo tengo que resolver algunas cosas.

—¡Espera! —Lo detuvo cuando se dio la vuelta y echó a andar—. ¿Qué va a pasar ahora?

—No tengo ni la menor idea. —Se acercó de nuevo a ella, más de lo que lo había hecho hasta el momento, y sintió que su cuerpo se estremecía ante un contacto que no llegaba a producirse—. De momento en lo único que puedo pensar es en mantenerte a salvo y en romper de una maldita vez el sello que falta.

—¿Cómo puede romperse el sello? —preguntó, y su voz fue un susurro.

Sin apenas darse cuenta había decidido que rompería el último sello y lo liberaría de aquella carga. Era lo único que podía hacer por él, y, tal vez, lo único para conseguir que permaneciera a su lado.

—El que me quede contigo o no poco tiene que ver con el maldito sello —explicó él, y un matiz de ternura se filtró en su voz—. Tiene que ver con lo que tú seas capaz de comprender y aceptar, y con las consecuencias que pueda tener esa decisión.

—No me importan las consecuencias —replicó con rabia, y Ángel sonrió.

—A eso me refiero, aún no lo entiendes, Luz —suspiró y pareció repentinamente cansado, antes de darse la vuelta y ponerse a andar—. No hablaba de las consecuencias que tus decisiones conlleven para ti, sino de lo que impliquen para mí. Si lo que quieres es librarme del invento de Gabriel, sólo tienes que contar lo que sabes. Cuanto más descubras y cuentes, mejor —explicó, volviéndose de nuevo hacia ella, que lo seguía de cerca—. Da a conocer el contenido del manuscrito, nada más. Publica tu estudio, escribe un libro, o da una conferencia. Incluso un artículo bastaría, mientras cuentes todo lo que sepas.

—¿Eso es todo? —preguntó sorprendida, deteniéndose.

—¿Qué esperabas? —dijo, repentinamente divertido—. ¿Tener que oficiar una jodida misa negra?

Guió a Luz a través de los túneles tratando de ignorar sus emociones. Todo el miedo que había en el interior de ella parecía ridículo en comparación a la ansiedad que le

había supuesto pensar en separarse de él, y apenas había podido contener la necesidad de encerrarla entre sus brazos cuando esa emoción había crecido hasta un límite que no había imaginado como posible, sorprendiéndolo y extasiándolo. Sabía que, tarde o temprano, debería enfrentarse a los sentimientos de Luz, y a los suyos, pero eso no ocurriría mientras ella siguiera en peligro. Necesitaba poder pensar con claridad sobre las opciones que tenía para poder permanecer junto a ella, y, definitivamente, le era imposible mientras estuviera más preocupado en mantenerla con vida que en averiguar cuáles eran las posibilidades para ambos.

La cercana presencia de Belial y Asmodeo, que había notado mientras le mostraba a Luz la conexión entre la dichosa cueva y la cripta de la Casa de las Muertes, se intensificó por la proximidad y la impaciencia de los dos diablos que lo esperaban en la catedral, y rompió el hilo de sus pensamientos incluso antes de llegar a la cámara de acceso a la escalera que comunicaba los viejos túneles con el templo, obligándolo a pensar en cómo mantener a Luz segura mientras él no pudiera estar con ella. Ningún tipo de engaño sería válido para mantenerla relativamente a salvo en el hotel, y menos ahora que le había dado motivos para querer ponerse a trabajar cuanto antes. Respiró profundamente y se detuvo al pie de la angosta escalera, dispuesto, finalmente, a enfrentarse a ella y hacer lo único que podía asegurarle una victoria. Negociar.

—Me están esperando fuera y no tengo más remedio que ocuparme de este asunto ahora —explicó y Luz fijó en él los ojos, llenos de curiosidad y miles de preguntas, y tuvo que esforzarse por mantenerse serio al ver su expresión—. Lo cierto es que llevan un buen rato esperándome, tanto que no sé cómo no han venido a buscarme aquí abajo. Te acompañaremos hasta el hotel y sería de gran ayuda que te quedaras en mi habitación, tranquilita, hasta que vuelva.

—¿Quiénes? —La voz de Luz fue sólo un leve murmullo, pero su determinación y curiosidad finalmente le hicieron sonreír.

—¿De verdad quieres saber eso?

Ella asintió de inmediato, casi compulsivamente.

—Son famosos —dijo, divertido— seguro que en alguno de esos libros antiguos que te sabes casi de memoria habrás leído varias historias sobre ellos, ninguna agradable.

—Acabo de saber que eres Lucifer, Heylel o Satanás, como quieras. El Diablo, no uno del montón, sino el primero de todos ellos. —Toda la determinación que había en ella por fin se mostraba en su voz y en sus ojos, tan negros y brillantes que parecían capaces de atraparlo en su interior—. Sean quienes sean estoy segura de que no sonará peor que eso. Y, aunque sea así, si tengo que caminar junto a ellos, te aseguro que prefiero saber quiénes son.

—Belial y Asmodeo —dijo, y sonrió con picardía, cuando ella simplemente

asintió, manteniéndose impasible a pesar de la oleada de incertidumbre y miedo que la sacudió de inmediato—. Saciada tu infinita curiosidad, dime, ¿serás capaz de quedarte en el hotel durante algunas horas, o mejor te dejo atada a la cama?

—No veo motivo para que me tenga que quedar encerrada. Yo...

—¡Por supuesto que no lo ves! —Rió con ganas por su reacción cuando tuvo que cerrarle el paso para que no subiera las escaleras, repentinamente indignada y olvidado ya cualquier temor que hubiera habido en ella—. Pero te aseguro que lo hay. Y es un motivo más que convincente: tu propia seguridad. Si eso no te basta puedo añadir que podré ocuparme de mis asuntos con más comodidad si sé que estás medianamente a salvo.

—Supongamos que me quedo en tu habitación —dijo, hablando despacio, acercándose a él, aún con la indignación reflejada en la mirada—. Exactamente qué diferencia supondría eso para un montón de ángeles que, te recuerdo, parecen empeñados en matarme.

No pudo evitar reír por su terquedad, pero, al menos, ella misma había acabado cayendo en su propia trampa, y se sintió repentinamente satisfecho por haber ganado una negociación que, en realidad, en ningún momento había tenido opción alguna de perder.

—Puedo proteger una habitación de hotel, incluso un hotel entero, o varios, para que ningún bicho sagrado con alas, sea ángel o paloma, se te acerque. Lo que de ninguna manera puedo hacer sin provocar un mal mayor es alejarlos de toda una maldita ciudad. Esa es la simple diferencia. —Sonrió triunfante al sentir la rabia previa a la rendición en el interior de Luz—. Ahora, dime, ¿será necesario que te ate a la cama?

—En todo caso, mejor en otra circunstancia —dijo, y sonrió, maliciosa, clavando en él sus ojos, antes de agacharse y escurrirse por debajo de su brazo en un alarde de orgullo que lo llenó por completo, haciéndole sentir, por un momento, infinitamente satisfecho, a la vez que todas las intensas emociones que ella despertaba en él bulleron en su interior sólo el instante antes de verse sobrepasadas por una lujuria como jamás pensó que fuera capaz de sentir.

Sintió cómo el alivio que invadió a Luz al abandonar los corredores subterráneos se mezcló al instante con todas sus emociones. Trató de serenarse y se concentró de nuevo en las emociones de Luz, cuyo alivio inicial al salir de los túneles había dado paso a la incomodidad al llegar a la enorme nave central de la catedral y distinguir ante el altar a los dos diablos, y, de inmediato, notó también su enorme curiosidad, elevándose, y él no pudo más que satisfacerla.

—Vuestros templos son sólo eso, templos —explicó, y ella fijó otra vez sus ojos en él, deteniéndose en mitad del pasillo—. No hay nada aquí, ni en ningún santuario de cualquier religión, que pueda hacernos daño o impedirnos entrar. Como mucho

son un recordatorio innecesario del Paraíso que jamás volveremos a pisar, y también uno de los pocos lugares que pueden hacernos sentir, por decirlo de algún modo, como en casa.

Ella asintió, sin apartar aún la mirada de él, que sintió de inmediato su incertidumbre y pasó despreocupado un brazo sobre sus hombros, acercándola a su cuerpo, disfrutando del ansiado contacto del que hasta aquel momento se había privado, y convenciéndose de la necesidad de hacerla sentir segura ante los dos imponentes ángeles caídos que los observaban. Al instante lo golpeó la rabia de Asmodeo y sonrió, divertido, al reconocer la expresión de comprensión en el rostro de Belial por la súbita emoción en el interior del otro diablo.

—Vamos —le susurró a Luz, dejándose llenar por sus emociones, entre las que destacaba ahora la satisfacción de sentirlo a su lado.

Caminaron hacia el altar y se detuvieron ante él, guardando las distancias con los dos diablos. Lo último que quería era que Luz se sintiera en aquel instante más incómoda de lo necesario. En especial cuando el temor que pudiera sentir por los dos seres que tenía delante, a los que miraba curiosa de arriba a abajo, se fundía con el terror que sentía hacia la imagen del Cristo Juez coronando el hermoso retablo del Juicio Final del altar, y del que apartaba temerosa la mirada.

—Salgo favorecido ¿no crees? —dijo en su oído, y ella lo miró al instante, desconcertada—. La bestia verde, esa de las fauces abiertas que engulle condenados —señaló, obligándola a mirar el fresco sobre el retablo—. Creo que el artista captó a la perfección todos mis rasgos. —Sonrió, fijando en ella sus ojos al sentir su incomodidad—. Tanta realidad hay en ese retrato como en el del Cristo que no te atreves a mirar. Ahora mismo hay otras cosas a las que deberías temer. Empezando por Asmodeo.

El diablo hizo un gesto de sumisión al instante con la cabeza, y Belial caminó hacia ellos deteniéndose delante de Luz, mirándola un instante, antes de clavar la vista en él.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Haniel flota ahora etéreamente junto a su Padre —explicó, encogiéndose de hombros.

—De eso ya nos hemos dado cuenta, Lucif... —se interrumpió—. Nosotros y todos ellos.

—Si lo haces por ella no te prives de pronunciar ese nombre, Rey del Infierno, aunque se me ocurren miles de mejores y menos crispantes —dijo—. Vamos, primero la llevaremos hasta su hotel, luego nos ocuparemos de esos arcángeles que tanto os preocupan.

—¿Es por ella? —La potente voz de Asmodeo retumbó en los gruesos muros de la Catedral Vieja, y el temor de Luz lo golpeó al instante—. ¿Por eso está aquí

Miguel de nuevo?

—No, Asmodeo, es por el jodido manuscrito —replicó, fijando su mirada en el diablo y permitiéndole ver toda la furia que en aquel momento sentía—. Pero si fuera por ella tus opciones serían exactamente las mismas que ahora.

—No me interesan mis opciones, Lucifer —el ángel caído caminó hacia ellos y se detuvo ante ambos, inclinando levemente la cabeza, en un gesto casi imperceptible—. Pero quiero saber por qué me juego el cuello.

—Tu cuello no correría peligro alguno salvo que fuera yo el que quisiera rebanarlo, y lo sabes. —Suspiró, cerrando levemente su mano sobre el hombro de Luz, queriendo tranquilizarla—. Pero ahora ya conoces el motivo por el que vas a atravesar un montón de cuellos angelicales, así que, deja de joder, y vamos.

Camaron en silencio por las calles del casco antiguo, con uno de los diablos a cada uno de sus lados. Belial se había situado junto a Luz, guardando una distancia prudente, ligeramente incómodo, pero queriendo evitar una discusión con Asmodeo. Mientras tanto, sintió cómo crecía la curiosidad de Luz, que se mantuvo en silencio, rodeando con un brazo su cintura, y el suave contacto de su cuerpo lo despistó lo suficiente para que le pasara desapercibido el aumento de la curiosidad de Belial.

—No parece asustada —murmuró el diablo, con la vista en el suelo, y Luz se sobresaltó arrancándole una sonrisa que apenas consiguió contener.

—No lo estoy —mintió ella descaradamente, antes de comprender que de nada servía negar sus emociones—. Tal vez un poco desconcertada sí...

—¿Por qué? —preguntó Asmodeo y él ya no pudo evitar sonreír mirando la expresión de mutuo recelo de Luz y los dos diablos.

—Pues supongo que es porque hasta hace unas horas no creía en nada —respondió dubitativa, antes de atreverse a mirar finalmente a Asmodeo, que la miraba lleno de curiosidad—. Y ahora tengo que pasar de la absoluta nada a...

—¿En nada? —La voz de Asmodeo fue un grito—. Todos creéis en algo. Siempre.

—No veo por qué —replicó convencida, y Ángel disfrutó de nuevo de su entereza—. Dime, qué pruebas solemos tener para poder creer. Es como si a ti te hubieran pedido que creyeras en nosotros antes de nuestra existencia.

—Y lo hicieron —le reprendió él—. Y creí.

Ángel rió con ganas y al instante Belial se sumó a sus risas, recordando las dudas de Asmodeo en el Paraíso y su constante mal genio.

—Por supuesto, Asmodeo —consiguió decir Ángel—. Pero sólo porque no tenías más remedio, como todos nosotros.

El diablo los miró, desconcertado, antes de sumarse a sus risas, siguiendo el hilo de sus pensamientos, y Ángel sintió de nuevo la confusión y la incomprensión de Luz golpeándolo.



—Asmodeo consiguió ser conocido como el ángel con peor humor de todo el puñetero Paraíso —explicó—. Creo que nadie, ni poniendo en ello toda su voluntad, podría sentirse tan tremendamente jodido en el lugar teóricamente más maravilloso que jamás haya existido.

—Una celda de oro y diamantes sigue siendo una celda. —Asmodeo se defendió.

—¡En eso sí que estamos de acuerdo! —dijo Luz, repentinamente animada, sorprendiéndolo, y de inmediato sintió también el asombro de los dos diablos que caminaban junto a ellos, que la miraron fijamente atenuando sus risas—. Me vais a encerrar en la mejor habitación del hotel, con servicio de habitaciones incluido, pero daría lo que fuera por poder fugarme y largarme ahora mismo a una buena biblioteca. —La frustración se coló en su voz a la vez que bajaba la cabeza, resignada.

Los tres rompieron a reír a la vez y, por primera vez, Ángel sintió que los dos diablos que los acompañaban comprendían, aunque fuera sólo mínimamente, todo lo que había de especial en aquella mujer.

—¿Qué? —los reprendió, enfadada—. Yo no veo la gracia.

—Pues la tiene —dijo Belial, mientras se paraban frente a la puerta del hotel—. Sólo alguien que prefiriera una jodida biblioteca a algunas horas de lujo, descanso y servicio de habitaciones podría haber hecho perder la cabeza al maldito Príncipe de las Tinieblas.

Luz clavó su mirada en él, con una intensidad como nunca antes había visto, llena de satisfacción, haciéndole olvidar por completo el peligro que corría, las risas que un segundo atrás había conseguido arrancarle a él y a aquellos dos terribles diablos, y el mundo que había a su alrededor. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para concentrarse y obligarse a dejar a Luz, refunfuñando, pero más tranquila, en la seguridad del maldito hotel.

—Mi cabeza, Rey del Infierno, sigue sobre mis hombros —replicó, sonriendo, al tiempo que fijaba su mirada en Belial y se esforzaba en mostrar una ira que no sentía en absoluto—. La tuya en cambio puede dejar de estarlo si no cuidas tus palabras.

—Vamos Lucifer, no me digas que...

—No te digo nada —lo interrumpió—. Simplemente, calla.

En un instante, aquellos tres hombres, que no parecían más que viejos amigos, se convirtieron de nuevo en los seres increíbles que eran, sin necesidad alguna de cambiar su apariencia. Al igual que en Ángel, no le costó encontrar en los otros dos rasgos evidentes de su verdadera naturaleza, a pesar de su aspecto, completamente humano. Asmodeo parecía, directamente, terrible y peligroso, y aunque fuera algo más bajo que los otros dos hombres, su cuerpo era imponente, acentuado por su aspecto, ligeramente salvaje. No le costaba en absoluto imaginarse a aquel ser como el único ángel malhumorado del Paraíso, porque esa era precisamente la impresión

que daba. Belial, en cambio, tenía un aspecto tranquilo y sosegado, como de quién está acostumbrado a templar sus nervios cuando es necesario, aunque por nada del mundo hubiera deseado verlo irritado. Era con diferencia el más alto de los tres y su cuerpo era enorme y tosco, al contrario de la ligereza y elegancia de Ángel. Tampoco parecía en absoluto un cuerpo en exceso musculoso, como el de Asmodeo, aunque sí increíblemente fuerte. El pelo oscuro y recogido acentuaba la dureza de sus rasgos, incrementada aún más por la profundidad de su mirada y la voz grave y pausada.

—Vamos, te acompañaré a tu celda dorada. —Ángel sonrió de nuevo, mientras la empujaba ligeramente hacia la puerta—. Estoy seguro de que no será tan terrible como crees.

Por primera vez desde que habían salido de la catedral Ángel se separó de ella y le abrió la puerta, invitándola a pasar, con la misma elegancia despreocupada de siempre. Ella se detuvo a esperarlo, pero él se limitó a seguirla, sin volver a abrazarla, y se sintió repentinamente vacía. Quiso buscar su mirada, convencida de que él sabía exactamente lo que sentía, pero sólo encontró una repentina frialdad, como si aquel trayecto desde su salida de los túneles no hubiera sido más que una tregua momentánea en una batalla mucho más larga. Se detuvieron ante el ascensor y vio la media sonrisa maliciosa de Ángel reflejada en el espejo cuando, repentinamente, se abrieron las puertas, y comprendió que, en efecto, simplemente se había tratado de una pausa.

—Tienes mucho en qué pensar —explicó él, mientras avanzaba al interior del ascensor y se recostaba contra el mismo espejo que lo había delatado.

—Tú también, por lo que veo.

Por primera vez la seguridad pareció esfumarse de la mirada de Ángel por un instante, antes de regresar con más intensidad, pero permaneció en silencio hasta que las puertas se abrieron de nuevo, en el último piso del hotel, y salió, decidido, sin esperarla.

—¿No vas a decir nada? —preguntó, y lo miró con toda la rabia de la que fue capaz cuando se pararon ante la habitación y él le mostró la tarjeta para abrir la puerta.

—Sí —contestó, sonriendo otra vez con picardía—. Pide lo que quieras, que lo carguen en la cuenta de la habitación, usa lo que te dé la gana, duerme, piensa, descansa. Siéntete como en tu casa, pero ni se te ocurra salir hasta que vuelva.

—¿Eso es todo?

Cogió con rabia la tarjeta que él le ofrecía con descaro.

—De momento —respondió él, y amplió su sonrisa con una arrogancia que no hizo más que aumentar su enfado.

—¡Perfecto!

Se dio la vuelta, furiosa, e introdujo con torpeza la tarjeta en la ranura para abrir,

pero Ángel la cogió del brazo, llevándola hacia él con fuerza y abrazándola, a la vez que fijaba en ella aquellos ojos, llenos de nuevo de más luz de la que era posible pensar.

—En realidad, no —murmuró rozando su boca—. Lo cierto es que nunca se me ha dado bien no hacer lo que me viene en gana, y ya tendrás tiempo de sobras para odiarme, no hace falta empezar tan pronto.

Quiso decirle que jamás sería capaz de odiarlo, que no sabía por qué sentía lo que había en su interior, pero que lo amaba como nunca había creído que fuera capaz de amar, y que nada más que eso le importaba, pero la intensidad de la sensación eléctrica que recorrió su cuerpo justo antes de que él atrapara con fiereza sus labios le impidió decir ni una sola palabra.

Sintió el cuerpo de Ángel con viveza junto al suyo, tanto que podría haber pensado que, en realidad, eran un único ser si él no se hubiera separado de sus labios, demasiado pronto, para clavar en ella con inusitada fuerza su mirada.

—Tengo que irme —murmuró, con la voz entrecortada—. Y tú deberías descansar y aclarar tus ideas.

Luz lo miró, con una súplica en los ojos, deseando decirle que sus ideas estaban más que claras, aunque sabía que él notaba el abismo que había crecido en mitad de su pecho como si fuera suyo, y, de pronto, regresó el miedo a tener que enfrentarse a aquel mundo nuevo y completamente distinto del que conocía.

—Volveré pronto. —Ángel se separó tiernamente de ella y abrió la puerta de la habitación, indicándole que entrara. Se sobrecogió ante la idea de quedarse sola, y él sonrió con picardía—. Tranquila, te aseguro que estarás a salvo mientras no salgas.

—Fíate del Diablo —bromeó, con una forzada sonrisa, y él la miró con fingida indignación.

—No te fíes de nadie. Menos aún del Diablo —dijo él, con burla, antes de que su voz recobrará toda la gravedad—. Pero no salgas.

—Está bien.

Entró en la habitación, resignada, dispuesta a enfrentarse a todas las ideas que bullían en su mente y a los sentimientos de su interior, que amenazaban con torturarla. Quiso besar de nuevo a Ángel, pero él la miró con media sonrisa, a la vez que hacía aquel gesto de burlona obviedad levantando una ceja, que ya conocía tan bien, y Luz comprendió, de inmediato, que no le iba a permitir ni una sola concesión más hasta que no se hubiera enfrentado a los miedos que había en su interior y a todas aquellas nuevas ideas. Suspiró y lo observó cerrar la puerta, sin apartar de ella su mirada, hasta que se quedó al fin a solas, y comprendió que estaba mucho más confundida y asustada de lo que en ningún momento se había atrevido a admitir.

Se dejó caer sobre la cama, derrotada, y recordó la primera vez que había despertado en aquella habitación, después de que la asaltaran la misma tarde en la que

había fotografiado el manuscrito, justo antes de que lo robaran. Aquellas imágenes lo habían desencadenado todo, y por ellas estaba también ahora en peligro, encerrada en aquel cuarto en lugar de rodeada de los libros que con tanta ansiedad quería comprobar. Todo lo que esa tarde le había contado Ángel, todo lo que había visto y había sentido, cambiaba no sólo el significado de lo que creía saber sobre el mundo, sino de todo lo que a lo largo de los años había estudiado y refutado, punto por punto, dándolo por falso e inventado, o mitológico en el mejor de los casos. Pero ninguna de aquellas creencias, historias, teologías o leyendas que tanto la atraían eran falsas o inventadas. Tal vez se tratara de mil y una versiones creadas por el hombre para explicar unos acontecimientos demasiado antiguos, demasiado poderosos, para que hubieran llegado con un sentido plenamente histórico a nuestros días, pero aún así todas tenían una base absolutamente cierta y real, al igual que terrible.

Sintió un dolor sordo en su interior crecer precipitadamente y un enorme vacío ciñéndose sobre ella. No era el mismo dolor que la había torturado desde la muerte de David, y que Ángel le había arrebatado, librándola de su agonía pero también privándola de la única unión física que le quedaba con el hombre al que tanto había querido. Ese dolor era distinto y viejo, remotamente conocido. El mismo sentimiento de soledad y vacío que había sentido en las noches frías en el convento donde se había criado. El mismo temblor en lo más profundo de su ser cuando, en la quietud de la noche, siendo apenas una niña, se escabullía de su habitación y se iba a llorar a la pequeña capilla, fría, vacía y lúgubre, para preguntarle a aquel Dios que nunca contestaba, para exigirle saber, por qué ella había sido privada del amor de unos padres. Recordaba cómo había pedido perdón, arrodillada, notando el frío atravesar el fino camisón blanco hasta que se le entumecían las piernas, por los pecados que hubiera cometido para haber recibido semejante castigo. Pero Dios jamás había respondido, sólo había encontrado vacío y frío junto a las viejas y descuidadas esculturas apenas iluminadas, nunca consuelo o alivio. Finalmente, ella había dejado de preguntar, y también de culparse por las circunstancias de su vida, y había buscado en otro lugar sus respuestas, uno que, sin duda, podía incluso llegar a doler más. Sabía que era mejor creer en un Dios mudo y sordo que en ninguno. La falta de Dios arroja irremediabilmente al hombre a la nada, y ella había escogido la nada porque, a pesar del dolor, del vacío, del desasosiego, en la nada no había rabia, ni culpa.

Pero se había equivocado, y con esa certeza, de golpe, había vuelto la rabia. Una rabia inmensa e infinita hacia aquel Dios sordo, ciego y mudo que la había abandonado. Un dolor inmenso que intensificaba la ira hacia un Creador que callaba y consentía el dolor, el abuso, la crueldad, no sólo entre los hombres sino también en su nombre. Una furia incontenible hacia aquel ser que no se mostraba más que como juez implacable, incapaz de perdonar los pecados de los seres a los que había creado, abandonándolos en la más absoluta de las oscuridades. Una ira que ahora se veía

incrementada al pensar en que aquel mismo Dios lejano, al que no comprendía, al que temía y casi odiaba, había condenado al ser al que amaba y la llenaba, permitiéndole sentir la felicidad de una manera que jamás hubiera imaginado.

## Capítulo XII

**A** STAROTH, Paimón y Zagan salieron a recibirlos y Asmodeo se situó de inmediato junto a ellos, receloso de su rango. Los tres diablos se inclinaron ante Ángel que les devolvió el saludo, sintiendo su nerviosismo e incertidumbre junto a la determinación de seguirlo, fuera cual fuera su decisión. Tenía la certeza de que si los comandantes de las mayores legiones de diablos estaban de su lado, igualmente lo estarían los más de ochenta ángeles caídos que lo esperaban, impacientes después de tres siglos de ausencia, en el interior de la antigua iglesia mudéjar de Santiago. Belial se detuvo junto a Agares, Murmur y los suyos, y él caminó, decidido, frente a ellos, dispuesto a convencerlos de que una vez más lucharan a su lado, pero, en esta ocasión, por un error que jamás debería de haber cometido, y del que ninguna manera se arrepentía porque era el que lo había llevado hasta Luz. Sintió la vista de los diablos fija en él y se concentró en ignorar las sensaciones que los agitaban.

—Sabéis que no os voy a pedir que me sigáis, nunca lo he hecho y esta no será la primera vez —dijo, volviéndose al fin hacia ellos.

Observó a cada uno de los grupos entre los que distinguió a los principales generales de los que fueron en su día coros angélicos y huestes celestiales. Se dejó caer en el escalón del altar mayor del pequeño templo, que apenas reconocía, sintiendo todos y cada uno de los espíritus de los diablos de aquella sala, recordándolos e identificando sus emociones.

—Sois libres para hacer lo que queráis, por eso estamos aquí —continuó—, pero no voy a consentir que ningún demonio, se llame Legión o se llame Judas, ponga este mundo patas arriba, y mucho menos que se haga pasar por mí.

—Has desaparecido demasiado tiempo, Lucifer —dijo Astaroth con voz firme a pesar del miedo en su interior—. De cualquier otro modo ahora no existiría el problema de Legión.

—Pero existe —la interrumpió—. Sé que ha sido demasiado tiempo, igual que sé que puedo confiar en vosotros. No tienes porque seguirme en esta ocasión Gran Duquesa —dijo, recordándole la posición que según los humanos ostentaba en el Infierno—, aunque si esto se pone feo tus tropas podrían ser de mucha ayuda.

—Te seguiré —anunció Astaroth y la firmeza hizo que su voz retumbara en las paredes—. Igual que todos nosotros. Sólo queremos saber el porqué.

Ángel se levantó y caminó hacia el altar, enfrentándolo, lleno de una ira antigua que hizo estremecer su espíritu, y se serenó al sentir sobresalir sobre las emociones de todos los demás diablos la comprensión de Semyazza, que, junto a Sahariel, lo

miraba desde un lateral de la pequeña nave central, algo apartado del resto de ángeles caídos.

—La razón es la de siempre, nunca habrá otra. —Respiró profundamente y se volvió de nuevo hacia ellos, que lo miraban, sopesando cada una de sus palabras—. Los sellos de Gabriel han atado mi espíritu durante más tiempo del que pensé que fuera posible, y también vosotros habéis sentido el peso de esa nueva condena, aunque no con tanta intensidad. Esa cadena que puso el arcángel sobre nosotros no es distinta de las que ya soportamos, y de nuevo fue a causa de mi maldita soberbia —escupió con rabia las palabras, sintiendo su efecto en el espíritu de los ángeles condenados que lo escuchaban—. Y, de nuevo, no me arrepiento. Quise dar a conocer otra versión de los hechos, la nuestra. La historia que no es historia, sino nuestra experiencia, la realidad que sufrimos desde el principio de los tiempos. No debí ponerlo por escrito, darles esa ventaja, eso es todo.

Eché a andar entre los diablos, mirándolos a los ojos, sintiendo en él todos y cada uno de sus sentimientos, recreándose en ellos, permitiendo que llenaran su espíritu.

—Pero no me arrepiento, y no pararé hasta que nuestra historia también sea escuchada. Estoy harto de que sólo se sepa la versión del maldito ganador de la batalla y que encima sea constantemente malinterpretada. Estoy harto de que a cada paso, cada gesto, cada palabra, nuestra condenada esencia sea triplemente atormentada. Por eso me largué, porque no lo soportaba —dijo, deteniéndose ante Astaroth, encarándola—. Y por ese mismo motivo he vuelto. Lo que me haya encontrado al regresar es otra historia, y nada tiene que ver aquí ni ahora.

—Lo que queremos saber es si es cierto. —La hermosa voz femenina de Agares y la intensa curiosidad de todos los diablos que se encontraban en la sala lo sorprendió y se giró hacia el ángel caído que le hablaba—. ¿Es posible, Lucifer? ¿Podemos?

Un murmullo se extendió por toda la cámara y no pudo evitar romper a reír cuando comprendió las emociones que habían crecido en el interior de los diablos que lo observaban, con más curiosidad y confusión que indignación por las consecuencias de su ausencia o la inminencia de una batalla. Aquellos ángeles renegados querían saber si podían amar, si podían sentir un amor diferente del que en su día habían sido privados, si era posible para ellos enamorarse como lo hacían los humanos, como lo habían hecho los grigoris, como lo había hecho él. De pronto comprendió que esa era la gran pregunta que le planteaban, y de ahí provenía la inquietud que los atormentaba. Sus dudas no eran hacia él, sino a causa de la confusión creada por una emoción similar a la esperanza que había crecido en sus espíritus al pensar que ese tipo de amor fuera posible, que hubiera para ellos algo parecido a la salvación sin necesidad alguna de arrepentirse de ninguno de sus actos.

—Eso parece —contestó, tratando de serenarse, mientras sentía como propia la satisfacción de los dos grigoris, que observaban con atención al resto de ángeles—.

Aunque creo que doscientos de nosotros ya lo habían comprobado.

—Pero ello son... —dijo Murmur, dubitativo, incapaz de pronunciar las palabras que también resonaban en la mente del resto de diablos, que consideraban a los grigoris distintos o incluso inferiores a ellos.

—¿Qué? ¿Ángeles custodios? ¿Vigilantes? —preguntó, terminando él la afirmación que el diablo no había querido concluir—. ¡Venga, ya! Ángeles al fin y al cabo. Serafines, arcángeles, tronos, potestades, dominios... ¡Como nosotros! Claro que yo tampoco lo entendía...

—Es distinto si lo has sentido tú. —La potente voz de Belcebú resonó por encima de las demás, dándole sentido al murmullo que se elevaba en la sala—. Fuiste el primero de nosotros.

—Y vosotros sois como yo, pero a menor escala —bromeó, encogiéndose de hombros, antes de echar a andar de nuevo hacia el altar—. No os puedo dar más respuesta que la que os he dado. Pero si es eso lo que realmente os inquieta, supongo que no hay más que hablar sobre la posible guerra que, por lo visto, os parece un detalle sin importancia.

—Sólo di qué quieres que hagamos y lo haremos. —Fue la voz de Barbatos la que se impuso ahora sobre el murmullo confuso de los demás, haciéndolos callar—. Si hay una manera de evitar un enfrentamiento y que se rompa el maldito sello, lo haremos. Si no, iremos a la guerra.

—Puede haberla —gritó, imponiéndose sobre las voces de los diablos que asentían por las palabras de Barbatos, más entusiasmados que nerviosos ante la posibilidad de una nueva batalla—. El manuscrito ha desaparecido y la copia que debilitó el último sello, de momento, no corre peligro. Lo único que tenemos que hacer es impedir que Gabriel llegue hasta él o a la copia antes de que Luz inhabilite el sello.

—¿Cómo lo haremos si no sabemos dónde está? —Asmodeo se levantó de golpe, excitando a los demás. Quería una nueva guerra y era evidente que estaba dispuesto a luchar por conseguirla, aunque él prefiriera evitarla, al menos por el momento.

—Es cierto, no lo sabemos —concedió—, pero estoy seguro de que podéis encontrarlo. De hecho me jugaría otra condena a que si seguimos los movimientos de Legión no tardaremos en dar con él. —Avanzó hasta los escalones y se sentó de nuevo, fijando su mirada en Asmodeo, que lo observaba, desafiante—. No lo tienen los arcángeles y, de momento, tampoco el demonio. Puede estar en manos de los humanos de Gabriel o de los idiotas que adoran a Legión, eso reduce bastante la búsqueda.

—Yo me ocuparé de los humanos —gritó Paimón y él asintió. Sus doscientas legiones de ángeles eran más que suficientes para que él sólo encontrara el dichoso manuscrito allá donde estuviera.



—Entonces el resto buscad a Legión —ordenó, levantándose, y echó a andar, sintiendo las presencias de Rafael y Miguel en el exterior—. Yo me ocuparé de los arcángeles.

—Lucifer. —La voz de Asmodeo tronó reflejando la intensidad del deseo que había en su interior.

Ángel levantó una mano hacia él en señal de respuesta, dándole la libertad que sabía que deseaba para acabar con cualquiera que considerara necesario. Si aquel maldito diablo tenía ganas de derramar sangre no sería él quién se lo impidiera, y menos aún teniendo en cuenta la ira que sentía ante la curiosidad del resto de diablos por aquellos sentimientos hacia los humanos. Unos sentimientos en los que el Príncipe del Infierno había evitado pensar durante prácticamente toda su condena, y a los que ahora se enfrentaba sin remedio.

Se sintió extrañamente aliviado cuando salió de la pequeña iglesia, dejando atrás a los diablos, y distinguió a lo lejos a Miguel y a Rafael, que lo esperaban. Ambos sabían lo ocurrido con Haniel, pero ninguno de los dos parecía estar realmente preocupado por ello. Estaba convencido de que los arcángeles tenían la clave de los ataques a Luz, aunque ni ellos mismos fueran conscientes de ello. Tomó aire, tratando de serenarse, antes de alcanzar a los dos seres sagrados, que lo miraban con una mezcla de extrañeza y satisfacción, convencidos de que sus sentimientos por Luz serían suficientes para evitar una guerra que ellos tampoco deseaban.

—Deberías estar cuidando de ella. —La voz de Miguel fue apenas un susurro cuando él llegó junto a ellos, que lo siguieron de inmediato—. No sé qué ha empujado a Haniel a desafiarte esta tarde, pero estoy convencido de que la idea no ha salido de él.

—Mal vas, Miguel, cuando los tuyos actúan a tus espaldas.

—Preocúpate de tus diablos y ya me ocuparé yo de mis ángeles.

—Eso, arcángel, sería un placer —escupió las palabras con rabia, deteniéndose y enfrentando a Miguel, que lo miraba desafiante—. Pero los tuyos parecen empeñados en ponerse una y otra vez delante de mi espada.

—No ha sido tu espada la que ha convertido a Haniel en éter —intervino Rafael, poniendo una mano sobre su hombro, queriendo tranquilizarlo—. De momento Gabriel está tratando de averiguar qué ocurre. Nosotros nos ocuparemos de que nada parecido se repita, y tú, bueno —dijo, encogiéndose de hombros—, simplemente guarda tu espada, tu furia y todo lo que haga falta hasta que sepamos qué pasa.

—Un arcángel ha intentado matar a Luz, Rafael —replicó, encarando al ser sagrado—. ¿Y pretendes que me quede de brazos cruzados sólo porque la pregonera está jugando a los detectives? ¿La misma Gabriel que fue la primera en mencionar la posibilidad de matarla tiene que averiguar qué ocurre? —Bufó, incrédulo—. Me juego las alas a que ella misma tocaría la trompeta en señal de victoria si Luz

ascendiera ahora mismo al paraíso.

—¿Eso crees? —La voz de Miguel sonó más profunda de lo habitual, llamando su atención—. Qué motivo podría tener ella en querer ver de nuevo tu poder desatado y sin control posible, más ahora que el último de sus sellos ya no sirve de nada.

—Mi poder desatado... —dijo para sí mismo, casi en un murmullo.

Hacer que perdiera el control. Ese era el motivo y no otro por el que querían matar a Luz. No tenía nada que ver con el manuscrito, con los sellos que lo ataban, con las fotografías o con nada parecido. Sólo había una razón, y él conocía de sobras el sentimiento que la impulsaba, porque era el mismo que lo llenaba y alimentaba desde el principio de los tiempos, desde el mismo instante en que, tras su caída, substituyó al dolor y a la rabia. La ira tenía como consecuencia inmediata el deseo de venganza. Hubiera querido advertir a ambos arcángeles de que esa era la causa que perseguían, la venganza, meditada y orquestada desde la frialdad que sólo proporciona la furia acumulada pacientemente. Y sólo había un ser en todo el Paraíso que deseara hasta tal punto devolverle el golpe, como había dicho Rafael, sólo que en ningún momento se había detenido a pensar en la intensidad de ese deseo, de la rabia escondida en su interior. Una ira inmensa que no debería existir en ningún ser sagrado que no hubiera sido desterrado del Paraíso. Pero no pudo explicarles nada de aquello, ni siquiera sabía si Rafael había podido llegar a intuir el hilo de sus pensamientos, porque, antes de ser consciente de ello, su cuerpo, empujado por una fuerza como nunca antes había sentido, se había puesto en movimiento. Una certeza, gritándole desde lo más profundo de su ser, había hecho desaparecer el mundo y había dejado en su mente un único pensamiento. Luz.

El timbre del teléfono móvil la despertó y tardó un instante en recordar donde estaba. El cansancio le había pasado factura y se había quedado dormida, aún vestida y tendida sobre la cama. Sacó con esfuerzo el teléfono, que seguía sonando en el bolsillo de su pantalón, mientras se estiraba para encender la luz. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que había llegado al hotel, pero parecía bien entrada la noche y estaba convencida de que aquella llamada no era de Ángel, que todavía no había regresado para liberarla de su encierro.

—Buenas noches, señora Martín. —El saludo del inspector Sánchez la sorprendió al otro lado de la línea cuando descolgó—. Disculpe que la llame a estas horas, pero necesitamos que venga de inmediato a la comisaría.

—¿Ahora?, pero...

—Es urgente, señora Martín —la interrumpió el inspector.

—Lo cierto es que ya estaba durmiendo y estoy segura de que podrán esperar a mañana. Si quiere a primera hora...

—No podemos esperar. —La voz al otro lado de la línea le resultó extrañamente

autoritaria y se incorporó prestando más atención a sus palabras—. Pero sí podemos tramitar una detención rutinaria si usted se niega a venir.

—Está bien —concedió, dispuesta a acabar con aquello por las buenas y cuanto antes, pero intentando darle algo más de tiempo a Ángel para que regresara—. Estaré allí en una o dos horas.

—Si le parece bien mandaré un coche a recogerla ahora mismo ¿sigue alojada en el mismo hotel?

—Sí, pero tardaré...

—En diez minutos estará allí el coche —dijo el inspector, de nuevo sin dejarle terminar de hablar—. Nos vemos dentro de un rato.

Sánchez colgó sin darle oportunidad alguna de protestar, y se resignó a acatar aquella orden, que nada había tenido que ver ya con la petición amable del inicio de la conversación. Pero, a pesar de lo extraño de esa llamada, y de la urgencia por llevarla a la comisaría, no podía pensar más que en Ángel, que, seguramente, encontraría la habitación vacía cuando llegara. Decidió dejarle una nota explicándole lo ocurrido y mencionando claramente que el inspector había amenazado con arrestarla. Antes que enfrentarse a un ataque de rabia porque hubiera abandonado la habitación del hotel antes de su llegada, prefería admitir que no le apetecía en absoluto que fueran a buscarla para llevársela, tal vez esposada, en mitad de la noche.

El reloj marcaba las dos y diez de la madrugada cuando abandonó el hotel y salió para encontrar el coche de policía que ya la esperaba en la entrada. Los dos agentes uniformados del interior la saludaron con frialdad, invitándola a entrar, y la llevaron rápidamente a la comisaría, sin dirigirle ni una sola vez más la palabra. La curiosidad por la razón de la urgencia por verla crecía por momentos en su interior, pero no se le ocurría ni un sólo motivo para justificarla. Los agentes la condujeron directamente al mismo cuartucho en el que la habían interrogado en la última ocasión, pero esta vez el inspector Sánchez ya la esperaba en el interior, igual de desaliñado y con el mismo aspecto de cansado que en las ocasiones anteriores en las que se habían encontrado.

—Tome asiento, por favor —indicó el inspector, y su voz tuvo el mismo tono autoritario que había oído por teléfono. Ella obedeció, dispuesta a enfrentar aquella situación de la mejor manera posible—. Esta tarde ha aparecido el cuerpo sin vida de Anabel Ruiz. Hace escasas horas que disponemos de la identificación oficial, y aún no hemos comunicado la noticia a sus familiares. No obstante, necesitamos su ayuda con esto, señora Martín.

Luz lo miró aturdida, incapaz de asumir lo que aquel hombrecillo extrañamente seguro de sí mismo le explicaba, y él situó ante ella un par de fotografías.

—Nos ha sido imposible localizar al doctor Vázquez, pero estoy convencido de que su opinión sobre el tema es más que cualificada —continuó diciendo Sánchez, colocando ante ella nuevas fotografías, formando un enorme mosaico en el que no se

sentía capaz de concentrarse—. El cuerpo de la señorita Ruiz apareció desnudo y con graves lesiones superficiales que, aún a falta de autopsia, se descartan como causa de la muerte. Le ahorraré esos detalles, pero este es el escenario donde los agentes encontraron el cadáver.

Sus ojos recorrieron el puzzle que formaban las fotografías, queriendo evitar enfrentarse a la imagen que recreaban. Estaba demasiado confundida y asustada para pensar en la noticia que acababa de darle aquel hombre, más insensible y frío de lo habitual, y se sentía aún menos preparada para analizar la escena de unos hechos que apenas podía digerir. Pero su vista se centró inesperadamente en algo que llamó su atención, obligándola a mirar detenidamente la terrible escena que recreaban las fotografías. En el centro de la composición, partido en dos mitades, cada una en una fotografía distinta, un enorme sello dibujado en rojo sobre una pared pintada de negro resaltaba en mitad de la escena, dándole un aspecto tétrico y siniestro que a ella en cambio le resultó aterradoramente esclarecedor. No tenía ninguna duda, era un sello demoníaco, similar a los que aparecían en las fotografías del piso de Marcos y a los que tantas veces había visto en grimorios medievales, aunque con algunas diferencias con ambos casos. No había en aquel enorme símbolo rastro alguno de alfabeto celestial, ni de Malaquías, ni de los habituales caracteres hebreos, sólo números en el lugar que deberían ocupar las escrituras mágicas. Repasó de nuevo uno a uno los detalles de aquel enorme círculo rojizo, pero, a pesar de la sutil diferencia, no le cabía duda de la naturaleza del dibujo. Siguió mirando la escena grotesca que mostraban las imágenes y descubrió nuevos sellos, más pequeños, sobre una especie de altar de piedra ensangrentado, y se estremeció al pensar que allí debían haber encontrado el cuerpo de Anabel.

—Puedo ofrecerle un vaso de agua, si lo desea —dijo el inspector, llamando su atención.

Luz simplemente asintió, incapaz aún de decir ni una sola palabra, de asimilar la escena macabra que contemplaba y el despropósito que reflejaba. Oyó la puerta del cuarto cerrarse mientras buscaba en aquellas imágenes algún detalle, alguna pista, que pudiera indicarle qué había detrás de esa escena, más allá de la evidente crueldad que con todas sus fuerzas trataba de ignorar. La enorme habitación retratada no tenía más decoración que el grotesco altar y los símbolos mágicos dibujados en prácticamente todas las superficies, pero nada de aquello le decía absolutamente nada, salvo que algún perturbado estaba detrás del crimen que se había cometido con una finalidad que sabía imposible.

—Aquí tiene —dijo el inspector, sorprendiéndola porque no lo había oído entrar. Tomó el vaso con agua que Sánchez le ofrecía y bebió un sorbo—. Pensamos que podría estar relacionado con el manuscrito robado y también con la desaparición de su colega Marcos.

—¿Han encontrado alguna pista sobre él? —preguntó, con voz temblorosa, y bebió agua nuevamente, intentando tranquilizarse.

—Teníamos la esperanza de que esos símbolos pudieran arrojar algo de luz sobre el tema —explicó el inspector y ella asintió—. Son similares a los hallados en el piso del señor Vicente y, por lo que Alfonso Vázquez y usted nos contaron, también a ciertos signos que aparecían en el manuscrito desaparecido.

—Hay algunas variaciones que no comprendo —dijo, tratando de concentrarse—. En todos estos símbolos suele aparecer escritura, en un alfabeto u otro, que representa el nombre de la entidad a la que se quiere invocar. Y así ocurría en las imágenes que me mostró del piso de Marcos, aquí, en cambio —indicó girando hacia el inspector las imágenes centrales en las que se distinguían las dos mitades del sello más grande—, son secuencias numéricas las que ocupan ese lugar.

—¿Y eso qué significa? —preguntó él, inquieto, fijando en ella la mirada con una seguridad que la sorprendió.

—No tengo ni idea —confesó.

Situó de nuevo en su lugar las fotografías, dispuesta a analizar otra vez aquellos símbolos en busca de una pista o señal que pudiera indicarle una posible relación con algo que conociera, pero se sintió extrañamente cansada e incapaz de centrarse. Se llevó una mano a la frente, queriendo forzar una concentración que le parecía imposible de alcanzar. Había sido un día duro y largo, y aquella noticia, junto a las imágenes del lugar en el que habían encontrado muerta a su antigua compañera, era mucho más de lo que podía asimilar en tan poco tiempo. El cansancio dio paso a un repentino mareo que confundió su visión, nublándola, y sintió como si todo se moviera a su alrededor. Oyó la voz del inspector Sánchez, lejana y amortiguada, pero no pudo comprender sus palabras. Quiso reponerse, luchó contra el malestar, pero su cuerpo no respondía, y se derrumbó sobre unos brazos, que la levantaron. Oyó pasos y palabras, golpes sordos y secos, antes de que su vista finalmente fallara por completo y todos los sonidos desaparecieran.

Algo golpeó con fuerza su cabeza y el dolor rebotó en su interior, esparciéndose y multiplicándose por todo su cuerpo hasta convertirse en un murmullo sordo y lejano. Quiso llevarse la mano a la frente para amortiguar el dolor, pero no pudo moverse. Su cuerpo parecía adormecido, inerte, y el ruido que había comenzado como consecuencia del dolor creció en intensidad, aclarándose, hasta convertirse en voces sin sentido y, finalmente, en palabras. Luchó por abrir los ojos mientras trataba de encontrar el significado de lo que oía, hasta que comprendió que aquellas frases lejanas eran pronunciadas en un pésimo latín. Se esforzó de nuevo y consiguió entreabrir los párpados y enfocar la mirada. Un grupo de personas estaban situadas en círculo y repetían una y otra vez las mismas palabras. «*In nomine dei nostri Satanas Luciferi excelsi potemtum tuo mundi de Inferno, et non postest Lucifer Imperor Rex*

*Maximus...*» Hubiera deseado protestar, corregir su pronunciación incorrecta, pero una voz familiar y solemne lo hizo en su lugar. Alfonso habló sobre el resto de voces, que se convirtieron en un leve murmullo, pronunciando al fin correctamente aquella oración. Al instante las voces repitieron sus palabras, con una ferviente entonación, otorgándoles una musicalidad que le pareció siniestra. Quiso llamar a Alfonso, pedirle que la ayudara, pero la voz no salió de su garganta. Seguía sin poder moverse ni hablar, su cuerpo no respondía a sus deseos y sólo podía permanecer en silencio, inmóvil, y observar. Recorrió con la vista la enorme sala en la que se encontraba y reconoció de inmediato en la pared frente a ella un símbolo familiar, pero no fue capaz de saber a qué le recordaba o dónde lo había visto con anterioridad.

Un nombre acudía una y otra vez a su mente, algo que estaba relacionado con aquella peculiar cantinela en latín que parecía haber perdido el sentido de tanto ser repetida. Un nombre arcaico, antiguo, que la hacía sentir segura, viva. Repasó con la vista los rostros de los hombres y mujeres que estaban frente a ella, ninguno la miraba, como si no pudieran verla. Toda su atención parecía puesta en algo frente a ellos que no podía ver por los cuerpos de los hombres que le daban la espalda. Junto a Alfonso reconoció a una mujer rubia y delgada, pero no pudo recordar de qué la conocía, y también al inspector de policía, pero nadie parecía verla. Ningún otro rostro le era familiar, aunque se sentía tranquila porque en cuanto Alfonso o el inspector Sánchez se percataran de que ella estaba allí la ayudarían, sólo debían levantar la vista y la verían. De hecho, deberían haberla visto ya, pero parecían sumamente ocupados en pronunciar una y otra vez aquellas frases que iban creciendo en intensidad y cobrando un nuevo significado en su mente.

El círculo de gente se abrió de pronto, a la vez que Alfonso pronunció casi en un grito unas nuevas palabras. «Salve Satanas, Salve Lucifer, Salve Belcebú, Salve Leviatán». Aquellas palabras fueron repetidas cada vez con más fuerza y el grupo de gente se apartó, agachándose, sin dejar de gritar con exagerada solemnidad una y otra vez las mismos nombres. Quiso gritar cuando vio a Marcos sobre un siniestro altar de piedra, desnudo, maniatado, ensangrentado, y con los ojos desorbitados, mirándola, como si con aquel gesto pudiera decirle algo de suma importancia. Pero ella no podía pensar, ni moverse, ni hablar, sólo contemplar atónita la espeluznante escena mientras la musicuilla que formaba en su mente la repetición de aquellas palabras se fundía en un eco lejano, cada vez menos claro. Vio a Alfonso levantar con rabia un enorme cuchillo y de nuevo quiso gritar cuando lo clavó en la espalda de Marcos, que lanzó un terrible alarido antes de derrumbarse sobre el enorme bloque de piedra que formaba el altar, marcado con símbolos demoníacos, que esta vez identificó al instante.

Todo en su cabeza cobró en un instante un nuevo significado, macabro y aterrador, y recordó las fotografías que le había enseñado el inspector del lugar en el

que habían encontrado el cuerpo sin vida de Anabel. Estaba en esa misma sala que, de pronto, se llenó de una luz rojiza. Un murmullo se elevó del círculo de gente, que seguía agachada, y se entremezcló entre saludos y alabanzas, llamando su atención y anulando de nuevo cualquier pensamiento.

—¡Ave, Lucifer! —dijo una voz de mujer.

Aquel grito llevó a su cabeza una imagen, un rostro, un olor a madera, sándalo y tabaco, el tacto de una piel, el calor de unas sombras, rozándola. Ángel. Pero no era un ángel lo que veía sobre el altar en el que yacía el cuerpo sin vida de Marcos, sino todo lo contrario. Un ser inmundo, retorcido, una bestia más animal que humana que se erguía frente a ella, fijando en los suyos sus dos terribles ojos encendidos, completamente rojos, sin iris ni pupila, a la vez que elevaba una mano en un gesto acusador y lleno de rabia.

—Ella —gruñó la bestia, señalándola, y el corazón se le desbocó.

De nuevo quiso luchar y chillar, moverse, pero no pudo más que observar cómo Alfonso, al instante, la señalaba y dos hombres de los que le daban la espalda se incorporaban y caminaban hacia ella, decididos a entregarla a la bestia que mostraba sus dientes puntiagudos desde el altar de piedra. No sintió la presión de las manos de ambos hombres cuando la cogieron y elevaron, dispuestos a cumplir sin más aquella orden que no comprendía, pero, de inmediato, un golpe terrible retumbó en las paredes de la sala y una explosión de luz azulada lo llenó todo, reconfortándola enseguida.

Oyó a la bestia gruñir con fiereza sobre el altar antes de desaparecer en mitad de una hermosa niebla oscura y violeta, seguida de los alaridos de los hombres y mujeres que continuaban alrededor del altar. La niebla que acababa de engullir a la bestia se extendió rápidamente por la sala, llegando hasta ella, rodeándola y acariciándola, proporcionándole una seguridad y un calor que recordaba, y que de inmediato despertó el resto de recuerdos agolpados en su mente entumecida, atemorizándola y tranquilizándola al mismo tiempo, llenándola de fuerza para obligar a su cuerpo inmóvil a incorporarse.

—Lucifer —consiguió susurrar, y las sombras que la envolvían se aferraron con más intensidad a su alrededor, pero él no respondió—. Ángel —llamó de nuevo, con un hilo de voz.

—Yo soy el único ángel que verás de cerca hoy. —Una voz femenina respondió a su llamada, desconcertándola—. Uno de verdad, no como ese renegado —escupió la voz, al tiempo que una hermosa mujer se materializaba ante ella, sonriendo, terrible.

Fue incapaz de reaccionar ante la belleza del ser alado que había aparecido de la nada ante sus ojos. Reconoció de inmediato las enormes alas doradas, hechas de luz, idénticas a las del arcángel que había tratado de matarla en los túneles. Quiso sentir miedo pero no podía más que seguir embelesada por la increíble apariencia de aquella

mujer rubia, de hermosura imposible, que mantenía en ella fija una mirada de ojos verdes y luminosos, mientras su piel parecía brillar con la misma intensidad que sus alas.

—Eres la zorra del Diablo, querida. —La mujer alada se acercó a ella, aproximando a su cuello una espada cuya hoja estaba hecha de la misma luz dorada que la hipnotizaba y ahora también la quemaba—. No es nada personal, morirá tu cuerpo, pero salvaré tu alma.

—¡No! —Ángel gritó desesperado, sobresaltándola, y ella por primera vez sintió el miedo crecer en su interior, o era tal vez el miedo de Ángel el que sentía, sobrecogiéndola, ahogándola, y haciendo que su corazón se encogiera.

—¿No? —chilló el arcángel que la sostenía con una voz aguda y estridente, nerviosa, volviéndose hacia Ángel, sin soltarla—. ¿Qué harás Satanás? ¿Matarme y a la vez matarla a ella? —Rió—. Me sirve. Mátenos a ambas.

Ángel avanzó hacia ellas, despacio, soltando su espada mientras las sombras que habían llenado la estancia retrocedían envolviéndolo y enredándose en su cuerpo, tenso y hermoso, con las enormes alas negras de nuevo replegadas a su espalda.

—¡Quieto! —ordenó el hermoso ser de luz que la agarraba, presionando con fuerza la espada contra su cuello. Sintió la piel arder con un escozor terrible que arrancó un grito de su garganta, pero la mujer alada no se inmutó—. Si das otro paso te juro que además le dolerá, y tú no quieres eso ¿verdad?

—¡Uriel!

Otra voz femenina retumbó en las paredes de la sala y una nueva luz dorada llenó el lugar durante un instante, antes de concentrarse junto a ellas, tomando la forma de una silueta que acabó por materializarse en un cuerpo de mujer, incluso más bella que la que la sujetaba amenazante, más peligrosa y salvaje.

—¿Se puede saber qué haces? —Aquella mujer de piel reluciente y melena despeinada y brillante, sujetó con una mano la muñeca con la que la otra sostenía la espada, apartándola de su cuello y aliviándola—. ¿Y vosotros, inconscientes, inútiles, torpes? —añadió, girándose hacia los hombres que las miraban, con ojos desorbitados, inmóviles, antes de levantar una mano hacia Ángel, indicándole que no se moviera, y fijar de nuevo la mirada en la mujer que la tenía sujeta, empujándola contra la pared—. Dime, arcángel, qué haces.

—¿Qué hago, Gabriel? —escupió Uriel, con rabia—. Lo que Miguel y tú deberías de haber hecho hace ya mucho tiempo, darle un motivo para que acabe con su maldita existencia. Él le permite existir porque no ve cómo es en realidad, en lo que se ha convertido. Nuestra misión es mostrárselo, para que, de una vez por todas, nos libere de él.

—No, Uriel. —La voz de Gabriel era pausada y firme a pesar de la tensión en su rostro y el gesto crispado, con una mano impidiendo el movimiento de la espada de



Uriel y la otra elevada aún hacia Ángel—. Nuestra misión es cumplir su voluntad. La que sea, arcángel.

—¿Su voluntad? —preguntó Uriel, y su voz se volvió de nuevo chillona y estridente, a la vez que sus ojos se abrieron, incrédulos, y las alas de luz de su espalda temblaron—. ¿Su voluntad fue que él me encerrara? ¿Qué me encadenara a la tierra, privándome de Su Gracia? No, Gabriel, esa no fue Su voluntad, sino la del enemigo al que ya hace mucho debimos vencer.

—No es la primera vez que escucho a un arcángel poner en duda la voluntad del Creador. —Una voz masculina interrumpió a Uriel—. Por su soberbia lo llamas ahora enemigo. ¿Es ese también tu pecado, Uriel?

Las dos mujeres frente a ella se volvieron, y Uriel aligeró al fin la presa alrededor de su cuello y separó de ella su espada, permitiéndole ver a los dos hombres que acababan de entrar en la sala. Se situaron a ambos lados de Ángel, que mantenía la vista fija en ella, con expresión colérica y el cuerpo encogido, como si en cualquier instante fuera a correr hacia ella y arrancarla de los brazos de la mujer que aún la sostenía contra la pared. Uno de aquellos dos hombres, de aspecto más sereno y confiado, avanzó despacio hacia ellas, deteniéndose a mitad de camino y observando atentamente la escena, como si analizara el peligro real de lo que veía. El otro, de aspecto más joven, se quedó junto a Ángel, situando una mano sobre su hombro, y Luz no pudo evitar sorprenderse del parecido entre ambos, a pesar de la terrible apariencia que en aquel momento mostraba Ángel. Prácticamente el mismo rostro, la misma altura e idéntica complexión, aunque el hombre que se afanaba ahora en calmar a Ángel pareciera más joven que él, y desgarbado, incluso también más inocente. El pelo, casi idéntico, era levemente más oscuro, y los ojos, que buscaban casi con desesperación la mirada de Ángel, eran de un brillante turquesa. La expresión atormentada de aquel hombre la obligó a mirar de nuevo a Ángel, sobrecogiéndose al verlo aún inclinado hacia ella con una agonía inmensa reflejada en su expresión.

—¡Suéltala! —gruñó él, avanzando de nuevo hacia ella, arrastrando consigo al hombre que había querido retenerlo.

—Nunca, Satanás. —La voz de Uriel fue firme y cruel al tiempo que llevó de nuevo contra su cuello la espada—. ¿Qué crees que desean los demás aunque teman admitirlo? Tú piensas que son tus hermanos, pero te equivocas, ya no hay hermanos en el Paraíso para ti. Ellos quieren lo mismo que yo. Allí, para ti, ya hace mucho que no hay nada.

—Te equivocas, Uriel. —Fue el hombre que seguía junto a Ángel quién habló ahora, con más firmeza de la que parecía poseer, irguiéndose y enfrentando al arcángel que la amenazaba con una furia que la sorprendió—. Yo me considero su hermano, igual que Miguel. Y que Gabriel, aunque no lo reconozca. No es nuestra

labor juzgarlo, menos aún condenarlo.

—¿Condenarlo? —estalló Uriel con un terrible alarido de dolor—. Esto no es una condena, Rafael. Una condena es dejar de existir por siempre. Exiliarlo al mundo que ama para que lo gobierne no es una condena ¡Es un premio!

—¡Yo te enseñaré lo que es una condena, maldita! —La voz de Asmodeo retumbando en las paredes de la sala la sobresaltó.

Luz se giró sorprendida y aliviada hacia el conocido diablo que entraba en la habitación junto a una decena de hombres y mujeres y, de pronto, unos brazos la envolvieron, lanzándola contra el suelo, pero, enseguida, unos nuevos brazos se enredaron en su cintura levantándola y acunándola con suavidad.

Gabriel había aprovechado la confusión provocada por la entrada de los diablos y había apartado bruscamente a Luz de Uriel, salvándola. A Ángel no le importaba por qué lo había hecho más allá de que en aquel instante era la mano de la mensajera la que sostenía la suya para evitar que atravesara con su espada a esa maldita condenada de Uriel a la que, después de aquel ataque de ira incontrolada, con toda seguridad iba a tener que soportar durante el resto de su existencia. Miró un instante a Rafael, que sostenía a Luz con delicadeza entre sus manos, sanándola, y concentró de nuevo su furia en Uriel, que lo miraba desconcertada.

—¡Suéltame, pregonera! —escupió las palabras con rabia—. No quiero hacerte daño, pero por todas las malditas cadenas que me atan que no me importará convertirme en aire si no me sueltas, Gabriel.

—Déjalo, Gabriel —ordenó Miguel, imponiéndose, por fin, y recuperando el control de una situación que evidentemente se le había ido de las manos—. Él debe decidir, y sé que obrará en consecuencia.

—¡Miguel! —chilló Uriel con una voz terriblemente molesta—. ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Eso preguntas, absurda, tonta, lerda, boba, inepta? —reprendió, acercándose a ella, dejando que viera todo su poder, todo el dolor y la ira acumulada de su espíritu, alimentándose del miedo que aún había en Luz, que lo llenaba más que nunca, aumentando su furia y su fuerza—. ¿Por qué? Porque te has condenado, Uriel. Porque será mío tu castigo. Porque serán mías las cadenas que te aten por siempre al abismo.

—¡Yo no estoy condenada! —protestó ella de inmediato, pero, enseguida, su rostro se ensombreció al sentir, igual que él las sentía, las emociones de los arcángeles que la miraban.

—Has pactado con un demonio —dijo, despacio, acercándose a ella, deleitándose con el pánico que sentía—. Has convencido a los tuyos y engañado a tus inferiores para que mataran a un humano. Has interferido sin permiso o consentimiento en la Creación. Has odiado con más fuerza de la que yo mismo creía posible en un ser

sagrado. Has esperado, acumulando tu ira, hasta organizar tu venganza perfecta que te librara de culpa y castigo. La ambición de Legión te benefició en el momento adecuado y no dudaste en aprovecharla. De hecho, ni siquiera te planteaste de dónde provenían las razones que te impulsaban. La ira, Uriel, te cegaba. La soberbia, arcángel, te otorgó tus motivos. El deseo de venganza te empujaba. Nada sagrado había en ti y mucho menos en tus actos.

—¿Por qué? —preguntó Miguel, y su voz fue un susurro lleno de pena.

—Él me encerró, me encadenó a una tierra sin el Creador —musitó Uriel, retrocediendo—. El dolor fue inmenso apartada de Él, de vosotros, pero no hubo castigo para el maligno. ¡Nunca lo ha habido! Yo no podía castigarlo, pero cuando supe que la había encontrado a ella —explicó, volviendo la mirada hacia Luz por un instante. Esa sola mirada encendió de nuevo la rabia en el interior de Ángel, que acorraló a Uriel, aprisionándola contra la pared—. ¿Cómo podía una bestia sentir amor? Claro que no es amor, sino otra cosa. Es un sentimiento corrompido, pútrido, así que no había pecado alguno en mis actos. ¡No ha habido pecado! Sólo debía acabar con el objeto de ese sentimiento desviado para que enloqueciera y desvelara su verdadera naturaleza, la que os oculta, la que yo he visto.

Uriel miró a los arcángeles, desesperada, buscando una comprensión que no encontraría.

—¿Y era mejor utilizar al más sádico de los demonios que hacerlo con tus propias manos? —preguntó, y Uriel tembló bajo su brazo, que la empujaba contra la misma pared en la que ella había amenazado a Luz instantes antes—. Así evitabas la condena, matabas a... ¿cómo lo has dicho? —preguntó, lleno de rabia—. ¡Ah, sí! La zorra del Diablo. Y además te asegurabas de que yo enloqueciera al verme privado de ese sentimiento corrupto y pútrido. —Apretó aún más a Uriel contra la pared, impidiéndole respirar, con rabia—. Pero, por supuesto, arcángel, yo sigo siendo el retorcido ¿verdad?

—¡Yo no quería acordar nada con Legión! —gritó—. Fue idea del profesor. Él me falló —señaló a Alfonso, que trataba de ocultarse detrás de dos humanos—. El profesor había llegado a un acuerdo con el demonio usando el manuscrito y Legión vino a buscarme, él quería tu reino, yo sólo tu muerte, pero no fue un trato.

—¡No! —gritó Miguel que sintió su intención de acabar de una vez por todas con Uriel—. Si la matas no habrá condena. Deja que Él la juzgue, después, haz lo que quieras.

Él se giró hacia Miguel, con los ojos llenos de burla, apretando aún más el cuerpo de Uriel contra la pared antes de liberar una embestida de poder que acabó de golpe con ella, haciéndola desaparecer sin dejar rastro entre las tinieblas que lo envolvían.

—Tengo toda la eternidad, Miguel —dijo, y caminó hacia el arcángel al tiempo que sentía el espíritu tenso de todos los diablos de la sala unirse al suyo, aumentando

su furia—, y muchísima paciencia. Esperaré a que vuelva, con su misma naturaleza, errará otra vez, y, a lo mejor, entonces, yo podré soportar aguantar su condena eterna en este mundo.

—No era tu misión juzgarla. —Miguel lo enfrentó, retándolo con la mirada.

—Sí era la tuya vigilarla —escupió con desprecio, dando por zanjada la cuestión y se volvió hacia Asmodeo que de inmediato rodeó a dos humanos con los brazos y el resto de diablos lo imitaron—. Aquí están tus humanos, pregonera. ¿Qué hacemos con ellos en esta ocasión? ¿Cuántas muertes inocentes han sumado esta pandilla de imbéciles a tu cuenta?

—No harás nada, Lucifer. —Gabriel mantuvo la voz firme, y él se volvió hacia ella, que estaba ante los humanos, junto al altar—. Y mi cuenta es cosa mía, hermano.

—Está bien —concedió, acercándose a ella—. Sólo uno de todos estos me interesa y no es de los tuyos, era de Uriel. ¿No es cierto, Alfonso? —preguntó, volviéndose hacia el profesor, y sintió su miedo golpearlo mientras forcejeaba en los brazos de Asmodeo—. ¿Por qué vendiste a tu amiga? ¿Dinero? No, no lo creo, tu avaricia está saciada. ¿Amor? No, no era amor, sino lujuria. Sí, eso fue, el deseo frustrado e incrementado... Ellos exacerbaron tu lujuria hasta que te pareció una buena idea satisfacer tus más oscuros deseos a cambio de unas cuantas vidas para el demonio más antiguo y poderoso que ha pisado esta tierra. ¡Imbécil! ¿De verdad creías que ese espanto de Legión era yo?

—¡No! —Fue la voz de Luz la que llamó su atención y de inmediato sintió, como un filo que lo atravesaba, su inmensa compasión hacia el profesorucho que la había traicionado, que había estado dispuesto a matarla—. No lo hagas. Déjalo vivir. Por mí —suplicó, desde los brazos de Rafael, que la sostenía sonriente al sentir la fuerza de su convicción y la misericordia que había en ella.

Él la miró, incrédulo, sintiendo como las tinieblas que envolvían su ser desaparecían y su ser retomaba el control de su cuerpo, al ver los ojos de Luz otra vez llenos de vida.

—Me dijiste que me darías cualquier cosa, lo que yo te pidiera, que me harías tu reina —dijo, mirándolo casi con desesperación, recordándole sus propias palabras—. Eso es lo que te pido, lo que quiero.

La compasión del interior de Luz lo golpeó de nuevo, desarmándolo. Trató de entender los sentimientos que había en ella, las razones por las que a pesar de que no pudiera perdonar a ninguno de aquellos humanos tampoco deseara su muerte, pero Asmodeo se precipitó y mató, demasiado pronto, a los humanos que sostenía, presionándolos entre sus brazos. De inmediato el resto de diablos lo siguieron, y toda la compasión que había habido en el interior de Luz se convirtió en pánico primero y un inmenso dolor después. Él quiso chillar, explicarse, pero Gabriel se lo impidió. Cuando comprendió su intención y se volvió hacia ella, ya había puesto la mano

sobre el manuscrito que había estado sobre el altar durante todo aquel tiempo, y no tuvo ocasión de avanzar hacia ella antes de que un nuevo sello, más fuerte y poderoso que los tres anteriores, encadenara su espíritu lanzándolo contra el suelo, derrotado, y devolviéndolo al abismo del que, seguramente, jamás debería de haber salido.

Luz no pudo evitar chillar cuando vio a Ángel caer, derrumbándose, como si un rayo lo hubiera atravesado, dejándolo tendido en el suelo. Quiso correr hacia él, pero unos brazos la apretaron, impidiéndoselo. Luchó con todas sus fuerzas contra aquella presa que le impedía ir a ayudar a Ángel, pero sólo consiguió que el abrazo que la ataba se hiciera más fuerte, hasta impedirle siquiera resistirse o moverse.

—No puedes acercarte a él ahora, Luz. —La voz de Rafael fue un susurro en su oído—. El sello te mandaría al abismo con él.

Las palabras del arcángel que la sostenía cobraron un nuevo sentido cuando vio que todos los diablos de la sala habían caído al suelo igualmente, mientras Gabriel sonreía, victoriosa, mirando a Ángel, con una mano sobre el altar. De inmediato comprendió que el manuscrito había estado allí todo el tiempo, que seguramente había sido Alfonso quien lo había robado para usarlo como invocación a un supuesto Lucifer después de que Uriel lo influyera para hacerlo. Todos y cada uno de los sellos rotos e, incluso, el sello debilitado, habían sido ahora repuestos, y Ángel se debatía entre las tinieblas que se ceñían sobre él mientras aquellas hermosas sombras violáceas envolvían de nuevo su cuerpo, tensándolo, transformándolo, hasta que dos alas negras se desplegaron de golpe a su espalda y, con un gruñido terrible, se incorporó, enfrentándose a Gabriel.

—¡Mensajera! —dijo, y su voz fue un trueno cuando se levantó y avanzó hacia ella—. Millones como tú no son suficientes para hacerme frente a mí, Gabriel.

El arcángel sonrió con prepotencia, levantando una mano, y un terrible alarido de los diablos que había tras ella, encogidos en el suelo, hizo retumbar las paredes. Ángel se tambaleó, hincando una rodilla en el suelo, antes de levantarse de nuevo y caminar hacia Gabriel, forzando su respiración, que se había convertido en un terrible ronquido.

—¡Sigue! —gritó, retándola—. Yo también tengo curiosidad de saber hasta dónde puedo llegar. ¡Sigue, si tienes valor, pregonera!

Gabriel rió, y su risa retumbó como mil cascabeles en las paredes de la habitación, al tiempo que Ángel caía de nuevo, más lentamente ahora, antes de levantarse entre los aullidos de dolor de los diablos que seguían tendidos en el suelo ante él, justo detrás del arcángel que ceñía el sello contra ellos.

—¡No es suficiente, Gabriel! —gritó Ángel, y un nuevo gesto de la mano del arcángel arrancó nuevos rugidos de las bestias que se retorcían tras ella, pero en esta ocasión él no cayó y, en cambio, las sombras a su alrededor se intensificaron—.

¡Sigue!

Luz se debatió de nuevo entre los brazos de Rafael, que respiraba aceleradamente contemplando la escena, con la vista puesta en Miguel, que observaba, impasible, apoyado en una pared. No consiguió deshacerse de él, y una nueva serie de alaridos de los diablos la hicieron estremecer, a la vez que vio a Ángel caer de nuevo sobre una rodilla, antes de romper a reír con una carcajada tenebrosa y llena de dolor.

—¡Basta! —Rafael gritó con furia, avanzando hacia Gabriel y aflojando la presa alrededor de Luz, pero Gabriel sonrió y forzó una vez más el sello, haciendo que Ángel se retorciera de nuevo ante ella, entre los rugidos de dolor del resto de los diablos—. ¡Para ya, Gabriel!

—¿Por qué? —Gabriel sonreía complacida, exultante, sin apartar la vista de Ángel—. Lo merece, es una bestia, Rafael. Esta es sólo su condena.

—No, su condena es la que se le impuso al principio de los tiempos —explicó el arcángel que la sostenía mientras Ángel se levantaba de nuevo—. Este es tu juego sobre ella. Miguel —llamó, volviéndose hacia el otro ser sagrado que contemplaba la escena, en silencio, manteniendo fija su mirada en Ángel, que avanzaba con lentitud hacia Gabriel—. ¿Por qué?

Miguel no contestó. Rafael quiso avanzar hacia él y Gabriel aprovechó el momento para presionar aún más el sello que había impuesto sobre el espíritu de Ángel, derrumbándolo en el suelo otra vez, y Luz, al fin, pudo desprenderse del abrazo de Rafael para ir a ayudar a Ángel, que estaba en el suelo, temblando. Oyó a su espalda el grito desesperado de Rafael llamándola y la voz de Miguel fundirse en el espacio cuando, finalmente, se agachó junto a Ángel, rodeándolo con sus brazos, queriendo incorporarlo, y todo a su alrededor desapareció.

Ángel sintió la presión de las viejas cadenas que ataban su espíritu ceñirse con nueva intensidad sobre él, oprimiéndolo, lanzándolo al Infierno que había en su interior y en el que había estado perdido durante los primeros tiempos de su condena, y que los humanos habían calculado en mil años. Notó su cuerpo tensarse y retorcerse como si fuera la primera vez, transformándose en una bestia que ya nada tenía que ver con aquello que era. Sintió la fuerza de la negrura atraerlo y llamarlo, pero se resistió a ella con toda su furia. La ira y el dolor regresaron con más fuerza, así como la convicción y la determinación que lo habían guiado en cada uno de sus actos. Y, junto a ellos, regresaron también los recuerdos, tan fuertes y claros como si las escenas que desde el inicio de los tiempos habían torturado su espíritu sucedieran de nuevo, conociendo el fatal desenlace que, a pesar de todo, lo motivaba a seguir adelante.

Recordó su propia creación, la belleza de obtener por primera vez conciencia de su ser, del vacío que lo envolvía y tomaba forma, de la fuerza y omnipotencia de la energía de la que había surgido y que todo lo abarcaba. Revivió aquella primera

visión y el sentimiento, inmenso, hermoso, terrible, que lo llenó por completo desde el primer instante. Y el vacío. La angustia creciente, sutil primero, aterradora después, que se había apoderado de su espíritu desde el principio. Las escenas se sucedían veloces y las sensaciones, atroces, lo atravesaban, justo antes de empujarlo hacia la oscuridad del abismo, arrastrándolo hacia él, aprisionándolo en el interior de una noche negra y eterna donde el vacío era peor que cualquier otro dolor, que cualquier otra sensación.

El dolor de los diablos que eran empujados a las tinieblas con él lo golpeó y lo llenó, sobrecogiéndolo al tiempo que un nuevo dolor, distinto pero aún más intenso lo atravesó, dándole la fuerza necesaria para resistirse a la atracción de las sombras que lo atrapaban, obligándolo a luchar como hacía tiempo que no lo hacía, y despertando en su interior un nuevo sentimiento, una nueva fuerza, que no reconocía pero que le era familiar, cercana, como el eco de un recuerdo robado.

Se enfrentó a Gabriel, resistiendo a la negrura con todas sus fuerzas, deleitándose ahora con su propio dolor, el de sus diablos, y el de aquel ser que lo llamaba y atraía desde algún lugar que no podía definir, impidiendo que regresara de nuevo a las sombras de su condena. Saboreó la furia del arcángel, sus ansias de venganza y aquel odio que habitaba en su interior, que ella no reconocía y que no debería sentir, pero que lo llenaba más que todo el dolor acumulado en aquella habitación. El arcángel ciñó con ira aún más las cadenas que lo sujetaban pero sólo consiguió reavivar su furia, alimentando un poder ya desatado, que lo empujaba y estremecía, a la vez que los recuerdos lo azotaban de nuevo, torturándolo.

Revivió el instante de la primera Creación material, la plenitud al contemplarla y la envidia que surgió en su interior al verla. Se retorció de dolor por la antigua comprensión de su naturaleza deformada, sedienta de libertad de la fuerza y envidiosa de la que él había surgido. Una fuerza a la que era increíblemente similar, pero a la vez tan distinto que le dolía. Y aquella agonía vieja, antigua, lo lanzó de nuevo al vacío, y sintió un estremecimiento en su interior, una llamada, desconocida y próxima, que lo levantó. De nuevo, la angustia de aquel ser, tan cercano y alejado al mismo tiempo, lo llenaba y empujaba a luchar. Una vez más, la rabia y la furia de Gabriel alimentaron su poder hasta un límite que no era capaz de situar, levantándolo, obligándolo a enfrentarse a ella, a su rabia, a su ser y a su condena eterna.

El arcángel forzó de nuevo el sello sobre su espíritu y una nueva oleada de recuerdos lo embargó, haciéndole perder ya por completo la noción del tiempo y del espacio. Recordó el deseo de ser libre y la inquietud por saberse capaz de romper las cadenas que lo ataban, la lucha interior y el vacío que lo atraía y aterraba. Revivió la soledad absoluta, las ideas que lo atormentaban, el exilio voluntario en busca de respuestas que lo asustaban. De nuevo, sintió el viejo temor a lo desconocido, a su propio ser, a su poder y, sobre todo, a su naturaleza, tan distinta a todas las demás, tan

similar y a la vez tan alejada de la del poder del que él había surgido y con el que había dado lugar a la Creación. Volvieron las preguntas y el miedo, el vacío y la tristeza, la oscuridad de su espíritu y la luz de su consciencia obligándolo a comprender, a buscar, a preguntar y a experimentar. A pesar del temor y del dolor que cada pequeña pregunta, y cada nueva respuesta, le provocaba.

Regresó al momento de la Creación de la obra máxima y se maravilló ante la imagen que de nuevo contemplaron sus ojos. Vio al nuevo ser, material, perfecto, superior en todo a los demás, que miraba al cielo, desolado, asustado, sin comprender, y recordó la imposibilidad de interferir. Sintió lástima del solitario ser sin consuelo, y lo observó como si aquella vez fuera la primera, como si realmente en ese instante naciera el ser perfecto ante él que, impotente, sólo podía contemplarlo en la distancia, diluido en el éter. Se compadeció de su soledad y quiso otorgarle la comprensión y el conocimiento que podrían guiarle, pero recordó de nuevo la imposibilidad, como una atroz prohibición que se lo impedía, y se retorció otra vez en su dolor, provocado ya no sólo por saberse único, diferente, extraño, sino retorcido y equivocado, deseoso de hacer lo que sabía que no debía ser hecho.

Sintió las cadenas impuestas tiempo atrás sobre su ser y volvió la vista hacia Gabriel, abandonando el pasado, centrándose en el arcángel, odiándolo a la vez que sentía su odio, y se alimentó de su propio sufrimiento, levantándose, surgiendo de entre las sombras que lo atraían con más fuerza de la que jamás lo hubieran hecho desde que fuera condenado. Y, una vez más, aquel eco, aquella vieja y lejanamente conocida voz, retumbó en su interior, obligándolo a resistir, impulsándolo a seguir a pesar de su tormento, de la atracción sobre su espíritu del castigo eterno.

De nuevo, el sello de su espíritu se retorció y las sombras que lo absorbían aumentaron la intensidad, llevándolo junto a ellas, transportándolo a un lugar más allá del espacio y a un tiempo antes del tiempo, cuando aún no existía nada más que la fuerza de la que había surgido y que todavía su ser, cuando nada en él se había retorcido y cuando el poder con el que ahora luchaba por sobreponerse a su condena era utilizado para resistirse a su errónea naturaleza. Vio una vez más ante sus ojos a la nuevo ser y cómo, ante su mirada, la nueva criatura se dividió en dos, formando una compañera que era una parte de él. El ser había sido dividido en dos y cada nueva mitad no era sino una parte del ser antiguo, que se complementaban y amaban como no era posible para ningún otro ser de la Creación. La envidia, con más fuerza que nunca, se desató en su interior. Él, que al igual que la fuerza de la que había surgido, y que aquel primer ser completo que ahora eran dos, era único en toda la Creación, había deseado desde el primer instante en que tuvo consciencia de su propia existencia, tener un igual, un ser como él al que amar y comprender. Tener lo que ahora tenía el nuevo ser, que ya no miraba desconsolado hacia el abismo sino que estaba embelesado en la parte de sí mismo que era la nueva criatura.



La furia lo atravesó igual que si por primera vez se enfrentara a aquella escena terrible y a la certeza de que nada en él era como debía ser. Vio a los nuevos seres vivir y desarrollarse, y se sorprendió al verlos sufrir, a pesar de su suerte, de su compañía, de sentir un amor que consideraba imposible porque nada tenía que ver con el amor obligado hacia la fuerza de la que él había surgido. Comprendió que aquellos seres eran libres y que sólo en la libertad podía darse ese tipo de amor. Y deseó la libertad con más furia que antes, porque quería amar como aquellas criaturas se amaban. Aunque no tuviera igual, descubrió que podía amarse a sí mismo, por ser como era, único y perfecto, indudablemente mejor que el resto de seres que existían a su alrededor, y completo, a diferencia de aquel ser material, supuestamente perfecto, que ya no era uno solo, sino dos.

Luchó contra las cadenas que lo ataban, sintiendo la resistencia de la fuerza de la que había surgido y que todo lo llenaba derrotándolo, dejándolo rendido y asustado por su propia reacción. Se recreó en el sufrimiento de aquellos seres, que tenían lo que él ansiaba, pero su propio sufrimiento aumentó, dotándolo de una fuerza no conocida, que rebasó todas las barreras, todas las cadenas, todos los límites, y que anuló el dolor. Sobre la envidia y el odio que lo llenaban surgió una inmensa compasión, y quiso aliviar el sufrimiento de aquellos seres, igual que había hecho desaparecer el suyo, y los dotó de comprensión, conocimiento y sabiduría. Se enorgulleció de su obra y, por primera vez en toda su existencia, no sintió vacío en su interior, sino sólo amor. Un amor diferente, que nada tenía que ver con lo que había sentido hasta aquel momento, un amor hacia sí mismo, hacia su naturaleza, pero también hacia aquella criatura finita e indefensa, que ahora tenía también una parte de él mismo. Pero todas esas nuevas emociones desaparecieron cuando al instante entendió que ese amor, nuevo, diferente y mejor no debería haber sido posible, y se estremeció al comprender que no sólo había quebrantado la única prohibición que se le había impuesto, sino que, además, había superado unas barreras que se suponían infranqueables, y que había intentado respetar durante toda su existencia en contra de sus deseos y de su propia voluntad. Y un dolor más intenso y brutal de lo que jamás había sentido lo retorció e inmovilizó. El abismo y las sombras se ciñeron sobre él, transformándolo en un nuevo ser, aumentando su poder, retorciendo su esencia, variando su naturaleza. Sólo quedaban en él la rabia y el terrible vacío, que parecía de nuevo incapaz de desaparecer. Un relámpago con furia atravesó su ser, dividiéndolo, mutilándolo, partiéndolo en dos, a la vez que la oscuridad aumentaba en su interior y en el universo que lo rodeaba, ya sin Gracia y sin perdón, ajeno a la fuerza de la que él había surgido antes de que nada más existiera.

Tomó consciencia de las cadenas sobre su espíritu, rodeándolo, asfixiándolo y recordó a Gabriel. Buscó a tientas en su propia oscuridad, aquella voz, aquel eco, aquel recuerdo lejano que lo había empujado a resistir, pero no lo encontró. Quiso

centrarse en el odio del arcángel que lo torturaba, pero se dio cuenta de que su propio odio era mayor, y de nada le servía aquel sentimiento ante la fuerza del sello que lo empujaba hacia el abismo al que ya apenas podía resistirse. Trató de centrarse en sus diablos, pero sus presencias no eran ya más que oscuridad y dolor, aumentando la fuerza de atracción del agujero negro que lo reclamaba. Las sombras sobre su ser se intensificaron, arrastrándolo, y su voluntad casi se doblegó justo antes de sentir junto a él, hundiéndose en la oscuridad, una presencia que reconoció de inmediato porque no le era ajena, sino que era una parte de él, una mitad que le había sido arrancada y arrebatada. Recordó el dolor y el vacío desapareciendo, justo antes de volver. Revivió la búsqueda incesante de aquella parte de su ser que de la había sido privado, encerrada en la oscuridad, y la antigua fuerza regresó. Todo desapareció a su alrededor, salvo aquel ser, aquella parte de sí mismo que se fundía ahora con él, y comprendió que nada más importaba salvo evitar que aquella brillante luz, que en un tiempo había formado parte de él, cayera en el abismo que los atraía a ambos irremediabilmente hacia la negrura eterna, hacia el tormento continuo.

## Capítulo XIII

**L**A oscuridad envolvió a Luz hasta absorberla completamente en su interior y hacerla desaparecer. De pronto, se sintió diferente, plena y completa. Todo a su alrededor era vacío y quiso levantarse, buscar algo que no recordaba, pero, enseguida, comprendió que no podía hacerlo porque no había un cuerpo que mover y con el que incorporarse. Se sorprendió contemplándose y entendiendo que aquella, y no otra, era su esencia, su verdadera naturaleza, y se relajó. De inmediato supo que no estaba a solas, percibió una fuerza, infinitamente poderosa, inabarcable, que la llenaba y atraía, que estaba a la vez en su interior y a su alrededor, siendo al mismo tiempo lo que conformaba su ser y todo lo demás que existía, pero siendo también algo diferente a ella, que la hacía brillar con una intensidad tal que convertía su ser en algo mejor y más hermoso que todo lo demás, algo único y solitario, algo bello y peligroso. La certeza provocó que el vacío tomara forma en su interior, un agujero negro que absorbía toda la luz, la suya y la de esa fuerza inmensa que con su presencia la aliviaba y atormentaba por igual, dejándola a oscuras y llenando su espíritu de dolor.

Quiso alejarse de aquella energía imponente y buscar en balde respuestas, consuelo y compañía. Nada parecía suficiente porque nada de lo que encontraba parecía capaz de llenar el vacío que sentía, salvo su propia presencia, comprender su existencia. Pero entendió que temía aquellas sensaciones, que sí llenaban el vacío, pero que a su vez convertían su espíritu en algo oscuro y perverso, algo que no era, que no podía ser. Finalmente, reconoció que no era posible huir de aquella fuerza magnífica, que la calmaba y torturaba por igual, porque estaba en todas partes, conformándolo todo, interconectándolo. Dejó de intentar escapar y sintió en su interior, aún con más intensidad, la presencia de ese poder, y se estremeció al darse cuenta de que la comprendía, porque era similar a lo que su ser y su naturaleza eran. Pero esa igualdad no era real, porque su ser no era libre y por ello no podía explotar plenamente su naturaleza. Deseó con todas sus fuerzas ser libre e igual a aquella energía imponente, enorme, impresionante, pero esa misma energía, que estaba dentro y fuera de su ser al mismo tiempo, se lo impidió, y el vacío que sentía aumentó, provocando que las heridas abiertas en su interior temblaran con furia. Sintió un inmenso dolor hasta que, de pronto, nuevas y potentes emociones llenaron el hueco que había en su espíritu. Sintió rechazo, rabia, furia. Y, por primera, vez odió con una intensidad terrible, que le dio miedo y que rechazó de inmediato.

Una vez más, quiso alejarse de aquella fuerza que le provocaba el peor de los sufrimientos. Comprendió que para su espíritu únicamente había soledad porque no

tenía igual, y con aquel pensamiento de nuevo se asustó, regresó el dolor y con él la ira y la furia, pero en esta ocasión no hubo odio, sino que el agujero de su interior se llenó de un nuevo y desconocido sentimiento. De pronto, nuevos seres comenzaron a surgir a su alrededor, similares a su naturaleza, pero a la vez diferentes, y un impulso fruto de la fuerza que todo lo llenaba hizo que sin poder resistirse dotara de conocimiento a las nuevas criaturas, completándolas y posibilitando su existencia, haciendo que fueran más próximas a su naturaleza, pero aún así alejadas y distintas a ella. Contempló uno a uno a los seres que sentía a su alrededor y se enfrentó a la fuerza que todo lo llenaba, y la emoción desconocida que instantes antes había nacido en su seno creció y se reafirmó. Comprendió que esa fuerza que todo lo llenaba no era en realidad distinta a su ser, porque había surgido de ella y sólo a partir de ese instante había comenzado a surgir todo lo que contemplaba. Era causa y consecuencia de todo lo que había a su alrededor, exactamente igual que la fuerza que sentía en su interior y fuera de su ser. Supo que todo lo demás existía únicamente porque en primer lugar había sido su propia existencia, y entendió que no tenía igual pero que tampoco existía naturaleza alguna mejor a la suya. No había belleza similar, inteligencia comparable o poder que lo igualara. Guardó en lo más profundo de su interior aquel nuevo sentimiento que había acabado con el vacío y con el dolor, y lo escondió, protegiendo su hallazgo del resto de seres y, sobre todo, de aquella fuerza que todo lo ocupaba.

Su esencia tomó forma por primera vez y se sorprendió de su hermosura, reconociendo en cada rasgo la naturaleza de lo que ya sabía que era, embelesándose con el cuerpo en el que se expresaba su espíritu y que reflejaba la realidad de su ser. Al mismo tiempo, tomaron forma los seres a su alrededor, y de nuevo los observó, confirmando que no había variado lo que sabía sobre ellos. La magnífica fuerza que lo llenaba todo le pareció ahora incluso más inmensa e imponente, pero no había forma que la definiera y comprendió que esa era una diferencia entre ambos. Pero, aún así, tampoco aquella energía parecía realmente superior, salvo por la libertad de la que gozaba y que le otorgaba un poder mayor al suyo. Deseó con todas sus fuerzas gozar de la misma libertad sin restricción alguna, pero en esta ocasión el fracaso que ya sabía que ocurriría no le dolió, porque el sentimiento que llenaba ahora el vacío de su interior le permitía comprender que su naturaleza no era diferente de la imponente fuerza que esclavizaba su espíritu. En cambio, su ansia de libertad para poder comprobar aquella idea creció, pero al notar quebrarse la barrera que sostenía y limitaba su ser se asustó, y guardó en su interior sus deseos y emociones. A pesar de ello, muchos de los seres que había a su alrededor se aproximaron, reconociendo la superioridad de su naturaleza, haciendo preguntas, requiriendo respuestas, clamando por consuelo contra el dolor que había en su interior y que era similar al suyo. Poco era lo que podía hacer, salvo aceptar a su lado a quiénes habían ido en su busca y

compartir cuanto sabía y sentía.

Nuevas formas surgieron mientras se ampliaba el espacio y se atenuaba la intensidad de la fuerza que todo lo llenaba, hasta que, finalmente, surgió una novedad. Se dejó llevar por su curiosidad y quiso contemplar la nueva creación. Nuevos seres habían surgido sin necesidad de su participación para que fuera posible su existencia. Esa nueva creación era distinta a las demás, ajena a su naturaleza y a lo que conocía, y observó al nuevo ser, comprendiendo que era libre, y lo envidió, sin poder dejar de admirarlo. Siguió su evolución y sus movimientos, sin querer regresar junto a aquello que le provocaba dolor, y lentamente la envidia se convirtió en sorpresa, después en fascinación, y, al final, en devoción. El nuevo ser guardaba en su interior las mismas emociones turbias y oscuras que había experimentado en su espíritu, un inmenso dolor, un vacío terrible, incomprensión, confusión y algo que, finalmente, comprendió que era amor. Un amor que le pareció retorcido, pero también hermoso y fuerte. Aquel ser, ajeno a su naturaleza, tan similar en su forma y tan distinto en su interior a todo lo que conocía, se sabía superior a todo lo que lo rodeaba, y se admiraba por ello, amándose y enorgulleciéndose de sí mismo. Sonrió al pensar que había encontrado a un igual en un ser tan distinto, pero, rápidamente, esa ilusión se desvaneció, cuando la fuerza que todo lo llenaba tomó al nuevo ser y lo dividió en dos.

Observó el fin de la soledad y del dolor para aquella indefensa criatura, pues había en él libertad y amor, ahora expresado y correspondido, por una parte misma de lo que siempre había sido. Y lo envidió, y sufrió, y odió. Pero no pudo dejar de contemplarlo y observó cómo el sufrimiento crecía de nuevo en el interior de aquella criatura, que ya no era única, pues eran dos, un par de mitades de un solo ser, que se amaban y se complementaban, pero que eran incapaces de vencer al vacío, a la soledad y al dolor. Comprendió que sin entendimiento de nada le servían a aquella criatura ni el amor ni la libertad, y se compadeció de aquel ser que tenía todo lo que él anhelaba pero que no lo podía disfrutar. Nuevas y desconocidas emociones llenaron su ser con una intensidad como nunca antes había sentido, confundiendo su mente e hinchando su espíritu, desbordándolo. Por un instante, que podría haber sido eterno, no hubo más que caos, hasta que, de pronto, sintió como parte de su propio ser todo aquello que existía, había existido o pudiera llegar a existir en algún momento. No había diferencia alguna entre su ser y todo lo demás y tampoco, comprendió, con la fuerza que todo lo llenaba y que, rápidamente ahora, se estaba diluyendo en su interior, apagándose y desapareciendo. El vacío que siempre había habido en su espíritu aumentó, ocupando el espacio que liberaba la fuerza que había llenado su ser hasta el momento, creciendo y haciendo que su propio ser creciera. Finalmente, con una explosión, su propia fuerza substituyó en su interior a la fuerza que alguna vez había llenado y sometido su ser. Su naturaleza se transformó,

mejorándose, incrementando la propia grandeza de su esencia. No había ya ataduras ni limitaciones, ni tampoco dolor ni separación. Sintió, como si sintiera su propia esencia, que también disminuía el dolor del nuevo ser al que había estado observando, y al que ahora sabía que amaba, y comprendió su pena, llenándolo de entendimiento y comprensión, otorgándole el don del conocimiento del que carecía.

Con asombro contempló la plenitud en el interior de aquel ser, que ya eran dos, y envidió su libertad y el reconocimiento, ahora total, del amor compartido que sentían las dos mitades que había estado observando. La envidia que había crecido en su espíritu de inmediato dio paso al júbilo y al orgullo, y las nuevas emociones llenaron por completo su espíritu. Regresó rápidamente junto a los suyos, sintiendo su ser lleno de satisfacción y deseando compartirla, pero se encontró con aquellos que se creían sus iguales peleando entre sí, llenos de odio y furia. El vacío regresó entonces a su ser, con más fuerza incluso que antes, y de inmediato se llenó de ira, de rabia y de un odio como nunca había conocido, que cegó su razón.

A su alrededor de pronto no vio más que destrucción y sufrimiento. Nada de lo que había sido alguna vez bello y sagrado permanecía. Todo en su interior le decía que no había otra causa más que su propia presencia que explicara el desastre que observaba. Sintió la energía de la fuerza de la que una vez había surgido llenando su interior, y en su espíritu crecieron en igual medida el alivio y el dolor. Todo su ser se estaba apagando, consumiendo, por los sentimientos que lo atormentaban, y con furia quiso saber por qué a aquel nuevo ser se le había otorgado todo lo que su espíritu había deseado y que una y otra vez le había sido negado. No hubo respuesta y de nuevo se enfureció. La luz que había en su interior, procedente de la energía que todo lo llenaba se atenuó mientras el vacío de su espíritu crecía, hasta que finalmente se apagó por completo, disolviéndose en su interior, aumentando el vacío, pero disminuyendo el dolor. No sintió miedo ni estremecimiento, sólo rabia por aquella reacción que no comprendía, pero, de inmediato, entendió que en su seno era ya sólo posible un tipo de amor, el mismo que había sentido aquel ser que sí había obtenido un ser igual al que amar y que le amara. Un amor que jamás podría sentir porque no había nada igual a su esencia, ni siquiera la fuerza que trataba de llenar y someter una vez más su espíritu.

El vacío de nuevo aumentó en su interior, haciendo que otra vez su espíritu creciera hasta convertirse en todo lo que era existencia, multiplicando su poder, justo antes de que un dolor inmenso, mayor del que jamás hubiera sentido, atravesara su ser que, inmediatamente, cambió. Su forma se diluyó durante un instante, desapareciendo, para regresar enseguida, aunque ya nada en su interior era igual, ni el vacío, ni el dolor, ni el poder, ni el amor que alguna vez hubiera sentido. Quiso saber qué ocurría, comprender y contempló ante sí a un ser igual a su ser, y todo su espíritu se llenó de amor al mismo tiempo que una fuerza indescriptible la empujó al vacío y

se precipitó en la oscuridad. Se sintió caer sin poder evitarlo, sin comprender qué sucedía, sin poder ver nada más que negrura a su alrededor y, en un instante, todo acabó.

Como tantas otras veces, Ángel revivió paso a paso todos y cada uno de los actos que lo habían conducido a tomar la decisión que lo había condenado. Pero, en esta ocasión, un nombre antiguo, arcaico y poderoso resonaba con fuerza en su interior, llamándolo. Un nombre que le había pertenecido antes del inicio de los tiempos, cuando había sido el más perfecto de los seres de la Creación, cuando su esencia había brillado con luz propia sobre el resto de criaturas y el amor había llenado el vacío que había en él. Un nombre que no había sido sólo suyo, sino también de aquella parte de su espíritu que sentía ahora fundida en él con furia, llenándolo, completándolo como no pensaba que fuera posible, porque no recordaba que una vez ambos habían sido uno. Pero, en aquel instante, aquel nombre, viejo y lleno de poder, volvía a ser suyo, porque, de nuevo, aunque fueran dos, eran en realidad un único ser que se había reencontrado. Se aferró a la esencia perdida que sentía en él y vio, como si sucediera en ese mismo instante, el momento en el que una fuerza más allá de lo imaginable atravesó su ser único y lo dividió.

Rememoró el instante en que contempló frente a él aquella parte de su propio ser, mutilada y arrancada de él con violencia, incorpórea, etérea, pero infinitamente bella, y el sufrimiento al comprender que allí, frente a él, estaba todo lo que una vez en él hubiera sido bueno y sagrado. Y amó a aquel nuevo ser, que era espíritu de su espíritu, hasta que el amor casi le dolió, y entendió que esa parte de él, que ya no era suya ni le pertenecía, igualmente lo amaba, de un modo inconcebible hasta aquel instante, exactamente igual como él mismo amaba a la mitad de sí que tenía enfrente, y la más absoluta felicidad lo embargó. Ya no hubo para él dolor, ni vacío, ni tormento, sino sólo plenitud. En aquel instante, después de haber sufrido el peor dolor imaginable, nada parecía importante porque había conseguido todo cuanto en algún momento había deseado, y toda su imaginación parecía limitada en comparación a la sensación de saberse libre y amado por un igual, que jamás pensó que pudiera existir, y al que del mismo modo podía amar con furia y ansia, como deseaba.

No cabía perdón o arrepentimiento sincero en su seno, porque aquella acción que había desatado el desastre y que había llevado a cabo desde la plena convicción, desde la misericordia que ya no había en él, le había supuesto un bien mayor a lo imaginable, a pesar de todos los males. La ira de la fuerza de la que había surgido, y que hasta entonces lo había llenado y encadenado por igual, fue inmediata al comprender que no habría de su parte, ni de la del nuevo ser que ya no era él, ni arrepentimiento ni contrición. Aquel nuevo ser, que había sido parte de él, que encerraba todo lo bueno, toda la luz, que en algún momento hubiera albergado su

espíritu, fue arrojado al abismo y encerrado en el interior del cuerpo de la hembra de la última obra de la Creación.

Contempló a la mujer convulsionar y caer de rodillas, elevar las manos al cielo y clamar desesperada por un perdón que no llegaría, y un grito de dolor terrible salió de su garganta y resonó con furia en el espacio. Se enfrentó a la fuerza que todo lo llenaba, de la que él mismo había surgido, pero que ya no se encontraba dentro de él, espléndido y monstruoso, y, de inmediato, comprendió el motivo de aquel castigo que le producía un dolor más allá de lo concebible. Su poder, al igual que todo lo demás en él, había sido también dividido en dos. No habría otro desastre como el ocurrido, porque jamás sería el mismo que lo había provocado, uno e inmenso, hermoso y terrible al mismo tiempo, y, aunque aún superior y más perfecto que el resto de seres, nunca su ira podría destruir de aquella manera una parte tan grande de la Creación. La energía que todo lo llenaba lo envolvió, atravesándolo, y su ser, mutilado y dolorido, se sobrecogió, pero no lo aceptó en su interior. No pidió perdón ni se arrepintió, porque no había nada por lo que considerara que debía hacerlo, y su espíritu ya únicamente contenía ira y dolor. Todo lo que en algún momento había sido bueno y puro en él le había sido arrebatado y estaba encerrado en aquel momento en el interior de un cuerpo ajeno, que clamaba al cielo desesperado, en busca de misericordia, pero sin un ápice de arrepentimiento por los actos llevados a cabo.

Recordó cómo perdió la cuenta de las oportunidades de ser perdonado, de ser llenado de nuevo por aquella fuerza imponente de la que había surgido, que era su Padre, porque hacerlo hubiera supuesto arrepentirse de lo que había hecho con convicción, del amor que había sentido hacia sí mismo, y ahora también hacia la parte de él que le había sido arrebatada, convirtiendo su castigo en el mejor don que hubiera podido imaginar. Sintió cómo su ira creció, cambiando su forma, que reflejaba ahora la transformación de su naturaleza, y cómo en su mente todo cobró un nuevo significado. Observó a los ángeles a su alrededor, asustados, cohibidos, cabizbajos, y se levantó, orgulloso y henchido, dispuesto a recuperar lo que había deseado y a no ser jamás lo que había sido, sabedor de que esa parte de él, que había sido encerrada en el cuerpo de la mujer, lo amaba y lo esperaba.

Sintió en su ser, como puñaladas, el miedo de aquellos seres que no querían ser otra vez sometidos por la energía que también había sido expulsada de ellos, y, llenándose de fuerza por el amor que deseaba, que había tenido, que recuperaría, les habló.

—Podéis permanecer aquí, como hasta ahora —dijo, repitiendo con exactitud cada una de sus palabras, reviviendo la misma escena que millones de veces había vivido—. Su fuerza os llenará de nuevo, haciéndoos creer que sois amados, aunque en realidad ese amor sea falso, porque no podréis amaros a vosotros mismos, ni tampoco experimentar la libertad. Y sin ambas cosas ningún amor es puro, y está en



su esencia contaminado. No habrá aquí más conocimiento, ni experiencia, ni superación, ni logros. Esa no será una verdadera plenitud, sino sólo una ilusión vana y desprovista de sentido. —Sintió el encogimiento y el dolor en los espíritus que lo rodeaban, y aumentó su convicción—. O podéis venir conmigo. Os prometo dolor y sufrimiento, rabia e ira. Y también satisfacción. Y conocimiento. Y experiencia. Y cambio. Y amor. Y, al final, la plenitud de existir por vosotros mismos, libres y sin ataduras.

Muchos de los seres que lo rodeaban temieron las consecuencias de su propuesta y de una existencia que les era desconocida, por lo que mantuvieron sus cabezas agachadas. Otros, en cambio, se situaron a su lado, irguiéndose orgullosos, deseosos de conservar la libertad que sentían y que tanto habían anhelado en silencio, ocultando hasta entonces sus deseos, atemorizados, confesándoseles únicamente a él.

—Nosotros levantaremos un templo en la tierra. —Siguió, alimentándose del miedo de los seres que habían permanecidos cabizbajos y a los que la fuerza que todo lo llenaba ya comenzaba a rodear—. Un Templo para el Hombre. Un templo del verdadero amor y de la libertad. Un templo del conocimiento. Y reinaremos sobre la tierra. Le daremos la Gloria a aquel que lo merezca y condenaremos al vacío de este Dios al temeroso y al cobarde. Nosotros Reinaremos sobre el Mundo.

Los seres que ya habían sido llenados de nuevo por la energía de la que todo había surgido, aceptándola en sus espíritus, los rodearon, enfrentándose a ellos, antes de que con un estrépito la fuerza que todo lo llenaba sacudiera el espacio, expulsándolos de su lado. Se sintió caer en la oscuridad, lleno de dolor, convirtiéndose en llamas, y entre toda la furia y el sufrimiento, fue feliz por sentirse más cerca del ser al que amaba, antes de sentir en su propio ser como la parte de su espíritu encerrada en el cuerpo de la mujer era vaciada de recuerdos, y dejada, yerma y vacía, en el interior de aquel cuerpo ajeno.

El cuerpo de Ángel se retorció en el suelo recordando las convulsiones y el dolor de su terrible caída. Su ser se arqueaba entre espasmos y sacudidas por el recuerdo vivo en su carne de las embestidas que lo retorcían, transformando aquel cuerpo, que antes reflejaba su esencia sagrada, en uno nuevo, tan monstruoso como la esencia que ahora albergaba, privada de cualquier rastro de santidad, de cualquier huella que lo vinculara a su origen divino. La hermosa luz dorada que emanaba de su piel se consumió, convirtiéndose en llamas, quemándolo, antes de volverse oscuridad, de la que nació una sombra violácea, que lo envolvió y creció a su alrededor. Las enormes alas doradas que nacían en su espalda, las más bellas de todas las que en algún momento hubieran existido, reflejo de la que había sido su naturaleza, fueron arrancadas violentamente de aquel cuerpo que ya no le pertenecía, que mutaba, convirtiéndose en una nueva forma que surgía entre las sombras y el dolor, retorciendo sus músculos, cambiándolos, convirtiendo sus manos y sus pies en garras.

Las sombras a su alrededor apretaron su cuerpo, comprimiéndolo, y la luz que le había pertenecido, que era su esencia, su realidad, se concentró en su mirada, cuando, finalmente, surgieron de aquel nuevo cuerpo, tan extraño, tan doloroso, dos enormes alas negras, terribles como la naturaleza que albergaba.

Mil años decían los humanos que habían pasado hasta que, tras la caída, consiguió sobreponerse al dolor, levantarse, mirar al cielo y reír con rabia, odiar a su Padre sin retorcerse por ello. Consiguió dominar aquel cuerpo monstruoso y ajeno, y ser, primero, de nuevo etéreo, para materializarse después en una forma que, aunque parecida, no era más que una burla del cuerpo del ángel que una vez había sido y que ya jamás sería.

Miles de años más debieron de pasar hasta aquel momento en el que recordaba lo que había sido arrancado de su mente, igual que había sido borrado de la memoria de aquella parte de él que le había sido arrebatada como parte de una condena más terrible incluso de lo que él mismo había imaginado. Un espíritu tan suyo como ajeno, al que amaba hasta el sufrimiento, y por el que ahora, que lo tenía al lado, que lo había recuperado, luchaba con todas sus fuerzas contra el poder que lo aprisionaba y que lo arrastraba de nuevo hasta el inicio de la terrible tortura, hasta el instante mismo de su creación, cuando su ser no había sido más que la luz infinita que todo lo había iluminado antes de encerrarse en su interior.

—¡Heylel!

Reconoció la voz de Rafael y recordó al arcángel junto a él justo antes de su caída, sufriendo y retorciéndose por el castigo casi tanto como él, deseando seguirlo y temeroso de hacerlo. Se aferró con fuerza al recuerdo del ser sagrado que le hablaba, que estaba a su lado, y, lentamente, fue sintiendo sus sentimientos, de miedo y misericordia, de rabia y lástima, y con ellos llegó el recuerdo del resto de arcángeles, y, finalmente, del manuscrito, de Gabriel y del sello, que era la fuerza que ahora lo empujaba, ataba y torturaba. Sintió de nuevo la conocida esencia a su lado, la presencia del ser al que amaba, y la satisfacción lo llenó al entender que el mismo poder que lo estaba atormentando le había permitido revivir todo lo que su espíritu condenado había olvidado.

—¡Heylel, tienes que reaccionar!

La voz de Rafael parecía cada vez más cercana y el dolor y los recuerdos perdían intensidad con rapidez, pero aún era incapaz de moverse o de hablar, y deseó maldecir con todas sus fuerzas el castigo divino y la esencia sagrada que lo había condenado.

—Heylel, escúchame, sé que puedes oírme y tienes que escucharme. —Oyó decir a Rafael—. Luz está contigo. Tienes que luchar, no por ti, sino por ella.

Las palabras del arcángel resonaban con fuerza en su interior y sintió el golpe de su compasión, a la vez que percibió la presencia a su alrededor de una veintena de

diablos que se retorcían en su misma agonía, recordando con viveza aquel terrible dolor, y se alimentó de sus emociones desatadas, llenándose de rabia y centrándose con todas sus fuerzas en las palabras de Rafael, que cobraban un nuevo significado. Repetía un nombre, un nombre que recordaba y que despertaba en su interior una fuerza desconocida. Aquel nombre era el de la mitad de su espíritu, condenada y encerrada en el cuerpo de una mujer humana. Luz. La mujer a la que amaba. Porque su espíritu ya no era suyo, aquella parte que había sido arrancada de él ya no le pertenecía, sino que, se dio cuenta, se había enriquecido, variando y tomando nuevos matices que la embellecían de una forma que no creía posible. Y la amaba. No porque hubiera sido una parte de él, no porque juntos pudieran recuperar un poder que no sabía si deseaba, tan siquiera por lo que le aportaba, sino por lo que era. Y aquella mujer estaba a su lado y sintió, como un relámpago de terrible intensidad, que ella también lo amaba, sin importarle en absoluto lo que en realidad era o lo que implicaba aquel amor hacia un ser, que a pesar de haber sido parte de ella misma, se había corrompido hasta el punto de no albergar bien alguno en su interior.

—¡Heylel, Luz no aguantará!

La desesperación de Rafael fue como una espada atravesándolo y todas las tinieblas que había habido a su alrededor desaparecieron al instante, concentrándose en su interior, a la vez que una fuerza lejanamente conocida lo llenaba, inundándolo, quemándolo por dentro. Se retorció por la intensidad de esa nueva fuerza, dolorosa y placentera que, finalmente, reconoció como propia, como su verdadera esencia olvidada. Sintió su cuerpo temblar mientras las llamas en su interior amenazaban con consumirlo, pero no luchó contra ellas, sino que las disfrutó, gozando de su propia agonía, de su dolor, reconociéndose en él, y, al fin, dominando aquel fuego y haciéndolo suyo, como lo había sido antes del principio de los tiempos, hasta que lo dividieron en dos. Se deleitó con su calor, poseyéndolo, hasta que, finalmente, con un estallido que hizo retorcer su cuerpo, lo venció, incorporándolo a su ser, que se transformó hasta convertirse en el mismo que una vez había sido y que pensaba que jamás podría volver a ser.

Abrió los ojos, desconcertado, y sintió, aferrado al suyo, el cuerpo de Luz, retorcido, agonizando, lleno de dolor.

—¡Sánala! —gritó al arcángel que lo miraba, atónito, sujetando a Luz que temblaba en el suelo, retorciéndose en terribles espasmos—. ¡Rafael, sánala!

—Ella también recordará —musitó el ser sagrado, con la voz alterada—. Si lo hace será condenada. Debes elegir.

Ángel miró a su alrededor, desesperado, en busca de Miguel o de Gabriel o de cualquier ser sagrado que pudiera decirle si realmente Él llevaría tan lejos su condena, pero no encontró más que a sus diablos, retorciéndose aún en el abismo por el efecto del sello sagrado. Los arcángeles, cobardes, habían desaparecido, y sólo

Rafael, de nuevo jugándose inútilmente las alas, había permanecido a su lado, sabedor de lo que implicaba la fuerza con la que Gabriel había ejercido el poder de su sello contra él. Observó como el cuerpo de Luz en los brazos de Rafael se relajaba, mientras el arcángel lo miraba, con la conmoción reflejada en el rostro. No había tiempo para escoger ni duda alguna a la que prestar atención, pues, al fin y al cabo, la condena no era para Luz, sino para él, para una de las partes del ser que en un tiempo había sido y que se había rebelado. No habría clemencia para él, fuera en su propio ser o en el que ahora era independiente de él, y esa certeza lo sobrecogió, antes de llenarlo de fuerza y de una nueva esperanza.

—Está bien —dijo, fijando su mirada en Rafael—. Puedo borrar su memoria. No habrá condena si no hay recuerdos. Ni una muerte innecesaria. Ella no recordará nada, ni quién es, ni a mí. Absolutamente nada.

—No funcionará —lo interrumpió el arcángel, que sujetaba con ternura a Luz.

—Tiene que funcionar —dijo, y su voz fue un gruñido que provocó una sacudida en Rafael, evidenciando parte de su recuperando poder—. Es el único modo. Si ella no recuerda nada, puede llegar a ser perdonada. Sólo entonces realmente podré recuperarla.

—Pero es que ella te recordará, Heylel —susurró Rafael, con la vista puesta en Luz—. Tal vez no recuerde quién es, es posible que no recuerde lo ocurrido, pero de una manera u otra recordará que te ama. Y eso es suficiente. Lo ha sido cada vez.

La mente de Ángel quiso encontrar un sentido a aquellas palabras, buscar un recuerdo, una situación anterior, que pudiera hacerle entender lo que decía el arcángel, pero sólo encontró en su pasado el mismo dolor y la misma rabia, la misma tortura eterna que suponía su condena, pero sin rastro alguno que le indicara que en algún momento aquella mujer, con otro cuerpo y otra cara, hubiera estado cerca de él.

—Ella nunca ha olvidado ni ha perdonado. Jamás ha habido en su interior ni un ápice de comprensión hacia Él. Nunca ha recordado, pero tampoco jamás ha creído. Siempre en su interior le ha rechazado y su odio y su rencor se han convertido en una falta absoluta de fe —explicó el arcángel—. Si ella sigue condenada es porque así lo ha decidido, con o sin consciencia de causa. Si en alguna ocasión hubiera albergado un mínimo de fe, una chispa de perdón, de inmediato Él la habría recuperado, porque en ella está la única manera de recuperar la joya de la Creación, el ser más perfecto que jamás ha existido, el mayor logro y el mayor fracaso.

Las palabras de Rafael estaban llenas de una ira antigua que lo sobrecogió, pero enseguida comprendió su dolor. Su rabia acumulada por conocer la condena que pesaba sobre su espíritu sin poder contársela, por la añoranza que sentía de aquellos a los que, aún condenados, seguía considerando sus iguales, se había visto incrementada al entender que el mismo amor por el que él había sido condenado, el mismo que había sido la causa del castigo de los grigoris, estaba a punto también de

condenarlo a él a una eterna existencia oscura y apartada del Creador.

—Él anhela recuperar al más perfecto de sus ángeles, al más hermoso y poderoso, pero tú, que sí recordabas lo sucedido aunque no fueras consciente de ello en su totalidad, jamás regresarás a Su lado, porque jamás te someterás. —Rafael suspiró, entristecido—. Ella, la parte más pura que quedó del ser que eras, es Su única esperanza. Pero el amor es demasiado fuerte, Heylel, y contra eso parece que ni Él puede.

—Debo intentarlo —dijo, y todo el dolor y la tristeza se filtraron en su voz mezclándose con la compasión hacia Rafael—. Y tú debes entenderlo. —El arcángel asintió—. Si ella llegara a ser perdonada, si consiguiera que naciera en su interior una mínima gota de fe, podría romper su condena y sólo entonces yo podría soñar con recuperarla. Lo he sabido desde el primer momento, la única manera de estar con ella es que sea ella misma que, una vez en el Paraíso, renuncie por mí a Su Gracia.

—Está bien, hazlo —aceptó el arcángel—. Después yo la sanaré.

Ni toda su concentración fue suficiente para poder decidirse a sellar los labios de Luz y borrar con aquel gesto antiguo sus recuerdos. No podía más que pensar qué sería de ella después, pero el arcángel leyó sus pensamientos y sonrió.

—Yo la cuidaré —prometió Rafael—. No tengo intención de volver durante una temporada, ahora no podría soportarlo. Me quedaré aquí y me ocuparé de ella.

Ángel asintió, fijando por un instante sus ojos en el arcángel, antes de dedicarle toda su atención a Luz, que seguía recostada sobre el pecho de Rafael, como si estuviera inmersa en un sueño tranquilo y profundo, del que sin la intervención del arcángel jamás despertaría. Con suavidad, concentrando en aquel gesto todo su poder, posó el dedo índice sobre los labios de Luz, del mismo modo que un ángel lo hacía sobre la boca de cada recién nacido antes de que viera por primera vez la luz del mundo, liberando de recuerdos el alma que albergaba el nuevo cuerpo. Con cuidado, borró todos los recuerdos que Luz tenía de él, contemplándolos y atesorándolos, porque eran la única prueba que le quedaría de que lo había amado. Después, eliminó uno a uno los recuerdos que había revivido del tiempo en el que había sido un ser distinto, uno único junto a él, y también las terribles imágenes de su caída y el dolor de los siglos de existencia que habían despertado en ella al revivir las terribles escenas. Buscó en el alma de Luz, que no era alma, sino espíritu sagrado y a la vez maldito, cada uno de los motivos que la hubieran empujado a dudar, a no tener fe, y todas y cada una de las imágenes de dolor que en algún momento la habían apartado del Creador. Finalmente, cuando terminó, besó con suavidad su frente y retiró el dedo índice de sus labios, maldiciéndose por no poder besarlos.

Rafael sanó el cuerpo de Luz, dejándola inconsciente, mientras él observaba como cada uno de sus músculos se recuperaban, como su corazón, que había sufrido casi todo lo que un corazón humano podía aguantar, sanaba, y se sintió

increíblemente aliviado cuando, al fin, su cuerpo estuvo fuera de peligro. El dolor de los diablos que seguían retorciéndose en el suelo lo golpeó, llenándolo, y le permitió sentir su propio espíritu con más intensidad de lo que recordaba haberlo hecho jamás. Se recreó observando su naturaleza, retorcida y condenada, distinta a cómo la había sentido hasta aquel momento, pero aún así increíblemente bella, y sintió aumentar su fuerza, dejando que su poder lo inundara, recordando quién era y despertando en su interior la ira antigua y acumulada junto a la sabiduría de una existencia dedicada a disfrutar de un mundo que le pertenecía, a transformarlo y dominarlo, a gozar de todo aquello que no debía, y a experimentar en su ser lo que no debería de estarle permitido.

—Lo arreglaré para que piense que ha sufrido un accidente —dijo Rafael, mirándolo fijamente, con una nueva expresión en sus ojos, entre la incredulidad y la admiración—. Tú tienes que ocuparte de un montón de diablos que siguen agonizando y, supongo, que aún querrás recuperar ese maldito relato que escribiste.

Inmediatamente su mirada se dirigió al altar donde había visto el legajo por última vez, bajo la mano de Gabriel, pero, evidentemente, ya no estaba. Tampoco importaba, aunque lo hubieran dejado a su alcance, a no ser que Rafael hubiera decidido acelerar su condena, nada hubiera podido hacer para romper el sello que de nuevo lo aprisionaba, aunque, ahora, el poder del invento de Gabriel le resultara apenas perceptible. Resopló con indignación al pensar lo cerca que había estado de conseguirlo y se lamentó por haber tenido que eliminar de la mente de Luz todos sus recuerdos.

—Se lo han llevado —explicó el arcángel, encogiéndose de hombros—. Pero lo encontraremos.

Fijó de inmediato sus ojos en los de Rafael, tratando de buscar un significado alternativo a sus palabras.

—Si voy a ser condenado que sea por un verdadero motivo. —Rafael bajó la vista, resignado—. No creo que pudiera soportar que mi castigo fuera sólo por haber amado.

—No lo comprendes, Rafael —dijo, y su voz fue más dura de lo que pretendía y la antigua ira se filtró en ella haciendo estremecer al arcángel—. Él no condena a nadie por amar, sino por amar al ser equivocado que, evidentemente, es cualquiera que no sea Él. Ama a su Creación más que a nada, pero, por encima de ello, ama el motivo por el que la Creación existe, y no comprende ningún amor que esté fuera de Él mismo.

—El hombre... —interrumpió el arcángel.

—El ser humano se ama a sí mismo porque está dividido en dos partes —dijo y se levantó dándole la espalda—. En mi caso lo llamaron soberbia. Y lo fue. Lo sigue siendo. La diferencia es que yo he experimentado su maldita Gracia y la he

rechazado. El hombre, con suerte, sólo puede intuirle, y sólo esa intuición, cuando se da, es suficiente para mantenerlo arrodillado y amedrentado durante el tiempo que haga falta. El amor que Él anhela no es amor, es sumisión y eterna obediencia. Si no es libre, si no es puro, el amor, Rafael, no vale una mierda.

—El amor que siento bien vale mi condena —susurró Rafael, cabizbajo.

—Por eso mismo serás condenado —afirmó, y se volvió, mirándole de nuevo, sin ser capaz de ocultar la compasión y el respeto que sentía por el ser sagrado que tenía delante—. Y la razón de tu castigo será sentir algo que Él, con toda su Gloria, con toda su Gracia, es incapaz no sólo de sentir, sino de intuir o siquiera tolerar. Porque el amor es, ni más ni menos que, en primer lugar, tolerancia —explicó, agachándose junto a Luz y acariciando su cara—. De eso, de amor del de verdad, saben más aquí abajo, con todos sus desastres y desgracias, de lo que jamás nadie será capaz de sospechar en el maldito Paraíso.

—También saben de odio, de maldad, de ira, de destrucción, de guerra y de matanzas —replicó furioso el arcángel, queriendo rechazar sus argumentos, aferrándose al amor y la Gracia de su Padre.

—Daños colaterales —afirmó, sarcástico, clavando su mirada en Rafael, mostrando en aquel gesto su naturaleza y el goce que, aún con todo el dolor, su existencia le proporcionaba.

—¿Vale la pena?

—Mi condena, Rafael, a pesar de todo el sufrimiento, de la agonía y del vacío, no la cambio por nada. —Respiró profundamente, mirando de nuevo a Luz—. Incluso sin recordarla he encontrado en este mundo una satisfacción que no es comparable ni con la plenitud que ofrece tu Padre. Sus emociones, su inteligencia, su capacidad de creación, sus ganas de vivir, experimentar y conocer, su curiosidad casi infinita...

—Los amas —dijo Rafael en voz baja.

Una risa terrible, casi como un leve gruñido, escapó de su garganta.

—El único amor que siento, arcángel, es hacia mí mismo. —Señaló hacia Luz que permanecía inmóvil en los brazos del arcángel, antes de levantarse y darse la vuelta—. El resto es por mi propia satisfacción.

—Es posible, Heylel. —Rafael se levantó, sosteniendo a Luz entre sus brazos, y caminó hacia la puerta—. Aunque, tal vez, lo que deberías preguntarte es qué motiva realmente esa satisfacción que tanto te gusta.

El arcángel se marchó con Luz, dejándolo en aquel sótano lleno de cuerpos mutilados y con una veintena de diablos retorciéndose de dolor. Suspiró y encendió un cigarrillo, apoyándose contra una pared, tratando de no pensar, dejándose llenar sólo por la ira que los recuerdos recién recuperados le provocaba, deleitándose en ella y en la naturaleza retorcida de su esencia, que, a pesar del nuevo sello sobre su espíritu, volvía a ser la misma, la que había sido desde antes del principio de los

tiempos y de la que aún no entendía cómo podía haberse olvidado. No sabía lo que era la esperanza, jamás la había sentido más que en el interior de almas asustadas que se aferraban a una ilusión cuando todo parecía derrumbarse, pero si hubiera tenido que comparar con alguna emoción lo que en aquel momento bullía en su interior, junto a la infinita rabia, lo habría hecho con esa sensación casi absurda que lo obligaba a creer que ahora, por fin, después de más años de los que estaba dispuesto a calcular, comprendía cuál era la verdadera naturaleza y el motivo de su condena. Y, lo que era mejor, sabía cómo la podía aliviar, incluso un poco más, y dotar de un nuevo sentido, mejor, más pleno, su eterna existencia.

Absorbió de nuevo el humo del cigarrillo, casi con ansia, mientras pensaba en cómo conseguir que el espíritu de Luz, tan tozudo como él mismo, albergara el minúsculo ápice de fe necesario para que Él, confiado, la perdonara. Y casi tan placentera como la idea de recuperar a la mujer que amaba le resultaba la idea de arrebatarse de nuevo, y con conciencia de causa, la joya de la corona de la Creación. Una obra espléndida, aunque dividida, que jamás le pertenecería, porque ahí radicaba la diferencia que le otorgaba aquella imposible belleza. Su perfección, la que lo hacía infinitamente superior, estaba en el amor propio que desde el instante mismo de su Creación lo había impulsado a actuar, aún sin saberlo. En su infinita soberbia, convertida en amor hacia un ser hecho de su propia esencia. En su inteligencia perversa, que lo alejaba eternamente de la Gracia. En su ansia por disfrutar de los placeres que había ante él, prohibidos o no, conocedor de todas las consecuencias, que lo hacían padecer y disfrutar exactamente por igual.

Sonrió con malicia tras dar una última calada al pitillo y lanzarlo al suelo, junto al cadáver destrozado de uno de los humanos, que mantenía abiertos los ojos desorbitados, vacíos de vida, como si aquel cuerpo inerte se sorprendiera de la escena que contemplaba. Avanzó, dando una zancada sobre el cadáver, disfrutando de su propio dolor que, más allá de la pérdida, le recordaba todo lo que había recuperado, en menos tiempo del que creía posible, gracias a la máquina de tortura ideada por la prisionera. Dejó que la agonía en su interior estallara en rabia y se recreó imaginando la furia de Gabriel al descubrir el pequeño fallo de su invento y sus consecuencias. Sin duda, sería terriblemente divertido, aunque Luz no estuviera a su lado, ver cómo aquella paloma mensajera con ínfulas de arcángel se desesperaba porque su intento por dominarlo hubiera acabado suavizando su condena y desatando su poder. Más entretenidos aún podrían llegar a ser los patéticos intentos que sin duda llevarían a cabo los seres sagrados, para tratar de impedir que el sello que todavía amarraba su espíritu finalmente fuera destruido, liberándolo por completo.

Repentinamente animado, y con un gesto casi automático, desató el poder de su interior, liberando a los diablos del abismo en el que se atormentaban y dejando que sintieran toda la ira renovada que bullía en su ser. A la vez, se deleitó con la reacción



de los ángeles caídos que lo contemplaban, extasiados, recordándole que, en efecto, era infinitamente más poderoso y, aunque retorcido, increíblemente hermoso en su esencia, que cualquier obra de la maldita Creación de la que él más que nadie gozaba. Incluso casi mejor que la propia fuerza divina de la que había surgido y que no había tenido más opciones que dividirlo, no sólo para castigarlo, sino para impedir que su poder fuera prácticamente igual al de Él.

Recuperaría el maldito manuscrito, disfrutaría con el espectáculo que sin duda prepararían los arcángeles, y, después, se ocuparía de Luz. Al fin y al cabo, no quería tenerla durante los pocos años que durara su existencia en este mundo, sino que la quería a su lado durante toda una eternidad, como debería ser, como desde el principio debería de haber sido. Y si para ello era necesario que ella creyera o que se acercara al Creador, o que incluso perdonara, lo haría. Era un pequeño precio a pagar por la posibilidad de recuperar al ser al que amaba para toda una eternidad, escenificando, de paso, su mejor venganza.

Un tímido reflejo dorado brilló en la oscuridad y fue creciendo lentamente, despertando cada fibra del cuerpo de Luz, quemándolo con intensidad al tiempo que devoraba la negrura. Quiso gritar y moverse en busca de alivio para el dolor que la devoraba, pero, por más que lo deseó, no pudo, y se resignó a permanecer inmóvil, sometida al dolor cada vez más intenso, mientras su cuerpo despertaba ajeno a su voluntad. Se dejó arrastrar por la luz dorada que parecía ahora envolverla, deseando que la absorbiera y acabara con el atroz sufrimiento, pero esto no ocurría, sino que el dolor aumentaba. Oyó dos voces lejanas y quiso prestar atención a sus palabras, pero le parecieron huecas y sin sentido en medio de todo el dolor que sentía. Una agonía que no era sólo física, sino que también bullía en su interior. Se sentía vacía e incompleta, como si le hubieran arrancado una parte, la más importante, de sí misma. Recordó unos ojos verdes, brillantes, fijos en ella y, de inmediato, en su mente aquella mirada cambió, sin dejar de ser la misma, hasta convertirse en dos llamas doradas que formaban el iris de unos ojos que seguían sin dejar de mirarla. Recordó un nombre y una sensación intensa, eléctrica, sobre su piel y deseó recuperarla, volver a sentirla, pero sólo consiguió que el dolor en su alma y en su cuerpo aumentara. De nuevo, quiso gritar y retorcerse, y, de nuevo, no lo consiguió.

Una intensa sombra azulada y hermosa se entremezcló con el brillo dorado que la envolvía, apartándolo, apagándolo, y abrazándola. La sensación cálida y familiar que antes había anhelado la invadió y se sintió plena y feliz, a pesar de todo el dolor, deseando permanecer allí, quieta, envuelta en aquella sombra oscura, que brillaba ahora con más intensidad, arrojando destellos anaranjados y violáceos. No le importaba el sufrimiento ni el dolor en su cuerpo mientras aquella hermosa oscuridad la completara, evitando la agonía en su interior. Una paz inmensa, formidable, la

llenó, arrancando de su ser cualquier sufrimiento antiguo, toda inquietud, toda duda. Se perdió en la placentera sensación sin importarle ya nada más, sin querer saber más, y su espíritu, al fin, descansó.

Las sombras que la habían cobijado se retiraron con lentitud, dejándola desprotegida y sola, pero no le importó. La luz dorada que la oscuridad había apartado por completo regresó, y con ella aumentó otra vez el dolor de su cuerpo, que se intensificó hasta que la luz reventó con una enorme explosión, justo antes de desaparecer, llevándose con ella también el dolor.

—¡Está despierta! —gritó una voz, casi con desesperación, mientras ella luchaba por respirar, sin conseguirlo—. Tranquilícese. No intente hablar, la hemos intubado. Ha sufrido un accidente, está en el Hospital Universitario. Le administraremos un calmante y volverá a dormirse, no se preocupe, está en buenas manos.

Luz quiso protestar y moverse, pero unas manos la sujetaban con fuerza en los tobillos y las muñecas, inmovilizándola. Oyó voces a su alrededor, hablaban deprisa, algunas gritaban, pero no conseguía comprender qué decían. Con esfuerzo, consiguió abrir los ojos y se asustó al ver sobre ella una luz dorada, temiendo que regresara el dolor, pero no sucedió nada, y enseguida comprendió que lo que veía era una lámpara enorme, muy próxima a ella. Quiso observar el lugar en el que estaba, tratar de comprender y tranquilizarse, pero su visión se fue volviendo borrosa y las siluetas a su alrededor se convirtieron paulatinamente en sombras azuladas, a la vez que la luminosidad que arrojaba la lámpara se transformaba otra vez en el brillo dorado que tanto había temido, justo antes de atenuarse y ser completamente devorado por la oscuridad.

Oyó algo que la llamaba, pero no quería responder, estaba cansada, derrotada, no quería moverse, ni pensar, ni hablar. Le dolía la garganta y sentía que le daba vueltas la cabeza, pero no le importaba, tenía sueño y quería seguir dormida. Pero ese sonido continuaba, como un grito breve y agudo, que no le permitía regresar a su sueño. Un sueño hermoso que apenas recordaba, pero en el que se había sentido bien, había sido feliz. Ignoró con todas sus fuerzas aquella molesta llamada y se concentró en recordar aquel sueño para volver a él, más allá de la consciencia, del dolor, la incomodidad y aquella molesta llamada. No conseguía recordar nada más que la hermosa sensación que la había llenado durante su sueño y se empeñó aún más en ello, deseosa de recuperarlo, queriendo quedarse allí y no despertar jamás. La llamada, repetitiva, monótona, insistente, continuaba, y las imágenes que trataba de evocar parecían alejarse con cada uno de aquellos agudos aullidos. De pronto, una imagen acudió a su mente, unos ojos, hechos de llamas, fijos en ella, pero que de inmediato desaparecieron cuando otra vez aquella llamada resonó en su cabeza. Y regresó la misma imagen, ligeramente diferente, las llamas se habían transformado en dos hermosos iris de un color verde brillante e intenso, que la miraban, despertando en su

interior los mismos sentimientos que la habían llenado durante su sueño. Una vez más la llamada reclamó su atención y la imagen hipnótica de aquellos ojos desapareció de su cabeza. Quiso reclamarla, perderse en ella, pero aquel sonido impertinente no cesaba, impidiéndoselo. No era una llamada, era un pitido, muy agudo, molesto, que se repetía manteniendo el mismo ritmo, como si hubiera sido ideado para alejar de su mente las imágenes que anhelaba, concediéndole el tiempo suficiente sólo para recordarlas el instante antes de volver a sonar con intensidad para diluirlas y privarla de ellas.

Quiso hablar, sin conseguirlo, algo en su garganta lo impedía, asfixiándola. Enseguida trató de llevar una mano a su boca para liberarse de aquello que la ahogaba, y algo se lo impidió. Se revolvió, nerviosa, esforzándose en abrir los ojos, para encontrarse con el rostro familiar a la vez que desconocido de un hombre joven que la sujetaba, con los ojos llenos de preocupación.

—Tranquila, Luz, estás en el hospital, te pondrás bien. —El hombre habló despacio, tranquilizándola, y dejó de luchar con él. Reconoció su propio nombre, aunque se sintió confusa al oírlo, pero de ninguna manera recordaba cómo había llegado hasta aquel lugar ni quién era el hombre que la sujetaba—. Tienes que tranquilizarte y descansar, pronto te recuperarás.

Alguien entró en la habitación y llamó su atención, pero tampoco reconoció a la joven vestida de blanco, que se acercó a ella, y habló en voz baja con el hombre que aún la sujetaba, antes de dirigirse a ella.

—No intente hablar, Luz —dijo la mujer, amablemente, mientras manipulaba algo a su alrededor—. La sedaré de nuevo, trate de descansar.

No pudo luchar ni explicarles que no necesitaba descanso, sino respuestas, porque enseguida su visión se volvió borrosa, amortiguando las voces y el incómodo pitido. Cerró los ojos, dejándose llevar por la sensación que la llenaba, acunándola, y de nuevo aquellos ojos verdes, intensos, brillantes, familiares, regresaron a su mente, reconfortándola, devolviéndole las sensaciones que había luchado por recuperar un instante antes, y se perdió en ellas y en aquella hermosa mirada.

Cada vez que se despertaba el mismo hombre estaba a su lado, sosteniendo su mano, tranquilizándola. Al principio los momentos de consciencia eran breves, enseguida una enfermera se ocupaba de administrarle un nuevo calmante, sumiéndola en un sueño largo en el que en cada ocasión aquella mirada regresaba como un lejano y viejo recuerdo, serenándola. Hasta que, finalmente, al volver a despertar, no sintió la presión en el interior de su garganta, y comprendió que el tubo que le había impedido hablar y la asfixiaba cada vez que se despertaba había sido retirado. Quiso hablar con el hombre que estaba junto a ella, pero no pudo pronunciar ni una sola palabra por la terrible irritación en su garganta. En aquella ocasión no la sedaron, y permaneció en silencio, cansada y dolorida, observando al joven del que no sabía ni

el nombre, que seguía sosteniendo con cariño su mano, sin decir nada, salvo palabras tranquilizadoras cuando la veía alterada. Algo en su interior se removió al contemplarlo detenidamente y los ojos intensamente verdes de sus sueños se mezclaron con el rostro que observaba, formando una imagen nueva, parecida pero a la vez diferente, que la sobrecogió. Fue incapaz de apartar aquel recuerdo fugaz pero intenso de su mente, y un nombre acudía repetidamente a su cabeza y desaparecía antes de formarse por completo, dejándola vacía y perdida. Reconocía en el hombre que tenía al lado las facciones de los recuerdos confusos de sus sueños e, incluso, el parecido en la forma de los ojos que permanecían en su mente con una especial intensidad, pero también sabía que no se trataba de la misma persona. Las diferencias, aunque sutiles, le parecieron inmensas, y aunque bella, la mirada turquesa de aquel hombre, nada tenía que ver con la intensidad de aquellos ojos verdes de mirada arrogante que recordaba. Tampoco la expresión de su rostro era la misma, ni siquiera el gesto en sus labios, curvados en una tímida sonrisa, que no era ni la sombra de aquel gesto soberbio y atractivo que su mente le mostraba. Finalmente, se quedó dormida contemplando las imágenes de los recuerdos de sus propios sueños.

Cuando despertó de nuevo, con mil preguntas en su cabeza, llena de dudas e interrogantes, por primera vez no encontró a su lado al hombre que hasta aquel momento había estado junto a su cama. Preguntó a las enfermeras, pero ninguna parecía recordar que hubiera tenido compañía alguna durante las dos semanas que había permanecido sedada. Sus recuerdos eran confusos, llenos de lagunas que parecía incapaz de llenar con la información que el personal del hospital y los amigos que la visitaban le daban. Insistió durante días y preguntó en varias ocasiones por aquel hombre, tan parecido al de sus recuerdos y a la vez tan diferente, sin obtener respuesta alguna. Finalmente, dejó de preguntar el día que le dieron el alta y la remitieron a un psiquiatra para tratar la amnesia que le había provocado el accidente de coche que había sufrido.

Ese mismo día, antes de tomar el avión que debía llevarla a su casa, le contaron el desastre ocurrido en el sótano de la universidad. Alfonso y otras dieciséis personas habían sido brutalmente asesinadas cuando trataban de proteger, sin conseguirlo, el material de la investigación en la que participaba y que, como tantas otras cosas, no recordaba en absoluto. El mismo accidente que había borrado su mente, al parecer, había salvado su vida. De no haber viajado en el coche que se estrelló en algún punto de una carretera secundaria que no recordaba, habría estado trabajando en la facultad en el mismo momento en que los asesinos de sus compañeros la asaltaron. Y, al saberlo, no pudo evitar culparse por sentirse aliviada de haber esquivado la suerte que había acabado con la vida de aquellas personas.

Subió al avión, con ganas de regresar a su hogar y olvidarse de aquella pesadilla,

y rebuscó en su bolsa algo qué leer para entretenerse, pero sólo encontró un montón de apuntes que, pensó, seguramente había llevado con ella cuando había viajado a Salamanca. Los sacó y ojeó y, de inmediato, un nombre acudió a su mente, junto al mismo rostro de imposibles ojos verdes que la atormentaba y aliviaba por igual. Lucifer.

## EPÍLOGO

**R**AFAEL sintió la esencia de Lucifer con una intensidad que lo sobrecogió. Era más fuerte y penetrante de lo que había sido desde el inicio de los tiempos, cuando el ángel más bello y perfecto que jamás pudiera existir decidió que prefería su propia libertad y amor a la existencia junto al Creador. Nunca antes el título de Príncipe de Este Mundo, que ostentaba con satisfacción y orgullo, le había pertenecido tanto como en aquel momento. Los humanos, simples e ingenuos, decían que era en los últimos dos siglos cuando realmente el Ángel Caído había gobernado en la tierra, y apenas comprendían que a él debían su propia humanidad. Jamás hubieran sido sino bestias salvajes de no ser por el don que Lucifer les había entregado. No habría habido civilización ni cultura alguna, ni arte ni tecnología, ni desarrollo ni conocimiento. Tampoco habría habido guerra, ni persecución, ni esclavitud, pero, en todo caso, había sido la propia arrogancia de aquellas criaturas la que había guiado sus actos y descuidado el regalo de Lucifer.

Por ellos, por otorgarles lo que había sido a su vez su salvación y castigo, el rasgo que definía su propia humanidad, el primero de todos los ángeles se había condenado, gustoso y dispuesto a disfrutar de su libertad hasta un punto que eran incapaces de comprender. De nuevo, por ellos, cinco siglos atrás, había puesto en juego su espíritu para recordarles lo que durante mil quinientos años parecían haber olvidado, que eran libres en esta vida, que no estaban sometidos en Este Mundo, que el conocimiento era el don que les había entregado y que los redimiría. Y, una vez más, por ellos había sido castigado y fustigado por el sello de Gabriel, hasta el punto de diluirse y olvidarse casi de sí mismo, sumido otra vez en el inmenso dolor que soportaba, y que jamás reconocería.

Aquel ser perfecto y bello, que nunca había dejado de brillar, de iluminar con su esencia, clara u oscura, la Creación que adoraba y odiaba por igual, resplandecía ahora incluso con una mayor intensidad desde que, finalmente, había recordado lo sucedido. Su propia soberbia, arrogancia, orgullo y tozudez habían causado su castigo y a la vez lo habían liberado de él, devolviéndole lo que siempre había sido suyo, lo que posiblemente nunca se le debería de haber arrebatado. Tal vez hubiera sido la arrogancia de Gabriel la que lo había liberado, tampoco importaba, todo era siempre a causa de su pecado, aunque él, inteligencia infinita, limitada sólo por su absoluta soberbia, fuera incapaz de comprender su propia causa.

Rafael se estremeció al notar la esencia de Lucifer mezclarse con la suya, dándole la bienvenida, sin que el contacto con su espíritu sagrado lo dañara, y comprendió cuál era la fuerza real que el encuentro con Luz había despertado en él, anulando el

efecto que en su ser pudiera haber quedado del sello de Gabriel, devolviéndole el poder que había poseído desde el inicio mismo de su creación, y que se había visto incluso aumentado por su condena. Un poder que siempre, incluso en los últimos siglos, había estado en él, adormecido, contenido, pero amenazante y terriblemente regio. Respiró hondo y entró en la inmensa basílica ecuatoriana de la Consagración de Jesús, y lo vio, soberbio y hermoso, apoyado con premeditado descaro en el altar, justo en la unión de ambos cruceros de la impresionante catedral neogótica. Su aspecto era el mismo que había sido antes de precipitarse en el abismo, bello y terrible, similar y distinto de la forma que hasta aquel momento había tomado en Este Mundo. Todo en él parecía más delicado, sus facciones se habían suavizado, su cuerpo era más estilizado, y su cabello, igual de largo y lacio que antes, había recuperado el tono dorado que una vez había tenido. Igual que sus ojos, cuyo color verde, algo más claro ahora, era sólo una máscara que ocultaba el iris de fuego que habría delatado su naturaleza. Incluso, se fijó sonriente, ocultas a la vista humana, pero ligeramente perceptibles para él, podían verse sus alas, enormes y bellas, hechas de fuego dorado, extendidas majestuosamente surgiendo de su espalda, tan parecidas a las suyas propias y a las del resto de arcángeles, y, a la vez, tan magníficamente distintas que evidenciaban la verdadera naturaleza de ese ser.

—Bienvenido a la casa de tu Padre, arcángel —dijo Lucifer, abriendo los brazos, formando una cruz con su cuerpo que por un instante pareció fundirse con el templo que ocupaba.

—Ni tú ni yo deberíamos estar aquí ahora, Heylel —replicó, incapaz de dejar de mirarlo.

—Déjate de formalidades. —Lucifer avanzó hacia él, sonriente, terrible, mostrándole con descaro su poder—. No estoy aquí de visita, es una cuestión de placer, Rafael, y comprenderás que ante eso ni tus prejuicios ni las manías de tu Padre tienen nada que hacer. Ven, acompáñame —indicó y rodeó con un brazo sus hombros, atrayéndolo hacia él, dejando que finalmente sus esencias se entremezclaran completamente, provocándole un inmenso dolor al dejarle ver lo que era estar privado de la Gracia.

—No he venido para participar en tus juegos, sino para hablarte de Luz —dijo, y, por un leve instante, sintió como el espíritu de Lucifer se estremecía, antes de que fijara en él su mirada, inmensa y penetrante—. Ella está bien, por si te interesa.

—No he dudado ni un instante de tus dotes de ángel custodio —bromeó Lucifer, sin dejar de caminar, arrastrándolo con él.

—A mí no vas a engañarme, sé que ella te importa.

—Cierto —admitió, aunque ni por un momento nada en su mente o su espíritu indicaran que así fuera—. Nunca antes he tenido una oportunidad como esta de liberarme.

—Heylel, esto no tiene que ver con tu liberación...

—Mira —lo interrumpió, deteniéndose y obligándolo a girarse hacia una de las pequeñas capillas laterales.

Rafael apenas pudo contener un grito cuando vio, atónito, a un sacerdote manoseando a un muchacho, aprisionándolo tras un enorme confesionario, mientras desabrochaba sus pantalones con una mano y jugueteaba con la otra en su entrepierna. Sintió las emociones retorcidas del hombre golpearlo, dañarlo, justo antes de que el miedo del chico atravesara su espíritu. Quiso intervenir, detenerlo, obligarlo a apartarse del joven, pero Lucifer se lo impidió.

—Más vale que vayas acostumbrándote, arcángel —ordenó, fijando en él sus ojos, profundos, terribles, mientras lo sujetaba—. Porque estas emociones que ahora te dañan y te repugnan serán las que te mantengan cuando pierdas las alas. Siéntelo y desengáñate, los sentidos de tu cuerpo no te permiten ver la realidad. Él está disfrutando. Una fantasía que cumplen ambos en la casa de tu Padre. Su miedo es lo mismo que lo excita, que enciende su lujuria, haciéndolo temer y desear al mismo tiempo ser finalmente tomado.

—Tú no eres esto...

—Soy sus deseos, Rafael —lo interrumpió—. Sean cuales sean. Soy la mano que los empuja, la idea que los atormenta, la satisfacción que los llena, la creatividad que utilizan para construir obras magnífica —señaló a su alrededor abarcando el templo con su gesto—, y para llevar a cabo los mayores desastres. Tú mismo lo has dicho muchas veces —concluyó, reclamando su atención con su mirada—, no es mi trabajo juzgarlos. Tampoco el tuyo, arcángel.

—Te recuerda —dijo, y escupió las palabras con rabia, enfrentándolo—. Luz no sólo no perdonará a nadie, no sólo no albergará la fe que ansías que crezca en su interior, sino que ella te recuerda, Heylel.

Lucifer lo soltó de inmediato y, por un instante, su expresión mostró todo el dolor que él sabía que albergaba su espíritu, justo antes de que una nueva sonrisa, satisfecha, orgullosa, terrible, se dibujara en su rostro, iluminándolo. Lo vio alejarse, lentamente y con despreocupación, abandonándolo frente a la escena que le había mostrado y que torturaba su espíritu al sentir en su seno, como si fueran propias, las emociones retorcidas que aquellos humanos albergaban. Lo siguió hasta el exterior de la catedral y observó cómo se encendía un cigarrillo y se apoyaba arrogante, espléndido y desafiante, junto a la enorme puerta principal del templo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, situándose a su lado.

—Lo de siempre —respondió Lucifer, encogiéndose levemente de hombros antes de darle una larga calada al pitillo—. Disfrutarlo.



# AGRADECIMIENTOS

**E**STE libro jamás hubiera sido posible sin el apoyo total y constante de mis padres, Simón y Teresa, a quienes debo no sólo la posibilidad de ver cumplidos mis sueños sino el hecho de ser la persona que ahora soy. Gracias, por ser los mejores padres del mundo.

Tampoco sin el apoyo y comprensión de mi marido hubiera podido llevar a cabo esta aventura. Gracias, Juan, por soportar las noches en vela, las largas conversaciones sobre el argumento, la estructura, los personajes... Gracias, sobre todo, por el apoyo en los momentos en los que todo parecía imposible, por aguantar las crisis y ataques de llanto y por proporcionarme infinitos ataques de risa. Gracias por ayudarme con las batallas, espadas y explosiones, y, muy especialmente, gracias por ser tú y estar ahí. Este libro es, en cualquier caso, tan tuyo como mío.

Mi más sincera e infinita gratitud también para Marilena, que se volcó en este proyecto como si fuera suyo, animándome a seguir y a no darme por vencida. Por ser la mejor editora novel que una escritora novel pudiera soñar y, sobre todo, por su amistad.

Gracias también a Helena y a Esther, por ser mis primeras lectoras y acceder a revisar el texto y localizar errores, también por sus ánimos y críticas, y sobre todo por su apoyo.

Una mención especial merecen también todos los seguidores de mi blog que han sido testigos pacientes de todo el proceso de corrección y puesta a punto de esta novela, o mejor dicho, de mi propia corrección y puesta a punto para decidirme a publicarla. Por vuestro apoyo constante y desinteresado, mil gracias.

Debo también toda mi gratitud a todos aquellos que, sabiéndolo o no, en algún momento de mi vida han contribuido a que se formara esta historia en mi cabeza y, aún más importante, a que yo me decidiera a escribirla.

Finalmente, gracias de todo corazón, a mis lectores, precisamente por serlo. Espero que hayáis disfrutado leyendo esta historia tanto como yo escribiéndola.

[www.nonserviamsaga.com](http://www.nonserviamsaga.com)

[www.diariodeunaescritora.com](http://www.diariodeunaescritora.com)